

EPISTOLARIO

ENTRE

CARLYLE Y EMERSON

## OBRAS DE CARLYLE

publicadas por LA ESPAÑA MODERNA.—MADRID

La Revolución francesa, tres tomos, 24 pesetas.

Pasado y presente, 7 pesetas.

## OBRAS DE EMERSON

publicadas por LA ESPAÑA MODERNA.—MADRID

La Ley de la vida, 5 pesetas.

Hombres simbólicos, 4 pesetas.

Ensayo sobre la Naturaleza, 3,50 pesetas.

Inglaterra y el carácter inglés, 4 pesetas.

Veinte ensayos, 7 pesetas.

Algunas obras publicadas por LA ESPAÑA MODERNA

*Baldovin.*—Elementos de Psicología, 8 pesetas.

*Barthelemy-Saint-Hilaire.*—Buda y su religión, 7 pesetas.

*Brooks-Adams.*—La ley de la civilización y de la decadencia de los pueblos, 7 pesetas.

*Burnouf.*—Las religiones, literatura y constitución social de la India, 7 pesetas.

*Caro.*—Filosofía de Goethe, 6 pesetas.—El pesimismo en el siglo XIX, 3 pesetas.—El suicidio y la civilización, 3 pesetas.—Costumbres literarias, 3 pesetas.

*Coilins.*—Resumen de la Filosofía de Spencer, 2 tomos, 15 ptas.

*Comte.*—Principios de Filosofía positiva, 2 pesetas.

*Darwin.*—Viaje de un naturalista alrededor del mundo, 2 tomos, 15 pesetas.

*Deploige.*—El conflicto de la Moral y de la Sociología, 7 pesetas.

*Doellinger.*—El Pontificado, 6 pesetas.

*Eltzbacher.*—El Anarquismo, 7 pesetas.

*Ellen Key.*—El amor y el matrimonio, 6 pesetas.

*Hoffding.*—Psicología experimental, 9 pesetas.

*Krafft-Ebino.*—Medicina legal, 2 tomos, 15 pesetas.

*Lester-Ward.*—Factores psíquicos de la civilización, 7 pesetas.

*Lombroso.*—Medicina legal, 2 tomos, con multitud de grabados, 12 pesetas.—La escuela criminológica, 7 pesetas.

*Marie.*—Misticismo y locura, 5 pesetas.

*Martin.*—La moral en China, 4 pesetas.

*Stirner.*—El Único y su propiedad, 9 pesetas.

*Strafforello.*—Después de la muerte, 3 pesetas.

*White.*—Historia de la lucha entre la ciencia y la teología, 8 pesetas.

*Wundt.*—Compendio de Psicología, 9 pesetas.—Hipnotismo y sugestión, 2 pesetas.—Principios de Filosofía, 9 pesetas.

*Zahm.*—Biblia, ciencia y fe, 6 pesetas.

BIBLIOTECA DE JURISPRUDENCIA, FILOSOFÍA E HISTORIA

---

# EPISTOLARIO

ENTRE

# CARLYLE Y EMERSON

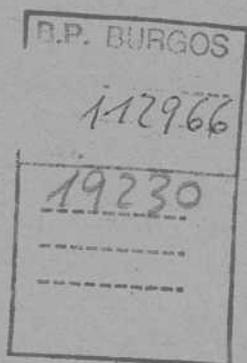
---

TRADUCCIÓN

POR

LUIS DE TERÁN

Profesor en el Ateneo de Madrid.



LA ESPAÑA MODERNA  
MADRID

Es propiedad.

## EMERSON A CARLYLE

Boston, Massachusetts, 14 de Mayo de 1834.

Querido amigo: Hay proyectos cuya ejecución dilata-  
mos largo tiempo, sencillamente porque nos afectan más  
que otros, y tal ha sido desde hace varias semanas, hasta  
puedo decir que desde hace varios meses, mi propósito de  
escribirle.

Hará unos dos años que el nombre de usted me lo tra-  
jo fortuitamente un soplo de la Fama, como el del autor  
de unos artículos que ya había yo distinguido (cosa por  
demás muy fácil) entre el montón de críticas de las pu-  
blicaciones inglesas, por ser con mucho los trabajos más  
originales y profundos de la época; trabajos de un hombre  
de fe tanto como de inteligencia, tan ameno como erudito,  
y que no se avergonzaba, aunque perteneciese a la clase  
de los filósofos pesimistas y burlones, de expresar y hablar  
sinceramente. Como cierto personaje de *Wilhelm Meister*,  
me dije: He aquí alguien que ha contraído una deuda  
conmigo y con todos a los que han traído la luz. No sabe  
él cuán profundamente lamentaría su caída, si ocurriese  
que su virtud, en esa peligrosa Inglaterra donde el genio  
oye siempre murmurar al diablo: «Te daré todos esos rei-  
nos», no fuera más que un brote naciente destinado a pe-  
recer con el tiempo. Por eso, en cuanto me encontré en  
Europa, fui a ver a usted, sencillamente para decirle: «No

flaquee: la palabra que usted ha pronunciado ha sido oída, aunque sea en los confines de la tierra y por hombres muy modestos: obra, triunfa.» Impulsado por una gran estimación hacia uno de mis maestros, quise ir a verle y conocer también, como diría él, sus «alrededores» a Craigenputtock. Pero era por cumplir un deber, para realizar mi misión, sin grandes esperanzas de serle agradable, en estado de espíritu que hace decir: «¿Qué le importa a usted que le quiera?» Ahora bien; sucedió que quedé complacidísimo de mi visita, convencido de que había puesto bien mi estimación, y muchas veces, durante mi navegación de vuelta, rememoré con gusto el bienestar de mi filósofo solitario, su felicidad conyugal, su favorecido temperamento, su inquebrantable sencillez, todas sus garantías de dicha. De retorno en casa, relaté a personas solícitas lo que había visto y oído, y se mostraron muy satisfechas.

Desde Liverpool, escribí al Sr. Fraser que me enviase su revista, y he recibido ya cuatro números del *Sartor Resartus*; gracias aún por la luz que me dan. Celebro que exista un autor vivo que haya encontrado su centro en sí mismo, y que sepa tratarse con sinceridad, aunque ningún otro lo hubiera hecho antes que él; un autor que, según la frase de Montaigne, «aplica su oído muy cerca de sí, contiene la respiración y escucha». Y nadie hay que se pueda ofender de la independencia de un espíritu tan universal y tan jovial. Es conveniente, además, que una mirada nueva venga a escrutar nuestras formas sociales vetustas, nuestra política, nuestras escuelas, nuestra religión. Digo las nuestras, porque no ha podido ocultársele que una conferencia escrita en Inglaterra, respecto a tales asuntos, puede ser pronunciada en América. Gracias una vez más por haber tomado valientemente en esos escritos la posición en pro del espiritualismo.

Pero ¿gofrece la literatura otro ejemplo de un vehículo tan extraño como el que usted ha elegido para transportar semejante tesoro? El fondo me ha cautivado; en cuanto a la forma, que mi impotencia para percibir la broma no me permite gustar, me remito a su buen humor. Y, sin embargo, ¿se ha visto nunca a un autor de espíritu filantrópico y recto usar un lenguaje tan chocante? ¿Como si la sociedad no temiese ya bastante la verdad sin proporcionarle todavía por adelantado una objeción contra la forma! ¿Procedería este humorismo de que, desesperando de encontrar un auditorio contemporáneo, se sintiera el Profeta en libertad de expresarse con acentos cómicos? ¿No me dijo usted, Tomás Carlyle, desde una de sus amplias colinas, que era Jesucristo quien había edificado aquella iglesia de Dunseore? Si le gustan semejantes asociaciones, admita usted—y lo admitirá—que ningún poeta es enviado a este mundo antes de su hora; que todos los hombres de pensamiento y de acción que han muerto le han preparado a usted el camino; que las naciones y las edades (por lo menos cuando usted no se resiste) le guían su pluma, ¡perfectamente!, y lo mismo las plumas vulgares de ganso que su buril para piedras preciosas. Crea entonces que una misma revolución de la rueda forma el arpa y el oído; que los hombres están ahí, dispuestos a escuchar el cambio épico de usted, y, si así es, consienta en omitir esos floreos complicados y vagabundos, y demos la tocata sencilla, sin el aditamento de variaciones. Por lo menos debería usted, en algunos de sus prólogos, revelarnos la teoría de su retórica. No comprendo por qué cree usted que debe prodigar verdades celestes en ese estilo truculento que le caracteriza. Bacón y Platón tienen que decir cosas demasiado sólidas para que tengan tiempo de ser festivos. Usted nos da lo más precioso, a saber: las verdades más sencillas, las verdades

que se hallan en lo más profundo de nuestra conciencia, y que sólo los Platón y los Goethe pueden percibir. Espero con impaciencia el momento en que el vehículo sea digno del espíritu, en que la expresión sea tan sencilla y con ello tan irresistible como el pensamiento; la hora, en suma, en que las palabras de usted formen una unidad con las cosas. No espero en modo alguno que de repente encuentre usted numerosos lectores. ¿No se dice sarcásticamente que «la verdad alberga en su casa a la peste»? Y, sin embargo, todos los hombres son *virtualmente* lectores de usted (como diría Coleridge), y si usted consiente en no chocarlos y repelerlos con una actitud completamente mefistofélica, lo serán de hecho, y digan lo que quieran los ingenios altos y bajos respecto al atractivo diabólico, un verdadero y majestuoso genio puede permitirse desdeñarlos.

Me atrevo á entretenerle con este juicio que tiene tonos de homilía, porque tal es la opinión de amigos de la verdad, poco inclinados a la crítica, que no le conocen a usted, pero que están persuadidos de que hay sabiduría en su poema burlesco, teutónico, apocalíptico, sabiduría a la que esos defectos le impidan dar todos sus frutos. Y aunque yo desee de todo corazón estar en buenos términos con mi poeta, si no obstante ofendo, me conservaré tranquilamente en el terreno de las relaciones universales, desde el que considero afectuosamente a usted como a un hombre, siendo yo otro.

Y, sin embargo, puede ser que antes de terminar mi carta me arrepienta de mi temeridad y revoque mi acusación; porque, ¿no son acaso todos nuestros círculos de voluntad sino otros tantos remolinos minúsculos, encerrados dentro del gran círculo de la necesidad, y pudo escribir de otro modo el Herald de la verdad, el que es quizá en este momento el mejor pensador de la raza sajona? ¿Y

no debemos decir que la embriaguez es una virtud, más bien que acusar a Catón de error?

Desearía proporcionarle el gusto de darle algunas buenas noticias respecto a la regeneración, a la educación, al porvenir de la Humanidad en nuestro continente. Pero la filantropía de usted es tan paciente, de tan amplias miras, que los males presentes le causan una menor inquietud.

Durante los seis últimos años, en los Estados Unidos, el Gobierno se ha convertido rápidamente en un negocio, como las vastas obras de beneficencia. En la Presidencia, un hombre, todo lo incapaz posible, ha hecho las cosas más lamentables; cuanto peor lo hacía, más popular era. Ahora parece que hay una mejoría. Webster, un hombre honrado, tan influyente como si no lo fuera, empieza a convertirse en el centro de un gran partido en vías de crecimiento; sin embargo, no se atreve uno a esperar un cambio rápido de mayoría. Envíole por este mismo correo un libro de Webster, a fin de que pueda usted ver su discurso sobre el proyecto Foot, discurso que los americanos no se cansan de alabar. Temo que no llegue a usted el libro, porque no conozco a los comisionistas. Añadiré el librito de mi droguero swedenborgiano, de quien le hablé. Y si, lo que apenas me atrevo a esperar, llegara a surgir de nuestro torbellino de negocios y de política algún buen libro, no dejaría de hacer que tomase la misma dirección.

No necesito decirle, mi querido amigo, la satisfacción que me produciría una carta suya, si puede usted consagrar algunos momentos a un amigo tan distante. Si algún pasaje de mi carta hubiera de incitarle a una respuesta, me felicitaría de mi impertinencia. Paso el verano en el campo, pero de mi dirección en Boston están amablemente encargados los Sres. Barnard, Adam y Compañía, por intermedio de O. Rich, en Londres. Le ruego que ofrezca

mis respetos afectuosos a su señora, de cuya amabilidad guardaré siempre un recuerdo agradecido, y con cuya intervención cuento para hacer que me escriba usted. Dios les conceda a los dos su mayor bendición.

Su amigo,

R. W. E.

### CARLYLE A EMERSON

5, Great Chayne Row, Chelsea, Londres, 24 de Agosto de 1834.

Querido amigo: Hace unas dos semanas que recibí su amable regalo por conducto de Fraser. Decir que fué bienvenido, sería poco decir: ¿no es como una voz de afectuoso recuerdo que llega del otro lado del Océano a anunciarme por primera vez, de una manera decisiva, que todo un Nuevo Continente existe, que yo también tengo en él mi parte y mi lote? «Solamente cuando tenemos razones para creer que aquí y allí se piensa en nosotros, que se nos ama, es cuando la tierra desierta se transforma en un jardín poblado.» Entre las personas de las que recuerdo que hayan visitado nuestra casita de Nithsdale—todas semejantes ahora a *apariciones*, aportando con ellas un hálito de los cielos, o bien de los soplos de la región opuesta,—no hay, tal vez, una de un carácter más indudablemente supraterrrestre que la de usted, tan pura y tan tranquila, con intenciones tan caritativas, y luego también, desvaneciéndose tan pronto en el Infinito azulado, como conviene a una aparición. Nunca he visto su nombre en mi cartera sin experimentar una amistosa influencia. Juzgue si me alegraré de saber que allí, en el Espacio infinito, me permanezca usted adicto.

He leído, en mis momentos de reposo, una parte de los

dos libros, y tengo ya casi terminado el menor. Ese drogiero swedenborgiano es un pensador sincero, de ideas realmente profundas, que hace que me detenga y piense, aunque no fuera más que para figurarme qué especie de hombre debe ser, y lo que debe ser, en suma, la doctrina de Swendenborg. «Mirad bien por la ventana más estrecha, y podréis percibir el Infinito.» Puedo igualmente representarme a Webster: un hombre competente, de acción eficaz, respecto al que no se pueden formular sino buenos votos y felices pronósticos. Su palabra no es nada poético-rítmica; es clara, monocorda, metálica, podría decirse, pero llena de sentido y no sin melodía. En sus rasgos, por encima de todo, discierno esa «indignación», que si no hace «versos», hace obra útil en el mundo. Cuanto más se eleve un hombre de este género, más satisfecho estará. Y desde aquí, dirigiendo mis miradas al otro lado de los mares, quiero repetir una vez más lo que es ya, creo, el sentimiento confuso de todos los hombres de raza inglesa, tanto de este lado del Océano como del otro, a saber: que no somos, vosotros y nosotros, y que no podremos ser nunca, en el curso de nuestra historia, dos patrias diferentes, sino sólo dos parroquias de una misma patria, que mantienen, de iglesia a iglesia, sanas relaciones de hospitalidad y miserables y pasajeras querellas como las que presenciamos; y yo digo, respecto a estas dos parroquias: ¡Vivan, vivan!, y que en el número de las glorias de ambas se mencione orgulosamente el himno nacional americano y la roturación de la selva occidental; en cuanto a lo demás, a guisa de juez de paz de la parroquia, que cada cual tome alegremente al Jorge Wáshington o al Jorge Guelph que tenga a mano, y que Dios le bendiga. Estoy cansado de oír gritar: «¡Queremos a los americanos!» «Hacemos votos», etc., etc. Pero, demontre, ¿qué otra cosa podríamos hacer?

Me da usted las gracias por Tenfelsdröckh; ¡cuánto más me incumbiría agradecerle el juicio cordial, sincero, aunque excesivo, que usted ha formulado! Es una voz bendita la que nos grita en medio del desaliento, de la estupidez y de la contradicción: *Euge!* Jamás se ha visto nada más ingrato que el suelo sobre el que fué cobrada aquí esa pobre semilla de Tenfelsdröckh; nadie para deseársela buena suerte; es de creer que el más triste grano de ortigas o de cicuta hubiera sido mejor recibido. Porque, en efecto, nuestros críticos de las revistas inglesas, y especialmente los hechos del *Fraser's Magazine* (del que pienso que voy a separarme ahora), se encuentran más allá de todo concepto y merecen, no el desprecio siquiera, sino sencillamente el olvido. ¡Pobre Tenfelsdröckh! Criatura rodeada de mala suerte, de decepciones, de obstrucción multiforme. Y he aquí, sin embargo, como usted ve, que se ha abierto un camino al través de las charcas de la Estigia; y ahora, bajo esa forma de edición «para mis amigos», es imposible que la *quemen* o que se pierda antes de su hora. Le envío un ejemplar para usted; tal vez encuentre usted otros lectores adecuados; como empleó usted el plural, he pensado que podría haber tres; un número mayor me sorprendería. En este lado del Océano no he hallado más que una respuesta inteligente, ahora, sincera, aunque casi tan entusiasta como la de usted. Mi amigo inglés es para mí completamente un extraño, del que ni siquiera sé el nombre, y que no ha impreso, sino que sencillamente ha escrito a un tercero que no conozco. ¿Debo, pues, decir: «En presencia de dos testimonios...? (1) Sea como fuere, alabado sea Dios; he terminado ese traba-

---

(1) «No será juzgado de causa sino en presencia de dos o tres testigos.» (*Deuteronomio*, cap. XIX, 15.)

jo; puedo lavarme las manos y enviarlo por el mundo, seguro de que el diablo recibirá cuanto le pertenece, y ni una tilde más, por zarpazos que dé. En cuanto a vosotros, mis hermanos de Ultramar, leed ese libro gravemente, porque ha sido concebido y escrito con gravedad, y no contiene ninguna insinceridad voluntaria. Y luego, si no os gusta, decíos bien que lo he escrito hace cuatro años, que ya no podría ahora escribirlo de la misma manera, y que, en suma (como decía el gran Federico), «lo hará mejor la próxima vez». En cuanto a las objeciones que usted llama «impertinencias», respecto al estilo y otros puntos, no solamente las comprendo muy bien, sino que me parecen oportunísimas e instructivas. Dice usted, acertadamente, que adopto esa actitud porque no me conozco público, porque estoy *solo* bajo los cielos, hablando en el espacio favorable u hostil; añada solamente que no quiero defender semejante actitud, que la tengo por discutible, por un mero ensayo, por la mejor, sencillamente, a la que me ha parecido oportuno recurrir en estos tiempos de insanidad; porque debo decirle que, en mi opinión, hemos llegado al fin a una época en la que se ve cómo se rompen y desaparecen todas especies de Poéticas, de Retóricas, de Homiléticas, y puede decirse, de una manera general, todas las *Cátedras* desde las que se dirigía uno a la Humanidad. ¡Ay, sí!, si usted tiene alguna convicción seria que requiera, no solamente una audiencia, sino un acto de fe, una realización por el hecho, no puede usted (por lo menos, yo no puedo) expresarla aquí sin que la voz se detenga en la garganta, como si se tuviera la impresión de que una solemnidad se ha transformado en mascarada; y entonces se tiran los bastidores de cartón y las tres unidades, y las lecciones de Blair; y se siente que no hay ya *nada sagrado*, excepto el *Verbo del Hombre*, al dirigirse a hombres de fe. Ese verbo, ocurra lo que quiera, fué, es y

será siempre *sagrado*; y no hay duda de que algún día revestirá de nuevo formas decorosas, de un aparato solemne que no sea una mascarada. Pero mientras tanto, ¿no es esto una desdicha? Porque Tenfelsdröckh grita en vano: «¡Una cátedra! ¿Qué? ¿no puedes hacer una cátedra con el primer tonel que se encuentra?», no reflexiona suficientemente que ya no es más que un tonel; que para la masa de los oyentes la expresión saldrá de él inconcebible, equívoca, y que, para la minoría misma, quedará dudosa, sin una significación cierta. Compadézcanos, pues, y una a su legítimo encogimiento de hombros una sonrisa de simpatía, diré que hasta de esperanza. Desde que he encontrado a usted, he ensayado, ensayo constantemente nuevos métodos, y seguramente me acercaré más a la verdad, como lealmente me esfuerzo en ello. Mientras tanto, no conozco ningún método que tenga una real importancia, excepto el de *creer*, el de ser *sincero*: desde Homero y la *Biblia* hasta la más humilde de las canciones de Burus, no hallo ningún otro arte que prometa durar.

Pero ahora, dejando la teoría, es preciso que le explique, cosa que seguramente deseará usted saber, cómo es que esta carta está fechada en Londres. Sí, amigo mío, así es; Craigenputtock se encuentra ahora abandonado en el desierto, sin encerrar más que una vieja y unos estúpidos caracteres, mientras que nosotros estamos aquí desde hace diez semanas, con nuestros dioses lares tras un terrible desarraigamiento. No me censure; he venido a Londres por las más perentorias de las razones: para buscar pan y trabajo. Las cosas son así literalmente, y literalmente también me veo próximo al porvenir más abrumador, más sombrío, que en todos mis momentos de equilibrio desaffo con buen humor. Vivo aquí en un medio muy singular, en el que casi soy totalmente extranjero. No me intereso ni por el Radicalismo, ni por el Torysimo, ni por

la Iglesia, ni por los Impuestos, ni por la «Confusión» del saber útil.

En vano hablo o escucho, estoy solo, solo. Mi buen padre, que ya ha terminado su laboriosa carrera, tenía costumbre, en sus rezos de la noche, de formular esta oración: «Que podamos decir: No estamos solos, porque Dios está con nosotros.» Amén, amén.

He traído conmigo un manuscrito de otra curiosa especie, titulado el *Collar de la Reina*. Tal vez se imprima pronto como artículo, o en folleto aparte; es una rara producción, que usted verá. En fin, estoy ocupadísimo, trabajando sin cesar con todas mis fuerzas para un libro sobre la Revolución francesa. Un artículo de mi *Credo* es que la sola Poesía es la Historia, si supiésemos escribirla. Esta verdad (si se prueba que lo es) no la he llevado aún hasta sus límites, y no hay para mí otra manera de hacerlo que someterla a la prueba de la práctica. La historia del Collar fué mi primer ensayo de un experimento.

Casi he llenado mi papel, y tengo aún que quejarme de que no me diga usted nada de usted, sino que se encuentra en el campo. Crea que deseo saber mucho y todo. Mi mujer también conserva de usted el más amistoso recuerdo, y me encarga la envíe sus afectos. Sepa también que su antigua cama está aquí en un nuevo cuarto, y que la bienvenida de antes la espera en la puerta. Seguramente nos veremos en Londres algún día. O bien, ¡quién sabe si Mahoma no irá a la montaña! A veces siento el loco sueño profético de que muy bien podría ir a terminar en las selvas del Oeste.

De Alemania recibo cartas, mensajes y hasta visitas; pero nada de noticias, nada de influencias de alguna importancia.

Las obras póstumas de Goethe están todas publicadas; y el Radicalismo (pobre radicalismo fanático, y sin em-

bargo, inevitable) está allí a la orden del día. La misma nota, y más acentuada todavía, en Francia. Gustavo de Eichthal (¿le ha oído usted nombrar?) se ha trasladado a Grecia, donde se ha convertido en una especie de administrador con el rey Otón.

Continúen queriéndome usted y mis otros amigos; y puesto que los vapores van tan de prisa, dígamelo a menudo.

Soy de usted, con los mejores sentimientos, su afectísimo,

T. CARLYLE

Sin duda se habrá usted enterado de que Coleridge ha muerto. ¡Qué vastas promesas, qué mezquino resultado real! Pronúncianse discursos en su honor y se endilgan otras pampiroladas, *ut mas est*. ¿Qué daño puede hacer esto?

#### EMERSON A CARLYLE

Concordia, Mars., 20 de Noviembre de 1834.

Querido amigo: Su carta, que recibí la semana última, ha aportado una clara luz a un ambiente triste y dolorido. Acababa de recibir la noticia de la muerte, en la isla de Puerto Rico, de un hermano, cuya pérdida será un pesar para toda mi vida. En el momento de su desaparición, me llegan prendas visibles y espirituales de una afección fraternal que, por su propia ley, traspasa las mezquinas barreras de la costumbre y de la nacionalidad, y se abre un camino hasta mi corazón. Es un real consuelo, y agradezco este favor de una oportunidad tan significativa. Veo en ello realizada, por el momento, la esperanza, que no he

cesado de acariciar, al través de todas mis decepciones, de conversar un día con un hombre en el que no estarían cerrados ni el oído ni la fe, y cuyas ideas no podría yo anticipar. Si se me permite emplear la expresión, diré que doy gracias a Dios cada vez que me acuerdo de usted.

Con un vivo placer recibo al maravilloso Profesor, ahora que por primera vez han sido reunidos decentemente los miembros dispersos de Osiris. Le damos la bienvenida en el cabo Cad y en la bahía de Boston... Siento deseos de felicitarle por la fría acogida que, según usted, ha obtenido Tenfelsdrönek. El ser desgraciado en el sentido terreno, le confiere el sello de una especie superior y sagrada. Me gusta mucho más que nunca, y antes de que estuviese completamente publicado me había tragado casi todas mis palabras de objeción. Pero no vaya usted a creer que no conocerá próximamente la popularidad. Que se le ignora, parece posible, porque si se hubiera lanzado un tratado de Laplace a ese estercolero que es el *Fraser's Magazine*, ¿habría corrido mejor suerte? Pero la obra de usted tiene tanto ingenio e imaginación, que ha de llamar la atención de una clase de lectores que no la aprecian como espejo fiel de la hora presente. Ya conoce usted el proverbio: «Si quieres ser feliz, no seas demasiado sabio.» Los grandes hombres del día se hallan a un nivel lo bastante bajo para ser perfectamente comprendidos por el vulgo. No obstante, como Dios trabaja incesantemente en crear el mundo, aunque parezca que laboren los demonios, los pensamientos de los espíritus mejores concluyen siempre por ser la última opinión de la sociedad. La verdad llega siempre al mundo en un pesebre; pero, en compensación, le es dado vivir hasta tener a todos los hombres por súbditos. Encuentro preferible, y con mucho, la impopularidad de ese poema filosófico (¿lo llamaré así?) a la *adulación* hallada por su emi-

nente amigo Goethe. Empiezo a conocerle mejor, pero no puedo admirarle sin reservas. Es una singular bondad de parte de usted el otorgarle una apoteosis. No puedo menos de creer que la muelle existencia que llevó fué su desgracia y tuvo una influencia visiblemente desfavorable sobre su genio. ¡Cuán poco conviene al genio, que saca de la pobreza y de la hostilidad del mundo sus adecuadas galas y su relieve, el pavonearse durante cincuenta años en puestos oficiales! ¿Y no es lástima que su Duque no le hiciera cortar la cabeza para evitarle ese fin mezquino (pédoneme) de dejar los honores para «clasificar con gusto los regalos y las medallas que había recibido?» Y además, el puritano que hay en mí no acepta excusa para una moral relajada en un hombre como él. Podemos tolerar el vicio, en una naturaleza espléndida, mientras que combate contra la brutal mayoría en defensa de algún principio humano. La simpatía que provocan su virilidad y sus desgracias hace que se acepten hasta sus faltas; pero el genio halagado, reconocido, coronado, no puede suscitar nuestra simpatía sino en el caso de que emplee contra los enemigos del interior de su naturaleza la misma fuerza gastada antes contra los de afuera, y de que lleve y plantee, unas leguas más adelante, en el terreno de las tinieblas celosas, el estandarte de Ormuz. A falta de esto, pierde su naturaleza y se convierte en un simple talento, según la definición: «una habilidad superior puesta al servicio de fines vulgares». Un amigo mío, muy ocurren-te, decía que «un falso sacerdote es la más falsa de las cosas falsas». Pero ¿qué es lo que constituye un sacerdote? ¿Una sotana? ¡Oh Diógenes! ¿No es más bien el poder (y por consiguiente, la evocación) de enseñar los deberes del hombre tales como emanan del poder sobrehumano? ¿Es que el que prevé y proclama las cosas superhumanas, el que supo pronunciar un día con plena inteligencia las

palabras de «Renunciamiento», «Guía invisible», «Potencias celestes del dolor», y así sucesivamente, no es ya para siempre el hombre recto?

Y además, escribir licenciosamente no es lo mismo que vivir en la licencia, pero es una falta nueva y peor. Implica también un defecto intelectual, a saber: la incapacidad de percibir que el presente estado de corrupción de la naturaleza humana (estado que esa musa prostituida ayuda a perpetuar) no es sino temporal o superficial. La palabra honrada dura eternamente; la palabra impura no puede sobrenadar sino en la grosera atmósfera que actualmente nos rodea, y se sumergirá por completo cuando ésta se purifique bajo el esfuerzo eterno de la Divinidad.

¿No tengo razones para decir que semejante estado es transitorio? Sí; porque cuando me elevo a la pura región de la verdad (o la busco bajo mi ropaje más íntimo, como dirían Epicteto y Tenfelsdröckh) veo que permanece inviolable, aun cuando todos los hombres la desertaran; sí; aun cuando toda la descendencia de Adán hubiera de ser extirpada como una úlcera de la faz del mundo creado. Así, pues, amigo mío, ¡vivan siempre Sócrates y Milton, esos puritanos rígidos! Me sorprende que no le sea simpático Sócrates (pero usted me lo ha afirmado). Sócrates, tan irónico, tan veraz, y que «chapoteara en el fango con zuecos cuando querían obligarle a remontarse a las nubes». Me parece verle tendiéndole a usted por encima de las edades una mano que usted tomará algún día.

Me alegro que le guste a usted Samson Reed, y que le haya despertado alguna curiosidad respecto a su Iglesia. El swedenborgismo, si le agradan los primeros encuentros con él, presenta para usted muchos elementos de atracción, por ejemplo, este artículo: «La poesía de la primitiva Iglesia es la realidad de la Iglesia moderna», que hay que tomar al pie de la letra, porque estiman; en co-

munidad con todos los trismegistas, que el mundo físico es exactamente el símbolo o el exponente del mundo espiritual, y punto por punto, que los animales son encarnaciones de ciertos sentimientos; y apenas hay una expresión popular de las que tenemos por figuradas, en la que no vean la fórmula más sencilla de un hecho. Además, toda su teoría de las relaciones sociales, tanto en el cuerpo como fuera de él, es completamente filosófica y propiamente evidente. Sólo cuando llegan a su teísmo descriptivo (si puedo expresarme así) y a su ciclo, de los más cómicos, a ciertos decretos de Dios, autoeráticos y no morales, es cuando me separo de su mito. En general, también, toman la fábula más bien que la moral de su Esopo. Me interesan, sin embargo, profundamente como una secta que está, a mi parecer, llamada a contribuir más que todas las otras a la nueva fe que saldrá de todas las creencias.

Desea usted saber algo de mí mismo. Concíbame como «una gota en el Océano buscando otra gota», o bien, vuelto hacia lo divino, esforzándome en conservar una esfericidad lo bastante perfecta para recibir, de cualquier parte del cielo, el rayo que me está destinado. Desde mi regreso he disfrutado de mucho descanso. Sería largo decirle todas mis meditaciones acerca de mi profesión y todas las determinaciones que han seguido; pero, dueño de mi libertad, estoy resuelto a conservarla con riesgo de ser inútil (riesgo que Dios puede muy bien tolerar) hasta que se presenten tales deberes que pueda cumplir en toda su integridad. Hay una cosa de la que estoy persuadido, a saber: que la expresión de nuestro pensamiento es un empleo suficiente; y si me ocurriera obtener, por una revelación interior cualquiera, una percepción más clara de la tarea que me está asignada, la seguiría con alegría y gratitud. No me consideraría en un empleo

inferior, por ejemplo, si pudiese fortalecer mis manos con la sincera expresión de la esperanza y del placer que sus escritos me producen, así como a algunos de mis compatriotas. Y, sin embargo, el mayor poema del poeta es su espíritu, y más todavía que con ninguna de las obras me regocijo con las promesas del obrero. Por el momento no hago más que leer y holgar, y en cuanto haya alguna nueva mía que darle, se la enviaré.

Puesto que hace usted una alusión muy grata de la posibilidad de su viaje a América, quiero acariciar tan risueña esperanza. Venga y funde una nueva Academia, que será a la vez iglesia, escuela y Parnaso, como debería serlo la casa de un verdadero poeta. No me aventuraré a decir que el talento tenga más probabilidades aquí que en Inglaterra de ganar un salario temporal, pero puede siempre vivir y apenas encontrará concurrencia. En realidad, tendrá usted el Continente para usted solo, aunque no fuese sino a la manera con que Crusoe era rey. Si le complaciese dar conferencias literarias, nuestras gentes de aquí tienen una vasta curiosidad, y es fácil organizar la cosa. Uno de mis amigos—y de los de usted—me hizo observar, cuando expresé el deseo de ver a usted por aquí, «que las gentes no están encasilladas, como en Inglaterra, en escuelas regulares de opinión, sino que forman un auditorio mucho más fácil de ganar». Si tiene usted la menor idea de venir, le enviaré con la más alegre presteza los más detallados informes.

He escrito una carta muy larga y, sin embargo, no he dicho nada de las numerosas cosas que quería decir respecto a ciertos capítulos del *Sartor*. Preciso es que deje esto y las ideas que tenía acerca de «la poesía en la Historia» para otra carta, o bien (¡si así pudiera ser!) para una conversación con usted.

No deje de mandarme el *Collar de la Reina*. He halla-

do para Tenfelströckh tres destinatarios muy solícitos, que también ellos difunden la luz de aquél. Para que sepa usted sobre qué clase de hombres influye, le envío dos trozos escritos por uno de ellos, Federico Enrique Hedge, el artículo sobre Sevedenborg, y otro sobre la Frenología. Como le gusta a usted Samson Reed, añado uno o dos de sus otros artículos. Léalos, le ruego. Y puesto que estudia usted la historia de Francia, no deje de echar una ojeada sobre nuestro retrato americano de Lafayette.

Dé mis afectuosos recuerdos a su mujer, a la que la antigua, austera y feliz soledad de ustedes ha armado y elevado por encima de todas las pequeñeces y locuras de Londres. Si creyese que pudiéramos atraerla a las márgenes de América, le enviaría la historia de aquellas piadosas mujeres, contemporáneas de la hija de John Knox, que emigraron aquí para entregarse al culto del Señor en medio de hombres y bestias salvajes.

Su amigo y servidor,

R. W. EMERSON

#### CARLYLE A EMERSON

5, Cayne Row, Chelsea, Londres, 3 de Febrero de 1835.

Querido amigo: Débole una respuesta tan pronta como agradecida; porque, a pesar de los rápidos barcos de América, nuestras comunicaciones son demasiado lentas. Su carta, escrita en Noviembre, no me ha llegado hasta hace pocos días; sus libros o artículos no los he recibido aún. Pero, en suma, dado lo ancho y profundo del Atlántico, deberíamos más bien ver un felicísimo milagro en el solo hecho que puedan llegar los mensajes, de que un pedacito

de papel se deslice por encima de las agitadas olas y de los obstáculos inextricables hasta serle entregado a usted por mano del cartero, como el ramo en el pico de la paloma de Noé. Mostrémonos agradecidos por todos los bienes; usemos de ellos cuanto se nos dispensan. Hubo un tiempo en el que «los que temían al Señor hablaban a menudo entre sí». Un pensamiento amistoso es el regalo más puro que el hombre pueda hacer al hombre. «La palabra, se ha dicho igualmente, aporta más alegría que la luz misma.»

La fecha de su carta no me da, por desgracia, otra noción que las de Espacio y Tiempo. Puesto que usted conoce mis alrededores, ¿querría usted indicarme algo de los suyos? Puedo representarme a Boston, y a menudo he imaginado las salvas de mosquetería sobre Bunker Hill; pero en ese nuevo lugar no veo más que el cielo y la tierra, las ventajas del retiro, la paz y el aislamiento del invierno. ¡Ah! Fácilmente concibo la pérdida de que me habla, el sentimiento que será durante mucho tiempo doloroso antes de que pueda convertirse en melancólico y sagrado. Los hermanos, en nuestros días sobre todo, son mucho para nosotros. Si no se tuvieran hermanos, se comprendería difícilmente el valor de un amigo; aquellos son los amigos que nos ha elegido la Naturaleza. Tal como van ahora las cosas, la Sociedad y la Fortuna apenas son compatibles con la amistad, y logran subsistir sin ella, cierto es que bastante miserablemente. No llore usted, sin embargo, más de lo que concierne a quien ha partido. Se halla, estemos seguros, en Dios, allí mismo donde usted y yo nos encontraremos. ¡Cuán tenue es la membrana que separa a los vivos de los muertos! En las noches silenciosas, como dijo Juan Pablo, «los helados miembros de mis queridos sepultados venían a tocar mi alma y la quitaban sus tachas, como manos muertas curan erupciones de la piel». Pero volvámonos hacia la vida.

Más bien me agrada que otra cosa, lo que me dice usted de estar ocupado en reunir sus ideas, sin haber elegido aún ninguna actividad definida, y pudiendo permanecer así sin daño íntimo o externo. Expresa usted una profunda verdad cuando dice que la Providencia puede permitirse el lujo de dejarnos en reposo; otra gran verdad, que usted experimenta sin formularla, es que una función en la que no puede usted poner toda su fe, es una cosa peor que la carencia de función alguna; que si la fe bien cimentada está en la menor contradicción con la función, entonces no hay duda alguna de que ésta es peor. Para hablar con una franqueza tal vez ruda, prefiero concebirla sin predicar a unos unitarios un Evangelio con arreglo al corazón de los mismos. Añadiré que es usted, entre los hombres que he encontrado de esa confesión, el único que haya podido querer sin violencia de ningún género. Todos los otros que he visto eran, sin excepción, unas especies de medio caracteres que, en mi opinión, hubieran debido, de no haberles faltado el valor, concluir en la incredulidad, en un teísmo todo lo reducido posible, por lo que siento mucho menos gusto que por el ateísmo. No podía menos de pensar que tales gentes merecen la suerte que les espera aquí, la suerte del murciélago, de ser muertas entre los ratones en calidad de aves, y entre las aves, en clase de ratones... ¡Y quién sabe si no son, en el espíritu de usted, dudas de este género las que le mantienen en este momento en una actividad provisional! De todos modos, es para usted una singular suerte la de que pueda usted determinarse únicamente por su propia voluntad, suerte demasiado rara para los que pudieran usar tan bien de ella; y a menudo es muy difícil este uso. Pero mientras que un malestar del cuerpo y del espíritu no le advierta de que le es esencial el movimiento y no el reposo, permanezca en reposo, con la conciencia tran-

quila, comprendiendo bien que no hay hombre que sepa, que sólo Dios sabe el trabajo que hacemos y lo revelará algún día; que aquel que ha llenado toda su tierra con el estrépito de sus herramientas de albañil y obstruido de descambros el paso de los hombres, se encuentra con haber construido, en suma, simple espuma coagulada, y desaparece con su edificio, sin dejar rastros, en medio del silencio o de innumerables silbidos; mientras que, en cambio, aquel otro hombre, sin ruido, con el verbo de su boca, con la sola expresión de su rostro, esparcía influencias, como son esparcidas las semillas «que se encontraría floreciente un bosquecillo de plátanos, cuando hayan transcurrido mil años». Le ruego que perdone toda esta predicación, si es superflua; no la atribuya a un motivo mezquino.

Las objeciones que formula usted acerca de Goethe son muy naturales, y hasta le acercan todavía más a mí; sin embargo, no estoy completamente seguro de que no obraría usted acertadamente en este momento, en ponerse a aprender el alemán con la intención de estudiar sobre todo a ese autor. No lo afirmo, pero no me chocaría que lo fuese. Créame, es imposible que sea usted más puritano que yo, y hasta tengo a menudo la impresión de serlo demasiado; pero el mismo John Knox, si hubiera podido ver la fidelidad serena e inquebrantable del espíritu de ese hombre, y hasta qué punto para él también el Deber era *infinito*, Knox hubiera pasado con admiración y sin censura. Pero voy á decirle en dos palabras por qué quiero a Goethe: tiene el único espíritu *sano*, de alguna amplitud, que yo haya descubierto en Europa desde hace numerosas generaciones; él es quien, por primera vez, me gritó con fuerza convincente (convincente, por que he visto la realización): «¡Ve cómo, en esa escandalosa generación, cuando todo se ha ido, excepto el hambre

y el *cant*, es todavía posible que el hombre sea un hombre!» ¿Cómo mostrarme ingrato con este último evangelio, confirmación y rehabilitación de todos los otros evangelios cualesquiera que fuesen? Además, sospecho que, por el momento, no conoce usted en Goethe sino al *pagano* (el gentil); pero pronto conocerá usted al *cristiano* y lo querrá usted mucho más.

Rich me ha enseñado una compilación, bajo cubierta verde, que usted ha encargado desde el otro lado del Océano; lea, le ruego, el tomo cuarto, y dígame, con la seguridad de impresión que le caracteriza, si eso es de un parásito o de un profeta. Y luego, en lo tocante a la «miseria», ya es otro fondo sombrío sobre el que le complace a usted ver destacarse el genio; ¡ay! pregúntese usted si la miseria no es también una *enfermedad*; e igualmente, si no es más difícil soportar la buena que la mala fortuna; y en fin, de una manera general, si el estío radiante y sereno no tiene mayor grandeza que el huracán más desencadenado, del mismo modo que la Luz, según los físicos, es mil veces más poderosa que el Relámpago. Apelo, pues, a Filipo en ayunas;—a fe mía, apenas he dicho tanto respecto a Goethe desde que no le he visto a usted, porque no veía aquí en este asunto sino un error crepuscular (más falso para la época que noche cerrada), y tengo la impresión de que a los más les tiene sin cuidado, puesto que, hablando con propiedad, tienen poco o nada que ver con tal objeto; pero usted, que no se dedica «a buscar recetas para la felicidad», sino algo más elevado, no es lo mismo, y por esto le he hablado y le hablo, y espero que la mera curiosidad, si la he suscitado, no le perjudicará.

Pero para hablar ahora de mí (porque me censuraría usted por un pliego de pura especulación enviado tan lejos), aquí continúo, como Rub Roy en el presente de Glas-

gow, *fiel al puesto*; sumamente ocupado en un trabajo que no me será de ninguna utilidad desde ciertos puntos de vista; bastante mal de salud y de nervios, y sin vislumbrar, en parte alguna de mi horizonte, nada que se parezca a una aurora. El *Collar de la Reina* no se ha impreso, pero se imprimirá en cuanto esté terminada mi *Revolución francesa*, la cual, por lo demás, marcha con una lentitud que llenará de piedad la compasiva alma de usted. Soy de parecer ahora de escribir tres volúmenes pequeños, y he terminado uno. Es (dados mi hígado y mis nervios) la más terrible labor que haya emprendido nunca; ¡es todo tan inexacto, tan superficial, tan vago, en los innumerables libros que consulto! Y sin exactitud por lo menos, ¿qué otra cualidad se puede pretender? Añada usted a esto que no espero nada de este trato, sino el librarme de él; no puedo razonablemente esperar nada de ninguna de las clases de nuestra sociedad, si no es, en el caso más probable, ser censurado y maltratado, o bien completamente desdeñado, sin ninguna mención ni comentario, excepto del librero, que perderá en ello su tinta. La única esperanza no se verá defraudada, sin embargo: si Dios me presta vida, me habré descargado de ese trabajo; es preciso que escriba la *Historia del Sawenlotismo*, el fenómeno más significativo que haya encontrado desde la época de las Cruzadas o desde más atrás; después de lo cual, habré cumplido mi misión. En cuanto al porvenir, pienso poco en él cuando estoy tan ocupado; pero frecuentemente tengo la impresión de que una cosa se hace indiscutible, a saber: que necesito buscar, para los años que puedan quedarme, otra profesión distinta de la literaria. Ciertamente, me digo a menudo: si hay un hombre que vea el dedo de la Providencia mostrarle el camino, eres tú; la literatura no te dará pan ni un estómago para digerirlo; déjala, pues, en nombre del cielo, aunque tuvie-

ses que empuñar un azadón. En verdad, creo que la literatura casi está muerta actualmente en todas las partes de Europa, y que no se nos dará, durante quizá tres generaciones, sino Revolución famélica y Radicalismo; no veo cómo un hombre, en Inglaterra, por lo menos, puede vivir honradamente escribiendo en otro dialecto que ese; de suerte que si usted decide no vivir por medios deshonorosos, convendrá que mire usted muchas cosas bien de frente y se asegure con exactitud de lo que son. Sufro también horriblemente con la existencia solitaria que he llevado todos estos últimos tiempos; he llegado a experimentar como una pasión por hallarme en medio de mis hermanos. ¿Y qué hacer? ¡Ay! El Radicalismo no me interesa un pitoche, y hasta no veo en él sino una miserable necesidad, que no me va; mientras que el Conservadorismo, no solamente no me va, sino que me parece falso; y sin embargo, son las dos grandes categorías en las que debe clasificarse en Inglaterra toda actividad espiritual que considere una posibilidad de remuneración. Por consiguiente, paseo mis miradas por un raro torbellino de cosas, y no pido a Dios sino que ajuste mis fuerzas a la longitud de mi jornada. ¿Qué resultará de todo esto? Es completamente inseguro. Porque también tengo recursos. Los de Londres se hallan lejos de estar agotados; tengo un excelente hermano que me invita a ir a descansar en Roma con él, un excelente amigo (que usted conoce) que me abre la puerta de un nuevo mundo occidental. En fin, vamos a continuar reflexionando e interrogándonos por lo menos hasta que el libro esté terminado. ¿Le interesan todas estas cuestiones? Sé que sí.

En cuanto a América y a las conferencias, es cosa en la que pienso a veces, pero nunca muy seriamente hasta ahora. La afirmación de ese amigo de usted, a saber: que vuestras gentes son más fáciles de persuadir, en el senti-

do de que no tienen Cuestión de las Tasas, etc., es plausible, la comprendo sin dificultad. Pero, esto aparte, me representaría América sobre todo como una nueva Inglaterra mercantil, provista de una despensa mejor provista, poco diferente en más o en menos. El mismo espíritu de empresa, insaciable, de una inquietud casi aterradora, dirigida (¡ay!) a la adquisición del dinero o de un valor representativo del dinero; es decir, una alimentación cada vez más refinada, una notoriedad de advenedizos cada vez más elevada. Mas aún: ¿es que esos advenedizos no son necesariamente advenedizos de dinero, de un matiz peor aún que los de dinero y árbol genealógico? ¿O bien no son peores, sino sencillamente más toscos? ¿O bien después de todo son mejores? En todo caso, los nuestros están en camino de identificarse rápidamente con aquéllos, porque lo de la genealogía casi ha desaparecido por completo. Ganad dinero y haced que no os cuelguen: he aquí, poco más o menos, casi toda la Ley, la primera y la segunda Tablas. Ve usted, pues, que desde que pusiera el pie en el suelo de América, no estaría en Utopia, sino en un pedazo de tierra bien definido, en el que hay que esperar encontrarse tales cosas y no tales otras.

Puedo decir, de otra parte, que la conferencia (o más bien yo preferiría que fuese una charla) es una cosa a la que siempre he tenido cierta inclinación. Me parece que realmente podría *nadar* en ese elemento, una vez lanzado a él, que en realidad desarrollaría en mí diversas cosas que luchan violentamente por su desarrollo. Lo que más me falta para semejante empresa puede usted adivinarlo, es una *rúbrica*, un título que autorice mi discurso. ¡Si alguien pudiera nombrarme profesor de la ciencia de *Tenfelsdröckh!* «De las cosas en general.» Discurrir acerca de los poetas y la Poesía con el estilo de Hazlitt, o decir vulgaridades sobre el Espíritu de nuestra época, sería muy

poco edificante; no se sabe qué nombre tomar. No es dudoso, sin embargo, que si el hijo hubiera nacido, se le encontraría un nombre; por esto le ruego seriamente que piense en el asunto y me dé lo más sumariamente posible un plan. Cuántas conferencias, en cuáles poblaciones, los gastos probables, el producto neto probable, la estación, etcétera, etc.; todo lo que pueda usted suponer que desearía saber un hombre que lo ignora todo. Me gustaría mucho visitar América, como otra parte cualquiera de mi país natal. Como usted ve, es muy posible que la cosa se haga; la dejaremos en suspenso, para complacernos en ella, hasta que el tiempo decida.

¿Quiere usted, querido amigo, escribirme muy pronto? Vea en mí un compañero de etapa, que le envía de camino un saludo cordial, y quisiera permanecer a la vista y al alcance de la voz de usted.

Suyo muy sinceramente,

T. CARLYLE

### EMERSON A CARLYLE

Concordia, 12 de Marzo de 1835.

Querido amigo: Me felicito de aprovechar la visita del señor Barizard para enviar a usted mis votos de paz y buena salud. El mejor augurio que, desde hace tiempo, haya iluminado mi reducido horizonte, es que una treintena a lo más de personas inteligentes comprenda y aprecie grandemente el *Sartor*. El doctor Channeisg me lo pidió el otro día, y luego he sabido que lo había leído con mucho interés. En mi primera visita a la ciudad iré a verle y mediré

su simpatía. Sé que no presta usted ni puede prestar gran atención a su genio. Posee el dón maravilloso de la elocuencia natural, cuya acción, por intensa que sea, está evidentemente limitada a la comunicación personal. Veo por mí mismo que sus escritos, hecha abstracción de su voz, pueden parecer flojos y lánguidos. Pero ríndale, le ruego, homenaje a su catolicidad, que le hace ser capaz a su edad de gustar el *Sartor*, aunque haya nacido y envejecido entre los libros viejos. Además, no pudo dormir en toda la noche, dijo la semana última a mi amigo, por haberse enterado, por la tarde, de que algunos jóvenes se proponían publicar un periódico, al que llamarían el *Transcendentalista*, y del que harían el órgano de una filosofía espiritualista. He aquí nuestras últimas noticias del día.

Pero me resta cumplir un encargo. Algunos de nuestros amigos de aquí desearían vivamente que el señor Frazer mandase a un librero local cincuenta o cien ejemplares del *Sartor*. Necesitamos grandemente ese número de volúmenes; se venderían en seguida. Si tuviéramos la seguridad de que encontrasen compradores doscientos o trescientos, los reimprimiríamos desde ahora. Pero juzgamos preferible satisfacer primeramente a los que sabemos que son aficionados, y cuando hayan ensanchado la clientela, reproducirlo, naturalizado yankee. Nuestros amigos de Tenfelsdröckh están llenos de entusiasmo. A su lado yo soy un témpano de hielo. Piensan que es preciso que Inglaterra esté ciega y sorda para que el profesor no produzca más impresión de la que parece por el momento. En cuanto a mí, al mismo tiempo de formular los más cordiales votos por la fama de Tomás Carlyle, me dedico sobre todo a que se aprovechen de las virtudes medicinales de su libro mis jóvenes vecinos. Las buenas gentes piensan que alaba a Goethe con exceso. En este punto le aban-

dono a los descontentos. Sin embargo, los invito a considerar el sentimiento moral de él, siempre despierto, y el que a otro cualquier moralista le ocurre, dormitar de vez en cuando, dejándose llevar a la complacencia, a la tradición, mientras que este hombre no cesa de estar al lado de la equidad y de la Humanidad. Lamento por usted, mi discreto amigo, que no pueda aportarnos su desdeñosa denegación de las justificaciones puritanas que presento en su favor, pero preciso es que toda criatura y todo levita siga su ley.

No vaya usted a suponer, sin embargo, que le perjudico en su lejano dominio con un exceso de celo alabatorio. Todo sufragio que obtiene hasta aquí es de usted con título legítimo. No se ha sorprendido con artificios la admiración de nadie, y se ha conquistado usted unos amigos que le mostraré con orgullo, y entre ellos un número respetable de mujeres dignas. ¿No puede usted renovar y confirmar su proposición de presentarse en este continente? ¡Ah, si pudiera conferir á lo que me dice usted acerca de ello el poder de un oráculo! Dentro de unos meses, a lo sumo, Dios mediante, tendré una mujer, una casa y un hogar que me permitirán devolverle su hospitalidad de antaño. Y si yo pudiera decidir a mi profeta y a mi profetisa que iluminasen e inmortalizaran mi cabaña e hiciesen de ella una ventana por la que, durante todo un estío, contemplaran una campiña que Colón, Berkeley y La Fayette no desdeñaron sembrar, mi sol sería más brillante y la vida me prometería algo mejor que la paz.

Hay una parte de la Etica—o en la clasificación de Schleiermacher podría ser de la Física—que me atrae sobre todas, a saber: las compensaciones del Universo, la igualdad y la coexistencia de la acción y de la reacción, que todas las demandas son atendidas, que todas las deudas se pagan. Y la sapiencia en la acción con que el gran

Todo, en su marcha continua, trabaja sin residuos, sin dejar escamochos, consumiendo su humo, hallará, así lo espero, un capítulo en la tesis de usted.

Digo antes que nosotros aspiraríamos a poseer, en Boston, una obra sobre la Filosofía primera. Lo espero o más bien, lo deseo. Los que están a la cabeza de esto disputan sobre el nombre. No tengo la menor duda del buen éxito, si los materiales que deben informar aquélla existiesen. A través del entendimiento más obtuso, la razón se precipitará inmediatamente para entrar en relación con la verdad, que es su objeto, en cualquier momento que ésta aparezca. Pero ¡cuán rara es la producción del puro amante! La fe y el amor, en las almas mejores, tienen una tendencia a ser espasmódicas. Los hombres viven al borde de misterios y armonías, en los que, sin embargo, no penetran nunca, y, con la mano en el pestillo de la puerta, mueren afuera. Exceptuando siempre a mi maravilloso profesor, el cual, entre nuestros contemporáneos, ha lanzado a la circulación algunas verdades memorables. Viva pues, y regocíjese, y trabaje, amigo mío, y que Dios le asista, para provecho de muchos más hombres que no verán los ojos mortales de usted. Esfuércese especialmente, con una fe siempre rejuvenecida y jamás cansada, en traernos de su Sinaí una relación más elevada y más verídica todavía del Espíritu que allí habita y que crea todas las cosas.

Crea en mi afecto y mi respeto.

R. W. EMERSON :

## EMERSON A CARLYLE

Concordia, 30 de Abril de 1835.

Querido amigo: El 20 del corriente recibí su carta del 3 de Febrero... y me ha producido alternativamente tristeza y alegría. Me asombra lo que me dice usted del estado de su público inglés — del que lee, — sin comprender nada, y confiante escepticismo en lo que concierne a los hechos... Oigo a mi Profeta deplorar, como lo hicieron sus antecesores, el que sus ciudadanos sean sordos de oído y sordos de corazón, y amenaza con cerrar sus labios; pero, afortunadamente, no es de esto más capaz que los otros. Es preciso que la palabra del Señor encuentre su expresión. Pero no lamentaré demasiado que discrepen de opinión, usted y el pueblo inglés, si esa apatía o antipatía puede en cierta medida determinarle a venir a visitar América. Constituye esto para mí una esperanza tan agradable, que no he pensado en ninguna otra cosa en toda la semana última, y que habiendo conferenciado con algunos amigos, me esforzaré, atendiendo a lo que me pide usted, en darle un resumen de nuestras posibilidades, sin dejarme llevar de mi inclinación por el aspecto favorable.

La pintura que hace usted de América es bastante fiel; sin embargo, hay en Boston algún gusto sincero por la literatura y bastante respeto tradicional por ella. En estos últimos inviernos hemos tenido diversas series de conferencias, científicas, políticas, varias, y hasta algunas de pura literatura, que han sido bien seguidas. Algunas conferencias sobre Shakespeare han obtenido un lleno, y yo

mismo he hallado mucha benevolencia en las conferencias biográficas, dadas el último invierno, y en las que me proponía estudiar o caracterizar a Lutero, Miguel Angel, Milton, Jorge Fox, Burke, etc...

En la opinión de muchos amigos, cuyo juicio estimo que una persona tan calificada para ganar el oído y la imaginación de nuestro mundo como el autor de la *Vida de Schiller*, el crítico de *Edinburg* y *Foreign Reviews*, y sobre todo el honorable Tenfelsdrökh, el amigo personal de Goethe, triunfaría, por lo menos durante un curso, de toda oposición, y atraería la atención general sobre cualquier asunto que le pluguiese elegir, y prescindiendo por completo del mérito de sus conferencias por la virtud de tantos títulos.

Pero el asunto, dice usted, no se precisa todavía. Mientras que él se encuentra «en camino de convertirse en un dios», diremos, sencillamente los que esperamos, que sabemos aquí lo suficiente respecto a Goethe y Schiller para que nos interese, en cierta medida, la literatura alemana. Un respetable alemán establecido aquí, el doctor Follen, ha dado conferencias sobre Schiller ante un buen auditorio. Estoy completamente seguro de que ahora el nombre de Goethe estimularía la curiosidad en muchas personas. Sobre la literatura inglesa, una clase mucho más numerosa tendría alguna preparación. Pero, cualesquiera que fuesen los asuntos que usted pudiera elegir, no necesito decirle que habrá que reservarle en ello libre vuelo para sus dones de narrador y de pintor, así como toda posibilidad de desarrollo para la elocuencia de su sentimiento moral. ¡Qué «sermones laicos» podría usted predicarnos!, o bien me parece que unas «Conferencias sobre Europa» serían un mar bastante ancho para que pudiese usted nadar en él. La única condición sobre la que nuestro oído adolescente insiste es que el inglés, tal

como se habla entre gentes sin cultura, sea el intermediario entre nuestro preceptor y nuestro tímpano.

«Ese señor está seguro del triunfo para un invierno, pero no en seguida», dicen los que habian conmigo. Esto, aun sin suponer ningún mérito extraordinario en las conferencias y teniendo en cuenta solamente su cualidad de hombre del día. Sea como fuere, se sugerirá que si el señor Carlyle quisiera tomar la dirección de un periódico, del que hemos hablado mucho, pero que todavía no hemos publicado, nos prestaría un señalado servicio, y tenemos la esperanza de que el tal periódico podría desarrollarse lo suficiente para asegurar la subsistencia de usted. Este es el proyecto de que hablé en una carta remitida a usted por el Sr. Barnard, de una revista que se llamaría el *Trascendentalista* o el *Investigador espiritual*, o algo por el estilo... Usted podría (si bien ignore las leyes concernientes a la propiedad literaria) reunir algunos de sus propios escritos y reimprimirlos aquí. Pienso que ahora *Sartor* se vendería aquí seguramente. Hace mucho tiempo que se han reimpresso aquí su *Vida de Schiller* y su *Wilhem Meister*. En el peor caso, si nosotros le desagradásemos por completo, y si prefiriese usted la Antigua a la Nueva Inglaterra, podría usted reflexionar sobre la proposición de un hombre que sabe que el Niágara le renovará una provisión de salud, y que se cubrirán todos los gastos publicando en Inglaterra un libro de viajes por América.

Deseo que sepa que no contamos para su triunfo con el hecho de que fuera usted ya conocido de las gentes ricas de aquí; no lo es usted. Nunca se ha publicado nada de usted que le designase con su nombre. Pero el doctor Chaning le lee y le estima. Es un hecho significativo para nuestro proyecto. Varios miembros del clero, los señores Fotheringam, Ripley, Francis, hombres todos de es-



tudio y espiritualistas (algunos, desgraciadamente, que forman entre los unitarios) quieren a usted cordialmente y pondrán a su servicio una actividad decidida. El señor Frothingam, hombre dignísimo y perfecto, más semejante a Erasmo que a Lutero, me decía el otro día al despedirse: «No podría usted expresar en términos demasiado hiperbólicos mi deseo de que venga.» Jorge Ripley, al enterarse, por la carta que me escribió usted, de que nadie en Inglaterra se había hecho eco de *Sartor*, ha escrito a usted una carta de las más deferentes, que a fuerza de empeños he hecho que me lea, aunque pretendiese que no había en ella más que un paso de lo sublime a lo ridículo. Aun pensando que su carta no daba la medida de él, excepto desde el punto de vista del sentimiento, le he rogado que se la mande a usted, o bien otra, y dice que lo hará. Es un joven muy bien dotado, aunque no lo pareciese por su carta. Me dijo que no dejaría de proporcionar a usted muchos oyentes, y que podría usted contar con su más decidido apoyo. El Dr. Bradford, un médico, tiene buenas esperanzas. El Sr. Loring, un abogado, me ha dicho: «Invite usted a los señores de Carlyle a pasar en mi casa un par de meses (le aseguré que en esto era yo demasiado egoísta), y si nuestras gentes—añadió—son incapaces de descubrir su valor, estoy dispuesto a suscribirme con otros para indemnizarle de todos sus gastos de viaje hasta aquí.»

El señor Hedge ha prometido más de lo que hubiera debido. Hay, además, otras varias personas que conozco y que se interesan vivamente por el asunto. Me he enterado el otro día de que el señor Furness, un excelente pastor muy popular en Filadelfia, en cuya casa estaba pasando unos días la señorita Martineau, «la alimentaba de *Sartor*». Y alguna de las mujeres más distinguidas que conozco aquí son para usted unas amigas muy fer-

vorosas y completamente de la opinión de la señora de Carlyle cuando afirma que los libros de usted han de triunfar.

Por otra parte, no tengo duda alguna de que forzosamente encontrará usted alguna oposición. Andrés Norton, uno de nuestros mejores ingenios, en otro tiempo profesor de Teología y crítico temible, que vive en Cambridge de las rentas de una rica propiedad, se niega friamente a publicar el artículo sobre Diderot en un *select journal*, de qué es director, diciendo: «¡Un artículo más de la escuela de Tenfelsdröckh!» La Universidad quizá, y temo que muchos conservadores en materia de literatura y de religión, le harán una oposición decidida e irán a buscar, para derribarle, cuantas excentricidades de usted se puedan encontrar en su artículo necrológico de Goethe y en el *Sartor*. Y, sin embargo, no estoy completamente seguro de que fuera así. Si tenemos de nuestro lado una corriente favorable, barreríamos toda la inercia que es la única fuerza de esos señores, exceptuando a Norton. Si puede usted querer a los calvinistas, no tendrá que sufrir de la antipatía que siente por los unitarios. Si tiene usted en su parroquia nativa algunas relaciones de amistad, no deje usted de traer una carta de un calvinista escocés para un calvinista de aquí, y tiene usted el triunfo asegurado. ¡Pero esto sería demasiado hermoso para que se realizara!

Puesto que las cosas están así, ¿no podría usted, querido amigo, concluir su nuevo libro y pasar el agua en Setiembre o en Octubre para hacer el experimento de un invierno en América?... Estoy celoso de ese nuevo libro. Temo que su éxito haga fracasar mi proyecto.

Muy afectuosamente suyo,

R. W. EMERSON

## CARLYLE A EMERSON

5. Cheyne-Row, Chelsea, Londres,  
13 de Mayo de 1835.

Gracias, mi buen amigo, por las nuevas noticias que me envía... No podía usted darnos una más agradable que la de su próxima boda. No es nada bueno que el hombre esté solo; y ciertamente, los dioses benéficos, al crear a Eva, nos han preservado generosamente de ese peligro. ¡Bendita sea la nueva fase de su vida! Me complazco en profetizarle días apacibles, no vacíos, sino más bien llenos de esa actividad más tranquila, que es la mejor. Sírvase presentar a la que será, o quizá ya es, la señora de Emerson, los sinceros votos de dos amigos ingleses que todavía no la han visto con sus ojos, pero cuyos pensamientos no han de ser por ello necesariamente extraños al hogar que le crea a usted. Y he aquí que también nos hace usted la más cortés invitación; ¡quién sabe si algún día nos encontraremos realmente en el deber de aceptarla! Que por el momento sea esto, flotando sobre nosotros, uno de nuestros más amables asuntos de ensueño, brillante con dulce brillo, una imposible posibilidad. ¡Que todo le sonría a usted, mi digno compatriota, pariente y hermano!

La sorprendente acogida hecha a Tenfelsdröckh en ese círculo de la Nueva Inglaterra, me parece no sólo sorprendente, sino sospechosa; no, sin embargo, porque haya motivo para quejarse. Puedo decir, por lo demás, que si la copa de la Nueva Inglaterra es de un peligroso

dulzor, hay aquí en la Antigua Inglaterra oleadas enteras de bebida amarga con la que puede venir a mezclarse y producir todo el buen efecto de que es susceptible. Los jóvenes de ahí, dado que toda exageración es pasajera y que el amor exagerado es en sí mismo casi un bien, se las arreglarán sin daño. En cuanto a Fraser, la idea de una nueva edición le espanta, o más bien la encuentra risible, inconcebible. Nadie le ha pedido un *Sartor*; en todo su extraño mundo de libelistas torfes, de cadetes conservadores, de bodoques de Regent-Street, de jugadores de Crockford, de noticieros ebrios y en todo su amasijo de gentes sucias de diversas categorías (que el ácido azótico no podrían limpiar), no hay un alma que haya expresado el menor deseo de ese género. Esta sola idea le hace estremecerse. En consecuencia, he obtenido de él esos cuatro ejemplares; es todo lo que consiente en dar, y yo no puedo hacer más. Tómelos con mi bendición. Le ruego que dé uno a la más digna de esas dignas mujeres de que me ha hablado. Dígale que su imagen desconocida, cuando lea el libro, será para mí una visión luminosa y sin tacha, tejida por rayos de sol, visión digna de amor y de culto, la más perfecta de todas las mujeres trasatlánticas. En todo caso, para usar de un estilo más adecuado a los negocios, presente mis homenajes respetuosos al Dr. Channing, al que ciertamente no esperaba tener por lector, o por lo menos a quien creía que había de ser un lector enojado y hostil, porque pensaba que la tolerancia tiene sus límites. Conocía y honraba su largo y sincero esfuerzo hacia todo lo mejor que exista; el que se halle dispuesto a dejarme proseguir ahí mi propio camino, deseándome un buen éxito, es seguramente una cosa que nos honra a los dos.

En fin, en favor del mundo británico (que no todo él está encerrado en la tienda de Frasen), he de decirle que

varias personas, y algunas en un lenguaje que no deja ninguna duda, han expresado individualmente su aprobación de mi pobre *Rapsodia*, lo mejor que el pobre Doctor en Trajes podía producir en estas circunstancias; hay también Decanos de la Iglesia presbiteriana que la leen, y me envían las gracias. Tan en lo cierto está usted cuando habla de la receptividad de todos los corazones que han permanecido sencillos para lo que se les dirige desde el fondo del corazón. ¿Responde así la expresión de un rostro a la de otro? Hermano, si quieres que crea, empieza por creer tú mismo; esto es tan cierto como el *flere et dolendum*, más cierto todavía. ¿No tengo motivos, bien considerado todo, para pensar que he realizado mi tarea de una manera bastante satisfactoria? Elevemos al cielo acciones de gracias, y continuemos, en suma, mientras que conservemos fuerzas.

Su *Trascendentalista*, de Boston, cualesquiera que deban ser su suerte y su mérito, es ciertamente un síntoma interesante. Debe haber ahí, en esa parroquia trasoceánica, cosas que no nos imaginamos. Mis votos cordiales acompañarán a esa empresa, y la saludarán como el signo precursor de cosas mejores. Lo Visible, si no se apoya en lo Invisible, se convierte en lo Bestial. Necesitamos abrirnos un camino difícil (y dejar rezagadas a generaciones enteras) para que al fin el Trascendentalismo se despliegue, si lo interpreto bien, como la entanasia de la metafísica en general. ¡Quiera el cielo que sea pronto y bien! Abrirás tus ojos, ¡oh hijo de Adán! *Verás*, en vez de continuar eternamente la jerga sobre las *leyes* de la óptica y la fabricación de anteojos. Por mi parte, me felicito de experimentar como la impresión de mandar a paseo innumerables pares de anteojos, y espero que algún día *veré* realmente una cosa o dos. El hombre *vive* por la creencia (como está justamente escrito en los tiempos antiguos);

por la lógica, puede a lo sumo aspirar a vivir. ¡Oh! Estoy terriblemente infestado de lógica aquí, y a menudo, en mi impaciencia, desearía poseer, para aplicarla un poco, la escoba de destrucción.

«¿Por qué? ¿Y con qué fin? ¡Ah, Dios mío, *por qué!*

No preguntes por qué, *puesto que* ese es asunto tuyo.»

Desde mi última carta (que me parece remontarse a unos tres meses) he sido víctima de un gran contratiempo, creo que del más triste de los accidentes que haya sufrido nunca. Gracias a continuos esfuerzos durante largas y duras semanas, había terminado de manera bastante satisfactoria el primer tomo de mi miserable *Revolución francesa*; desprendido de contradicciones infinitas, emergía yo bastante bien y me parecía que podría continuar escribiendo mi pobre libro, desafiando al diablo y al mundo, con cierto grado de seguridad y hasta de contento. Un amigo—un bueno, pero descuidado amigo—me tomó el volumen manuscrito, con intención de consagrarle algunas notas, cosa por completo de su competencia. Una noche—hace unos dos meses—se nos presentó inopinadamente, con la desesperación pintada en sus facciones; el manuscrito, dejado descuidadamente en cualquier lugar, había sido roto como papel inservible, y todo él había desaparecido por completo, a excepción de tres o cuatro pedazos. No pude lamentarme, porque el pobre hombre tenía todo el aspecto de querer levantarse la tapa de los sesos; tuvimos que contenernos y aparecer tranquilos; lo que, afortunadamente, aunque difícil, no era imposible. Volví a empezar por el principio; jamás puse la mano en una tarea así, semejante a una pesadilla abrumadora, que me puso en estos dos últimos meses del color del azafrán y en un estado próximo a la desesperación, hasta el punto de que

hace cuatro días, advirtiéndome que me encontraba como un hombre que nadase en un elemento que se rarificaba sin cesar para reducirse finalmente al vacío absoluto (representé esto), hice un nuevo esfuerzo de abnegación, y encerré bajo llave todas las cuartillas, diciéndome: en tal estado de espíritu no adelantarás, no escribirás nada que no debas borrar; déjalo todo por una semana, y el manuscrito se encuentra bien encerrado. He digerido toda esta miseria. Me digo: pues bien; si no eres capaz de escribir esa obra, no la escribas; nada perderá por ello el Universo divino. Mi creencia en una Providencia especial se hace de año en año más fuerte, invencible, inexpugnable; sin embargo, usted que ve en medio de qué furioso amontonamiento de dificultades lucho, me compadecerá. Por lo menos, voy a tratar de eliminar del combate el agotamiento físico (y Diana, representada aquí por la bilis). Por favor divino, pueda ser que escriba pronto el libro; pero comprendo que no será posible con el solo ataque de frente, sino únicamente con métodos indirectos y más suaves.

Tengo otras muchas cosas que escribir; a menudo me parece que con un año de salud y de paz podría realizar algo considerable, cuya imagen vaga y poderosa flota en mi cerebro. Ese año de salud y de paz Dios me lo dará, si lo juzga bueno, o me privará de él, como mejor plazca a su sabiduría.

Resido y nado, desde pronto hará un año, en este Maelstrom universal, que es Londres, a costa de muchas penalidades, las cuales, sin embargo—y ello es más que una compensación,—me hacen pensar mucho. Hasta ahora no hay salida; nada más que confusión, tinieblas, innumerables cosas a las que hay que oponer una frente de acero. La locura gobierna al mundo, como lo ha hecho, de una manera general. No se puede, desgraciadamente,

decirle sin daño: «Reina, pues.» Y, sin embargo, preciso es decirlo. De todos modos, dentro de dos meses espero a mi hermano, que vuelve de Italia (un buen muchacho, que me es de una gran ayuda); iremos entonces a Escocia en busca de un poco de salud y reponernos. Nada me saldrá bien hasta que no haya terminado este libro.

Sus libros americanos no me han llegado hasta hace unos días... He leído los artículos que usted había señalado. Sincero esfuerzo: quiera el cielo hacerle prosperar.

En nuestro pobre país todo está sumido en el caos estéril de la política; los ministerios caen y se alzan en un santiamén; todas las cosas (un horrible sustrato «de ignorancia y de hambre» hirviendo y latiendo bajo ellas) parecen marchar en un rápido progreso hacia la disolución. Pronto se oirá hablar de Inglaterra; muchas cosas han llegado a su término; el Destino del pie cojo las ha alcanzado; el juicio está próximo. ¡Qué suerte es la de usted, en un país en que (cualquiera que sea la jerga que se oiga en Washington) el pobre (no gobernado, libre de gobernarse a sí mismo) puede, con el hacha al hombro, irse a las selvas del Oeste, seguro de encontrar en ellas una tierra nutridora y la bóveda del cielo! Es verdaderamente la puerta de la Esperanza para la Europa acorralada, a la que sin esto vería hundirse en negras tinieblas.

Desearía tener algo que enviarle aparte de estos cuatro pobres volúmenes, pero temo que no hay nada. Nuestro ex-canciller ha publicado contra la aristocracia unos lugares comunes (que toman una significación de novedad cuando es Su Señoría, con su peluca y su sombrero de lord, quien los expresa), y de los que la alta sociedad está terriblemente escandalizada. En literatura, con excepción de un volumen anunciado o aparecido de Wordsworth (pero que no conozco todavía), no se produce nada que sea digno de mención. ¿Le he dicho a usted que vi a

Wordsworth este invierno? Dos veces y largamente, casi sin desilusión. Es un hombre *natural* (lo que aquí y en estos momentos tiene una significación enorme); diríase un manantial del que no mana más que un brebaje sano, aunque (es una impresión de la que no he podido prescindir) en cantidad pequeña y extraordinariamente diluído. Jamás he oído a ningún hombre más franca expresión de simples habladurías y hasta de vulgaridades; jamás, por lo menos, por parte de ningún hombre al que pueda honrar por haberlas dicho. Me felicito de que poseamos a Wordsworth, de igual suerte que en medio de espesas tinieblas, incesantemente surcadas por cohetes y relámpagos, se felicitaría uno de poseer la menor bujía que diese una luz clara. He visto también a Southey; es un hombre mucho más ingenioso en la conversación y, sin embargo, mucho menos grande. Tiene modales clericales que le han llegado a ser una segunda naturaleza; es preciso tomarle tal como es.

He aquí que he llenado el segundo pliego. Es necesario que no me aventure a empezar otro. Dios le guarde, mi digno amigo, a usted y a la que ha de ser suya. Mi mujer le envía también por encima del mar sus deseos más cordiales y sus sentimientos de simpatía. Tal vez algún día nos reuniremos todos aquí o allí.

Siempre fielmente suyo,

T. CARLYLE

## CARLYLE A EMERSON

Chelsea, Londres, 27 de Junio de 1835.

Tengo entre las manos, desde hace cuatro semanas, su amabilísima carta, objeto de una meditación prolongada que no ha podido resolverse todavía en algo que se parezca a una conclusión práctica determinada. Sólo hay una cosa clara: que usted, mi querido amigo, es realmente bueno para mí; que la Nueva Inglaterra es mi patria y mi hogar, tanto cómo la Antigua. Es una cosa a la vez muy singular y muy agradable para mí la impresión de tener una casa en ese país lejano; tantas leguas y tantos grados geográficos de una mar infecunda, furiosamente atormentada, y allí, al llegar, el hogar hospitalario y las sonrisas de los hermanos que esperan. ¡Qué maravilloso «tejido» han hecho de nuestra vida los ferrocarriles, los vapores y las prensas de imprenta! Se pasa, sin darse cuenta, del mal y de la confusión de un hemisferio, al orden y al bien que reinan en el otro; y así la vida se desarrolla, ruidosa, infinita, con ese «sonoro telar del tiempo», siempre tan maravillosa como el primer día. A Raph Waldo Emerson, y a los que me quieren con él, gracias mientras tanto y siempre, y que les está asegurado un lugar en el santuario de mi alma. Por mucho tiempo conservaremos el recuerdo de aquel domingo de otoño que le vió a usted desembarcar (procedente del espacio infinito) en nuestro desierto de Craigenputtock, para dejarnos tales como nos había encontrado. Mi mujer dice que cualquiera que sea mi decisión, nunca le daré a usted bastantes cordiales gracias, lo que ciertamente es una sanísima

doctrina. Escribo, pues, para decírselo, añadiendo que tendrá usted noticias mías cuando se presente algo que contarle.

Me parece casi seguro que una vez bien lanzado, podría predicar desde lo alto de esa cátedra de Boston, tal cual es, una cantidad considerable de cosas. Si fuera así, ¡qué inexpresable alivio sería también! De todo el amontonamiento de males bajo los que gemimos en esta vida, el que es centro y origen de todos, lo he dicho a menudo, es no poder encontrar un medio de expresión. La pobre alma lucha, buscando por todos los rincones de la tierra un sitio por donde abrirse paso; y no puede desempeñar su mensaje, ni siquiera como la voz podría hacerlo. Apriionada, encantada, como aquel príncipe de Arabia del que la mitad del cuerpo era de mármol, es realmente penoso. Luego, el sufrimiento físico viene a aumentar la angustia. Hasta que al fin, lo supongo, se levanta uno, como Elifaz el Temanita, para declarar que el corazón estalla (como si estuviera lleno de ácido carbónico y de vino nuevo), que por favor divino *se quiere* decir una palabra o dos. ¡Ojalá que hubiese llegado a esto, suponiendo que debiera llegar!

En resumen, pienso que hay probabilidad para que un día u otro vaya a verle allí, pero que por este invierno haría mejor en no ir. Mi expedición a Londres no está todavía decidida; he empezado aquí un cierto número de relaciones y arreglos que sería inconveniente interrumpir tan bruscamente. Mi miserable libro (aunque no fuese más que él) me ocasiona toda suerte de trabas. Lo mejor sería arrojarle de una vez al fuego; pero me cuesta hacerlo. De otra parte, me es imposible por el momento terminarle, y ni siquiera trabajar en él. ¿Qué hacer? En cuanto llegue mi hermano, nos volveremos todos a Escocia por unas semanas; y allí, en el retiro, en la calma

que encontraré ó acondicionaré, dispondremos el plan de este invierno. Le escribiré entonces y, así lo espero, algo más razonable de lo que le escribo ahora. Desde hace cosa de un mes, voy y vengo, completamente *ocioso*; imagínese esto, y no tendré necesidad de decirle más. La máquina extremada se negaba a continuar funcionando; tras una lucha espasmódica, vino el relajamiento. El incendio del desdichado manuscrito me ha afectado penosamente, a la verdad. Sin embargo, también esto se aclarará y se revelará como un *favor* de las Potencias superiores; adelante, desde mañana, hacia campos nuevos y pastos ignorados. Este monstruoso Londres me ha enseñado diferentes cosas, en el transcurso del año último; porque si su *Sabiduría* es lo menos edificante que se haya nunca llamado con tal nombre, su *Locura* abunda en lecciones que se deberían aprender. Tengo la impresión (con mi manuscrito quemado) de ser vencido en esta campaña, pero sin haber perdido por completo el humor. Como decía el gran Federico, cuando la batalla le era desfavorable: «Otra vez lo haremos mejor.»

En cuanto a la Literatura, la Política y los múltiples aspectos de nuestra existencia aquí, no espere que le diga una sola palabra. Somos un pueblo singular, dentro de una situación singular. Hace pocos días, en una de esas asambleas fenomenales llamadas *raouts*, a la que habíamos ido para ver la fisonomía de O'Connell y consortes (la Sala era una cola de pavo real con Damas en muselina de blonda y Parlamentarios heroicos), una persona de la reunión «a distinguished female» (como las llamamos) hizo saber a mi mujer que O'Connell era el espíritu dominante de nuestra época. Pues bien; si así es, demos gracias al cielo por la dádiva—y disfrutemos de ella sin crítica. Tengo a menudo la penosa impresión de que muchas de las cosas de aquí marchan rápidamente hacia una

erisis, como si el reloj se hubiera descompuesto y marchara precipitadamente hasta pararse. El naufragio es cosa rápida; reconstruir es cosa larga y lenta. Afortunadamente, no es este nuestro oficio.

Siempre suyo,

T. CARLYLE

### EMERSON A CARLYLE

Concordia, 7 de Octubre de 1835.

Mi querido amigo: Dios mediante, no me ocurrirá que pasen seis semanas de esta corta vida sin contestar a una carta de usted. Recibí en Agosto la del mes de Junio, y sabiendo entonces que una dama—una mujercita con un gran corazón, la señora de Chil, a la que apenas conozco, pero a la que estimo mucho—estaba a punto de ir a Inglaterra (adonde es llamada para hacer propaganda en pro de la Sociedad africana o de abolición de la esclavitud), y que solicitaba una carta de recomendación para usted, aproveché la ocasión para decir a usted que su regalo había llegado y que le daría las gracias en cuanto me viese libre de tres asuntos urgentes. Supe después que dicha señora se había tenido que quedar varias veces en Nueva York y no había tomado el vapor. Hasta ayer no recibí la carta de usted, de Mayo, así como los cuatro ejemplares de *Sartor*, detenido todo en la aduana por un raro olvido, durante semanas, probablemente meses. No puedo permanecer más tiempo callado ante este enojoso contratiempo.

Los tres asuntos eran: una alocución académica, un

discurso histórico en ocasión del segundo centenario de nuestra pequeña ciudad de Concordia (la primera cosa que me aventuro a dar a la imprenta, y que le mandaré); el tercero, mi boda, que ya se ha celebrado felizmente.

Lamenté mucho el desastre que representó para usted la pérdida de su manuscrito. Mi hermano Carlos pretende que lo único que pudo hacer el amigo de usted en semejante caso era pegarse un tiro, y desea saber si lo ha hecho. Semejante contratiempo es de los que estimulan nuestra curiosidad respecto a la Providencia que vela sobre nosotros, y le felicito mucho por su fe y la resolución a que ha dado lugar. Seguramente ha recibido usted un consuelo muy viril, y le está permitido flaquear y descansar un mes o dos sobre la gloria de un tal esfuerzo. Estoy cierto de que antes de ese tiempo habrá usted reunido su creación entera en las secretas células en que nació, por primera vez, bajo los auspicios de todas las Musas. Crea, aunque esté desalentado, que usted, que estimula y cautiva a una juventud virtuosa, no puede escribir una línea en vano. Y ocúrranos lo que quiera en el porvenir inexorable, ¿qué cosa mejor que haber despertado en muchos hombres el sentido precioso de la belleza y aumentado el sentido de la virtud? Por esto es por lo que no hay que conceder un minuto—y usted no lo querrá—a los demonios de todos los atascaderos del desaliento y la apatía. Morir por haber nutrido los hogares de los demás sería grato, puesto que sería multiplicación y no muerte. Y, sin embargo, yo creo también en una inmortalidad más ortodoxa.

Recibo esta mañana, no puede ser con mayor oportunidad, una carta de Jorge Ripley, que me entera de que usted le ha escrito, y de que dice usted en cierto tono de confianza que vendrá el verano próximo. *Y poenn!* Me comunica también que Alejandro Everett (el hermano de

Eduardo) ha enviado a usted con una carta la amable noticia que acaba de aparecer en la *North American Review*. Espero que habrá usted recibido todo esto. Me ha alegrado mucho, porque ese hombre representa a un grupo al que yo soy extraño, y de cuyo afecto hacia usted podía dudar. Tiene usted que triunfar cuando Saúl es su profeta. Sé a la verdad que se puede oír predicar el *Sartor* en algunas de nuestras mejores cátedras y salas de conferencias. No vaya a pensar que hablo por mí mismo, porque profeso religiosamente un saludable horror del estilo germánico y reservo mi admiración todo el tiempo que me es posible. Pero ha terminado mi importancia. Porque desde que nuestros doctores en teología y la propia solemne *Revista* han roto el silencio para ensalzar a usted, he perdido todo mi lustre de heraldo de su obra.

He leído con interés lo que dice usted de los síntomas políticos que presenta Inglaterra. Desearía que nuestro país comprendiese mejor su felicidad. Pero el Gobierno se ha convertido en un comercio, y ya no se practica sino con arreglo a principios comerciales. Un hombre se lanza a la política para hacer fortuna, y no tiene otra preocupación que la de ver que el mundo dura tanto como él. Hemos tenido en diferentes regiones del país revueltas populares, una legislación y hasta una justicia popular que nos han revelado un estado social casi anárquico; de suerte que empiezo a creer que también aquí es prudente para todo hombre emanciparse cuanto pueda de toda dependencia de la sociedad, así como aprender a andar sin muletas, que no tardarán en quitarle, y formarse para sí los principios en que puede apoyarse, suceda lo que quiera...

R. W. E.

## EMERSON A CARLYLE

Concordia Mass, 8 de Abril de 1836.

Mi querido amigo: Estoy inquieto por no recibir noticias suyas. La última carta está fechada el 27 de Junio de 1835... Haga usted oírse al través de los espacios silenciosos. Muchos amigos me preguntan por usted, y es preciso que me envíe usted una línea acusándome el recibo de esta carta.

Adjunto una reimpresión del *Sartor*. La edición no es más que de 500 ejemplares, a razón de un dólar cada uno. Se han suscrito unos 150. No sé la acogida que obtendrá. No soy muy optimista, porque a menudo oigo o leo juicios sobre su estilo desagradables. Seguramente es muy raro, y, sin embargo, recientemente he leído uno de sus capítulos con el mayor gusto. Le envío también, con los saludos y afectos del Dr. Conning, un ejemplar de su librito, recientemente publicado, sobre nuestra gran cuestión local de la esclavitud... Si quiere usted a los que le quieren, escríbame pronto que no ocurre novedad en su casa. Mi mujer une al mío su saludo más amistoso para la suya y para usted.

Afectuosamente suyo,

R. WALDO EMERSON

He de añadir que el barón de Russell, un excelente joven que se prepara para las funciones de ingeniero, es el que ha iniciado la reimpresión de Tenfelsdröckh. Espero que verá usted esta vez una crítica americana mejor que la de la *North American*.

## CARLYLE A EMERSON

5, Cheyne-Row, Chelsea, Londres, 29 de Abril de 1836.

Mi querido Emerson: Barnard va a repasar el charco, y es preciso que no se vaya sin que le lleve a usted un rápido saludo. Desde hace varias semanas tengo a mi alcance la carta de usted; desde hace varias semanas no he dejado de sentir que merecía y reclamaba una respuesta afectuosa, pero ¡ay!, veía también que no podía darle ninguna. No puede usted figurarse el estado de espíritu en que me encuentro. Un solo pensamiento, ese libro, ese triste libro me ocupa sin cesar; a mi alrededor, en mí, hay un choque y una caída continuos de restos y ruidos de todo género; pero yo no tengo oídos para lo que se rompe y lo que crece, para el caos y el orden, para el mundo que me rodea, y no vivo sino para ese único asunto que me parece de una manera general uno de los más penosos que haya obsesionado nunca a un espíritu de hombre. Compádecase de mí. Es realmente triste, pero tendrá un fin. Unos meses más, y habrá terminado; y yo habré concluido con la Revolución francesa y con la Revolución y la revuelta en general, y una vez más pasearé una mirada libre sobre esta tierra, en la que hay otras cosas que no sean esas bajas obras mortíferas, cosas que son más de mi conveniencia, bajo el claro sol, sobre el materno seno verdaderamente (aunque el diablo tenga aquí su morada). Por el momento, verdaderamente, se diría una túnica de Neso esta desdichada empresa, cuya quemadura volvería loco; y además es también como una especie de armadura que haría invulnerable, insensible a todos los males.

He terminado el desdichado primer volumen (de la manera más penosa, después de grandes esfuerzos), en Octubre último; la cabeza me daba vueltas; huí a Escocia, al lado de mi madre para descansar un poco. En ninguna parte hay descanso para los hijos de Adán; todas las cosas tomaban a mis ojos en mi vieja tierra nativa un aspecto de fantasma. El mismo Hades no me hubiera parecido más extraño; también Anandales era una parte del reino del *Tiempo*. Desde Noviembre me he vuelto a poner de firme al trabajo; he empaquetado y lacrado, para no verle más, hace tres días, un segundo tomo. No queda más que el tercero; todavía un esfuerzo y luego... Me parece que entonces huiré a algún rincón muy apartado del mundo, y que permaneceré en él un año sin decir palabra. Mi espíritu está fatigado, mi cuerpo muy enfermo; un puntito negro danza de un lado para otro ante mi ojo izquierdo (una parte de la retina que protesta contra el hígado, y se declara en huelga). No puedo remediarlo; preciso es que mariposee y dance, como una señal de angustia, sin respuesta hasta que yo haya terminado. Mis amigos íntimos me dicen además que mi libro está lleno de defectos, que el estilo es difícil, etc., etc... Amigos míos, les digo, tenéis completa razón; pero tampoco esto, pongo el cielo por testigo, puedo remediarlo. Tal es la vida que llevo aquí; todo esto es lo que necesitaría escribirle, si escribiese.

Mientras tanto, no puedo decir que el monstruo enorme y ciego, que es nuestra ciudad, no tenga ninguna especie de encanto a mis ojos. Ella le ignora a uno, y se puede seguir el camino que se quiera sin que le importunen. En el fondo de vuestra alma protestáis contra ella, la desafiáis, hasta la despreciáis; pero no os veis forzados por esto a separaros de ella. Hay hombres interesantes a quienes les place aún vuestro pensamiento, si tiene algu-

na sinceridad; no le discuten con pasión, ni entre ellos ni con uno, ni tienen tiempo para ello; diré que hasta la tontería misma, en tan vasta escala, tiene algo impresionante, casi sublime; representase uno que los dioses mismos, según palabras de Schiller, luchan vanamente contra ella, se la ve descansando aquí sobre cimientos insondables, inerte, pero péptica, más aún, eupéptica; se comprende que es un *Hecho* en el mundo, no obstante las objeciones del espíritu especulativo. La cerveza negra, en cantidad suficiente para hacer flotar un navío de 74 cañones, se abisma en la garganta de los hombres y la onda de vida afluye ruidosamente, y nuestra Filosofía y Especulación no pueden oponer a esto sino unas pobres quejas chillonas, las cuales, en la mayor parte de los casos, sería tal vez más cuerdo omitir. De día en día honro a los *Hechos* cada vez más, y la teoría cada vez menos. Un hecho me parece que es una gran cosa; una proposición impresa, si no por Dios, cuando menos por el Diablo; ni Jeremy Benthan ni Lytton Bulwer han intervenido en esto.

Hay aquí dos o tres de las más bellas almas que haya conocido desde hace mucho tiempo; con ellas me siento menos solo; y, sin embargo, uno es un solitario, un extranjero y un peregrino aquí abajo. Estos amigos piensan generalmente que la Iglesia de Inglaterra no está muerta, sino adormecida; que las carrozas con sus dorados pueden llenarse de nuevo con una aristocracia viviente, en vez de sus simulacros. Preciso es que me calle en este punto como en otras muchas cosas. Coleridge es el padre de todos estos hombres. *¡Ay de mí!* (1).

Amigo mío, tengo que detenerme aquí. Perdóneme hasta que haya concluído el libro. ¿Puede usted tener la generosidad de escribirme *sin* respuesta? Si le es imposi-

---

(1) Subrayado y en castellano en el original.—*N. del T.*

ble, pues bien, contestaré. No me olvide. Mis afectos y los de mi mujer a su buena señora, al hermano de usted y a todos nuestros amigos. Dígame lo que hace, lo que ocurre en su mundo.

Adiós, mi querido amigo. Créame siempre suyo,

T. CARLYLE

### EMERSON A CARLYLE

Concordia, Mass., 17 Septiembre 1836.

Mi querido amigo: Espero que no medirá usted mi amistad por la lentitud de mis mensajes. Tengo pocas satisfacciones como la de recibir sus buenas y elocuentes cartas. Me resignaría muy difícilmente a verlas tan espaciadas, si no tuvieran siempre como un sabor de Eternidad, y no me prometiesen una amistad y una inspiración amistosa que no tienen por medida o límites ni los días ni los años. Su última carta, fechada en Abril, me ha encontrado de duelo, como la primera. He perdido a mi hermano Carlos, del que le he hablado, el amigo y el compañero de muchos años, el huésped de mi casa, un hombre notablemente dotado, nacido para hablar bien, y cuya conversación, en estos últimos años, ha tratado toda grave cuestión de humanidad y ha constituido mi pan cotidiano. Contaba yo de tal manera con sus luces, que no formábamos más que un solo hombre; porque nunca tenía yo necesidad de decir lo que su noble naturaleza le ponía en condiciones de hacer mucho mejor que yo. Iba a casarse este mes, y en los momentos de su enfermedad y de su muerte inesperada, estaba yo agrandando mi

casa para proporcionarle un albergue permanente. Habría deseado que le hubiera usted podido conocer. A los veintisiete años, la mejor vida no está todavía sino en estado de preparación. Había establecido los cimientos tan ampliamente, que se hubiera necesitado la edad madura del hombre para revelar el plan y las proporciones de su carácter. Subordinaba siempre una ventaja particular a una ventaja final y absoluta, de suerte que su vida fué una persecución silenciosa de todo lo que es grande y generoso. Pero ya le veré a usted algún día y hablaremos de él.

-No necesitamos más que dos o tres amigos; pero de éstos no podemos prescindir y nos sirven para cada uno de nuestros pensamientos. Paréceme que ahora debo cuidar más de las joyas que me quedan. Y pienso en usted a menudo con inquietud desde que la señora de Channing, a la expresión del gran placer que ha tenido en conocer a usted y a su familia—lo que llama el momento más feliz de su ausencia,—mezcla mucha aprensión respecto al inmoderado celo por el estudio que muestra usted. Tanto más me perturban estos temores, cuanto que sus cartas revelan una absorción completa por el trabajo, y sé que no hay en su temperamento una conveniente *compensación*. Temo que la Naturaleza no haya puesto en el organismo de usted bastante tierra firme para que no la desgaste la ola del espíritu. Le escribo para suplicarle que cuide de su salud. Usted pertenece a todos aquellos a los que encanta el alma y el corazón, y no debe usted tratar a su cuerpo como si fuera de usted. Si usted quisiera, amigo mío, venir aquí y permitirme cuidarle y atenderle en mi rincón de este vasto continente, le daría incesantes gracias, así como a Dios, y no dudo de proporcionarle en un trimestre buenos ojos, mejillas llenas y buen humor. Mi mujer ha estado mala estos últimos tiempos; pero tiene

por ustedes un profundo afecto, y no le ocurre nunca provisionarse de un barril de harina o poner una alfombra nueva sin evocar—con esperanza—a la mujer de usted. Y muy seriamente, ¿qué es lo que le impide venir en seguida, y dar en conferencias, al público serio de Boston, la *Historia de la Revolución francesa*, antes de su publicación, o, por lo menos, mientras que se publica en Inglaterra y antes de que se publique aquí? No se puede dudar del buen éxito completo, entre nosotros, de un curso de este género, ahora que los 500 ejemplares del *Sartor* están todos vendidos, y son leídos con gran placer por muchas personas. Le envió un librito que acabo de publicar, destinado, así lo espero, a abrir, como un rincón, el camino a algo más importante y significativo. No es sino una enumeración de asuntos sobre los que me alegraría hablar, y más aún así a los otros. Deploro la suerte de mi último paquete conteniendo el *Sartor* y la obra del doctor Channing.

Celebraría poder ir a visitarle, en vez de mandarle este pliego de papel. Pienso que le convencería de embarcarse este otoño, renunciar por un tiempo a todo estudio y seguir al sol en su puesta. Tengo muchas, muchas cosas que saber de usted. ¡Cuán melancólico es el pensamiento de que tengamos tanta necesidad de confesión! Y, sin embargo, las grandes verdades están siempre próximas, y toda la tragedia de la vida individual no está separada más que por un delgado tabique de esa naturaleza universal que suprime todos los rangos, todos los males, todas las individualidades. ¡Cuán poco de uno mismo hay en la propia voluntad! Por encima de nuestra voluntad, ¡qué íntimas son nuestras relaciones con todos! Nos encontramos en Dios. Allí es donde existimos, de allí descendemos sobre el Tiempo, y esos hechos infinitesimales que se llaman la Cristiandad, el Comercio, Inglaterra, la Antigua

y la Nueva. Embriaguemos ahora el alma de sueño y franqueemos de un salto los obstáculos, los sufrimientos, los errores de los años, y el aire que respiramos es tan tónico, que el Pasado no contribuye en nada al resultado.

He leído a Goethe, y recientemente las obras póstumas, con mucho interés. Uno de nuestros amigos, que estudia celosamente la vida de aquél, celebraría saber qué documentos se poseen sobre los diez primeros años que siguieron a su establecimiento en Weimar, y qué libros existen acerca de él en Alemania, fuera de los reunidos por la señora Austin y Heine. ¿Puede usted informarme?

Deme noticias de su salud, o bien venga.

Siempre suyo,

R. W. EMERSON

#### CARLYLE A EMERSON

Chelsea, Londres, 5 de Noviembre de 1836.

Mi querido amigo: Es usted muy amable al escribirme, a pesar de mi silencio, en el estado de espíritu en que usted debe estar. Mi silencio, bien lo pensará usted, no es el olvido; es un silencio forzoso que la buena carta de usted obliga a resolverse en palabras. Escribo al día siguiente de recibir su carta, por miedo de que el otro día me traiga algún nuevo obstáculo.

¡Qué desgracia, amigo mío, la que ha herido a usted! ¡Un hermano así, con una vida abierta ante sus pasos, como un jardín florido en el que iba a trabajar y a recoger, y todo esto repentinamente desaparecido como la escarcha se funde ante los ojos! Es una pérdida, una ruda

pérdida, a la que Dios le había predestinado. No le digo que no llore; lloro con usted, y desearía a todos los que lloran el estado de espíritu que es el de usted en este duelo. ¡Oh! Bien le conozco. Muy a menudo, en la vana y ruidosa ilusión en que aún nos hallamos, me digo: Tal vez los muertos no están lejos de ti, están contigo; están en la Eternidad, que es el momento presente, el lugar en que estamos. Y no obstante, la Naturaleza reclama sus derechos; la memoria se sentiría profanada si pudiese olvidar. Frecuentemente, entre la bulliciosa muchedumbre de los vivos, una visión, un rasgo de una fisonomía, os recuerda el rostro amado; y entre esas calles agitadas veis el pequeño cementerio tranquilo, la tumba verdeante, allí, tan silenciosa, indeciblemente melancólica. ¡Oh! Tal vez nos encontraremos todos *allí*, y las lágrimas se secarán en todos los ojos. Una cosa es cierta: seguramente nos encontraremos todos, si tal es la voluntad de nuestro Autor.

Me pregunta usted con vivo interés si estoy bien; usted tiene siempre abierta para mí su puerta hospitalaria. Ciertamente, Concordia, que he buscado en el mapa, me parece digna de su nombre; no me llega de ese lado ninguna disonancia; las mismas penas han tomado allí armonía; en la alegría o en las penas, una voz me dice: «Mira; hay allí alguien que te quiere; en tu soledad, en tus tinieblas, mira cómo brilla muy lejos, allí, al otro lado de los mares, una luz hospitalaria; mira un corazón amigo que vela.» Esto es muy bueno y muy precioso para mis ojos.

En cuanto a mi salud, esté sin cuidado. Siempre estoy enfermo; ahora estoy un poco peor de cuerpo y de espíritu, pero no es grave; es sencillamente cansancio; y heme aquí ahora, gracias al cielo, en cierto modo a la vista de la tierra. Dentro de dos meses estará terminado ese desdichado libro; empezaremos a imprimir el 1.º de Enero; con-

cluiremos antes de fines de Marzo, y seré un hombre libre. Habré conocido, a lo que me parece, pocas felicidades iguales a esta. Y sin embargo, no debería calificar de desdichado a este pobre libro; no, me ha rodeado durante estos dos años como de una armadura; me ha hecho invulnerable, indiferente a una infinidad de cosas. El hombre más pobre de Londres ha sido tal vez uno de los más libres: la multitud ensordecedora de los trenes y de los que los ocupan, con sus dorados escudos de armas y sus endiabladas ruedas, le ha incomodado poco; ellos siguen su camino, él el suyo. En cuanto a los resultados de la obra, no puedo razonablemente, desde el punto de vista económico, pecuniario o cualquier otro punto de vista temporal, prometerme ninguno. Es un libro en oposición con todas las reglas convencionales cuando éstas no traducen una realidad, lo que muy poco traducen; un libro en el que se declara, tanto más resueltamente cuanto más tranquilo es el tono, una guerra mortal a los impostores de arriba y de abajo. A mi excelente hermano, que ha pasado el verano conmigo, de vuelta de Italia, le ha sorprendido, casi asustado. «Jack—le he dicho,—hay muchísimas gentes que dan alegremente la vida para defender errores y semi-errores; ¿por qué no habría un escritor que diese alegremente la suya por decir, en buen inglés de Escocia, ante Dios y los hombres: Tengo estas cosas por falsas y semi-falsas? En todo caso, ya ves que no puedo remediarlo; la bestia está así hecha.» De suerte que, en suma, supongo que no hay en el momento actual en Inglaterra un hombre que esté menos capacitado que yo para obtener empleo o promoción. La literatura también, ese común refugio, parece no existir ya aquí, a menos de no consentir en vender la pluma, cosa que repugna hacer. ¿Entonces es usted un *disjectum membrum*, sin relación alguna con los hombres? Exactamente. Y tengo ahora cuarenta años y

soy un dispéptico consumado, un hombre que parece no tener ninguna esperanza. Lleno, sin embargo, de lo que se llama una esperanza desesperada. ¿No estamos en pie sobre la tierra, rodeados de una cúpula estrellada, como equipados, alistados y enviados a la batalla, con raciones buenas, medianas o malas? ¿Qué hacer entonces sino combatir hasta el fin, en nombre de Odin, de Tuiscon, de Hertha, de Horsa y de todos los dioses sajones y hebreos?

En cuanto a mi libro, declaro seriamente que es un libro desenfrenado, salvaje, sin ninguna regla; un libro muy malo, que usted mismo no podrá leer, menos todavía cualquier otro hombre. Sin embargo, contiene cosas raras, expresiones sinceras procedentes del corazón de un hombre muy singularmente colocado, que no respeta nada más que lo que es digno de respeto en toda época y todo lugar. Vamos a imprimirle así y a no hablar más de él—y ensayaremos otro género la próxima vez.—Vea usted, pues, que es difícil decir lo que haría, una vez terminado este trabajo. ¡Con qué gusto volaría hacia Concordia! Y si así fuera, crea usted que el proyecto de una ociosidad completa es el único que puedo concebir. La primera de las condiciones es que mi existencia enfermi-za halle reposo, que tenga una visión plácida. Me he hecho terriblemente impaciente respecto a muchas categorías de mis semejantes. Su jerga me hiere realmente como los chillidos de criaturas inarticuladas y que deberían articular. No queda otro recurso que decirles: «Hermano, seguramente no eres odiable; eres digno de simpatía, o, por lo menos, de piedad; ¡ay!, en mi caso eres terriblemente fastidioso y poco instructivo; sigue tu camino con mi bendición.» Apenas si hay, en el humor en que estoy, tres personas entre estos dos millones, con las que experimente el deseo de hablar. Sin embargo, en el fondo no

tengo en modo alguno la intención de dejar Londres, sin haberlo visto todo en cierta manera. En la misma enormidad de la ciudad, en que las contradicciones se anulan recíprocamente, se encuentra para uno mismo una especie de equilibrio que tal vez no hallaría en ninguna otra parte del mundo; las gentes le toleran a uno, quizá porque les falta tiempo para ocuparse de uno. Hay también aquí algunos individuos sueltos que me quieren, aunque, por el momento, circunstancias contrarias les hayan arrancado de mi vista. Por esto, si me pregunta usted qué pienso hacer, no puedo dar una respuesta precisa sino en este punto: «tomar un poco de reposo», y todo lo que sigue está tan oscuro como el caos...

He de decirle, no obstante, que por los alrededores de Año Nuevo le mandaré un artículo sobre *Mirabeau*, que se ha impreso aquí (para una revista que se llama *London Review*) y una especie de noticia que le acompañará. Se va a imprimir también el *Collar de la Reina* en el *Fraser's Magazine*; no se imaginaria la odisea de este pobre trabajo antes de que Fraser lo adquiriera, al fin, por 50 £ porque no pudo adquirirlo gratis. *Mirabeau* se ha escrito por apremiantes instancias de John Mill, e igualmente con una intención de lucro necesario. Creo que es el primer schilling que me haya producido mi profesión desde hace cuatro años; me quedo estupefacto cuando me pregunto de dónde ha venido el dinero con que he vivido, mientras que tenía que escribir de balde; y, sin embargo, seguramente ha venido (puesto que sigo viviendo), y no tengo obligaciones sino con el cielo, lo que es una cosa importante. En cuanto a la *London Review*, de Mill (porque es el casi editor), no se la recomiendo a usted. Radicalismo estrecho, cosa que me es casi insoportable. No la abra usted; sale de cada una de las páginas como un soplo del Sahara y del desierto infinito. Un joven baronet radical

ha comprometido 3.000 libras para instruir al mundo de esa manera; ¡es una cosa hartó curiosa!

Ya no queda papel. Doy a usted mis más cordiales gracias por su anuncio del segundo *Tenfelsdröckh*; el primero está ya en mi poder. Es un magnífico librito, y con un prólogo que el mejor amigo no hubiera podido hacer mejor. Dé usted muy expresivas gracias de mi parte a mi amable editor.

Mi mujer ha ido este verano a Escocia, reclamada por su mal estado de salud; está mejor desde su vuelta, aunque no todavía restablecida por completo; envía a Concordia sus mayores votos. Si me escapo hacia los Alpes e hacia el mar, se quedará ella en compañía de su madre hasta que les dé mejores noticias de mí. Dé usted gracias también, le ruego, al Dr. Channing por su regalo, que he estimado mucho. He leído el discurso, y otros de sus amigos lo han leído, no sin mucho interés; pero la solución de los *negros* no es de mi competencia. Supongo que será preciso, como de ordinario, que la Fuerza y el Derecho se identifiquen de alguna manera. *Puedes y Debes*, si se comprenden bien, tienen bajo nuestro sol la misma significación. Adiós, mi querido Emerson, *Gehab Dich wohl*. Mis afectuosos saludos a su mujer; es muy probable que le vea y coma de su pan algún día. Pero que no enferme. Es una cosa terrible la enfermedad; es realmente una cosa que empiezo a tener frecuentemente por *criminal*, cuando menos en mí mismo. Sí, en mí es realmente *criminal*; por esto tomo la resolución de estar bien algún día.

Que Dios sea con usted y los suyos.

T. CARLYLE

A propósito de Goethe y del amigo de usted, no conozco nada fuera de las obras mismas de Goethe (las cua-

les contienen muchas notas personales) que trate especialmente de estos diez años. Sin duda alguna su amigo conoce el *Lexicon* de Jordens (que, entre otras cosas, da las fechas de todos los escritos), el *Suplemento del Conversations-Lexicon* y obras similares. Existe un trabajo de un tal Schubarth que tiene fama; pero es sobre todo crítico y ético. Las Cartas de Zelter y las Cartas a Shiller no aportarán nada para los años en cuestión, pero son esenciales de conocer. Quizá habría algo en uno de los últimos números de las *Zeitgenossen*. Ese tunante de Heine no tiene mucho valor. Mentzel es más pesado, más correcto, no mucho más discreto. Un libro muy curioso es las *Conversaciones con Goethe*, de Eckermann, que acababan de aparecer. Me falta el espacio.

#### CARLYLE A EMERSON

5. Cheyne-Row, Chelsea, Londres,  
13 de Febrero de 1837.

Mi querido Emerson: Le prometí escribirle hacia el 1.º de Enero, promesa que estaba por mi parte en condiciones de cumplir en la época fijada, pero cuya ejecución aplacé por el retraso de los impresores y de algunos artículos que habían de acompañar mi carta. No han bastado seis semanas para que las cosas se arreglen, pero no quiero que pase más tiempo.

Su libro y el ejemplar de *Tenfelsdröckh* han llegado sin tropiezos, poco tiempo después de mi última carta... Jorge Ripley me dice que está usted haciendo una segunda edición de *Tenfelsdröckh*; buena suerte. Alzase aún

ahora como un murmullo o una queja respecto a una edición por hacer. Yo me dije una vez, cuando Fraser el editor chillaba tanto al recibir uno de los mensajes de usted: «Después de todo, puede ser que publiquen un día en un tomo, después de mi muerte quizá, si les parece bien, ese pobre retazo de labor. Como les plazca.» En el punto a que han llegado las cosas, abandonamos tanto más alegremente al pobre huérfano a su destino. Ripley añade que me ha enviado una crítica, procedente de un juez mejor que el de la *North American*; no la he recibido aún y la espero. El editor de la *North American* parece decir que también él me ha enviado una. No ha llegado ni jamás he oído hablar de ella sino una sola vez, y creo que por usted. No era en modo alguno una crítica hostil; pero sí de una pesadez y una vulgaridad que asombraban. Desde el obispo irlandés, cuando dijo que había en Gulliver algunas cosas respecto a las que, por lo menos, quería *reservar* su creencia, no he visto nada semejante en este género. Sin embargo, ha descubierto que Tenfeldröckh es, según toda probabilidad, un personaje ficticio, lo que, para un explorador de la Verdad, es ya algo. ¿Quiere usted, en fin, dar las gracias a nuestro amigo Ripley, hasta que yo tenga tiempo de escribirle y dárse las por mí mismo?

Su librito *Naturaleza*, de color azul, me ha causado una real satisfacción. Lo he leído, y luego lo he prestado a todos los conocidos míos que tienen afición por ese género de cosas, los cuales han formulado un juicio análogo. Dice usted que es el primer capítulo de algo más importante. Veo más bien en él base y los cimientos sobre los que puede usted edificar todo lo grande y verdadero que le es dado construir. La verdadera apocalipsis es cuando un hombre tiene la revelación del «Secreto manifiesto». Me agrada mucho esa alegre serenidad de alma

con la que considera nuestra extraña morada de aquí abajo, con el oído abierto a las *Ewige Melodien* que cantan en los vientos a nuestro alrededor y se expresan en todos los sonidos, en todos los espectáculos, en todas las cosas, que no se pueden traducir por un mecanismo de gamas, pero de las que todo escrito digno de este nombre es como un ensayo de notación. Usted verá lo que le aportan los años. Desde mi punto de vista, no es una de las menores cualidades la de poder esperar tan tranquilamente y dejar que los años realicen su misión. El que no puede permanecer tranquilo es de una naturaleza morbosa, y su obra se le parecerá en esto, cualquiera que pueda ser, por otra parte.

La señorita de Martineau (porque la he visto después de mi última carta) me dice que es usted «el solo hombre de América» que se halla tranquilamente acomodado a una pequeña renta para seguir su propio camino y hacer lo que le prescribe su propia voluntad. Sería una lástima que fuese usted el único. Pero sea usted uno, sin embargo; sea el primero, y ya vendrá un segundo y un tercero. Es un pobre país aquel en el que todos los hombres están vendidos a Mammon, y no pueden producir más que ferrocarriles y explosiones de elocuencia parlamentaria. Y, sin embargo, en esto también, la Nueva Inglaterra aventaja a la Antigua y a Europa; también nosotros estamos vendidos a Mammon en alma y cuerpo; pero (note bien esto, le ruego, con un aumento de compasión) Mammon no quiere *pagarnos*,—somos «dos millones trescientos mil en Irlanda que no tenemos bastantes patatas».—Declaro que no encuentro nada más trágico en la Historia; me parece también que esto cambiará, que para mí, por lo menos, ha cambiado. Mammon me pagará o no me pagará, como se le antoje, pero no me comprará. En fin, se lo digo, permanezca usted tranquilamente en Concordia, en

el estado de alma que le es natural, bajo propicias influencias celestes, con el espíritu abierto, el gran libro de la Existencia abierto alrededor de usted; ya veremos si no le será dado a usted también leernos algunos preciosos pasajes.

El papel se me va concluyendo, y no lo he llenado hasta aquí, sino de generalidades. Al mismo tiempo que estos artículos (que serán enviados por Liverpool, en número de dos el *Collar de la Reina* y *Mirabeau*) recibirá usted probablemente algunas pruebas sueltas de la inexpressable *Revolución francesa*. Está en prensa, y dos imprentas trabajan en sendos volúmenes, pero con demasiada lentitud aún. Dentro de pocas semanas me verá libre. No creo que le sea a usted fácil imaginarse el estado de espíritu en que he escrito la última palabra, una noche de los primeros días de Enero, cuando el reloj daba las diez y servían nuestra frugal cena de Escocia. No lloré, tampoco recé, pero era capaz de una cosa y otra. Preciso es que no me someta de aquí a algún tiempo a semejante agotamiento. Es un miserable aborto, que no satisfará a nadie, ni siquiera a mí, cuyo puesto no sé si después de todo era el fuego. Y, sin embargo, no debería hablar así; es un gran bien para un hombre producir todo su esfuerzo en las circunstancias en que se encuentra. Quizá me haya desembarazado, en la calcinación que he sufrido, de grandes cantidades de escorias; tal vez estaré más sano de espíritu y de cuerpo de lo que nunca haya estado desde mi adolescencia. El mundo, aunque nunca hombre alguno haya ejercido en él menos influencia que yo, me hace el efecto de una cosa que estuviera bajo mis pies, de un enredo vulgar, que nunca temeré ni me turbará, que acepto tal cual es, y dejo que siga su camino, viendo claramente por dónde proseguir el mío. Voy durante el verano a descansar en un lugar cualquiera, en un sueño

todo lo profundo posible. Lo restante es tan vago como el viento, tan indiferente como él. De todas maneras, siempre ocurrirá que un pobre, hijo de Adán, lleno de buenas intenciones, encuentre su pan cotidiano, de mejor o peor calidad; cualquiera que sea el resultado, y aunque no hubiese resultado, me declararé satisfecho. Mis amigos locales han proyectado que dé conferencias en lo que llaman Instituto Real; pero no creo que la cosa cuaje en este medio. En cuanto se reúnan, en cualesquiera condiciones que sean, dos o tres personas, deseosas de aprender lo que yo puedo enseñarles, «desligaremos, muy gustosos, como dice Burns, nuestra mandíbula sonora», pero imagino que no antes, aunque el Instituto fuese imperial.

América, en estos últimos tiempos, ha ido esfumándose hacia el último plano. A la verdad, para hablar francamente, cada vez que me veo en América, es en los bosques vírgenes, con un fusil en la mano, el cielo de Dios sobre mi cabeza, y ese maldito lazareto de charlatanes y de imbéciles, así como el pecado y la miseria (que ahora predominan), detrás de mí para siempre. Es una cosa, ya lo ve usted, que no es ni puede ser en el fondo sino en sueño...

Dios sea siempre con usted, mi querido amigo.

T. CARLYLE

Enviamos nuestras felicitaciones a la mamá y al pequeñuelo, cuyo nombre tiene usted que decirnos.

## EMERSON A CARLYLE

Concordia, Mass., 31 de Marzo de 1837.

Mi querido amigo: Ayer noche iba a escribirle en el acto. Esta mañana he recibido su carta del 13 de Febrero y con ella el *Collar de la Reina*, *Mirabeau* y la hoja de olivo, que es la prueba de la *Revolución*. Ya, hacia el primero de Enero, recibí su carta anterior. Me llegó en medio de esa tempestad, en un vaso de agua, que fué mi serie de conferencias sobre la Filosofía de la Historia; gracias por todos esos dones y prendas de amistad. Le felicito y le deseo eternos lauros para su historia terminada. Le envió un cordial abrazo. Me felicito de la noble naturaleza que Dios le ha dado y que ha dado, en usted, a mí y a todos.

Preveo que el *Mirabeau* establecerá el reinado de usted en Inglaterra. Es un verdadero trueno, que ningún hombre que tenga oídos puede afectar que toma por un rodar de carruajes. Me complazco en pensar que mi Miguel Angel ha erigido un coloso digno de erguirse en la plaza pública como un reto a todo competidor. Ciertamente, su menor mérito es ser inimitable, y sin embargo, es una mordaza para Cerbero. Su mérito superior es que inspira la confianza en sí, enseñándonos de qué inmensos recursos dispone la naturaleza humana; de suerte que lo he enviado, para que lo lea, a un hombre animoso que está pobre y sin fama. Ciertamente es una doctrina noble y verdadera la que usted predica ahí, como a cañonazos, a saber: que todo hombre es obra de Dios, y que haríamos bien en detenernos para ver lo que hay en él; en creer, si le ocurre obrar con arreglo a sus impulsos, que tiene sus

propias limitaciones, y que permanecerá, a pesar de todas sus extravagancias, fiel a su órbita, y volverá de lejos; es una fe que tiene su confirmación en la sempiterna ignorancia, y en el estancamiento de la sociedad, y en el eterno desenvolvimiento de todos los individuos.

En cuanto al *Collar de la Reina*, lo he leído con gusto mientras que lo he leído con mis propios ojos. Cuando leo con ojos de Inglaterra o de Nueva Inglaterra, mi alegría se encuentra perturbada por el rumor de la oposición. No dudo de que la historia verdadera se halle relatada aquí tal como sucedió, y relatada por primera vez; pero los ojos de sus lectores, lo adivinará usted fácilmente, se asustarán ante la multitud de jeroglíficos de colores brillantes que sirven para la expresión del sentido. En cuanto al gig—¡el gig!,—es algo usado, y un ensamblador de nubes como usted no debe ya recurrir a ese símbolo particular.

Pensaba al leer ese trozo que el raro genio de usted es el producto directo de ese Londres. Es el aroma de Babilonia. Tal la gran metrópoli, tal ese estilo, tan vasto, tan enorme, sosteniendo relaciones con el mundo entero, y tan inagotable en detalles. Creo que usted ve, como otros tantos cuadros, la calle, la iglesia, el palacio del Parlamento, el cuartel, la panadería, la carnicería, la herrería, el muelle, el buque y todo lo que se tiene, se arrastra, rueda o nada alrededor, y que usted lo absorbe todo. De aquí sus alusiones enciclopédicas a todas las cosas posibles, y las virtudes y los defectos de sus páginas panorámicas. Después de todo, esto es propiamente de usted y es inglés; y cada palabra designa algo, y esto me divierte y me fortifica. ¿Y qué más puede exigir un hombre del escritor semejante suyo? En realidad puede exigir todas las cosas, un buen espíritu que cree nuevas necesidades para cada una de sus manifestaciones.

El artículo en pruebas es digno de *Mirabeau*, y ha disipado los temores que había concebido por lo que usted y su hermano me habían informado del nuevo libro.

Pero me ha parecido leer en el *Mirabeau* lo que usted me da a entender en su carta, a saber: que no vendrá usted al Oeste. La Antigua Inglaterra va a descubrirla, y entonces ya no tendrá encanto la Nueva. Tanto peor para mí, no para usted. Para encontrar un hombre, algunos hombres, no le es a usted nada necesario (con su magistral golpe de vista) emprender un largo viaje. Además, observo que América parece a los que vienen a visitarnos tan prosaica y tan poco interesante como los canales de Holanda. Sin embargo, durante los momentos en que mis ojos están abiertos, veo que tenemos abundantes materiales para el filósofo y el poeta, y, lo que más conviene a usted como artista, que no hemos tenido todavía ni filósofo ni poeta que llevase la hoz a la mies de la pradera. En realidad, nunca he creído que nos hiciera usted la merced suprema de venir por aquí; sin embargo, si la bondad divina fuese más allá de nuestra creencia, me proponía y me propongo retenerle firmemente en mis pequeñas praderas a orillas del río Musketaquiel (hoy río de Concordia), y mostrarle (como lo podemos hacer aquí en todas partes) una América en miniatura en la Asamblea municipal de Abril o Noviembre. Podría usted estudiar y dominar a gusto el conjunto de la vida política de nuestro hemisferio, recogida en un cascarón de nuez, y tener una nueva versión de la estrecha sabiduría de Oxenstiern, consolándose, sin embargo, al ver que nuestros campesinos, tan pacientes como sus bueyes bajo el yugo que les imponen, en materia de lejanos asuntos nacionales, solícitos directores de periódicos, no dejan de ejecutar, sin embargo, su voluntad propia, y una voluntad laudable, en su propia parroquia. Si un hombre discreto prescindiese

de Nueva York y se contentase con permanecer algunos meses en nuestro pueblo, formaría de nuestra vida local un conocimiento profundo no logrado hasta ahora por ningún extranjero. Y con esto, pongo a usted en manos de Dios; y si algún oráculo de Delfos llegase a decirle: «Vé», acuda usted sin tardanza. Venga a pasar un año conmigo, y a ver si no soy capaz de respetar su necesidad de aislamiento.

Mi pequeño tiene cinco años; se llama Waldo; es un encanto que me hace parecer más riante el Universo. Mi mujer, una de las mejores amigas de ustedes, envía a la de usted sus más afectuosos recuerdos, y declara que lo único que le parece censurable de las cartas de ustedes es el pasaje en que dice que aquélla iría a Escocia si usted viniera aquí. La suplica que venga a tomar posesión de su cuarto recientemente dispuesto. No deje de escribirme siempre que me pueda reservar una hora. Hay aquí un hombre que se llama Brunson Alcott, y es una de las joyas que tenemos que enseñarles. Adiós.

R. W. EMERSON

Ha aparecido la segunda edición de *Sartor*, y se vende bien. Supe el otro día que habían encargado de Inglaterra 25 ejemplares.

#### CARLYLE A EMERSON

5, Cheyne-Row, Chelsea, Londres, 1.º de Junio de 1837.

Mi querido amigo: Necesito enviar unas palabras hacia Concordia, en contestación a las amables frases de usted.

Me llegaron en la mañana de un día de los menos gratos: del día en que tenía, medio muerto de impaciencia, de agitación y de exasperación, que hablar *ex tempore*, en Londres, ante un auditorio de gentes de sociedad, sobre la literatura alemana. Mi más íntimo deseo era que me dejaran en el olvido más profundo, envuelto en mantas y en silencio, sin hablar, sin que me hablasen, durante los doce meses que iban a seguir. Mis impresores no me habían libertado hasta la víspera de mi molino de disciplina. En fin, todo ha pasado ya, y heme aquí todavía vivo, ocupado en escribir a usted y esperando días mejores.

Hace casi un mes que ha salido, con las señas de usted, un ejemplar de un libro que se llama la *Revolución francesa*, mal impreso, mal escrito, mal pensado. Pero, en fin, ya estoy libre de él; este es un hecho que vale por todos los otros. En cuanto a la acogida que obtenga aquí o en otras partes, no espero nada o poca cosa. Charla, sólo charla. Gran asombro probablemente para el estúpido cerebro del público, manifestado en términos insípidos. Y yo digo siempre: Písame esta obra, público estúpido, bajo sus estúpidos zapatones; patéala y tírala a los arroyos y sumideros; si puedes destruirla, destrúyela, por el amor de Dios; si no eres capaz de matarla, pues bien, no harás nada.

A propósito: puesto que hablo de públicos estúpidos, conviene que le diga que he visto en *Christian Examiner* (creo que se llama así), de Boston, un estudio crítico consagrado a mí, y por el que le ruego que dé las gracias en mi nombre al autor, si le conoce usted. Porque si un millón de hombres estúpidos es una buena cosa, igualmente es una cosa buena uno o dos individuos que vean claro. Ese hombre nos refleja la imagen de un «Filósofo del traje», embellecido e idealizado, que verdaderamente da gusto de ver; he descubierto realmente en sus rasgos beati-

ficados más semejanza con lo que yo mismo me figuraba ser, que en ninguna o en la totalidad de las críticas de que fui objeto y haya visto hasta aquí. Que un hombre se vea reflejado—fraternalmente embellecido de esa manera—en el alma de su prójimo, es una de las alegrías más legítimas de la existencia. Nuestro amigo Ripley se ha tomado el trabajo de enviarme esa revista, en la que he descubierto un artículo suyo; he recibido también algunos de sus Discursos, muy dignos de aprobación; un ataque en un periódico contra uno de los Filisteos de ustedes, y una serie de Estudios sobre el Progreso de la Especie y asuntos análogos, por un hombre que me apena verle enfrascarse en semejantes historias. El Progreso de la Especie es una cosa que no me dice nada que valga. Esos libros, que he prestado a la señorita Martineau, no los he recibido hasta hace tres semanas, por lo menos. Dé usted expresivas gracias a Ripley de mi parte, le ruego, lo que por el momento no tengo tiempo de hacer. Me parece un buen hombre con buenas intenciones, naturalmente provisto de un espíritu muy sano, en el que es verosímil que todo lo bueno que tiene se hará mejor; todo lo claro, más claro todavía. La señorita de Martineau deplora que no se lance, por lo menos, con toda la impetuosidad conveniente, en la controversia de la Liberación de los Negros; lo que es una cosa extremadamente deplorable, si se considera en qué mundo vivimos, y cuán perfecto sería si Mungo pudiera ver la revisión de su estúpida causa, y comer su bazofia como *aprendiz* estúpido, en vez de comerla como estúpido *esclavo*.

El libro de la señorita de Martineau sobre América ha aparecido aquí y ahí. Lo he leído en consideración del excelente autor, a quien quiero mucho. Esta escritora me ha hecho el efecto de un fenómeno de los más raros, de una poetisa de raza, envuelta, fajada como una momia

en fórmulas de socinianismo y de economía política, y sin embargo, bien viviente en el seno de todo esto. «Dios ha dado a cada nación un Profeta en su propia lengua», dicen los árabes. Estaba escrito que hasta los unitarios ingleses tendrían su poeta, y que no quedaría sin expresarse lo mejor que pudiera decirse en favor de ellos. Admiro la integridad, la sinceridad de esta buena dama; su discernimiento, rápido y sagaz, dentro de los límites en que se ejerce; grande es también su simpatía, hasta es en realidad demasiado amplia; el ejército de ilustres mortales desconocidos con que ella nos inunda de predicadores, de polemistas, de antiesclavistas, de redactores en jefe y otros Atlas que sostienen (sin quererlo nosotros) el mundo sobre sus hombros, todo esto es desmedido. No sé muy bien lo que se dice aquí de su libro. Imagino que la acogida general será buena y hasta brillante. He visto ayer a mistress Butler en «un océano de blondas y telas de lujo», uno de esos océanos muy comunes a la hora presente. *Ach Gott!* No se encuentran personas en estas reuniones, sino maniqués.

Siempre suyo,

T. CARLYLE

#### EMERSON A CARLYLE

Concordia, 13 de Septiembre de 1837.

Un regalo como la *Revolución francesa* exigía más prontas gracias. Pero no tienen ustedes idea, ustedes montañeses que son capaces de escalar los Andes antes de almorzar, para tomar un poco el aire, de lo que pueden

hacer gentes de la llanura y valetudinarias. Me confunde recordar, y no quiero decir qué cosas mínimas me han hecho guardar silencio.

La *Revolución francesa* no me ha llegado hasta hace tres semanas. En los intervalos de muchas visitas recibidas y de algunas arengas literarias, he leído ya dos tomos y la mitad del tercero, y pienso que es usted un buen gigante que va entreteniéndose con una vasta y original ambición de divertirse; como el placer y la paz no son cosas bastante fuertes para su gusto, le place también acudir al dolor para que enseñe a la fiebre y al hambre a bailar y cantar. Estimo que ha escrito usted un libro maravilloso, que durará mucho tiempo. Me parece que ha creado usted una historia que el mundo tendrá por tal. Ha reconocido la existencia de otros personajes además de los oficiales, y otras relaciones al lado de las de la vida cívica. Ha roto usted con todos los libros y escrito bajo el dictado de un espíritu. Es un valiente experimento, y el triunfo es grande. Hallamos en su historia hombres, y no solamente hombres; hombres siempre, aunque a veces se me ocurre preguntarme si son hombres históricos. Tenemos grandes hechos—y hechos elegidos—fielmente consignados. Sentimos siempre, al lado de los individuos imperfectos, la copresencia de la Humanidad. Déjase también a nuestra alma el derecho de admirar, y vemos distribuir equitativamente la alabanza y la censura, seguramente sin ningún *cant*. Sí, no tenga usted cuidado en este punto, usted ignora en absoluto el *cant*. Por último, no encontramos ni un solo término trivial. Jamás hubo estilo más rápido que el de usted—que el pensamiento de ningún lector puede adelantar,—y tal es la impresión que produce en los inteligentes. Supongo que nada asombrará más que la audacia de ese ingenio espiritual y alegre, que no se deja dominar ni intimidar por

ninguna tragedia, por la importancia de ningún acontecimiento. Enrique VIII gustaba de encontrar un *hombre*, y veo con satisfacción que mi bardo está siempre a la altura de la crisis que representa. Así es que le agradezco la labor, y pienso que sus contemporáneos deberían decirle: «Buena suerte, hermano, y puedas vivir eternamente, no sólo en el seno del Alma grande, a la que aspiras, sino también como individuo en esta obra bien definida, que es la tuya.»

Le hablaré más del libro en cuanto le haya puesto a la distancia focal, si esto es posible, y pasaré revista a mis objeciones cuando esté seguro de su buen fundamento. Insisto, naturalmente, en que podría ser más sencillo, de una menor florecencia gótica. Me dirá usted que no se pueden aplicar a la aurora boreal las reglas que convienen a la iluminación de las ventanas. De todos modos, me siento creado cuando de tiempo en tiempo se desliza un hecho especial en el relato, presentado en términos precisos con el lenguaje de los negocios. La pintura de caracteres en su libro es ciertamente admirable; las líneas son surcos trazados por el arado; «pero, cualquiera que sea la virtud, el mundo existía antes que tú». Verdaderamente, Clarendon nos ha trazado de Falkland, de Hampden y de otros perfiles muy netos, sin desafiar al mundo ni escalar el cielo por eso. Quisiera poder hablarle mano a mano, todo un día, y oírle acerca de su libro su más sincera confianza.

Estoy seguro de que será bien recibido en este país. El sábado último me he enterado de que, en total, se han vendido 1.166 ejemplares de *Sartor*. He dicho al editor de este libro que no hay que imprimir la *Historia* antes de que las gentes hayan tenido tiempo de importar ejemplares ingleses.

Su carta me llegó mucho tiempo antes que el libro.

Ha realizado usted en su vida mucha labor buena, y ha aportado generosamente con su amistad belleza y fortaleza a la mía. Hallo atendido mi ruego de tener por amigo un hombre justo y talentoso. En presencia de la profusión de bienes con que su genio nos ha regalado en tan pocos años, me siento muy pobre e inútil. Veo que necesito continuar durante algún tiempo confiándome a usted y a todos los maestros generosos, sin desesperar, de ofrecer algún día pruebas de mi fidelidad y de mi afecto. Hay en este país tan pocos intelectuales, que es indispensable que todo espíritu estudioso contribuya, según sus fuerzas, a la difusión de las ideas, a fin de contrarrestar en cierta medida el poder del dinero, y dar a la juventud, casi hambrienta, el alimento que de él dependa suministrarle. Por esto doy religiosamente conferencias todos los inviernos y en otras épocas, siempre que las pidan; he dado el año último sobre la Filosofía de la Historia doce conferencias, y en este momento medito una serie sobre lo que llamo «las costumbres». Voy propagando todos los conocimientos que puedo extraer del tiempo y de la Naturaleza, y sufro íntimamente al ver con qué ingratitud se acoge lo poco que doy...

P. S.—Próximamente le enviaré un discurso pronunciado ante una sociedad literaria de aquí, y que se está imprimiendo.

R. W. E.

## EMERSON A CARLYLE

Concordia, 2 de Noviembre de 1837.

Mi querido amigo: Que la salud, la alegría y la paz sean con usted. Supongo que estará usted descansando todavía y que no meditará pronto trabajos nuevos. No es necesario que Fidias esté siempre esculpiendo. Conserve una tranquilidad egipcia. Alguien me dijo el otro día que sus amigos de aquí hubiesen podido ganar cierta cantidad para el autor, habiendo editado por sí mismos *Sartor*, en vez de dejarlo en manos de un librero. Me asombré inmediatamente de que no se me hubiese ocurrido, y me fui al punto a Boston, donde he hecho un contrato con un librero para la impresión de la *Revolución francesa*. Se editará en dos tomos, en la forma de nuestro *Sartor* americano; se tirarán mil ejemplares; según nuestro cálculo, el libro costará 1 dólar 18 centavos, y se venderá a 2,50. El librero se compromete conmigo a vender el libro mediante una comisión de 20 por 100, dejándome, sin embargo, en libertad de tomar al precio de coste los ejemplares que me pidan los suscritores. No existe por el momento aquí, a lo que creo, ninguna otra reimpresión que la mía; le he entregado, pues, el primer tomo, que se ha empezado a imprimir. Cuidaré de que nuestros amigos locales conozcan mi contrato con el librero y me den sus nombres. Después, si un libro de este mérito puede venderse regularmente (cosa que es, lo sé, casi contraria a la naturaleza de un buen libro), tendré el mayor gusto en ser el banquero y administrador de usted.

No tengo nada que decirle. He prometido para Diciembre una serie de Conferencias, y estoy lejos de saber lo que diré; pero el medio de estar seguro de conquistar combatiendo la tierra nueva, es quemar las naves. Los «delicados oídos» de los jóvenes, según frase de Jorge Fox, no invitan jamás en vano al ignorante que soy. Me encuentro de tal manera más yo y más libre en la tribuna de la sala de Conferencias que en el púlpito, que no volveré a presentarme en éste; no lo hago ya sino en una capillita rural, a petición de unas buenas gentes, con las que no tengo relaciones sino como predicador. Pero predico en la sala de Conferencias con mayor desahogo, porque allí no hay reglas. Se puede, según la inspiración, reír, llorar, razonar, cantar, bromear u orar. Es el púlpito nuevo, muy en boga entre mis compatriotas del Norte. Este invierno, en Boston, tendremos más que nunca, dos o tres cada noche de la semana. ¿Cuándo vendrá usted y cumplirá su promesa? Anteayer—no, el día anterior—mi pequeño ha cumplido un año, y no puede usted figurarse el contento y el objeto de estudio que encuentro en esa criaturita de Dios, que tan vivamente desearía que usted conociera. Dígame, cuando pueda usted escribirme, si está ya restablecida su mujer.

R. W. EMERSON

CARLYLE A EMERSON

Chelsea, Londres, 8 de Diciembre de 1837.

Mi querido Emerson: No sé el tiempo que lleva usted sin recibir noticias mías, pero es demasiado. Parece que desde entonces ha transcurrido un capítulo de mi

propia historia, muy largo, muy feo, muy inerte y muy improductivo. Cada vez que me retrase en mi correspondencia, esté usted seguro de que sufro contrariedades, y en tal caso escribame, aunque hubiese usted de hacerlo varias veces, con una piedad inagotable.

He estado en Escocia tres meses, dejando a mi mujer aquí con su madre. Mi pobre mujer se puso tan débil en la primavera, que me dió un real susto y preocupó al médico. Estaba demasiado débil para viajar; yo estaba más agotado que nunca; en Junio tuve, pues, que ir a refugiarme a casa de mi madre; me sumí en lo que podemos llamar el sueño más espantoso, y permanecí allí, evitando el sueño de los hombres. La charla de éstos no podía serme más enojosa, pareciéndome no tener casi nada de humano. Ciertamente es que todo me producía el mismo efecto en mi estado de espíritu. El borboteo de mis arroyos familiares, el murmullo de los seculares bosques solitarios, el fuerte rumor de mi viejo Salway, al rodar bajo la acción de la luna las aguas siempre renovadas del Atlántico, todo esto daba, no puedo decir hasta qué punto, la impresión de una música de otro mundo. No me procuró el reposo, pero me pareció, no obstante, que me inclinó a él; en todo caso llegó un momento en que estuve en condiciones de dejarlo todo. Aquí estoy desde Setiembre; evidentemente se desarrolla otro capítulo o apartado. Pero no hay que hablar de estas cosas. ¿Cómo hablar de ellas en un miserable fragmento de papel azul? Con mis ojos sumidos en los buenos ojos de usted podría hablar, aquí no. Compadézcame, amigo mío, hermano mío, pero no desespere de mí; si puedo (en todos los sentidos) mantenerme bien en paz, creo que las cosas se arreglarán todavía en mi caso. El *Silencio* es por el momento el gran objeto de mi Panteón. Enseñe a los hombres el arte de permanecer en paz. Gusto de repetirme: ¡el silencio participa de la

Eternidad! ¡Ay!, pienso con cuánta alegría dejaría estas querellas discordantes y esta jerga de Babel para irme lejos. Creo que si tuviera el menor recurso pecuniario suficiente para asegurar la vida, sacudiría de mis pies el lodo de Londres para irme a esconder en algún lugar verdoso y no volver a imprimir una sílaba. Quizá las cosas son mejores tales como son...

Hay aquí alguien que se llama John Sterling (y más, que es el reverendo John, de la Iglesia de Inglaterra), al que quiero más que a ninguno de los hombres que he conocido desde que cierto mensajero celeste descendió hacia mí, en Craigenpultock, y desapareció de nuevo en lo azul. Este Sterling me ha escrito; pero, lo que vale mucho más, ha vivido, vive... y está completamente prendado de un Waldo Emerson; hé aquí todo. Ha visto aquí, en mi mesa, el librito *Naturaleza*, y a través de toda una *silva silvarum* de prejuicios ha descubierto lo que había dentro; lo ha puesto en su corazón y, a fe mía, en su bolsillo, llevándoselo con él a Madera... Tales son las agradables menudencias que tenía que decirle, a saber: que dos mensajeros del cielo (tales me fueron ambos) se han encontrado y reconocido y que, si Dios quiere, formaremos algún día un trío; ¿no es esto nada a los ojos de usted?

Y heme aquí llegado por una transición directa a su *Discurso*. No sabe usted, amigo mío, lo que con él ha hecho usted para mí. Desde hace docenas de año yo no había oído más que algarabías, y me había sentido el alma tristemente deprimida, y había dicho: ya no hay aquí lenguaje articulado, y tú estás entre personas extrañas. Y he aquí que nos llega del Oeste una voz clara, en la que se reconoce netamente la voz de un hombre, y *tengo* un pariente y un hermano; alabado sea Dios. Hubiera llorado al leer este discurso; su clara y elevada melodía vino a repercutir en mi corazón; dije a mi mujer: «Ten, mujer,

mira.» Ella leyó, y me contestó y rogó que le contestara a usted «que no se ha visto nada semejante desde que enmudeció la voz de Schiller.» ¡Mi buen Emerson! Y todo eso reposaba silenciosamente, tranquilamente en él durante estos siete años, mientras que la «vulgaridad vociferante» les ensordecía, sin que él, imperturbable, respondiese una sola palabra; y todo un mundo de pensamientos se ha edificado en esas profundidades tranquilas, y nos lo declara dulcemente, llegado el día, como si fuera cosa corriente: «Pues bien, sí, aquí estoy yo también.» Miss Martineau me dice: «Unos sostienen que es inspiración, otros que es locura.» Perfectamente; no se puede decir mejor. En cuanto a usted, mi querido amigo, he aquí mi ardiente plegaria: Que Dios le dé fuerzas, porque tiene usted que ejecutar una *terrible* tarea. Le llamo terrible y, sin embargo, es grande, la más elevada de todas. ¡Oh, por el amor de Dios, conserve usted aún su calma! No se apresure a escribir; no puede usted aportar demasiada lentitud. No preste oídos a la alabanza o a la censura de ningún hombre. Sepa que no se trata de esto. De un lado, es como el cielo, si usted tiene la fuerza de permanecer silencioso y subir inadvertido a la pendiente; pero del otro lado, siempre abierto a la derecha, abierto a la izquierda, es el más terrible precipicio y Pandemonium. Vea a Fenimore Cooper. ¡Pobre Cooper!, está completamente en el fondo, y también él estaba dotado para elevarse. Sea usted firme, tenga calma, no se precipite, y que Dios le ayude. Se me acabó el papel.

Fraser desea imprimir—con Tenfelsdröck al frente—mis críticas y artículos deseminados, lo que es significativo. Antaño, cuando aludí a esto, lanzó gritos muy armónicos.

Adiós, hermano mío.

T. C.

## EMERSON A CARLYLE

Concordia, 9 de Febrero de 1838.

Hace diez días, diez días fríos, que su carta caldea mi corazón, y no he podido hallar hasta aquí el medio de escribirle. Acabo de terminar—el miércoles por la noche—una serie de Conferencias, que he bautizado ambiciosamente con el nombre de *Cultura* humana, y pronunciadas una vez a la semana, ante los aficionados de Boston. No he podido por esta razón escribir nada en todo este tiempo. Ahora estoy libre como el ave de los bosques, y puedo tomar la pluma sin enervamientos ni temores. Su carta por poco me hace saltar de gozo. ¡Imagínese tan hermosos pensamientos a propósito de mi pobre discurso de Cambridge, tan hermosos pensamientos de Carlyle! Apenas si puedo guardar mi decoro en tales circunstancias. Añádase a esto noticias de un amigo que es también el amigo de Carlyle. Puede usted figurarse que fui derechamente en busca de Blackwood, y que le leí la prosa y los versos de Jhon Sterling; vi que mi hombre tiene un cerebro y un corazón, y pasé una hora o dos muy agradablemente, descifrando su biografía escrita por su propia mano, lo que es una especie de quiromancia, en la que tengo confianza plena.

En cuanto al discurso, estoy tan orondo bajo el efecto de la benevolencia de usted, que empiezo a temer que su espíritu, esta vez, no esté engañado por el corazón, y que, por consiguiente, su lenguaje no valga sino entre amigos, y no en el Parnaso. Se lo envié sin gran confianza (por el librero Mumrö), y no ha sido poca mi sorpresa ante las

generosas alabanzas de usted. Sin embargo, para ser un trabajo académico, interesa bastante á nuestros jóvenes de aquí, y una edición de 500 ejemplares se ha agotado en un mes. La segunda está en prensa, y dentro de poco le enviaré algunos ejemplares para que los distribuya entre quienes crea que pueden leerlos.

La *Revolución francesa* es muy bien acogida por nuestros mejores talentos. Los jóvenes dicen que es la única historia que hayan leído. Los hombres maduros y los viejos menean la cabeza, y se muestran completamente desorientados. En suma, tiene el éxito de un libro que, no habiéndose hecho bajo la influencia del público, debe hacerse su público. Necesitará algún tiempo para conquistarlo por entero, pero lo conquista y lo conquistará. He enviado una nota bibliográfica al *Christian Examiner*, pero el director me la ha devuelto íntegra, á excepción de los párrafos primero y último, que ha insertado. De otra parte, el director de la *North American* se niega á publicar un artículo de otro de los amigos de usted. Pero ya veremos. Me alegro de que reimprima usted sus *Misceláneas*, pero—perdónenos nuestro desahogo trasatlántico—nos hemos adelantado, y estamos en camino de extraer de ellas un par de volúmenes, que imprimiremos en las mismas condiciones que la *Historia*, esperando sacar también algún dinero para nuestro amigo...

Le quiere siempre,

R. W. EMERSON

## EMERSON A CARLYLE

Boston, 12 de Marzo de 1838.

Desde el rincón de una librería, sentado en un taburete, le envió una breve bendición. Acabo de releer la *Revolución* con muchos, muchos pensamientos, y le reverencia, le admira y le quiere,

R. W. EMERSON

## CARLYLE A EMERSON

Chelsea, 16 de Marzo de 1838.

Me envía usted buenas noticias, como de costumbre. Ha sido usted muy activo y altruísta en esta cuestión de la obra sobre la *Revolución*, y le doy las más expresivas gracias. Será muy memorable el día en que me llegue efectivamente dinero, poco importa el número de monedas, sean siete o setecientas, procedentes del país de los yanquis; y la cosa no carecerá de originalidad si es—como no es improbable—el primer dinero que realizo por este trabajo, puesto que el país de los anglos continúa insolvente para mí. Después de todo, ¿no tenemos o no vamos a tener una vasta patria desde el estrecho de Bass a Colombia River, circundando ya casi todo el globo? Necesitaría estar muy desheredado el hombre que no encontrase aquí o allá, a otro dispuesto a defenderle y ayudarle. Bendito sea usted, hermano mío. Pero ¿qué digo? Su obra

está ya doblemente bendita. Creo, después de todo, con ayuda de mi frugalidad escocesa, que no me veré positivamente en el arroyo, o reducido a pedir prestado y a convertirme por un pedazo de pan en esclavo de alguien. No, alabado sea Dios. Más aún, desde hace poco empiezo a despreciar por completo toda esta cuestión, como nunca lo había hecho. «Miserable espectro de la mendicidad; tú que no has dejado nunca de perseguirme desde que soy hombre, ven, por el diablo, a enseñarnos lo que tienes en el vientre. Con el alma de un hombre y la eternidad dentro de pocos años, ¿he de temblar ante ti?» Mejor todavía, sin embargo, es la versión que de esto da mi buena y piadosa madre: «No te arrebatarán la Providencia de Dios; tú no has conocido hasta aquí la necesidad.»

Y ahora no tengo más que añadir y repetir: «Esté usted tranquilo, permanezca tranquilo.» Tenemos bastante con el fuego que hay en nuestro seno, sin que sopletes extraños le vengán a atizar... En cuanto a mí, continúo todo lo inactivo que puedo. Declino todas las invitaciones mundanas que es posible declinar; un «rout» en Londres es una de las cosas más estúpidas de nuestro mundo sublunar; una comida en Londres me pone malo por una semana, y me digo a menudo que más vale ser tosco que ingenioso, y callarse que hablar.

Es curioso: Su serie de conferencias sobre la «Cultura humana» parece versar sobre el mismo asunto que he de tratar aquí en Mayo próximo; pero lo mío se llamará: «Sobre la historia de la Literatura», y será *conversado* y no escrito. Mientras que usted da su conferencia, estaré yo en las ansias. ¡Pobre de mí! A menudo, cuando me represento todo esto, hasta qué punto mi único deseo sería tener quieta mi lengua, por qué puntas de bayonetas de la Necesidad, aplicadas a mi espalda, me veo empujado a esa sala de conferencias, y en qué estado de alma, y que me es

preciso hablar o morir, me parece que no hallaré otra expresión que un flujo de lágrimas y de sollozos. Pero claro es que esto no podría ser. Y luego me ocurre pensar que quizá sea mejor así. ¿Quién sabe? En todo caso, vamos a probar lo que hay en ese oficio de conferenciante en Londres. Si hay algo, está bien; si no hay nada, igualmente está bien...

Afectuosamente,

T. CARLYLE

#### EMERSON A CARLYLE

Concordia, 10 de Mayo de 1838.

Vamos muy adelantados en la impresión de los dos primeros volúmenes (que harán 900 páginas) de las *Misceláneas*, tales como están ordenadas en su lista... Por mi parte estimo que para conformarnos con el gusto de los lectores, deberíamos remontarnos a los últimos artículos, empezando por el que está consagrado a Scott, el cual ha encontrado la mejor acogida que se haya visto nunca. El carlyleísmo se encuentra tan bien ahora, que los más austeros Seniors se felicitan de moderar su reprobación aplaudiendo ese artículo crítico. He concertado con el librero que publica las *Misceláneas*, que le garantizará a usted un dólar por ejemplar vendido, y que percibirá usted el beneficio total de todo ejemplar suscrito. Tiramos mil.

La *Revolución francesa* sigue encontrando amigos y compradores. He calculado que se deberían colocar unos 800 ejemplares. Cuando publique usted su próximo libro,

creo que hará usted bien en enviármelo en pruebas, y permitírnos imprimirlo aquí al mismo tiempo que la edición inglesa. El *brillo* de un libro tan reciente ayudaría mucho a la venta..

Pero hay un plan mejor, que sería el embarcarse usted en el vapor *Victoria* para estar a los quince días en Nueva York y en veinticuatro horas más en Concordia. El sillón de su gabinete de trabajo, la chimenea, la cama, tanto tiempo vacíos, esperan y parecen anunciar la llegada de usted. Entonces corregirá usted sus pruebas, y será el árbitro del talento y del saber en el Nuevo Mundo. Piénselo bien. Para apoyar de todos sus proyectos el que me es más agradable, voy a dar algunos detalles. Tengo un pedazo de terreno de Dios que contiene mi casa, mi huerta, mi jardín de treinta arbolitos, mi granja vacía. Mi casa está ahora muy confortable y es muy espaciosa. Creo poseer además 22.000 dólares, cuya renta, en los últimos años, es del 6 por 100. No tengo otros bienes, ni percibo otros ingresos, excepto el producto de mis conferencias de invierno, que se elevó el año último a 800 dólares. Pues bien, aquí con tales ingresos, soy rico. Permanezco en mi casa o viajo cuando me place. Tengo el cubierto, el fuego, recreos, libros, amigos. Fuera de mi casa, ya no soy rico. Nunca tengo un dólar que gastar en un capricho. Ningún sabio, a lo que creo, conoció nunca la riqueza que consiste en gozar de un superfluo de libertad, en razón de las obligaciones que nos agobian; tampoco yo, aunque no soy sabio, soy más rico en ese sentido. Pero en mi casa soy rico, bastante rico para diez hermanos. Mi mujer Lidian es una encarnación del espíritu cristiano—yo la llamo Asia,—e impide que mi filosofía tienda al ambicionismo; mi madre, la más fuerte, más dulce y más conservadora de las damas, que no hace a su universal preferencia por las cosas antiguas, sino una sola excepción en favor de su

hijo; mi hijo, un rayo de sol y de amor, muy digno de que me consagre a él de la mañana a la noche;—he aquí, con tres criadas que nos hacen la comida, la costura y los encargos, toda mi casita. Aquí vivo y leo y escribo con muy poco sistema, y en lo que concierne a la composición, con los resultados más fragmentarios; párrafos incomprensibles, formando cada frase un elemento dado de un poder ilimitado de repulsión.

En verano, con ayuda de un vecino, cultivo mi jardín; he plantado, hace ocho días, cuarenta pinos destinados a protegerme, a mí o a mi hijo, contra el viento de enero. El ornato del lugar es la presencia ocasional de diez o doce personas, buenas y discretas, que nos vienen a pedir hospitalidad en el trascurso del año.—Pero mi historia es ya demasiado larga. Dios haga que venga usted y nos traiga a esa querida mujer cuya larga enfermedad nos apena sinceramente, y a la que una travesía, seguida de los cuidados de mi mujer y de mi madre, devolvería en menos de un año una salud floreciente. Mi mujer le dice: Venga, y seré para usted una hermana. ¿Qué tiene que hacer en Italia? Su genio tiende hacia el Nuevo Mundo, hacia el Oeste... Venga a pasar un año con nosotros, y si no le gusta la Nueva Inglaterra lo suficiente para quedarse en ella, uno de estos próximos años (cuando la *Historia* haya tenido sus diez ediciones y se haya traducido en otras tantas lenguas) iré a vivir con usted.

Adiós, mi querido sabio. Tengo su pobreza por más honrosa que el brillo vulgar de la corona de espinas de los grandes. Le valdrá a usted la simpatía y la alabanza de un millar de años. Espero, sin embargo, que la vieja enviada celeste, útil a todos, odiada de todos, le ha dado sus últimas lecciones, y que, al verle progresar con tan grandes zancadas, va a dejarle a usted mismo en camino hacia la centésima edición y la adoración de los editores.

¿Se pondrá en el cuarto de usted antracita o leña? Mi anciana madre se alegraría de verle a usted.

R. W. E.

### CARLYLE A EMERSON

Chelsea, Londres, 15 de Junio de 1838.

¡Cómo se llena un papel con una insignificante charla de puras cuestiones económicas! Necesito añadir todavía que las *Conferencias* de que hablé a usted la última vez han pasado ya y han pasado bien. Nuestras refinadas gentes han escuchado mi vulgar palabra con paciencia, con una benevolencia que ha ido en aumento hasta el final. Le mandé un día un periódico para que supiera que la cosa estaba en marcha. Todavía no sé cuál es el resultado pecuniario; pero supongo que nos permitirá subsistir frugalmente aquí un año más, no sin la esperanza, poniéndose en lo peor, de volver a empezar cuando llegue el momento. Esto es en mi destino una gran novedad, que tengo como favor importante, y realmente se ha producido—si favor fué—en el momento oportuno, porque ya había empezado a soportar muy impaciente el otro método.

La pobreza con la juventud puede pasar; pero la pobreza y la edad hacen mala pareja. Mientras tanto, me siento gastado y reducido a los nervios; mi cabeza y mi corazón arden, están enfermos. La cuestión, como siempre, es hallar descanso. ¿Pero dónde? Mi hermano nos invita a ir a pasar el invierno en Roma; tal vez le sentaría bien a mi pobre mujer enferma; en cuanto a mí, preferiría la choza de Medias de Cuero, en la Selva Occidental. Tam-

bién tengo deseos de tomar el nuevo ferrocarril para ir a ver a mi madre. Hasta dentro de una o dos semanas no sabemos lo que haremos, y si nos quedaremos tranquilamente aquí. Continúe usted enviándome las cartas a las mismas señas hasta que reciba otras nuevas.

Sus discursos han sido muy bienvenidos; mi ejemplar, de retorno de Madera con Sterling, ha dado la vuelta del Oeste de Inglaterra. Sterling y Harriet Martineau están contentísimos. Yo los he releído por segunda o tercera vez. Roberto Southey ha recibido un ejemplar para él y para la región de los Lagos; si cumple la palabra como conmigo, puede que haga tanto por usted como por mí o más. Hay ejemplares en Cambridge y en Oxford. He distribuido, con avara discreción, todos mis volúmenes, excepto dos. Rogers, desabrido gentilhomme, lleno de sentido sardónico, ha dicho: «Es poesía alemana puesta en prosa americana.» El amigo Emerson tiene motivos para hallarse satisfecho; y conviene ahora, ante todo, como ya le he dicho, que se guarde de precipitaciones. El malte dulce se hace a fuego lento; ¡qué verdad, qué exacto! También sería preciso que su próxima obra sea una cosa concreta; nada de *teoría* ahora, sino *actos*. Que viva su asunto, como se dice; es el medio de llegar a pintarlo. Ahora que se ha adueñado usted bien de la geometría y del arte del dibujo, tome el pincel y *andar con Dios* (1).

La señora Child me ha enviado un libro, *Pilothea*, y una epístola muy magnánima. El libro es bello, pero me parece de una belleza enfermiza, que no me agrada, que se me antoja de funesto augurio. Esas cosas no brotan en el suelo, en el honrado seno de nuestra madre tierra, sino en estufa, y se siente un fuego de sentimentalismo calvinista. También Bancroft procede en parte de invernadero;

---

(1) En castellano, en el original.

debo enviarle una nota por Summer; dele las gracias, mientras tanto, y no le hable de estufas. Pero de una manera general los hombres de la Nueva Inglaterra deberían digerir sus fórmulas; sin esto, no hay libertad. Sin embargo, hasta ahora, no encuentro allí sino un hombre que haya emprendido el camino o que haya llegado. Que Dios le asista. Mi mujer me encarga sus afectos. No está peligrosamente enferma, pero sigue débil y tiene que esforzarse para tenerse en pie; el verano le sienta bien siempre, también este año. Adiós, querido amigo; que Dios esté siempre con usted y los suyos.

T. C.

## EMERSON A CARLYLE

Boston, 30 de Julio de 1838.

Querido amigo: Adjunto un cheque de 50 libras esterlinas. Las *Misceláneas* se han publicado en dos volúmenes, de los que le voy a enviar un ejemplar. Mumroë me dice que ya se han vendido 250 ejemplares.

Siempre suyo,

R. W. E.

## EMERSON A CARLYLE

Concordia, 6 de Agosto de 1838.

Cuando vea usted el ejemplar de las *Misceláneas*, observará que hemos impreso la mitad de la materia. Debía

empezar en seguida la impresión de lo restante, en otros dos tomos, incluso el artículo sobre el Scott de Lockart, pero ahora pienso que conviene esperar noticias de usted. Imprimiremos de estos dos volúmenes una edición mayor, o sea de 1.200 a 1.500, si quiere usted una parte de ella en Londres. Porque tengo la seguridad de que aquí nuestro público espera un millar.

Gracias por su carta, gracias por reclutar tan amablemente amigos para mi pobre *Discurso*. ¡Pobre librito, haber ido tan lejos y tan alto! Estoy confundido. Sin embargo, a pesar de todas sus esperanzas y todos sus deseos, le enviaré pronto una pareja de la categoría de las *opera minora*. He escrito y pronunciado hace quince días una especie de sermón para la clase superior de nuestra Facultad de Teología de Cambridge, y una comunicación a la Sociedad literaria del Colegio de Dartmouth; porque, aunque sea enemigo de nuestro desbordamiento de elocuencia americana, no puedo fácilmente negarme a unos jóvenes que me piden que hable yo también. Estos dos discursos están en prensa. El primero, por lo que oigo decir, choca a muchas gentes. Voy a procurar ahora estar callado hasta el invierno próximo.

R. W. EMERSON

CARLYLE A EMERSON

Scotsbrig, Eulfechau (Annandale, Scotland),  
25 de Noviembre de 1838.

... Su cheque y la duplicada de un cheque de 50 libras, con las dos cartas que los acompañaban, llegaron en su

debido tiempo a Chelsea, y su larga carta (la del 6 de Agosto) me la han enviado aquí hace unos quince días. Recibí igualmente, mucho tiempo antes, una misiva de las más amables, con una descripción muy clara y atrayente del *home* de Concordia, de sus habitantes y dependencias, y el anuncio, de una sinceridad evidente, de que había allí, dispuestas para mi mujer y para mí una habitación y una cordial bienvenida, diciéndonos que fuésemos pronto para pasar un año. Nadie, seguramente, tiene unos amigos como yo. Deberíamos decir: Quisieran los dioses darnos almas agradecidas. Porque, en verdad, hay favores que, semejantes a rayos de sol en medio de la tempestad, embellecen de tiempo en tiempo esta ruda existencia con rayos de arco iris. Lo que tiende a probar, supongo, que *hay* un sol, y en el centro, detrás de todo esto, una fuente de benevolencia; por lo que conviene, repito, que nos mostremos agradecidos.

Mi mujer dice que ha recibido el cheque americano y las libras esterlinas por la *Revolución*, con un sentimiento patético «que le hizo enternecerse». Desde el otro lado del Océano se tiende hacia nosotros una mano. Quisiera solamente que el libro fuese una epopeya, un Dante o una obra imperecedera, a fin de que la Nueva Inglaterra pudiese con el tiempo llegar a enorgullecerse de su acto, y avergonzar a la Vieja Inglaterra, que no tiene ni una libra esterlina, ni un penny...

Una carta mía debe de haberse cruzado en el Océano, a lo que creo, con su carta descriptiva de Concordia. He aquí que marcha bien nuestra correspondencia. Le volveré a escribir, haya recibido o no noticias tuyas, en cuanto mi mano haya recobrado en Londres su destreza—en cuanto que vea allí lo que pueda hacer o decir.—Me parece que todo va decididamente mejor. Mi mujer ha estado y está bastante mejor que el año pasado, que todos los

años anteriores. Yo mismo me voy visiblemente tranquilizando; mis anormales *Meditaciones dentro del Hades* son tranquilas, comparadas con las del año último. Tengo grandes probabilidades de una nueva serie de conferencias, de ganar para vivir otra estación; hasta hay gentes que dicen he encontrado una nueva profesión, y que podré vivir de ella mientras me plazca. También esto es en parte fruto de mi pobre libro; no sería justo decir que no me ha producido nada, incluso en dinero. El año último me parecía que el auditorio estaba formado sobre todo de lectores de ese libro, atraído a mi alrededor, no obstante muchas cosas, por el poder de aquél. Felicitémonos. Tengo jesuítas, swedenborgianos, mujeres ancianas, cuáqueros, *omne cum Proteus*, Dios me asista, nunca tuvo un hombre un público tan variado. Le saludo, mi querido amigo, a usted y su círculo hospitalario. Bendita sea su simpática casita, benditos sus caracteres simpáticos.

T. C.

Más de una persona me pregunta: «¿No ha escrito su Emerson otra cosa?» Y yo les presto el librito *Naturaleza* hasta que los dedos le rompan. Sterling se ha marchado a Italia para pasar el invierno; se ha marchado rápido como el relámpago. No puedo lograr enseñarle el gran arte de estarse quieto; por no hacerlo así, sus bellas cualidades corren el riesgo de gastarse en vano.

## EMERSON A CARLYLE

Concordia, 17 de Octubre de 1838.

... En una de mis cartas de este año le he invitado insistentemente a venir a vernos en América y en Concordia. He creído que vendría usted algún día y lo sigo creyendo. Pero si de su parte fuese generoso o cariñoso con amigos de aquí—o si sintiese curiosidad por conocer nuestro medio,—juzgo que es oportuno que aplace el satisfacer su afección y su curiosidad. A ningún precio quisiera verle a usted aquí en las presentes circunstancias. La publicación de mi *Alocución a la Facultad de Teología* (de la que he enviado a usted unos ejemplares) ha dado lugar, en nuestros principales periódicos locales, a una explosión contra mi infidelidad, mi «panteísmo y ateísmo». Todos los autores sin excepción se ponen contra mí y contra todo lo que suponen que simpatiza con las opiniones a la que soy afecto, contra el trascendentalismo, Goethe y *Carlyle*. Siento mucho este último aspecto de nuestra tempestad en un vaso de agua. Como *Carlyle*, en efecto, no es nada culpable y como tiene sus propios elementos de impopularidad, no deseo complicarle en mis contiendas locales. Usted está en camino de hacerse muy popular aquí, entre nosotros, y cada vez lo es usted más entre el público americano; pero en este momento preciso, en Boston, donde sabe que publico las obras de usted, temo que le perjudique esta asociación. Ahora bien; es indispensable que usted ejerza aquí su justa influencia, que no aparezca usted ante nuestras gentes como miembro de un grupo, sino más bien como un hom-

bre sin vínculos, es decir, al que nada le es extraño; de suerte que me felicito, más de lo que hubiese podido prever, de que no haya usted cedido a mis instancias. Esperemos un poco a que se haya disipado este pueril clamor. Estoy afortunadamente en situación de sustraerme a todo inconveniente real procedente de los alarmistas o de los alarmados; y verdaderamente, en la medida que este malestar se desprende necesariamente de la simple inercia de espíritu, me parece evidente que, si vivo, mis convecinos deben esperar otros muchos choques, y tal vez más difíciles de soportar.

El artículo sobre los escritores religiosos de Alemania, aparecido en el último número de la *Quarterly Review*, conviene tanto al meridiano de usted como al nuestro; despréndese esto claramente del hecho de que nuestros periódicos transcriban en sus columnas los primeros párrafos y nada más. ¿Quién es el autor de este trabajo? ¿Y quién ha escrito el artículo sobre *Montaigne* en la *Westminster*? He leído con mucho gusto los Poemas y Pensamientos de Archous en *Blackwood*. «La hija del sacristán» es un bello poema, y reconozco en todos, con gozo y simpatía, el *Alma*. Hábleme de la salud y prosperidad del autor, o bien, ¿no me hará la merced de escribirme con su propia mano? Y hábleme de usted mismo; dígame qué obra de amor y de sabiduría le ordenan las musas, y qué satisfacciones le envía el Dios clemente, a usted y a los suyos. Espero que su mujer no me haya olvidado.

Muy amistosamente,

R. W. EMERSON

Las *Misceláneas* (vol. I y II) son una obra popular. Se han vendido unos 500 ejemplares. El segundo artículo sobre Juan Pablo influye poderosamente en el alma de los jóvenes. Detesto escribirle cartas llenas de negocios y de

hechos como la presente. Hay tan pocos amigos, que pienso he de verle más de cerca algún día, porque le quiero más de lo que puedo decir. W. H. Channing ha escrito acerca de usted un artículo en la *Boston Review*, un artículo crítico que le ha enviado a usted, supongo.

R. W. E.

### CARLYLE A EMERSON

5 Cheyne Row, Londres, 7 de Noviembre de 1838.

... Kennet, el editor, me ha dado ayer (cuando fui a la ciudad con mi hermano, el doctor italiano, uno de los buenos amigos de usted, que está aquí ahora) diez ejemplares del Discurso de Dartmouth; lo leímos, mientras comíamos en un restaurant de Bucklersbury, en medio del ruido de unos 50 comensales, y por segunda vez, con mayor sosiego, aquí en Chelsea. Es un valiente discurso, en el que se anuncia a su manera, con el acento de una plena convicción, a todos a los que pueda interesar, esa gran verdad olvidada de que *el hombre es siempre el hombre*. ¡Ojalá pueda despertar una pulsación en la misma muerte! Creo que ha llegado el tiempo de semejante Evangelio. Es preciso que quienes lo poseen lo anuncien, cualquiera que sea el auditorio. He dado de él dos ejemplares esta mañana. Me encargo del resto. Continúe, y buena suerte.—Y ahora, ¿dónde está el teólogo heterodoxo que suscita una tal tempestad en un vaso de agua, pone sobre el tapiz a Goethe, al Trascendentalísimo y a Carlyle, y en general nos hace ver la diferencia que también la Nueva Inglaterra hace entre el Panteísmo y el Pot-teísmo? Tengo grandes deseos

de ver esto, y espero que le felicitaré también. Mientras tanto, dejemos que se calme la tempestad en un vaso de agua; que Emerson no vea otra cosa en Concordia, y que persevere en su camino. En cuanto a lo que recaiga sobre mí, no le preocupe medio minuto. Panteísmo y Pot-teísmo, *Madoxia*, *Tadoxia*, todo esto me es indiferente; toda esta jerga, de la que evito hablar, a la que me niego a prestar oído, es para mí cosa importuna. Vive, por el amor de Dios, con la fe que has podido darte, pero cesa de hablar de la fe. No sabes lo que es. Guarda silencio. No hables... En cuanto a usted, amigo mío, es preciso sencillamente continuar produciendo, si es necesario, choques más rudos. Y si me ocurriese, aquí o allí, incurrir por causa de usted en la censura, dígase que estoy orgulloso de mi compañía, que según la frase del joven Hazlitt después de haber oído a Coleridge: «Quiero ir con este hombre.» O como dijo nuestro fogoso Burns:

«Con uno como él, donde se encuentre,  
Sálveme o me condene.»

¡Ah! ¡Qué estúpida vida la de nuestro mundo! Si no encontrase, aquí o allí, un hombre dotado de una voz articulada, se sentiría uno demasiado solo.

Todo esto no se parece en nada a la carta que pensaba escribirle; pero pienso volverle a escribir dentro de pocos días, y en el primer párrafo irán, si es posible, todos los negocios. Tengo muchas cosas que decirle, las cuales vale más, tal vez, no escribirlas. ¡Ah, que no pueda hablar con usted! Pero ya llegará el tiempo, Dios mediante. ¿Por qué no vendría usted, puesto que yo no puedo ir? Aquí encontrará un cuarto, la bienvenida y siempre dos amigos. Es necesario que nos veamos de una manera o de otra. Me ocuparé de sus encargos para Sterling. Está en Florencia. El era el autor del artículo sobre Montaigne.

Mi mujer me pide que le deje «sitio para unas líneas». No sé lo que quiere escribirle, a menos que no sea lo que me ha dicho mostrándome el discurso de usted: «¿No es una noble cosa? El solo, entre todos, etc., etc.»

Siempre suyo,

T. C.

¡Haberle olvidado! Si no tuviera otra razón para acordarme de usted, no olvidaría nunca al visitante que vino a nuestra casa, hace años, como procedente de las nubes, e hizo de nuestros días como un encantamiento, dejándome llorosa por no haber sido más que un día. Cuando evoco América, es usted; ni Enriqueta Martineau ni nadie puede darme una idea más completa. Cuando deseo ver América, es también usted y los suyos. Leo todo lo que usted produce con un interés que no me inspira ningún otro escrito, excepto los de mi marido; o estaría más cerca de la verdad al decir que de todos los escritos de los autores vivientes, los de usted y los de él son los únicos que pueda leer. Dios le bendiga, así como a *Weib und Kind*. Seguramente les veré a todos algún día.

JANE CARLYLE

#### CARLYLE A EMERSON

Chelsea, 15 de Noviembre de 1838.

... Sería muy largo decirle cuáles son aquí mis ocupaciones, mis proyectos, mi situación y mi historia, cosas todas de las que me alegraría mucho hablarle frente a frente, pero que no es posible exponerlas por carta. Me

parece que he vivido cuatro décadas en estos cuatro años tan llenos de penalidades y de labor. Gradualmente la criatura se adapta a su elemento; la salamandra se acostumbra a vivir en el fuego y a tomar su temperatura. ¡Ay! Se me antoja que he envejecido; innumerables cosas me parecen ahora enojosas, vacías, triviales y estériles. Puede ser, sin embargo, que no esté viejo, sino solamente cansado, y que haya todavía en mí algún recurso de trabajo. Por lo demás, el enervamiento y la agitación de esta Babilonia me agotan lentamente; es la existencia más indefinible, hecha de rayos de sol y de arcilla fangosa, contrastes que ningún espíritu puede conciliar. El sufrimiento y la pobreza no son cosas sanas; pero es un veneno las alabanzas y los halagos que los acompañan; de esto Dios nos libre; hay en un hálito con qué volver loco. De una manera general me digo: ¿Qué vale más que el reposo?

Una cosa triste y frecuente en mí alrededor, es el tener completamente las características de un querubín: nada más que cara y alas. «Hijos míos—decía un francés a unos querubines en un cuadro,—hijos míos, sentaos.» «Monseñor—contestaban ellos,—no hay con qué.» Yo soy más feliz en mi pereza, lo que prueba que *puedo*, que puedo sentarme. Pero, después de todo, ¿no tengo motivos para felicitarme? Realmente, por el momento, tengo con qué subsistir así, cosa que había ambicionado en vano durante varios años. Tendré que volver a dar conferencias en la primavera, sabe el cielo sobre qué asunto; será para mí un período de fiebre; pero una vez pasada la cosa, es el vivir asegurado por otro año. Parece que el sombrío Ismael es capaz de cazar también en este desierto. Quiero, pues, considerarme feliz y esperar tranquilamente lo que deba venir después, si ha de venir algo. Pero, en realidad, para hablar sinceramente, tengo a veces la impresión de que se edifica

en mí otro libro, aunque casi tiemblo al pensar en ello. No es para este invierno, ¡oh no! Quiero solamente escribir un artículo o algo de este género, y hablar de naderías si no encuentro cosa mejor. Creo que tal es mi horóscopo para la estación próxima: un artículo sobre algún asunto hacia el nuevo año (al director de la *Westminster*, un buen mirlo blanco, admirativo, de la región del Norte, no quiere dejarme descansar); luego, conferencias; después, ¿qué? Estar por algún asunto práctico también, no por una de las pinturas en el aire de usted o *ästbretisches Zeng* (como dice la mujer de Müllner, del Müllner de la «Hoja de Medianoche»); verdaderamente, no puedo exaltarme bajo una influencia de ese género; es por extremo fastidioso, tanto como vano por el momento. Así, pues, si ve usted en el próximo número de la *Westminster* un artículo firmado S. P., acerca de un cierto alemán llamado Varnhagen, dirá usted que se trata de «Simón Pure» o de «*Soaped Pig*», que nadie adivinará...

En cuanto a Concordia y a Nueva Inglaterra, ¡ay!, amigo mío, tendría que echar a perder el cuadro de usted con un feo contraste si fuera en mi actual estado de espíritu. Soy mayor que usted por los años; pero, por el humor, tengo siglos más que usted. ¡Cuánta esperanza en ese corazón, siempre joven, alegre, sano como la mañana! En cuanto a mí, no puede usted imaginarse en qué mescolanza de gruñón y de dispéptico me he convertido; y lo sería cada vez más si no pusiera un freno. Déjeme confortarme un poco. No he olvidado ni Concordia ni el Oeste: su hermosa imagen se me aparece siempre en lo azul del horizonte, lejana y, sin embargo, accesible; me es una posesión preciosa, aunque no hubiese nunca de alcanzarla. Pero me he puesto a pensar últimamente que usted vendrá aquí primero. Es la buena solución, ¿no es verdad? Más que nunca, la Nueva Inglaterra se convierte en una parte

de la antigua; usted mismo está más cerca de nosotros ahora que lo estaba Torkshine hace cien años; es un hecho positivo: puede usted venir *six* hacer testamento. Una de mis ideas es que todos los hombres de lengua inglesa, de cualquier hemisferio o zona que puedan ser, vendrán, durante mucho tiempo todavía, hacia la Babel metropolitana, para ver una cosa o dos. Venga, si se atreve. Ya he dicho que hay aquí, esperándole siempre, un puesto en la casa y en el corazón; y verá usted millones de imbéciles. *Pickwick* mismo será visible, el joven e inocente Dickens, que espera un destino dudoso; el gran Wordsworth hablará hasta que usted mismo le declare enojoso. Southey sigue con su tez próspera, de caoba oscura, con su pelambrera blanca y unos ojos que parecen correr al galope. Leigh Hunt, «hombre de talento, bajo la forma de un Cokney» es un vecino próximo, lleno de malicias, con buen humor y sin sentido común. El viejo Rogers, con su cabeza pálida, blanca, calva, fría como nieve, hará sentir a usted la influencia de sus grandes ojos azules crueles, tristes, y de su sardónica barbilla levantada. «Este hombre, ¡oh Rogers!, es el que ha escrito Poesía alemana en prosa americana; mírele bien.» ¿Pero adonde iría a parar? Se me ha acabado el papel...

T. C.

#### CALYLE A EMERSON

Chelsea, Londres, 2 Diciembre 1838.

... Mi hermano nos dejó el miércoles último. Tenía que estar en París ayer. Por el momento no escribo nada; me

siento solitario, triste, enfermo, no desgraciado. En general, la Muerte me parece bella, dulce y grande, pero la Vida también me parece bella, grande y divina, aunque no hubiera de ofrecer ninguna alegría. Leo, cosiendo mi mujer a mi lado, a la luz de mi lámpara «sinumbra», en un cuartito convenientemente acondicionado contra el invierno; y no me siento nunca más dichoso que cuando todos los hombres o casi todos me dejan tranquilo, aunque haya muchos que me quieren, no obstante mi ingratitude. Leo por el momento *Horacio Walpole*. Saco de él materiales inagotables, épicos, líricos, didácticos; todo, cierto es, inarticulado. Un viejo magister ciego de Annandale, acostumbraba a preguntar ansiosamente, cuando le anunciaban un nuevo alumno: «¿Pero está usted bien seguro de que no es un asno?» Esta es ciertamente la cuestión importante en un hombre; porque, en realidad, si consideramos la cosa sin prejuicio, presupone todo lo demás: Horacio Walpole no es un asno; no hay en él ni una sola fibra *ásnica*...

Adiós, mi querido amigo.

T. CARLYLE

#### EMERSON A CARLYLE

Concordia, 13 de Enero de 1839.

... Mis gracias más expresivas a Juana Carlyle por su generoso recuerdo que quiero esforzarme en merecer. ¿Ha llegado a Chelsea la obra heterodoxa, y nos ha hecho perder la reputación hasta en el espíritu caritativo de nuestro amigo? La emoción local se ha calmado desde hace tiempo

y asisten numerosos oyentes a mi serie de conferencias sobre la «Vida humana».

R. W. E.

### CARLYLE A EMERSON

Chelsea, Londres, 8 de Febrero de 1839.

... Nuestra hermosa Babilonia prosigue la vida accidentada que le es habitual, y en lo que me concierne no me sienta mal, sino más bien mejor que antes. Hay incluso muchas gentes que me profesan una real amistad. Así, por ejemplo, me llegó ayer por la noche un voluminoso paquete de libros, enviado con arreglo a la lista que yo había redactado, desde la Biblioteca universitaria de Cambridge, por ciertos amigos de allí a los que nunca he visto, envió muy bienvenido. Porque no tenemos aquí ninguna biblioteca que preste libros, y sólo desde hace unas semanas trabajamos en crear una; figúrese usted esto. Lo peor es el doloroso desgaste al que este enorme y ruidoso Niágara somete a un pobre armazón de nervios irritables como los míos. Todas las cosas, hasta las palabras que se oyen en las calles, tienen la rapidez del tren. No se puede gozar ni de la misma alegría, y hay que evitarla como el dolor. ¡Ay! juro a menudo que, por lo menos, seré enterrado en la libre Escocia donde reina la brisa, lejos de este tumulto insensato al que el destino me encadena toda la vida. Suponiendo que me encadene siempre; pero si alguna vez posee los menores medios, huiré de este torbellino, como huiría del lago de Malebolge, y no le visitaría sino de vez en cuando. Pero tal vez, después de todo es este el

lugar conveniente, considerando que ninguno conviene; ¿quién sabe? Mientras tanto llevo una existencia por extremo dispéptica, solitaria, reconcentrada; consumiendo, en silencio tan posible, mi lote diario de dolor, satisfecho cuando tengo algún vigor para trabajar, lo que es la única utilidad que puedo descubrir en mí mismo, pero eso me ocurre hartó raramente en estos últimos tiempos. El fondo de mi existencia es sombrío como la muerte; demasiado sombrío, cuando de otra parte reina el vacío; pero a veces se pintan en aquel imágenes hechas de oro, relámpagos y colores del arco iris, tanto más brillantes, supongo, cuanto que más negro es el fondo. Con todo esto, tengo una buena dosis de locura. Algunas personas me animan a escribir algo sobre Crómwell, del que me ha ocurrido hablar. Así hago lecturas sobre asuntos de historia inglesa, viendo que no sé nada y que nadie sabe nada de esta materia; pero ¿resultará algo? Es lo que habrá que ver. Mill, mi amigo de la *Westminster Review*, se ha marchado enfermo al continente, dejando en su puesto a un pelagatos Aliboran de Aberdeen, que es, además, uno de mis grandes admiradores, con el que conjeturo que no podría hacer nada; así, pues, nada por este lado. Lo más cuerdo de todo, creo, sería comprar un caballito *Yanqui* y ponerme a galopar por las colinas circundantes.

Hasta ayer no he recibido su discurso. No le hemos leído más que una vez y no hemos llegado todavía al fondo. Sin embargo, en mi entender, esa tempestad sociniana en un vaso de agua está completamente en el orden de las cosas y le será provechosa, no perjudicial. Es deber del hombre hacer que los hombres se beneficien con la luz que él posea; pero convendría que estudiara cada vez mejor el medio por el que ha de atravesar, las retinas en que ha de caer: tenga usted, pues, cuidado. Encuentro en este discurso, como en los otros dos, esa nobilísima afirmación

de personalidad, y esa originalidad creyente que es como un fuego sagrado, la fuente de todo lo que debe producir una llama y obrar, y para los jóvenes en particular, no se ve qué habría más vivificante. Hable, pues, mientras que sienta usted la vocación de hablar y siempre que la sienta. Pero le vaticino, amigo mío, que esto no le bastará siempre a sí mismo. Hay en usted el dón de una *especie* de verbo que es a su vez *acción*, de un género artístico. Nos dice usted con acento penetrante, que el alma del hombre es grande; muéstrenos la grande alma de un hombre en una obra que la simbolice; es el coronamiento de un tal evangelio, y usted sentirá sin tardar que es su misión. Tengo impaciencia por ver algo concreto, algún acontecimiento, vida de hombre, bosque americano o fragmento de creación, que Emerson ame y admire, bien emersonizado, pintado por Emerson, lleno de la vida de Emerson, y proyectado fuera de él, para vivir en adelante de su vida propia. Si los discursos han de privarme de esto, por provechosos que puedan ser para los demás, no quiero quererlos. Y sin embargo, ¿qué digo? ¿Cómo puedo saber lo que es bueno para usted, lo que realmente complace a su alma realizar? Hablo desde el exterior; la voz más amistosa no puede hablar sino desde el exterior; y en el interior de sí mismo es donde el hombre encuentra su último móvil. Perdóneme, quírame y escribame sin tardanza. Adiós.

T. C.

Una de las cosas más raras, concernientes a estos discursos de la Nueva Inglaterra, es el hecho que he oído mencionar, pero que todavía no he podido comprobar con mis propios ojos, de que un tal Gladstone, erudito famoso de Oxford, diputado tory y anglicano convencido, de mucho talento y de promesas, ha encontrado el medio de in-

sertar unos párrafos de usted (deben de ser del primer discurso) en una de sus obras sobre la Iglesia y el Estado, que hace algún ruido en este momento. Le tengo por un hombre de espíritu sólido, serio, silencioso; pero cómo ha podido con sus ideas a lo Cleridge simpatizar con usted, es un misterio. Es de creer que los hombres sinceros de todas las creencias son hermanos.

Hasta mi pronta carta.

### EMERSON A CARLYLE

Concordia, 15 de Marzo de 1839.

... Se leen sus libros. Me parece que oigo expresar más gratitud por las *Misceláneas* que por la *Historia*. Los jóvenes de nuestros colegios las estudian en el silencio del gabinete, y la doctrina de Copérnico suplanta la de Ptolomeo. Oigo frecuentemente testimonios simpáticos de la feliz acción de la levadura, y no se cesa de preguntar si el autor vendrá aquí.

Era una locura de mi parte—si se lo he dicho—que no debía venir. Sabía pertinentemente entonces, y no he dejado de creerlo, en lo que me concernía, que ningún lodo de la polémica, por mucho que se lanzase, podía salpicarme, porque yo era un simple observador, sin el menor interés personal ni la menor parcialidad, no tratando la cuestión sino como historiador, y sabía que quien me viera, lo vería así. Pero, por de pronto, el folleto produjo en los periódicos mucha emoción y excitación, y se vendieron los mil ejemplares hasta el último. El mal viento ha pasado. He anunciado, como de ordinario, mi serie de conferencias

de invierno, y han tenido un excelente éxito. He dado diez conferencias: I. Doctrina del alma; II. Hombre; III. La Escuela; IV. El Amor; V. El Guía; VI. El Espíritu de protesta; VII. La Tragedia; VIII. La Comedia; IX. El Deber; X. La Demonología. Tenía el proyecto de añadir otras dos, pero me lo impidió un catarro, de suerte que no hablé más sobre la vida humana. Ya estoy bien. Pero como acabo de decirle, puesto que no podía perjudicarme, era pueril el que me jactara de poder ligar la causa de usted a la mía y hacerle daño. Es indudable que, en cuanto usted quiera, tendrá a todas las gentes de aquí por oyentes y libres de esa idea preconcebida que yo quería conjurar. Sin embargo, no puedo lamentar mi carta que me ha valido una respuesta tan afectuosa y tan magnánima.

Mucho le agradezco también su amable invitación. Pero tengo una nueva razón para no ir á Inglaterra: una niña llamada Elena, que tiene ya cerca de tres semanas; un rollo de carne rubio y tierno, que no hace más que dormir con un aire de indiferente seguridad, me dice que ha llegado para que se la ame, que no tiene nada de vulgar y que me interesa mucho.

¡Cuánto me gustaría, sin embargo, estar al lado de usted por cierto tiempo! Los meses y los años que pasan me hacen más deseoso de una conversación sin límites con usted, y pienso que Dios nos lo concederá algún día de la mejor manera. Me ocupo en estos últimos tiempos del *Anillo de Onix*, que me ha parecido lleno de saber y de buenas pinturas, atrevidas y fieles. ¿No es mucha malicia la de John Sterling de pintar a Collins? ¡Y con qué intrepidez de iconoclasta irrumpe ese nuevo Alcibíades entre los Lares de ustedes, y desfigura en Walsingham á su mismo sagrado Hermes! Me cautiva ese Sterling, pero ahora que le conozco mejor, no espero carta suya.

Desearía hablar á usted de las graves cuestiones, más

graves que toda literatura, planteadas por los menudos incidentes de cada día. Quisiera también que usted conociese á mis amigos de aquí. Hay, entre otros, un hombre llamado Bronson Acott, de alma majestuosa, con el que se puede conversar. Está capacitado de verdad, y su existencia me causa la misma alegre sorpresa que la del mundo...

R. W. E.

### EMERSON A CARLYLE

Concordia, 9 de Marzo de 1839.

... Supongo que *Raquel* no le ha ocupado á usted ni mañana ni noche, pero fué escrito durante esa hora grata de después de comer, tan favorable para una buena digestión.

Espero que habrá gustado usted las traducciones de Goethe por John Divight, así como sus notas. Es una buena alma, receptiva, capaz de impulso, menos inclinada a crear que a recibir muy dócilmente, pero cuyos libros me agradan mucho.

R. W. EMERSON

### CARLYLE A EMERSON

Chelsea, Londres, 13 de Abril de 1839.

Me inquieta no recibir noticias de usted; espero que su tardanza obedecerá únicamente á la lentitud del im-

presor de las *Misceláneas*. Mi mujer va a enviar un grabado á la de usted. Fraser me ha entregado por la primera edición de la *Revolución francesa* 110 libras, inesperado beneficio. Voy a dar una serie de conferencias sobre las Revoluciones de la Europa moderna; dos sobre el Protestantismo, dos sobre el Puritanismo, dos sobre la Revolución francesa. Me dicen que cuento en América con numerosos lectores; ¿quién sabe si me iré pronto a dirigirme a ese auditorio? El nombre de usted comienza a ser citado en Inglaterra; tiene ya un público escogido, y Miss Martineau acaba de consagrarle un artículo en la *Westminster Review*.

T. C.

#### CARLYLE A EMERSON

Chelsea, Londres, 17 Abril de 1839.

... No hay en los almacenes de Tenfelsdröckh ningún manuscrito que pueda convenirle; nada absolutamente acabado, si no es una larga disertación (del género agrio y sardónico) sobre la historia primitiva de la raza teutónica que se desarrolla penosamente, no en el mejor estilo, a través de la poesía gnómica, y no sé qué más, para ir a parar, si mi memoria no me engaña, a una especie de *Ensayo sobre los Minnesurger*. He escrito esto hace casi diez años, y no me satisfizo. Era una parte de un desdichado proyecto de *Historia de Literatura alemana*, de la que usted ha publicado ya porciones subsiguientes, los *Nibalungos* y el *Reinecke Foz...*; mas otros manuscritos no son sino borradores, almas *inarticuladas* de niños, lle-

rando por no haber podido nacer y haber sido abandonadas, gimientes, *in limine primo*.

Luego de este lado nada hay que esperar. Sin embargo, me parece que se encontraría algo en otras partes. Creo que *Varuhagen* puede publicarse sin chocar, puesto que se le necesita; si basta para que el segundo tomo que usted edita tenga el tamaño requerido, ¿por qué no? Es el último débil murmullo que dejo oír en la Literatura periódica y puede servir para indicar la proximidad del silencio y del sueño. No conozco erratas de impresión en *Varuhagen*; hay un pasaje concerniente a la *falta* de humor en la conversación de J. P. Richter, respecto al que me gustaría hallar una ocasión cualquiera de decir una palabra, aunque no vea muy bien cuál. De una parte, soy de parecer que *Varuhagen* exagera la cosa, tomando un *dicho* de salón berlinés por un documento de una exactitud científica; de otra parte, que el defecto, si existiese, honra a Juan Pablo por indicar que hablaba con abundancia de corazón, sin consumirse, como alguno de nuestros ingenios de la ciudad, en un miserable balbuceo perpetuo, sino expresando lo que tenía que decir, brillante o no, por su propia satisfacción ante todo. Si pudiera usted, en lugar oportuno, formular algo por este estilo en una o dos líneas, estaría bien. No obstante, después de todo, si no lo hace usted, la cosa no tiene casi importancia. Deje en este caso todo tal como está, como al principio del sueño y de la respiración sonora.

El mismo *Varuhagen* no hará que el cuarto tomo de usted llegue al tamaño requerido; apenas hará, creo, unas 380 páginas; pero, ¿qué más hacer? ¿Se acuerda usted del *Fraser's Magazine* de Octubre de 1832 y una traducción, con notas, de una cosa que se llamaba el *Märchen*, de Goethe? Era mío. Veo en ello un trozo muy notable, muy digno de ser recorrido, sobre todo por mis lectores. En

realidad, hay otras dos pequeñas traducciones de Goethe, que tengo por buenas, aunque de un interés mucho menor que el *Märchen*; la una se titula Fragmento de Goethe, si me acuerdo bien. Celebraría, verdaderamente, que se imprimiera el *Märchen*, y tuve intenciones de ponerlo al final del Sartor inglés. No me interesa, en sí, la otra obra, pero la encuentro muy bella en su género. Hay aquí y allí, en el *Fraser's Magazine*, en corta cantidad, algunos trozos sin valor salidos de mi pluma; una historia, titulada *Cruthers and Jausan*, se escribió hace diez y seis años, y se publicó, probablemente, el segundo año, con graves erratas; es el primero de mis escritos o uno de los primeros, una cosa que no se debe enseñar, excepto a personas como usted. Pero, en fin, amigo mío, me remito, en absoluto, a su juicio y decisión sin apelación.

Esta carta es muy larga, pero no he tenido tiempo de hacerla más corta. He recibido el libro de Dwight, le he gustado y le he respondido; es un buen joven, tal como usted le describe; ningún inglés, que yo sepa, ha escrito cosas tan sensatas sobre Goethe y los asuntos de Alemania. Hoy voy a tratar con Fraser de impresores y de una segunda edición de la *Revolución*. La fecha de mis conferencias se acerca; ¡de hoy en quince días! ¡Oh cielo! Yo no puedo «hablar», no puedo más que abrir la boca, gesticular y tartamudear—espectáculo para los dioses y las gentes de moda.

## EMERSON A CARLYLE

Concordia, 25 de Abril de 1839.

Le estoy muy agradecido, pero da usted demasiado amistosamente y generosamente crédito a mi talento. ¡Ay! Amigo mío, yo no soy capaz de las brillantes cosas de que usted habla. No me ponga entre los poetas, sino solamente en una categoría inferior de la literatura, la de los noticieros, de los suburbanos. Pero en Dios todos somos grandes, ricos, todos autorizados. Todo me pertenece.

## EMERSON A CARLYLE

Concordia, 15 de Mayo de 1839.

He hallado un librero que venderá en América la *Revolución*. Imprimiré, en las *Misceláneas* la *Novela corta* y el *Cuento*, traducidos de Goethe, pero no *Cruthers and Jausan*, obra indispensable para los que deseaban ver las fuentes del Nilo, que irá mejor, sin embargo, en la edición definitiva de Carlyle. Insisto en que usted y su mujer emprendan el viaje a América.

## CARLYLE A EMERSON

Chelsea, Londres, 29 de Mayo de 1839.

La anunciada Miss Sedgwick no ha venido todavía.

Mis conferencias han terminado felizmente hace diez días. Han alcanzado, según la fórmula consagrada, un éxito satisfactorio, éxito cuya sola parte *apreciable* es una suma de unas doscientas libras, ganada con gran trabajo, pero también muy rápidamente, lo que me asegura un respiro económico de un nuevo año. Mis oyentes se han mostrado infinitamente tolerantes. Estuve este año menos agitado antes, pero proporcionalmente más lleno de remordimientos después. Sólo una conferencia fué bastante buena, la última, sobre el *Sansculotismo*, dirigida a un auditorio en gran parte Tory, todo crujiente de la más rica seda aristocrática. Hay dos cosas que me parecen claras: primeramente, que debiera tener un caballo; he tenido que limitarme a tres salidas o galopadas en un animal de alquiler; no he comprado todavía mi caballo *Yanqui*; pero es preciso que lo compre, porque no puedo vivir sino a costa de muchos sufrimientos, sin un caballo.

Es una cosa infinitamente grata escaparse del torbellino de polvo que reina aquí, y huir, en medio de la soledad, a través de un océano de verdura y de esplendor, hasta Harren, y volver luego; y a la mañana siguiente se tienen los nervios en orden y se está lleno de expresiones, como una fuente está llena de agua. Pero la segunda cosa que he descubierto es que improvisación, especialmente cuando se trata de un conferenciante, es un

arte o un oficio, y exige un aprendizaje al que nunca me he sometido. En muchas ocasiones me he dicho que debería ir a América el invierno próximo, y dar a ustedes conferencias, de Norte a Sur, hasta ser dueño de ese arte...

A veces advierto en mí rudimentos de un nuevo libro (alabado sea Dios). Le quisiera mejor que la *Revolución francesa*, quiero decir, mejor escrito. La mayor parte de esta obra, de la que acabo de releer las pruebas estas últimas semanas, no me inspira más que repugnancia.

Wordsworth se halla actualmente aquí. Es un anciano locuaz, más bien insípido, pero no fastidioso. Hay en él como una frescura de arroyos y brisa de montañas. Dícese de él: «No eres grande, pero eres natural; buena suerte.» Sterling ha vuelto de Italia, lleno de salud, en muy buen estado; ¡si fuera capaz de estarse quieto!... Le oigo hablar de un soneto que tiene la intención de dirigirle a usted; en cuanto a mí, sabe bien que censuro a sus versos el carecer de verdadera melodía en los pensamientos, en la frase y en el sonido. ¡Excelente John! ¿Vió usted jamás un nabo horadado para linterna de niños tan vacío como ese Walsingham Goethe? El iconoclasta Collins le pisotea con sus abarcas y continúa su camino sin decir casi nada...

Adiós, querido amigo. Me es en este mundo un preciadísimo tesoro la amistad de usted. Mi mujer envía a todos sus recuerdos.

T. C.

## CARLYLE A EMERSON

Chelsea, Londres, 24 de Junio de 1839.

... En cuanto a sus cuentas, amigo mío, las encuentro claras como el día, de una exactitud extrema. Es usted muy amable al vencer su horror por la aritmética, y semejante al hidrófobo Pedro de Rusia, haciéndose marino, convertirse en contable por afecto a mí. Pero usted me perdonará que no compruebe jamás esas cuentas ni las aprecie en esta vida, sino como un memento de afectación, cuyos signos aritméticos fueran para mí otros tantos hierogramas, realmente *sagrados* a mis ojos. Una reflexión que no puedo dejar de hacer es que en el fondo todo ese dinero es de usted, que ni un penny me pertenece con arreglo a otra ley que no sea la de una amistad generosa. Me parece que no podría examinar las cuentas sin cometer una especie de delito. Pero puede usted felicitar-se de que, gracias a usted y a esas libras, gracias al cielo sobre todo, no soy pobre por ahora, sino que tengo razonables probabilidades de subsistir, lo que, en mi opinión, es al pie de la letra lo que mejor puede proporcionarnos el dinero. Nunca, desde hace doce años, desde que me ha sido preciso atender a las necesidades del hogar, he poseído tanto dinero como en este momento. *Allah Kerim!* Esperemos que todo irá bien. Y no hablemos más de esto.

Me dice usted que no es más que un noticiero. Me agrada en usted tal sentimiento. Y nunca sabrá que no es justo, mientras no haya intentado otra cosa. Mientras tanto, lejos de mí el pensamiento de apremiarle a que pruebe antes de que su hora haya llegado. ¡Ah!, llegará, y bas-

tante pronto; tal vez valdría mucho más que no llegara. Preciso es que un hombre reciba ese bautismo, que no es un bautismo fácil, y está oprimido hasta no recibirle. En cuanto a mí, honro la paz antes que nada; el silencio de un alma grande es más solemne que cuanto diga ni pueda decir nunca. Permanezca tranquilo, amigo mío; no pronuncie una palabra hasta que no tenga otro remedio —y créase un «noticiero» hasta que advierta (sin gran alegría) que no es usted eso.

... Hace unos días encontré almorzando a la más notable de las notabilidades, Daniel Webster. Es un magnífico ejemplar; ustedes podrían decir al mundo entero: «He aquí vuestro inglés yanqui, he aquí la estatura que producimos en el país de los yanquis.» Como disputador, abogado o Hércules parlamentario, sentiríase uno inclinado a tomar un partido contra el mundo entero. La tez bronceada; el rostro amorfo, semejante a una roca; los sombríos ojos negros bajo su maraña de cejas, como focos de antracita, prontos a llamear al primer soplo, la jeta de perro de presa, no recuerdo haber visto en ningún otro hombre tanto furor guerrero contenido en silencio. «No importa, no quisiera ser el negro de usted.» —Webster no es locuaz, pero habla a punto, diciendo las palabras decisivas: es un hombre lleno de dignidad, de educación perfecta, aunque no inglesa, un hombre que merece de nuestra parte la mejor acogida, y que la obtiene, según lo que me dicen. No me ha hablado mucho esta mañana, pero me ha parecido que no le desagradaba; me pregunto si conviene o no que trate de saber dónde pára, y le deje yo también mi tarjeta antes de mi marcha. Probablemente no, porque es un hombre político, a lo que parece. Ha asistido al tocado de la Reina, etc., etc. Sencillamente como hombre con jeta de perro de presa es en el sentido que me interesa y no en ningún otro..

## EMERSON A CARLYLE

Concordia, 4 de Julio de 1839.

Oigo decir esta noche, oh mi excelente amigo, que si no envío mañana, al amanecer, una carta a Boston, no llegará para el vapor de Liverpool, que leva anclas antes de lo que yo me figuraba. ¡Qué tonto vapor! No estoy preparado para escribir. Los hechos no están maduros todavía, aunque casi no les falta nada. ¿No podrían esperar un poco? La precipitación no conviene más que a los esclavos; y Aristóteles, si es que no me acuerdo bien sino de este solo detalle de mis estudios de Facultad, afirmaba que el hombre de espíritu elevado no marcha jamás a pasos precipitados. Tonto vapor, espera solamente una semana y le llamaremos Megalopsiche, y le pondremos al lado del navío Argos entre las estrellas. Mientras tanto, no quiero privar a mi querido y admirable amigo de los fragmentos de noticias que poseo. Sepa, pues, Tomás Carlyle, que ayer me trajo el *Liverpool* su carta que leí con gran contentamiento de espíritu y de corazón, si no es que la hégira americana tan anunciada por usted y solicitada por nosotros, es tratada con una ligereza y un olvido de los menos gratos, y, de otra parte, que no parece que haya recibido usted todas las cartas que creo haberle escrito... Ellis me ha remitido, hace cerca de cuatro semanas, el noble grabado italiano destinado á mi mujer. Se encuentra actualmente en Boston, y creo que se alegrará de que haya escrito yo esta vez en colaboración o sugestión, porque el regalo le ha gustado tanto, que declara

que nunca podrá escribirles a ustedes por sí misma. Es un verdadero pensamiento matinal, desbordante de salud y de un genio espontáneo, y me place extraordinariamente.

Prosigo, en condiciones satisfactorias, algunos estudios personales; tengo casi terminados tres trabajos y, ¡quién sabe si este otoño no tendré un libro!

En breve le enviaré, sobre todo por su prólogo, un ejemplar de una traducción de Eckermann, publicada por Margaret Tuller—una de mis amigas, que es también de las de usted.—Es una dama perfectísima, y su cultura se relaciona más con Europa que con América.

R. W. EMERSON

#### EMERSON A CARLYLE

Concordia, 8 de Agosto de 1839.

... No puedo decirle hasta qué punto me alegro de que haya usted visto á mi buen Senador, y de que le haya visto tal como yo le veo. Siempre deseé que fuese á Inglaterra, y nunca tanto como al asistir dos ó tres veces á los debates de nuestra Cámara de los Comunes. Por lo general, delegamos como agentes públicos á hombres vulgares, simples partidistas á los que no puedo sino desear que no encuentren un hombre que tenga ojos, y he aquí que las codiciosas miradas de usted, esas miradas que devoran y pintan una fisonomía, á las que, como al destino, no se escapa nada, han caído de plano sobre el amplio frente que he recorrido en toda mi juventud, desde el Pretorio hasta el Senado. Sin duda, tiene sus errores, no es un

santo. Es un hijo pródigo. Ha bebido también durante tanto tiempo el ron del partido que de él está impregnado todo su cerebro, á veces, hasta como una esponja empapada, pero «todo esto no impide que ese hombre sea un hombre». Digamos mejor que es un niño grande; tiene de tal los caprichos, la negligencia, el buen humor. Pero hay que oírle hablar, no en un discurso de aparato, que nunca le sale bien; sino en la defensa de una causa, donde sabe dar golpes de herrero. Me ha hecho conocer muchas buenas horas y dos o tres momentos de elocuencia. Su voz, en un local amplio, es admirable. Si ha decidido usted no visitarle, lo lamento. También á él le gusta encontrar un *hogar*. No le conozco, pero mi hermano Eduardo estudió con él y le quería; más adelante, en los momentos de infortunio y de enfermedad de éste, recibí de aquél pruebas de la más constante amistad.

Me felicito de que se proponga usted pensar seriamente en Escocia en nuestra demanda cisatlántica. Espero que, antes de que transcurran muchos meses y años, hemos de tener más títulos á la atención del sabio y del valeroso. Tendremos más hombres y una causa mejor que la que nunca se haya agitado sobre nuestras aguas estancadas. Pienso que nuestra Iglesia—ó lo que se designa con este nombre—habrá de desaparecer pronto. No se ve en ella por todas partes sino timidez, conformismo y violento despecho; y además, entre los jóvenes, el más decidido realismo, Alcott espera su hora. Hay en mi pueblo un poeta joven, llamado Thoreau, que escribe los versos más sinceros. Ardo en deseos de demostrar á usted mis tesoros; y diga á su mujer que tenemos aquí mujeres dignas de que la conozcan.

R. W. E.

Los yanquis leen y estudian los nuevos volúmenes de las *Misceláneas* más todavía que los primeros. «Sam Johnson» y «Scott» son muy gustados. Starus Wheeler ha conseguido las pruebas, hasta la última, con afectuoso celo. ¡Que la verdad y la salud le acompañen á usted siempre!

#### CARLYLE A EMERSON

Scotsbrig, Eclefechan, 4 de Septiembre de 1839.

Fraser ha empezado á imprimir el *Wilhelm Meister* de Goethe, los *Años de aprendizaje* y los *Viajes* reunidos. Ve en uno mi mejor traducción; en otro, la peor. He releído los *Años de aprendizaje* en el transcurso de las últimas semanas; lo he hecho no sin sorpresa, decepción y hasta, aquí y allí, aversión; y sin embargo, después de todo, con nuevo afecto. Advierto que yo puedo perdonar en un hombre toda clase de defectos, salvo la ceguera, el error de visión; porque, ¿no presupone esto, á la verdad, todo género de errores?

#### CARLYLE A EMERSON

Chelsea, Londres, 3 de Diciembre de 1839.

Mi querido Emerson: ¡Cuánto tiempo sin escribirnos! Soy un gran pecador... Pero la verdad es que no podía escribir; ahora puedo y lo hago.

Hemos pasado en Escocia días tristes, aburridos; pero

estuvimos tranquilos y nos dejaron en paz, lo que es una merced indispensable para una pobre criatura reducida á sus nervios, como me pasa, haga lo que haga, en esta Babilonia. Las antiguas colinas no han cambiado, los antiguos torrentes se despeñan como antaño; pero quien los mira no es ya el mismo; y ¿dónde están los amigos de antes? Yo voy silenciosamente, en ese rincón, entre mis retiros familiares, sumido generalmente en reflexiones inexpressables, en un caos insondable de ensueños melancólicos para los que no se puede encontrar imagen ni fórmula. No tenía entre manos sino un trabajo, que no adelantaba, un artículo para la *London Review*, sobre el estado de las clases obreras en este país. Las ideas me eran familiares, antiguas desde hacía años; pero en cuanto á la expresión, ¿en qué dialecto humano formularlas? La *London Review* no era el órgano soñado, y, sin embargo, era el órgano más indicado de todos. Del lado de los Whigs, abandonados al diletantismo y á la sequedad convencional excéptica, no hay nada que esperar; los radicales de la *London and Westminster*, encadenados a sus fórmulas y temblorosos ante su propia sombra, habían expresamente declinado mi proposición hace unos meses. Quedaban solamente los tories. Pienso á menudo que hay en ellos más enjundia, á pesar de su ceguera, que en cualquiera de nuestras otras clases. ¿Qué es la *simpatía* de Walter Scott por sus semejantes, comparada con la de un Sydney Smith o de un Comisario de las Leyes de asistencia? En suma, el trabajo no avanzaba nada en Escocia; tampoco aquí, donde, sin embargo, tuve que obstinarme, escribiendo y quemando, maldiciendo mi destino, y luego volviendo á escribir. Por fin, la cosa terminó bajo la forma de un Ensayo sobre el *Cartismo*; se lo entregué á Lockhart, como estaba convenido; lo alabó, pero le pareció que no convenía á su revista, por ser adecuado, en los momentos pre-

sentés, para hacer volar, como fuegos artificiales, toda una flota de revistas trimestrales. Y he aquí que Fraser lo publica, con algunas adiciones, en un tomito. Esta es la razón por la que no podía escribir á usted. Pienso mandarle las pruebas, para que disponga usted mejor su juicio.

... Admiro cada vez más al buen Stearus Wheeler; le doy las gracias, y le envío por este mismo correo, en señal de gratitud, un ejemplar del *Meister*, de Goethe. A usted le envío otro ejemplar, por mediación de Little y C.<sup>a</sup> Dígame si le desagrada menos; ¿qué piensa usted? A propósito, ¿no ha aprendido usted ya a leer en alemán? Me inclino a creer que sí. Son tres meses muy bien empleados para un inglés de nuestra época y que piense...

Esperamos pronto el libro de usted. Conocemos también el asunto de sus conferencias de invierno; por lo menos, Miss Martineau piensa conocerlo. Que el cielo favorezca la obra. Que envíe a mi buen Emerson una clara expresión, en todas las direcciones favorables, de la nobleza que mora en su alma. Sabe la significación del silencio; que conozca también la palabra, en su sazón. Los dos son como el lienzo y el color, como la obscuridad y la imagen luminosa que viene a mostrarse allí; lo uno es esencial, imposible sin lo otro...

T. C.

#### EMERSON A CARLYLE

Concordia, 12 de Diciembre de 1839.

Diferentes personas me han pedido que haga traer aquí algunos ejemplares de *Romance germano*, para ser

puestos a la venta. La semana última me rogó un señor que dijese que necesitaría cuatro, y hoy me han encargado otro. Creo que si quiere usted enviarme seis ejemplares, los colocaríamos inmediatamente.

Experimento mucha alegría al escribir una vez más a mi amigo, por lento que pueda parecerle a usted en usar de ese privilegio. Durante bastante tiempo me atreví a pensar que vendría usted, y así, ¿para qué escribirle? Y ahora acaban de absorberme durante semanas mis conferencias, de las que solamente he terminado y pronunciado dos. Aún debería haber ocho; asunto, la edad presente. Con gusto se aparta mi pensamiento de estas bagatelas para dirigirse hacia usted. Ultimamente he recibido la carta de Sterling, a la que me he determinado a contestar sin demora después de leído el artículo que le ha dedicado a usted. Me ha satisfecho mucho el tono de ese artículo, en el que se le quiere a usted tanto, sin perjuicio de criticarle tan concienzudamente. ¿Qué hace en Clifton? Si se comunica usted con él, dígame que le agradezco su carta y que le quiero. He tenido la buena suerte, en estos últimos tiempos, de añadir uno o dos amigos a mi reducido círculo, y puede contar con que cada uno de mis amigos lo es de usted. De suerte que no se verá usted aislado cuando venga. Un nuevo que llega es siempre para mí un gran acontecimiento, que me impide dormir. Creo que he carecido de cordura al entregarme una vez más a este acceso de conferencias. Más bien hubiera debido escribir en el silencio y la serenidad. Sin embargo, trabajo mejor frente a esa vulgar necesidad, y además experimento cierto goce (¿vulgar también?) al hablar a una multitud. Pero el gozo que me causan mis amigos esos seres sagrados, me consuela de los fracasos de la aventura, y mis amigos proceden, en su mayor parte, de esa *publicación* de mí mismo. De aquí a unos meses espero ponerme seria-

mente a escribir y a dar alguna forma a mis amorfas lucubraciones.

Escribame, le ruego; dígame lo que hace, y déme buenas noticias de su mujer y de su hermano. ¿No ven que es necesario que venga usted aquí a ocuparse de sus intereses americanos? Mi mujer y mi madre tienen por ellos y por usted un gran afecto. Un joven de Nueva York me decía el otro día que estaba a punto de obtener que una asociación de esa ciudad invite a usted a dar unas conferencias, con una retribución que cubriera por lo menos los gastos del viaje. Nosotros haríamos fácilmente otro tanto en Boston.

R. W. E.

¿Qué hombre es Heraud? ¿Lee usted a Landor, o le conoce, usted a quien nada se le escapa?

#### CARLYLE A EMERSON

Chelsea, Londres, 6 de Enero de 1840.

Mi querido Emerson: Usted es, por lo que firmemente creo, el que se halla ahora en retraso conmigo; sin embargo, preciso es que le escriba otras líneas, aunque se crucen con algunas de usted en las proximidades del cabo Lizard.

Cuatro cuadernos de pruebas, que forman un folleto titulado *Cartismo*, y expedido a la dirección de usted en Concordia, entre la carga del vapor *British Queen*, se hallan a punto esta mañana, supongo, de rodar por los mares... El folleto (o más bien el tomito, porque Fraser lo ha

dorado en los cantos, y lo vende, como libro, a cinco shillings) ha aparecido hace diez días; los radicales y otros le saludan con chillidos copiosos y discordantes; no tengo más que decirle, sino lo que le dije la última vez, a saber: que las pruebas son de usted, para que haga de ellas lo que mejor le parezca; para quemarlas, si lo juzga la mejor solución. No es por completo un folleto político; hasta contiene una o dos cosas que podrían agradar especialmente a mis amigos americanos; pero las cuestiones que se discuten son completamente inglesas, y no pueden interesar mucho a los habitantes de Nueva Inglaterra. De todos modos, llegará probablemente a manos de usted antes que esta carta, y habrá usted decidido lo conveniente. Es probable que un ejemplar de *Wilhelm Meister*, y hasta dos, destinado uno a Stearns Wheeler, se hallen igualmente en este momento en uno de nuestros trasatlánticos; les deseo una feliz travesía. Los ejemplares de la *Revolución francesa* fueron todos embarcados, facturados, etc., y quiero creer que han llegado sin obstáculos, como pronto lo sabremos. ¡Cuántos certificados, envíos y embarques! Hace dos días solamente que le he mandado a usted, por conducto de Kennet, otro libro, los *Poemas* de J. Sterling, que ha reunido en un volumen. El pobre John se ha excedido otra vez, o bien, sin culpa suya, el clima ha resultado demasiado rudo para él; se embarca de nuevo para Madera la semana próxima.

No he de dejar de decirle que Ricardo Monkton Milnes se propone, Dios mediante, consagrar a usted un artículo. En el próximo número de la *London and Westminster Review* realizará el animoso joven tal empresa, si se la permiten, o más bien ya la ha realizado, puesto que el artículo está realmente escrito; me ha empleado, la semana última, en negociar con los editores ese asunto, y me han respondido: «Envíenos el artículo, que promete estar

bien.» Veremos si se publica o no, y de aquí a entonces guardaremos silencio. Figúrese que Milnes es un miembro Tory del Parlamento. De otra parte, caracteriza su religión en estos términos: «Yo hago profesión de ser un cripto católico.» Representétese usted el hombre que es. Un hombrecillo italianizado, de sonrisa muy dulce, afectuoso, muy culto, con un largo pelo de un rubio oliva, casi sin barbilla, y que le echa a uno los brazos al cuello cuando se le encuentra en público. Oigamos lo que va a decir del *Vates* americano...

#### CARLYLE A EMERSON

Chelsea, Londres, 17 Enero 1840.

... No tengo nada que añadir respecto al *Cartismo*, si no es que Fraser ha tirado un millar de ejemplares que constituirán la segunda edición, y que las gentes me acusan, no de ser un descamisado incendiario y teórico que amenaza con pasar a la práctica, sino, ¡alabado sea Dios!, de ser un Tory. Las *Misceláneas* están en prensa, en dos prensas, para aparecer, por lo que afirma Hope, en el mes de Marzo; son cinco volúmenes, sin el *Cartismo*. Hoffmann y Tieck, extractos de *Romance germano*, van incluidos como apéndice y algunas otras bagatelas que se añaden, todo sin modificación notable de la edición de Boston. Fraser, «abrumado de trabajo», sigue sin enviarme la cuenta definitiva de esos 200 ejemplares vendidos hace algún tiempo; en cuanto lo haga, se lo comunicaré a usted para su satisfacción. En cuanto al *Romance germano*, diga a mis amigos que está agotado desde hace diez años, que

no se le puede encontrar, y no sin dificultad en estos últimos tiempos, sino en librerías de lance. Afortunadamente, lo mejor del mismo se halla contenido en el nuevo *Wilhelm Meister*. Teníamos cierto deseo, Fraser y yo, de añadir lo referente a Tieck y Richter, si hubiera sido materia de un volumen; el resto puede perecer sin perjuicio para nadie.

Estas correcciones y estos arreglos me han hecho perder aquí el tiempo, y no de la manera más agradable. Aunque en un estado de salud tan enojoso como de ordinario, empecé a urdir un nuevo trabajo. He pensado a menudo en Crómwell y en los Puritanos; pero no veo cómo se podría presentar el asunto *todavía vivo*; un asunto muerto no merece ser presentado. Mientras tanto, leo un fárrago de libros; Eichhosn, Grimm, etc., un fárrago considerable, entre el que se encuentra muy poco aprovechable. ¡Qué lástima que no tenga afición a las conferencias! He sido objeto aquí de muchas solicitudes; ninguna me ha impresionado como la que recibí, anteayer, de un joven distinguido, de aspecto cándido, en su nombre y en nombre de otros empleados de librería del Este de la ciudad. No puedo dejar de pensar en esto. ¡Pobres muchachos! No tienen, en este mundo del lenguaje articulado, nadie que les dirija una buena palabra, y acuden a mí. Tal es lo que pienso, a la verdad. Hable usted, pues, de las innumerables cosas que tiene que decir sobre «la edad presente», pero no se olvide de escribir, porque, después de todo, es lo esencial. Tengo un curioso billete que me han comunicado el otro día; está dirigido a un escocés llamado Erskine (famoso entre nuestros santos locales) por una señora Necker, pariente de Mme. de Stäel, y a la que él, le dice Erskine, había prestado en Ginebra el primer libro de usted. Ella considera a usted con cierta simpatía, pero una simpatía mezclada con un estremecimiento de miedo. Dice que «esto huele al americano, qu

después de haber abatido la selva a hachazos, cree que se debe de igual manera conquistar el mundo intelectual». Esperemos ver también lo que R. M. Milnes diga de usted. Conozco a Heraud y a Landor; pero, ¡ay!, ya no tengo espacio. Pronto tendré tiempo de escribirle otra carta con menos «aritmética». Adiós, querido amigo.

T. CARLYLE

### EMERSON A CARLYLE

Nueva York, 18 de Marzo de 1840.

Estoy aquí de visita en casa de mi hermano, que es abogado y vive en Staten Island, a un cuarto de hora de travesía de la ciudad. La población tiene tantos alicientes naturales e inmensos, tantas posibilidades de crecimiento ilimitado, tantas comodidades y medios tan variados, y cada vez más numerosos al servicio de los ojos, de los oídos, de la memoria, para las comunicaciones, los baños y toda especie de distracciones, que advierto que las pobres gentes que viven aquí encuentran en la venta de sus almas algunas compensaciones. ¡Y cómo se multiplican! Calculan la población actual en 350.000 habitantes, y hace cuarenta años dicen que no tenía más que 20.000. Pero yo tengo siempre la impresión, al entrar en las ciudades, de sufrir cierta pérdida de fe. Son vastas conspiraciones; todos los individuos son máscaras que se han jurado mutuamente guardar silencio, no traicionar su secreto y favorecer recíprocamente su locura. Apenas se puede ejercer aquí una profesión que no parezca estar subordinada por la conspiración. Yo creo, en cuanto a mí, en la

azada y en un trozo de buen terreno. Cualquiera que, con la ayuda de Dios, se traza un camino recto en la conquista de su propio pan, bajo el sol y la lluvia, siguiendo con los ojos el grano que germina, me parece ser un obrero *universal*. Resuelve el problema de la existencia, no para uno solo, sino para todos los hombres de cuerpo sano. Deseo poder informarle algún día, o más bien mostrarle que vivo del trabajo de mis manos, sin detrimento de mis facultades intelectuales. Y, sin embargo, soy de una constitución tan frágil, en lo que concierne al trabajo físico, que tal vez no lo haré nunca. Veremos.

¿Le he dicho que esperamos enviarle próximamente alguna prosa y algunos versos americanos llenos de buenas intenciones? Mi ferviente amiga, Margarita Fuller, va a editar un periódico, cuyo primer número promete para el mes próximo, y que pienso que ha de ser redactado con la mejor voluntad. He visto algunos fragmentos poéticos que me han encantado; pero ¿consentirá el autor en darlos a la publicidad?

Creo tener pocas cosas que decirle aun de mí mismo. Terminé a mitad de Febrero mis diez conferencias sobre la edad presente. Las han seguido de 450 a 500 personas, y los jóvenes están tan atentos y me hacen fuera de la sala tantas preguntas, que adquiero todas las apariencias de la madurez y de la sabiduría. Vivo muy feliz en la compañía y el afecto de seis a doce personas que me hacen esperar todo de mis compatriotas. Pronto tendremos muchos Richmonds laborando. Me vuelvo mañana, y este verano me propongo reanudar mi esfuerzo para sacar de mi montaña materiales con que hacer un libro presentable. He dejado buenos en mi casa, hace ocho días, a mi mujer, mi pequeño y mi pequeñuela, la más dulce, la más graciosa de las niñas, que se arrastra como una tortuga, con la cabeza erguida, por toda la casa. El muchacho

tiene unos ojos azules y profundos, en los que me complazco en sumir mi mirada cuando estoy fatigado. Elena, según dicen, no tiene semejante profundidad de mirada, pero creo que la quiero más de lo que nunca quise al pequeño. He traído a mi madre para que pase el invierno aquí con William Emerson, su mujer y un muchachillo de cuatro años y sonrosadas mejillas. Todos estos personajes le quieren a usted y le estiman en proporción de su saber y de su edad.

• Mi carta le hallará, supongo, meditando nuevas conferencias para sus discípulos de Londres. Que la simpatía y la verdad las inspiren. Me es fácil ver que mis predicciones están en camino de realizarse, y que habiendo esperimentado a que la fama de usted se encuentre en pleno crecimiento, no nos veremos ya en las orillas occidentales. Según me dicen, nuestro santo Dr. T. ha recibido este año de la hija de Lord Byron una carta, en la que *informa* a este buen hombre de la aparición en Londres de un cierto genio maravilloso, llamado Tomás Carlyle, y de toda su sorprendente acción sobre el cerebro de ella y del de sus amigos, y he aquí que ese Carlyle era el monstruo mismo que tenía la honra de provocar en el doctor, desde hacía cinco años, el más completo espanto y consternación. Pero venga en uno de los barcos de Cunard en cuanto los libreros le hayan enriquecido. O si no lo hacen, venga a dar conferencias que le pagarán los yanquis. Ofrezca a su mujer mis afectuosos recuerdos, así como los de la mía, que le reserva el mejor puesto en su afección, y que promete escribirle para darle las gracias por el soberbio Guido... Adiós.

R. W. E.

## CARLYLE A EMERSON

Chelsea, Londres, 1 de Abril de 1840.

Hace una o dos semanas que le debo carta, si no con arreglo a una ley palpable de reciprocidad, por lo menos según otro derecho y otra ley. Me proponía escribirle en cuanto Fraser y yo hubiésemos concluído un convenio. Sumner, en viaje, está a punto de volver a la vecindad de usted, y he aceptado con gusto su ofrecimiento para llevar a usted un mensaje. Quisiera tener algo más que enviarle que una carta insignificante, pero no encuentro nada, a menos de no ir a buscarle, como me sugiere mi mujer, mi retrato hecho por Orsay. ¿Lee usted, sí o no, el alemán? A veces me ocurre dar con un curioso volumen de Alemania, que no es quizá tan fácil procurarse en el mundo occidental. Dígame lo que haya en esto. O bien si sigue usted decidido a aprender esa lengua. Vivamente lo deseo. En cuanto al retrato de Orsay, es una cosa realmente curiosa: ¡el conde de Orsay, el príncipe de los elegantes europeos retratando al profeta del *descamisadismo* espiritual. Nos llegó hace varios meses en su flamante carruaje, entre el deslumbramiento de todos los asistentes; me encontró con mi bata polvorienta de un gris oscuro, dice mi mujer, como el genio del presbiterianismo, y se acomodó bastante bien conmigo.

Me hizo el efecto de un hombre cuya conversación podía interesar una vez de paso, teniendo dones naturales muy acentuados, y en el que cada expresión contenía una imagen audazmente caricatural de algún objeto, de

un hombre lleno de ardor que hubiera podido, de haber nacido unos veinte años antes, ser uno de los mariscales de Bonaparte, y que es ¡ay!... el conde de Orsay. Ha trazado el retrato en el papel en unos veinte minutos (yo estaba en una comida en la que había de encontrarme con Landor); no hemos tenido ocasión de volver a vernos después, y, por mi parte, renunció a soportar otras cenas con tal objeto... ¿Y si ahora, después de todo, no le envía-se el retrato?

Y ¿por qué no me escribe usted? Sus conferencias deben haber terminado hace mucho tiempo. ¿Estará usted acaso escribiendo un libro? Me alegraría saberlo, y que además no se apresure usted, sino que se esfuerce con una energía reflexiva en producir lo mejor que haya en usted. Ciertamente pienso que hay en usted tela para un buen libro. Pero es preciso que recuerde siempre que nuestro valor real se mide por lo que no escribimos. Nada más verdad que esta verdad, casi olvidada hoy, es eternamente verdadera; que cada cual piense en esto. Sin duda ha visto usted el artículo que le ha dedicado Milnes. No sé si está en lo cierto en lo que dice de Emerson; creo más bien que no. Pero está hecho amablemente y no sin simpatía; y con ello ha puesto aquí, y en todo el país sajón, la primera plancha de una especie de cátedra para uso de usted, cosa que es de agradecerle. De manera general el artículo ha superado a lo que yo esperaba...

Me ha preguntado usted lo que son Landor y Heraud. Déjeme decir de ellos una palabra antes de que me falte el papel. Heraud es un hombrecillo de edad media, cuyo rostro tiene el aspecto de ser grasiento y estar medio cocido; es locuaz, y Leigh Hunt le caracteriza como «flotante de la manera más sorprendente entre la Personalidad y la Nada». En cuanto a mí, lo más notable que veo en él es que con su enorme vanidad y su reducido lote de inteli-

gencia no esté todavía encerrado en Bedlam. Ha recogido hace varios años una o dos ideas de Coleridge, y desde entonces no ha cesado de entrechocarlas en su cerebro, como pesos en una bola vacía, y de invitar al mundo a «prestar oído a la armonía de las esferas». En mi opinión, se libra del *asesinato*, sobre todo por ser la criatura más alegre y del mejor carácter que existe. No podéis exterminarla, por la dulzura con que ríe, ni hasta cuando se halla a punto de matarle a uno. John Mill dijo un día: «Le perdono gustoso que interprete el Universo, desde que he advertido que no puede aspirar las h.» No es esto a la verdad una caricatura; jamás ha visto usted nadie igual a Heraud. Yo le dije un día que Novalis había escrito: «El problema más elevado de la Literatura es la redacción de una Biblia.»—«En eso me ocupo yo precisamente»—contestó aquel hombre, lleno de aspiraciones, pero incapaz de *aspirar*.

Tampoco he sacado gran provecho de Landor. Nos encontramos por primera vez, hace unos cuatro años, aquí, en Cheyne Walk; es un hombre de elevada estatura, ancho, ruidoso, con el pelo gris y unos ojos grandes que se mueven furiosamente; es de una vivacidad extremadamente movible, impetuosa, a la que la más perfecta educación no puede contener; se expresa con superlativos de color subido y hasta con una descuidada exageración, de vez en cuando con una risa seca y mordaz, que no es alegría, sino irrisión; es una naturaleza salvaje, a la que ninguna cultura, por extensa que sea, ha podido domar. Me ha parecido que sus dones intelectuales son débiles en proporción de su violencia de temperamento; el juicio que formula sobre todas las cosas tiene una tendencia a ser más bien falso que justo—puesto que el hervor intenso le hace ver tal o cual aspecto particular del objeto, y no puede ver de un objeto sino aspectos particulares.—No es

un hombre original; a menudo se tienen deseos de suspirar al verle servirse de los lugares comunes más usados. Como escritor le encuentro penoso, semejante a un alma que siempre está prometiendo remontarse por el éter, pero que nunca lo hace, chapoteando siempre en el fango de aquí abajo, y salpicándonos tanto más cuantos mayores esfuerzos hace. Dos nuevas tragedias de él, que he leído recientemente, son de la mayor pobreza que he visto en mi vida; no es un lingote, no, sino un embarullado de hilos de hierro, que en ninguna parte encontraría comprador. El pobre Landor ha dejado en Italia a su mujer (de la que se dice que no está bien de la cabeza) con sus hijos, que no querían dejarla; pero parece que la ha entregado, dignamente, todo el dinero, a excepción de una simple anualidad para pagarse una habitación amueblada; y así vive actualmente en Bath, como sexagenario solitario. Viene a Londres en Mayo; pero dice siempre que la ciudad le mataría pronto; ¡ay! Lo creo. Se dice que tiene buen corazón, lo que no me parece inverosímil; reconozco que tiene un corazón muy recto, independiente y sin miedo, viviendo como se encuentra en medio de tantas alucinaciones, excitaciones y perturbaciones borrascosas. Y basta de este asunto. Me demuestra bastante simpatía, y es justo que se lo agradezca mucho; pero dos horas de una conversación como la suya me dejan con vértigo y completamente extenuado. He visto algunos otros *Leones* y proveedores de *Leones*, pero los tengo por una especie sin valor. ¿Cuándo me escribirá usted? Piense en la triste perspectiva que me espera con una serie de conferencias que he de dar «Sobre los héroes y el culto de los héroes»—desde Odín hasta Roberto Burns.—Mi mujer les saluda a todos. Mis mayores votos para la casita de Concordia.

Siempre suyo,

CARLYLE

## EMERSON A CARLYLE

Concordia, 21 de Abril de 1841.

*Cartismo* no ha llegado a Concordia hasta los últimos días de Marzo, aunque fechado por usted el 21 de Diciembre. Volví a casa el 3 de Abril y lo encontré esperándome. Todo lo que dice usted allí está bien y fuertemente dicho, y como las palabras son precisas y enérgicas, la memoria humana puede llevarlas a todas partes por donde vayan los hombres. Y, sin embargo, he pensado que el libro mismo me estimulaba a esperar más. Nos parecía tener derecho a una respuesta menos breve, respecto a una cuestión tan grave y tan humana, planteada con energía y elocuencia. Creo que hubiera sido preciso mostrar con algún detalle todas las soluciones que se presentan como probables o posibles. Pero no es más que una introducción, y usted escribirá algún día la segunda lección, cuando el hecho mismo esté más maduro, o bien la escribirán los que hayan sido influenciados por usted. He leído el libro dos veces de un extremo a otro, rápidamente, y lo he enviado directamente a la imprenta, temiendo que se me adelante, porque el volumen aparecido en Londres está ya en Boston.

Hace unos quince días que estoy ocupado aquí en tirar de un solo hilo de las mil y una madejas de todo color y contextura que yacen alrededor de mí. Preciso es, para que nos tomemos tanto trabajo en ver claro en nuestro pensamiento, que estemos terriblemente convencidos de su importancia, o más bien no, es el gusto de hilar lo que lleva a los pobres tejedores a perder un tiempo tan

precioso. Trabajaré con tanta mayor diligencia en un libro proyectado, cuanto que usted me informa de que mis trataditos viven todavía; más aún, que no solamente los amigos, sino hombres cultos y de espíritu poético, los leen y hasta les consagran artículos. Soy semejante al Esculáptico, de nuestro primer Libro de griego, que se avergonzaba de presentar ante personajes tan ilustres un engendro tan pequeño muerto. Pígmalión va a tratar de hacer otro mejor, seguramente otro mayor...

Espero firmemente que el periódico de mi amiga Margarita Fuller, que se llamará, dice ella, tras varios bautismos falsos, el *Dial*, y aparecerá en Julio, dará a usted de nuestros jóvenes una idea más completa que todas las anteriores. Cuidaré de que lo reciba usted desde el primer número. Me ha preguntado usted si leía el alemán, y no sé si le he contestado. He concluido por leer casi todos los volúmenes de Goethe, y tengo cincuenta y cinco, pero no he leído otro; tampoco he vuelto a hojear a Goethe desde hace mucho tiempo. No es muy urgente que le hable a usted de libros, y menos de los de aquél; pero en una conferencia sobre la literatura, en mi serie del invierno último, he dicho todas las cosas absurdas que me inspira este asunto, y tal vez Margarita Fuller las imprima y se las mande a usted. No sé.

Un tal Bronson Alcott, que es un gran hombre, aunque no sepa escribir bien, ha venido a Concordia con su mujer y sus tres hijos; ha tomado una casita de campo para ganarse la vida con la ayuda de Dios y su propia azada. Me entero de que algunos educadores ingleses tienen una escuela que se llama, según mi amigo, casa Alcott. Aquí es desdeñado y rechazado por los hombres, tanto como lo fué Pestalozzi. Pero piensa y habla, y estoy contento y orgulloso de mi vecino. Se interesa más de lo que conviene por el director Heraud. No deje, pues, de de-

cirme algo de éste. Me alegraría enterarme de lo que usted sepa de Landor. Y ahora pienso que voy a dejar que descansen los ojos de usted.

Siempre suyo,

R. W. EMERSON

### EMERSON A CARLYLE

Concordia, 30 de Junio de 1840.

Después de haberle escrito un par de cartas—no sé exactamente cuándo, pero se siguieron de cerca hace varias semanas,—he recibido *Wilhelm Meister*, en tres tomos agradables de leer, verdaderamente irresistibles; porque, aunque pienso conocerle a fondo, empecé por el principio y leí hasta el fin de los *Años de aprendtazaje*, y devoraré, sin duda alguna, los *Viajes* en el más próximo día de fiesta. Le ahorraré por el momento las conclusiones que he sacado, por haberlas añadido a un estudio que acababa de poner en limpio para el periódico de Margarita Fuller, «Pensamientos sobre la literatura moderna», que es la substancia de una conferencia de mi curso del último invierno... Mientras tanto quedo el feliz deudor de usted por ese buen libro. He recibido al mismo tiempo los *Poemas de Sterling*, de los que le he acusado la recepción en una carta. Summer me ha entregado después, de parte de usted, una carta divertida, de la que una parte estaba consagrada á Landor y Heraud, carta en la que, no haciéndose justicia al uno, lo sé, supongo que tampoco se le hace al otro. Pero abandono a Heraud a la indulgencia de usted; no tengo ningún empeño en salvarle. Se le puede

quitar a Landor todo lo falso y vano que hay en él y dejar, sin embargo, muchas cosas dignas de mi admiración. Hace años leí en las *Conversaciones imaginarias* cien cosas memorables, aunque conozca los defectos de este libro, y hace dos años me cautivó el *Pericles y Aspasia*. Fui presentado a Landor, cuando estuve en Florencia, y se mostró muy amable conmigo, respondiendo a una multitud de preguntas. Su palabra, lo recuerdo, no estaba a la altura de sus escritos. Me agradan la rica variedad de su espíritu, la altivez de sus gustos, sus miras penetrantes y la elevación poética de sus sentimientos que se alza a veces al meridiano, aunque sea, lo confieso, el vuelo de un cohete más bien que la revolución de un astro, y para terminar en ocasiones con una repentina caída. Sospecho que le ha leído usted poco y muy de prisa, y, sin embargo, pienso que le querría usted, por ser los dos tan magníficos enemigos del «cant». Pídele perdón por haberles reunido veinte veces en mi pensamiento como los únicos escritores que muestran la antigua jovialidad y viveza. Pero preciso es que me abandone usted a mi mal gusto y a mis comparaciones perversas y caprichosas.

He escrito a Milnes, que me ha enviado con Sterling un ejemplar de su artículo con un billete. Le he dicho que si imprimiese yo otra cosa me encontraría peor que nunca con mi espíritu de generalización temeraria y no disciplinada. Porque mi diario, que escribo al día, está lleno de sueños descosidos, de audacias, de sátiras, de sistemas tan desconsiderados como poco sistemáticos, y de toda suerte de ensueños vagabundos, pobres bayas que se encuentran en mi cesto tras interminables correrías sin objeto por los campos y los bosques. No ceso de preguntar a todos los hombres si la vida no puede ser tan poética como estúpida.

Con esta carta, o la siguiente, muy próxima, le envia-

ré un ejemplar del *Dial*. Aún no representa gran cosa. En realidad, aunque todavía no haya recibido ningún número, sé que es muy inferior a lo que debería ser, porque han permitido que el reclamo y lo frívolo se introduzcan para completar las páginas; pero vale más que todo lo que hemos tenido y me han comunicado para el próximo número unos versos que quisiera que leyeran Milnes y Sterling. ¿Qué dice usted de la Elegía escrita en el presente número por un joven que ha crecido en esta población y que vive cerca de mí: Enrique Thoreau? De él también es el artículo escrito acerca de Persia. De los papeles de mi hermano Carlos les he dado los fragmentos sobre Homero, Shakespeare, Burke, y mi hermano Eduardo escribió al dejar en casa el *Adiós*. De mi prosa no hay más que la advertencia de los editores a los lectores, y no sé si han impreso algunos de mis versos.

Hábleme algo de sus conferencias. Hasta ahora no he visto sino los anuncios de la apertura. Seguramente me enviará usted algún día el retrato hecho por d'Orsay. A Summer le pareció que su mujer de usted estaba muy bien la última vez que la vió, de lo que me felicito. Deseo que me quieran bien ustedes dos, y soy afectuosamente suyo,

R. W. EMERSON

#### CARLYLE A EMERSON

Chelsea, Londres, 2 de Julio de 1840.

Mis conferencias sobre «Los grandes hombres» fueron en Mayo. No he padecido tanto como en los años anterior-

res, y, sin embargo, la cosa me fué muy desagradable. Llegué a darme cierta superioridad frente a mi auditorio, como si tuviera algo que decirle y quisiera decididamente decírselo. Me ocurrió a veces experimentar que podría, en definitiva, aprender a hablar. Aquellas excelentes gentes escuchaban con una tolerancia sin límites y una atención ávida. Me proponía afirmarles, entre otras cosas, que el hombre vivía siempre; que la Naturaleza no estaba muerta y que no había señales de que muera; que todos los hombres verdaderamente hombres permanecían verdaderos hasta la hora presente; que el mismo Odin era verdad, y que el gran Lama del Thibet no era tampoco una mentira completamente. La conferencia sobre Mahoma (el Héroe Profeta) sorprendió por extremo a mis dignos amigos. ¿Parece, pues, que Mahoma no era un impostor? Ni mucho menos. ¿Dice usted que es un mejor cristiano, con su «cristianismo bastardo», que la mayor parte de nosotros? Sí, pienso que mejor que casi ninguno de nosotros. Ni siquiera quise conceder que Oliverio Crómwell (el Héroe Rey) hubiera sido un impostor. Afirmé que todos los impostores eran y habían sido una simple *Nada*, hierbajos incapaces de crecer; que mi pobre Mahoma era *trigo* mezclado con barreduras de granja; que la Naturaleza, tolerante, se había tragado las barreduras, y que en cuanto al trigo, lo había recogido y crecía. En resumidas cuentas, temo no haber hecho otra cosa que perturbar el espíritu de mis dignos oyentes; estaba yo estupefacto, después de todo lo que han leído de mí, de ser tan mal comprendido; satisfecho, sin embargo, de ver cómo la más vulgar palabra salida del corazón de un hombre va al corazón de los hombres y encuentra allí la mejor acogida. Con esto lamentaba no tener seis meses de predicación para aprender a predicar y explicar completamente las cosas. En el orden de la acción, casi había decidido marchar

este otoño a América, y predicar allí a la redonda como un verdadero león: «Dejad, hermanos míos, vuestras fórmulas de papel, que equivalen a los antiguos ídolos de madera y son tan poco divinas; en nombre de Dios comprended que estáis vivos y que Dios es viviente. ¿Es el tapicero quien hizo este Universo? ¿Fuisteis creados por el sastre? No, mil veces no.» Así es como yo pensaba predicar de «los Héroes, el Culto de los Héroes y el Heroísmo» en América también. ¡Ay! El fuego de la determinación se ha apagado; todo lo que he resuelto es redactar estas conferencias y propagarlas de alguna manera. En consecuencia, dos de ellas están ya escritas; comenzaré el lunes próximo la tercera. Tal es, desde fines de Mayo, mi principal ocupación. Una vez más remito al destino la cuestión de saber si, en algún tiempo, iré a predicarlas a América. Es una vergüenza hablar tanto de una cosa y dejarla siempre suspendida *in nubibus*; pero estaba, y tal vez lo estoy, más cercano de hacerla que nunca. Pienso que un mes o dos ahora van a volvernos al antiguo vacío. En el fondo, ¿hay en el mundo, o fuera de él, algo que se ame tanto, de todo corazón, como la paz? ¿Conducen a ella las conferencias y el ruido? ¡Conferenciante popular! ¡Escritor popular! Si se quisiera emprender en la cancillería, o en la cancillería del cielo, la tarea de hacer de un hombre cuerdo un segundo Mahoma, y mayor que éste, un «Mahoma del imperio sajón», no solamente objeto de revistas, sino de culto para doce siglos venideros en el imperio de John Bull, de los yanquis, de la pérfida Nueva Zelanda, bajo los Trópicos y en una parte de Flandes, se respondería más bien: «Lo agradezco, pero dentro de unos cuantos años habré muerto; doce siglos habrán entrado para mí en la eternidad; una parte de Flandes en la inmensidad; nos quedaremos tranquilamente aquí, si os parece bien, y consideraremos cuál es la ocu-

pación más apacible a que pudiéramos dedicarnos.» Basta de este tema.

Ricardo Milnes tenía una carta de usted uno de estos últimos días, cuando le encontré en casa del viejo Rogers. Está más petulante que nunca; su amable diletantismo parece querer transformarse pronto en una especie de seriedad. Acaba de publicar un nuevo volumen de poemas. Le aconsejé que intentase la prosa. Convino en que la poesía, en nuestra época, no sería generalmente leída, pero hizo observar «que es muy práctica para disimular los lugares comunes». ¡Qué corazoncito tan honrado!

No sabemos qué pensar aquí de la brillante Miss. Se ha prendado de mi mujer; en cuanto a mí, creo realmente que la inspiro sentimientos contrarios; mi rudo idealismo chocaba violentamente con sus lindos sueños de color de rosa. ¿No es todo esto verdaderamente morboso, indigno de los hijos de Odín, sin hablar de Lutero, Knox y otros? Yo no sé qué hacer de los vapores; los necesito *condensados*...

Mándeme pronto noticias tuyas, querido Emerson. Les saludamos á usted y los suyos con fraternal cordialidad.

Siempre de usted,

T. C.

#### EMERSON A CARLYLE

Concordia, 30 de Agosto de 1840.

No quiero dejar que salga de Boston el segundo Cunard sin enviarle a usted unas líneas. Después de escribirle por conducto de Calvert, recibí la carta de usted con

la descripción de sus conferencias y de su buen éxito, noticias muy bien venidas, porque un periódico de Londres, que consulté, ofrecía dar cuenta de aquellas conferencias, y no la dió. He oído hablar tantas veces de su proyectada excursión a América, que mis oídos serían ya perezosos y mi fe tibia, si no la desease tanto. Aquí tiene usted siempre, amigo mío, esperándole, un auditorio benévolo y curioso, mucho más considerable, ciertamente, de lo que hubiera sido cuando por primera vez tratamos del asunto.

Nuestro mundo empieza a asustarse del Trascendentalismo, y el *Dial*, pobre hoja, cuyo primer número apenas contiene algo notable o siquiera visible, se ve honrado en estos momentos por ataques procedentes de casi todos los diarios y publicaciones, lo que, por lo menos, revela la irritabilidad y los instintos del buen público. Pero les costaría trabajo poner la etiqueta de partido alguno en un hombre de la talla de usted. Todos necesitamos oír a usted en nuestro círculo. Pero, aparte mi propio deseo de verle, estudiarle y oírle hablar a gusto y largamente bajo mi propio techo, anhelo cada vez más presentarle a tres o cuatro amigos. Yo he pasado casi toda mi vida en el aislamiento. Desde hace tres o cuatro años me he acercado a algunos hombres y mujeres, cuya amistad me proporciona en estos momentos mayor contento del que pudiera escribir. ¡Cuánto me agradaría aportar la jovial luz de usted a esta constelación amistosa y hacerle conocer mis lejanas riquezas! También tenemos nosotros nuestros problemas que resolver y vemos emerger cada día, en la Iglesia y el Estado, en las formas sociales y las letras, no pocos movimientos y tendencias. Me ocurre pensar que nuestra cifra es más amplia y más fácil de leer que la de esa sociedad inglesa.

Me preguntará usted, naturalmente, si pruebo mi mano

en escribir la historia de todas estas cosas, puesto que tengo tiempo y escribo. No por la vía próxima y práctica a la que parecen invitarnos. Mi inclinación lleva mi pluma hacia la filosofía, la poesía, hacia las posibilidades, hacia todo, excepto la historia. Y, sin embargo, ese fantasma de la época que llega se revela a veces tan vasto y tan claro, que cada uno de los rasgos es saliente y solicita a un pintor. No puedo en modo alguno alabarme de mi actividad o de mis trabajos de este verano. Continúo emborronando, en mi interminable diario, una línea sobre todo lo que se puede conocer de la Naturaleza; pero el arreglo es lento en producirse, y en vez de una casa obtengo un horno de ladrillos. Añada, además, que durante el verano veo a mucha gente, por lo próximos que mis campos están de la ciudad. Pero en el invierno próximo pienso renunciar a las conferencias y escribir con más aplicación. Deséeme el que tenga un libro que enviarle para el nuevo año.

R. W. E.

#### CARLYLE A EMERSON

Chelsea, Londres, 26 de Septiembre de 1840.

Mi querido Emerson: Dos cartas he recibido de usted, la última hace más de una semana; soy un gran culpable por no haber contestado antes. Mi existencia se ha deslizado entre pequeños enojos e incertidumbres; hasta estos últimos tiempos no veía, ni siquiera para los meses más próximos, ningún camino amplio bien determinado en medio de una porción de caminos de travesía abiertos

ante mí. De una parte, estaba ocupado; de otra, según mi costumbre, medio dormido; tal vez no conozca usted la combinación de estos dos atributos en un solo e infortunado sér humano. Ahora que veo hacia dónde debo, por algún tiempo, dirigir mis pasos, necesito romper el silencio.

Según el pronóstico de usted, se hace manifiesto que no iré a América por ahora. ¡Ay, no! No era más que un sueño de la fantasía, proyectado, como los zapatos de hada del zapatero francés, «en un momento de entusiasmo». A la excitación nerviosa de mis conferencias de Mayo, ha sucedido la impresión de que, de todas las cosas del mundo, hablar en público es lo más detestable para mí, y debo dar devotamente gracias al cielo por no hallarme ahora en la obligación absoluta de hablar. Todo lo que me representaba era sencillamente absurdo; me imaginaba que no tenía que hacer más sino atravesar el Océano, abrir la boca, recorrer, durante varios meses, los Estados de la Unión como un verdadero león (harto semejante a un charlatán frívolo), dando muchísimas conferencias hasta haber ganado, por ejemplo, un millar de libras, con las que me retiraría a un lugar tranquilo, a orillas del mar, por lo menos a 300 millas de aquí, para permanecer en reposo diez años o quizá siempre. Tal era mi pobre sueño, que no es susceptible de realización. Es evidente que necesito permanecer aquí, en esta Babilonia de ladrillos, tirando de mis cadenas que no puedo romper; cuanto menos tire de ellas, será mejor. ¡Ah! En fin, he redactado mi última serie de conferencias y voy probablemente a imprimirlas, y usted, mediante las pruebas, podrá reimprimirlas; este será el medio más fácil de dar conferencias en América. Realmente es una debilidad el hablar tanto y tan a menudo de mi viaje, y no efectuarlo nunca. *Frei ist das Herz*—como dijo Goethe,—*doch ist der*

*Fuss gebunden.* Tras innumerables proyectos e invitaciones para este verano, de los cuatro puntos cardinales, concluí, hace cosa de una semana, por decidir el no ir a ningún sitio, ni siquiera a ver a mi querida y anciana madre, sino permanecer tranquilamente aquí, bajo el cielo de otoño tal como lo podré encontrar; en estas calles desiertas, estoy más solo que en ningún lado, tengo mayores probabilidades de encontrarme que en ningún sitio. Voy repitiéndome con el sonsonete de Sivift: «No puedo salir de aquí.» «Pues bien, qué diablo, quédese y cese de aturdir los oídos de las gentes.»

Me he separado de mi caballo; tras una prueba proseguida durante siete u ocho meses con la mayor asiduidad, llegué a la conclusión de que, aun cuando me produjese algún bien, la ventaja no era la suficiente para legitimar tanta equitación. Así, pues, a fines de Julio me sumergí en la verde Inglaterra para toda una semana de galopadas, una verdadera explosión de equitación para terminar y mandar después a la feria a mi pobre cuadrúpedo. Fui a lo largo del Surrey; bajé hasta Pevensey, donde abordó el bastardo normando; encontré a Julio Hare (del que tal vez conozca usted las «Guesses at Truth»); vi en Mayfield la bigornia de San Dunstan y las pinzas auténticas con las que cogió el diablo por la nariz; finalmente, volví muy cansado; envié, como he dicho, mi caballo al mercado y terminé de redactar mis conferencias sobre los Héroes. Tales son todas las vacaciones que me he tomado o he de tomar. Me encuentro ahora engolfado en obras sobre Crómwel; trato de ver, quizá por la cuarta vez en mi vida, si es posible obtener de fuente autorizada una visión directa de nuestro período puritano inglés, o si está escrito que nunca tendremos de él sino unos «se dice» y un eco. En ninguna época de la Historia ha escrito el hombre abandonado de los dioses libros tan insignificantes.

En el transcurso de los doce últimos meses he logrado efectivamente *ver*, en cierto modo, que Crómwell fué una de las almas más grandes que hayan salido nunca de la raza inglesa, un gran Baresark amorfo, semiarticulado, que me interesa grandemente. Voy a tientas por el obscuro vacío de los Baxtero, de los Neales, harto dichoso si descubro aquí una aclaración, allí otra. De aquí a algún tiempo no tendré otra ocupación.

El número 1 del *Dial* llegó a su tiempo; como es natural, lo leí con interés; es una expresión de lo más puro y más joven que hay en su país de usted; puro, etéreo, como las voces de la mañana. Y, sin embargo—usted me conoce,—para mí es *demasiado* etéreo, especulativo, teórico; toda teoría me parece, decididamente, cada vez más inadecuada, falsa, insuficiente, casi una irrisión. Es preciso que todas las cosas se condensen, tomen forma y cuerpo, si quieren mi simpatía. Continúad, sin embargo, hermanos míos. El mundo, a la hora presente, está lleno de expresiones muy extrañas, de naturaleza profética, y la vuestra, entre otras, merece seguramente ser escuchada. ¿Conoce usted el Puseysmo inglés? ¡Justo cielo! ¿Hay en todo el cielo de la Historia algo que se pueda comparar con esto?, ¿un verdadero culto, naciente en estos momentos, por los alzacuellos y el sombrero eclesiástico? Seguramente, es una locura, el comienzo de la «demencia final» apoderándose del viejo formalismo inglés que, desde hace unos dos siglos, se ha dado el nombre de Iglesia. En mi vida he visto ningún síntoma más verosímil de su desaparición próxima. Es como si el rey Macready saliese de Covent Garden, descendiese a San Estéfano y se obstinara en decir: «¡El rey lo quiere!» He leído ayer noche el artículo más raro en esta materia, bajo forma de una crítica dedicada a mí, en la *Quarterly Review*. Parece emanar de un tal Swell, doctor muy conocido en Oxford, uno

de los principales *leaders* de la corporación Pusey. Es un buen hombre, con buenas ideas, en el que yo había reparado desde hace varios años. Me juzga como un muchacho muy estimable, «que tiene razón, completamente razón», excepto en donde me separo de Pusey, y tengo el sombrero eclesiástico por un anticuado trozo de fieltro; entonces «yerro, yerro por completo». Como dicen los turcos: ¡*Allah akbar!*

Me he olvidado en absoluto de lo que dije de Landor; pero espero que no le puse en la misma categoría que Heraud: un cerebro vacío de cockney es una cosa, un erudito, culto, aunque sin disciplina, *explosible*, medio sincero, es otra. No ha venido a Londres este año. Milnes le representa como *comiendo* mucho, en Bath, y quizás hasta cocinando. ¿Le dije a usted que Milnes recibió su carta? Sterling tiene en la mano la vista de Concordia; yo voy a colgar la mía en la pared, y me recordará muchas cosas. Sterling está ocupado en escribir; se contentará con Falmouth este invierno, y tratará de prescindir de Italia. Este buen Jonh no puede adaptarse a mi doctrina del silencio. Mi mujer ha estado mejor que de costumbre todo este verano; vuelve a temblar al acercarse el invierno. Adiós, querido Emerson; buena suerte para usted y los suyos. Muy lejos me hallaré antes de dejar de quererle. «Encima de nosotros están las estrellas, debajo están las tumbas.» Adiós.

T. C.

## EMERSON A CARLYLE

Concordia, 30 de Octubre de 1840.

He enviado a Green, para usted, el núm. 2 del *Dial*. Celebraré que nos pinte usted un Crómwell, aunque yo preferiría un Carlyle. No estimará usted cumplida su misión mientras que no nos haya dado una Inglaterra del siglo XIX. Quizá no pueda hacerlo hasta que no haya realizado su visita a América. Le aseguro que en la Nueva Inglaterra se tiene una vista excelente de la Gran Bretaña.

Todos estamos aquí metidos en una infinidad de proyectos de reforma social. No hay un hombre que sepa escribir que no tenga en cartera un plan de nueva comunidad. Yo mismo estoy atacado de una dulce locura y resuelto a vivir una vida sana. Jorge Ripley está en camino de reclutar por la persuasión una colonia de agricultores y literatos con los que amenaza tomar el campo... y el libro. El uno renuncia al alimento animal, el otro a la moneda, un tercero a hacerse servir por criadas, otro repudia al Estado, y en conjunto tenemos una laudable parte de razón y de esperanza.

Me avergüenza, aunque me parece que usted tiene los mayores derechos, el mandarle algo de mis propios estudios, hasta tal punto se me antojan vanos, improductivos. Sigo con la esperanza de publicar este invierno un tomo de *Ensayos*, pero no podrá ser muy considerable. Me he dejado arrastrar en estos últimos meses a escribir cartas a tres o cuatro personas queridas y amables, mis amigos y amigas en este país. He encendido mi candil por los

pos extremos, pero quiero ahora ser más frío y más metódico. Me felicito de las buenas noticias respecto a la salud de su mujer; no desesperamos todavía de verla en Concordia, puesto que ahora no nos separan ya sino doce días y medio.

He recibido una carta de Sterling, a la que voy a contestar.

Muy afectuosamente, con los mejores deseos para usted y los suyos, su muy adicto,

R. W. EMERSON

CARLYLE A EMERSON

Chelsea, Londres, 9 de Diciembre de 1840.

Mis conferencias sobre los héroes siguen en manuscrito. Fraser no me ofrece por ellas la cantidad suficiente para convertirla en un móvil externo, e interiormente no hay todavía ninguno que se me aparezca con completa claridad, si bien en estos últimos tiempos me parece que se va haciendo un poco de luz. Afrontar el Puseysmo inglés y exponerme a los clamores, con los que es casi seguro que se me recibirá, requiere reflexión; pero en el fondo, ¿por qué no? ¿No repruebas esa nueva locura del Puseysmo tan completamente como un hombre puede reprobar algo en el mundo, hasta el punto de abjurarla sin reservas y hasta de aborrecerla, si es que la *sombra* de una tela de araña tuviera la probabilidad de llegar a ser amenazadora, cuando la tela misma fué decapitada en Tower-Hill por el hacha y el bloque hace dos siglos? Veremos. Si imprimo la obra, la extenderemos seguramente

a América, ya mediante una edición estereotípica, ya de alguna otra manera. No tema por este lado. ¿Presta usted alguna atención a nuestro nuevo *Laudismo*? Hace grandes progresos entre nuestro clero actual; es un síntoma muy significativo, que me conforta desde diversos puntos de vista; no quiero ya preguntarme si es o no uno de los más graves que nuestra pobre Iglesia de Inglaterra haya jamás revelado, y el indicio, mayor que cualquier otro, de una más pronta ruina para ella. A Dios gracias, los hombres advierten al fin que sigue y seguirá habiendo siempre un Dios presente en sus asuntos, sin lo que serían asuntos del diablo, simple vacío, dignos de ser enviados al diablo... Sentado esto, hallo que todo está sentado; la historia diaria, tanto en el reino como en la parroquia, es un *experimentum crucis*, que sirve para demostrar lo que procede del diablo y lo que no procede. Pero ¿no somos, en resumidas cuentas, el pueblo más formalista que haya sido creado bajo el sol? Envueltos y recubiertos de fórmulas desde nuestro nacimiento, como verdaderos crustáceos en sus caparazones, de suerte que en el hombre no vemos más que pantalones, y creemos y juramos que donde hay un par de pantalones viejos, hay un hombre. Declaro que esto me da a la vez ganas de llorar y de reír. Oigo que puras y buenas gentes, lamentables, bien intencionadas, capaces de muchas ideas y simpatías, me dirigen un vehemente llamamiento. ¿Y tu, Bruto? ¿También tú, hermano, quieres ir repitiendo que los calzones están viejos? ¿No quieres dar a la aguja con nosotros? En presencia del Calibán desnudo y gigantesco, al que los tales calzones no bastarían para hacerse un guante, y que va por ahí, a tientas y con grandes zancadas, en busca de nuevos pantalones y de un nuevo atavío, seguro de encontrarlos y de reducir a la nada a quien le entorpeciera en su búsqueda, en presencia de éste son tan ciegos como si no tu-

vieran ojos. No hablemos más de semejantes fracciones de hombres.

También he recibido, hace unos días, el segundo número del *Dial*. Me gusta más, sin duda, que el primero; en verdad que merece perfectamente ser impreso y puesto en circulación; me parece solamente, como antes, que es todavía demasiado exclusivamente *alma* para difundirse como debiera. Deseo que pueda usted, en adelante, indicar al final de cada artículo el nombre del autor o darme alguna clave general para determinarlo. Reconozco fácilmente a Emerson; los otros, en su mayor parte, son *oi polloi*. Pero como *alma* es completamente bueno y muy bueno, no le falta más que un cuerpo, defecto muy importante. El artículo de usted sobre la literatura es incomparablemente lo mejor hasta aquí; es una cosa que he leído con deleite. Diga lo que tenga que decir, mi animoso Emerson; muchas buenas gentes prestan oído. Hasta lo que dice usted de Goethe me ha agradado; es uno de los varios juicios formulados sobre aquel que sea producto de una intuición personal, y nunca se debería expresar otros. Dice usted que es *real*, no *ideal*; hay alguna verdad en esto; y sin embargo, ¿acaso la plena verdad no es más bien ésta: Lo real bien visto, *es* lo ideal? Lo real, lo que realmente es y existe; lo pasado, lo presente, lo futuro igualmente, todo está ahí. ¡Ah, sí! Algún día verá usted que ese Goethe, de cara risueña, de maneras de hombre de mundo, ocultaba en sí un dolor profético tan profundo como el de Dante, y le parecerá, como a mí, tanto más noble por haberle podido contener así. Creo que ningún hombre puede *ver* como él ve, si no ha sufrido y luchado como lo hizo raramente hombre alguno... A propósito de esto, ¿ha recibido usted *Haur and Mand*, de Miss Martineau? ¡Qué interesante sería tener la historia real del negro Toodantos y de su descamisadismo negro Santo Domingo—

la forma más atroz que haya podido o que pueda revestir el descamisadismo.—Esa historia de un «Wilberforce-Wáshington negro», como dice Sterling, es decididamente algo. Adiós, querido Emerson; el tiempo apremia, el papel está lleno. Dé usted mis recuerdos a su excelente mujer, a su excelente madre, y quíerame todo lo que pueda. Que la paz y la salud sean con ustedes todos bajo unos cielos claros de invierno.

T. CARLYLE

### EMERSON A CARLYLE

Boston, 30 de Abril de 1841.

Lamento ver que se nos han adelantado, en el asunto de las seis Conferencias, los editores piratas de Nueva York. El libro fué recibido de Londres, y puesto a la venta en Nueva York y en Boston antes de la llegada de mis últimas pruebas por el *Columbia*. Appleton, de Nueva York, lo imprimió en nuestras barbas, declarándonos además que tenía la intención de imprimir en adelante todo lo que se publicara de usted en Londres; quejándose en términos descorteses del monopolio de que gozan aquí los editores de usted, de las mezquinas comisiones que dan al comercio, etc. Monroe me ha enseñado la carta que, ciertamente, no era amable. En tan apremiante necesidad, le ruego, pues, cuando tenga usted otros libros de historia o de conferencias para imprimir, que haga copiar al manuscrito por un escribiente antes de componerlo en Londres y enviármelo, y yo me encargo de adelantarme a todos los Appletons y corsarios de todo género. No sola-

mente estos hombres han hecho un libro (del que Monroe, dicho sea entre paréntesis, le manda un ejemplar por este mismo barco), sino que los periódicos de Nueva York publican la obra por capítulos, y usted circula, a 6 centavos el número, por todas las esquinas de las calles de Nueva York y Boston, ganando en nombre lo que pierde usted en dinero. El libro es un buen libro, propio para hacer á los hombres valientes y felices. Garantizo su virtud alentadora y tonificante.

Afectuosamente suyo,

R. W. EMERSON

#### CARLYLE A EMERSON

Chelsea, Londres, 8 de Mayo de 1841.

Mi querido Emerson: Su última carta me encontró en la frontera meridional del Yorkshire, adonde Ricardo Milner me persuadió a que fuese a pasar con él lo que se llama aquí las vacaciones de Pascuas. Tenía que desembarazarme de los restos de un enojoso catarro que no me había dejado por completo; habiéndome obligado a volver de improviso unos contratiempos, mi equipaje continuaba sin deshacerse desde hacía quince días, por la indecisión de su posesor, el más mezquino de los viajeros. Como Milner me ofreciera tomarme en cierto modo bajo su égida, me marché con Milner. La naturaleza dulce, cordial, aunque un poco diletante, de este hombre, le distingue a mis ojos del común de los mortales. Durante diez días cabalgué vagando por los campos y colinas del Yorkshire. La vista de esta tierna primavera, de la que estuve privado desde

hacia siete años, me pareció bella o hasta mejor que la belleza. La soledad misma, el gran silencio de la tierra obraba como un bálsamo sobre mi corazón cansado y enfermo; ni los Dragones de Wantley (así es como llaman a Lord Wharncliffe, al seco Tory), ni los abogados charlatanes de viaje, ni la aristocracia cazando zorros, ni los capitanes de yeomanry cultivando unos bigotes de un blanco de leche, ni el ruido incesante y la «comida de las ocho» pudieron prevalecer por completo contra el hecho de tener a mi alrededor la tierra verdeante, y encima los cielos en su pureza sin mezcla, la voz de los pájaros y de las aguas—y no, en todos los instantes del día, el vano lenguaje de los Cockneys.—En la mañana del último día, cuando nos dirigíamos Ricardo y yo hacia la estación del ferrocarril, llegó la carta de usted, justamente á tiempo, y Ricardo, que le quiere bien, al oír decir de quién era, me pidió verla, de tal modo, que no pude negárselo. Nos separamos en la estación, corriendo cada cual por su lado en alas del vapor, y aún no nos hemos vuelto a ver. Yo fui a Leeds, permaneci dos días frente a sus altas chimeneas y su volcán de humo, y luego corrí a mi rincón natal, para ver una vez más en este mundo, mientras que me sea conservada, a mi excelente y anciana mamá. Mi país natal es siempre para mí como el antro de Trofonio; salgo de él con una prisa, a cuyo lado el vapor es lento—sin una sonrisa en el rostro, evitando toda comunicación con los hombres. No hace todavía cuarenta y ocho horas que estoy de vuelta; su carta es una de las primeras a que contesto, aunque no sea más que una línea; su nuevo libro;—pero no hablemos todavía de él por ahora.

Amigo mío, le agradezco esa obra de su mano, no solamente por el ejemplar que me envía, sino por haber escrito e impreso un tal libro. Desde lejos, le digo: *Eugel* Una voz clamante en el desierto, es una vez más la voz

de un *hombre*. ¡Ah! Paréceme que en el vasto mundo no haya más que esa única voz que responda inteligentemente a la mía; como si todo lo demás no fuese sino dichos, ecos melódicos o discordantes; como si sólo esa voz fuera viviente y verdadera. Bendito sea usted, mi buen Ralph Waldo. He dedicado todo el día de ayer a leer el libro, en cuanto mi mujer concluyó de darme noticias suyas. Ese libro me acarició, me elevó y me confortó. Podría hacer objeciones de todo género, una porción de objeciones concernientes a la superficie y al detalle, una modalidad de pensamiento y de expresión aún bastante imperfecta, cien veces demasiado estrecha para el Infinito que se esfuerza en expresar; mas, ¿para qué todo esto? Es un Infinito, la real visión y creencia de un hombre, vista cara a cara; aquí oímos una vez más «una voz del seno de la Naturaleza». Tal es para mí el hecho que absorbe todos los otros, cualesquiera que sean. Persevere. persevere; usted tiene mucho que decir y que hacer. Vuestras voces de ahí, que comparaba con almas no encarnadas, y a las que censuro a veces no tener cuerpo—¿cómo han de *poder* tenerlo?—son rayos de luz que se lanzan como flechas al Oriente; tendrán todavía que *hacer* muchos esfuerzos para tener un cuerpo. Usted es, amigo mío, una era nueva en un enorme país nuevo. Que Dios le dé la fuerza y el poder de expresión y de silencio necesario para la ejecución de la obra que le parezca posible en la hora actual. Y si le place al diablo dirigir contra usted sin descanso todas las tendencias populares, es quizá, entre todas las cosas, la más favorable de que sea capaz *ángel* alguno.

De mí mismo no tengo buenas noticias que darle. Años de ociosidad enfermiza y de esterilidad me han llenado de cansancio. No hago nada. Voy vacilante por aquí y por allá, y en este mismo momento me pregunto con

inquietud lo que será de mi salud y en dónde pasaré el verano fuera de Londres; soy un pobre diablo, pero espero que las cosas irán mejor próximamente. Quizá entonces este aluvión de materia grosera e inerte que durante tanto tiempo me ha sumergido, dará la mayor cosecha. Esperemos. Los mejores deseos de nosotros dos para todos ustedes.

Siempre suyo,

T. CARLYLE

#### CARLYLE A EMERSON

Chelsea, Londres, 21 de Mayo de 1841.

Es la soledad lo que deseo ardientemente y lo que pido en mis oraciones. En medio de la charla de los hombres, mi alma también se resuelve en charla, como un terreno al que no se cesara de remover y tamizar, y en el que no puede germinar ningún fruto. Lo que espero del cielo es que me sea dable ir a alguna cabaña a orillas del mar, bastante lejos de todas las cosas locas y enloquecedoras que danzan aquí a mi alrededor, y que no veré ya sino como una fantasmagoría teatral, atento solamente al *sentido* oculto que encierran. Me dice usted, amigo Emerson, que va a convertirse en labrador y a trabajar la tierra para ganarse el pan. Bien; he ahí una cosa que le envidio como uno de los mayores favores que le haya otorgado el cielo. Mientras tanto, aquí estoy, recluso en un reducido gabinete de aseo, allá arriba, en la parte zaguera de la casa, cerrando mi puerta a todas las charlas y a todos los cockneys; y, dirigiendo mis miradas hacia un si-

mulacro de bosquecillo primaveral (que presenta pocos ladrillos, y donde solamente son visibles, en la lejanía, los minaretes de Westminster y la dorada cruz de San Pablo, convertido el estrépito de Londres en un enorme murmullo), me esfuerzo en aguardar apaciblemente lo que ha de ser. Estudio a Lutero en un libro muy prolijo de un tal Martheinecke. Medito sobre una porción de cosas; al ponerse el sol, salgo y camino en dirección del Oeste, por las callejuelas de Kensington; si este tiempo de Mayo durase, podría estar aquí tan bien como en cualquier lugar accesible. Pero llega Junio; pónense mordazas a los perros feroces; todo está quemado, polvoriento, sofocador, en el marasmo, y es preciso que huya. Basta de esto. En mi papel nada hay por ahora ni promete haber. Paciencia; y, sin embargo, ¿quién puede ser paciente?

¿Ha tenido usted la dicha, no hace mucho tiempo, de verse incluido *nominatiur*, en el *Fraser's Magazine*, por un hombre de una gravedad enfática, no sin una especie de fuerza y de sinceridad llenas de pesadez, entre los principales heresiarcas del mundo? Perfectamente. Fraser tenía muchos deseos de saber lo que pensaba yo del artículo «Obra de un hombre completamente desconocido en el país». Le dije que había en él algo que haría bien en mejorar, permaneciendo quieto durante cinco años.

Adiós, querido Emerson. Todo el papel está lleno. Todos los ejemplares de su obra están distribuidos, veremos tal vez con qué resultado. En cuanto a mí, me cautivan el libro y el hombre, su noble y rústico heroísmo y virilidad; es como una voz de hombre viviente, entre toda esta charla de cadáveres galvanizados. *Ach Gott!*

Siempre suyo,

T. CARLYLE

## EMERSON A CARLYLE

Concordia, 30 de Mayo de 1841.

Creo que no habría recibido aún todas las pruebas de las seis conferencias cuando le mandé mi última carta. Todas llegaron a buen puerto; el último envío, sin embargo, no llegó sino precisamente después de aparecer nuestra ilícita reimpresión de Nueva York. A pesar de esta estafa, destinada a proveer a un público ansioso, hube de gozar con mi lectura personal. Todo Odín era para mí cosa nueva, así como la mayor parte de Mahoma; y todo era de excelente lectura, llena de verdad y de nobleza. No obstante, cuando leo esas páginas, me parece que el auditorio de Londres está menos preparado para oírlas que el de Nueva Inglaterra. Juzgo únicamente por el tono. Pienso que conozco aquí numerosas personas tan dispuestas ya a ceptar pensamientos de ese género que, si hablase usted en nuestro continente, no juzgaría necesario forzar así el tono. He estado delicado y casi enfermo durante toda la primavera, y no he ido más que una vez o dos a Boston; de suerte que no sé nada de la acogida que hace al libro la católica Iglesia Carlyniana. Tengo ahora en mi casa—y espero que por un año—a uno de los lectores y amigos de usted, Enrique Thoreau, un poeta del que estará usted orgulloso algún día, un noble y viril joven lleno de melodías y de originalidad. Trabajamos juntos todos los días en mi jardín, y adquiero salud y fuerza.

Suyo,

R. W. EMERSON

## CARLYLE A EMERSON

Chelsea, Londres, 21 de Junio de 1841.

Querido Emerson: Ahora que se hace posible establecer un programa de mis próximos cambios de lugar durante algún tiempo, me apresuro a enviarle boceto que puede servirle. Después de infinitas y confusas vacilaciones, supe ayer noche que se ha encontrado para nosotros una especie de casa de campo, en un lugar llamado Annan, en la ribera Norte del Swlvay-Frith, en mi condado natal de Dumfries. Supongo que usted pasó por esa pequeña ciudad a su regreso de Craigenputtock; se encuentra a cosa de mitad de camino, en la carretera, entre Dumfries y Carlisle. Allí hice yo mis estudios; figúrese la extraordinaria significación que ha tomado para mí ahora semejante escenario. Está a ocho millas de la casa de mi madre, a una galopada de casi todo lo que yo tengo en materia de parientes en el mundo. La casa, construída recientemente, y que no he visto nunca, es aceptable, según se dice. La obtenemos (merced a un feliz concurso de circunstancias) por una suma bastante exigua, dado lo que vale. El viaje de 300 millas, que me es muy desagradable, aventará por lo menos todo resto de esta Babilonia polvorienta. De otra parte, como el lugar es por naturaleza bastante feo—tanto como esto pueda decirse de un lugar verdoso y sombrío,—toda la banda de turistas enamorados de lo pintoresco, de amigos cockneys de la Naturaleza, etc., etc., que ahora, gracias al vapor, penetran hasta el centro de los Highlands de Escocia, se quedará al otro lado de nuestro horizonte. En suma, nos

vamos todos dentro de unos días; improvisaremos allí una especie de hogar bohemio, y daremos gracias a los cielos por concedernos la soledad, la vista de los campos verdosos, de las landas cubiertas de brezos, un cielo silencioso sobre nuestras cabezas y aire para respirar que no consista en humo de carbón, en sílex reducido a polvo tenue y otros lindos *et cætera* de la misma especie. Dios me es testigo de que tengo mucha necesidad de estar solo por largo tiempo (siempre, me parece en este momento) para poner un poco en orden mi vida interior y mis pobres nervios igualmente hechos trizas. Así, pues, tras mucha vana repugnancia, á pesar de muchas consideraciones; á pesar, en primer término, de la cuestión económica, heme aquí en marcha; y podré permanecer hasta que me haya saturado bien de campo, por lo menos hasta que haya desaparecido el último rayo de la estación de verano. Hasta aquí me he hecho una ley de permanecer resueltamente en mi casa. Paréceme ahora, sin embargo, que me es necesario a toda costa cambiar de costumbres; que no puedo pasar todo el verano en Londres bajo pena de morirme o volverme rabioso; que necesito aprender a viajar como lo hacen los otros y enviarme a mí mismo al diablo. En suma, amigo mío, he aquí por qué nuestras señas, durante los dos o tres próximos meses, serán «Newington Lodge, Annan, Scotland», donde se recibirá con gran placer una carta de Emerson. *Faustum sit.*

Mi segunda noticia, no menos interesante, espero, es que se van a reimprimir aquí los *Ensayos* de Emerson, y hasta pienso que están ya en prensa, en manos de ese excelente impresor Robson, que ha compuesto las *Miscellaneas*. Fraser se encarga de la edición, y T. Carlyle ha escrito un Prólogo, cosa que ha realizado ya, por consiguiente, en un estado de espíritu sombrío, no por culpa de usted. Robson seguirá el texto con la mayor fidelidad,

y yo corregiré las pruebas. La edición es de setecientos cincuenta ejemplares, que Fraser piensa colocar. Con gran alegría percibiré entonces las diez pobres libras esterlinas correspondientes para enviárselas á Emerson diciendo: «Tenga, amigo; la reciprocidad no es de un solo lado.»

Déjeme que le cuente también, a este propósito, la historia de un tal Río, un bretón de Francia con largo pelo negro en desorden. Encuentra el libro de usted en casa de Ricardo Milnes; es un ejemplar prestado y no puede prestarlo; en vista de esto, me dirige una petición vehemente, y este loco de Río se lleva el ejemplar de mi mujer; quiere leerlo cuatro veces, durante el otoño, en Quimperlé, en su Céltica natal. Con todo esto, es un católico que come de vigilia los viernes, muy corrido aquí cuando viene a vernos, uno de los hombres más ingenuos del mundo, respecto al cual, sin embargo, se dividen nuestras gentes de modas sobre «si es un ángel o parcialmente un alocado y un hablador». Tal es en este mundo la suerte de quien es amable. No he visto jamás un hombre más sincero; no quiero investigar por el momento hasta qué punto puede estar hinchado de viento. Me quiere mucho (a pesar de mi inexpresable desdén por sus peces de los viernes), me quiere; pero, a pesar de todo, me *cansaría* bastante fácilmente.

Basta, querido Emerson, y más que basta para un día de tanto apremio. Nuestra isla está en plena fermentación electoral. Se trata de un Gobierno de Tories; quizá también no lleguen; en todo caso no permanecerán largo tiempo sin modificar mucho su fisonomía. A veces me pregunto seriamente: ¿Cuál es el deber de un ciudadano? ¿Es el ser, como lo he sido hasta aquí, un *extranjero* pacífico? Dado mi carácter, es *lo más fácil*... Adiós, querido Emerson.

T, CARLYLE

## EMERSON A CARLYLE

Concordia, 31 de Julio de 1841.

Mi querido Carlyle: Hace ocho días, cuando había ido a la bahía de Nantasket, para sentarme a orillas del mar, respirar su aire y revivificar mi cuerpo delicado, recibí su carta, llena de bondad, como todas las de usted, generosa en exceso, generosa hasta avergonzarme, a mí, personaje frío, difícil y reservado como soy. Ya, en una carta anterior, me había usted hablado demasiado bien de mi árido librito—que me hace el efecto de ser arena,—y he aquí que ahora me dice usted que va a reimprimirse en Londres, y a ser honrado con un prólogo del que es un hombre entre los hombres. Sólo diré que desearía que el libro fuese mejor, y que trataré de merecer semejante favor de los dioses benévolos, llevando durante los meses que van a venir una vida más animosa y más conforme con la verdad, una vida que pueda, quizás un día, desentumecer y fortificar mi mano entorpecida, y enseñarle a trazar algunos rasgos nobles y justos, dignos de que otros hombres los reproduzcan por convenientes y no por simple benevolencia. No obstante, creo no moriré nunca de ambición. Considero mis errores y mis defectos en el arte de escribir—en el que celebraría mucho progresar—con una igualdad de alma que pudiera complacer a mi peor enemigo. Y, sin embargo, no es que esté ocupado en cosas mejores. Estaría justificado que el que se encuentra absorbido por la vida dejase a otros la palma. Pero yo no he hecho nada. Pienso que la rama del árbol de la vida, para formar en mí su brote, debe de haberme quitado una o

dos gotas de savia, disminuyendo mis florecillas y mis frutos. Tengo, sin embargo, se lo aseguro, el espíritu bien equilibrado y estoy muy lejos de pensar nunca en el suicidio. Toda mi filosofía, que es muy real, enseña la aceptación y el optimismo. Solamente cuando veo cuánto trabajo hay que hacer, cuánto espacio para un poeta, para todo espiritualista, en esta grande, sensual y avara América, deploro mis dedos vacilantes y mi lengua balbuciente. He pensado a veces que obtendría del contacto con las personas nobles una actividad simpática; que vendría usted a verme; que adquiriría hábitos más estrechos de amistad y de conversación con algunos hombres y mujeres de aquí, que son gratos; que me desembarazaría, hasta cierto punto, de esta parálisis entorpecedora, y sentiría hervir y picotearme en las puntas de los dedos la sangre nueva. Después de todo, seguro estoy de que se pronunciará la palabra necesaria, aun cuando me cortase la lengua.

R. W. EMERSON

#### CARLYLE A EMERSON

Newby, Annan, Scotland, 18 de Agosto de 1841.

... El libro se venderá; agradará a unos, desagradará a otros. Enriqueta Martineau me escribe, a propósito de él, con su entusiasmo habitual. También Ricardo Milnes es un ferviente admirador. John Sterling se arrebató contra la obra y después la besa (según su costumbre), y termina preguntando si puede procurarse un retrato de Emerson.

## EMERSON A CARLYLE

Concordia, 30 de Octubre de 1841.

Mi querido Carlyle: Acabo de decidir el volver a Boston con una serie de conferencias, que bautizaré, tal vez, con el nombre de «Sobre el tiempo presente», para ver, una vez más, si puedo, no solamente decir la verdad, sino decirla en términos exactos o adecuados. Me imagino que tengo más necesidad de hablar que otro, por tener una tendencia tan formidable, al estilo lapidario. Construyo mi casa con maderos; alguien me preguntaba «si construía con medallas». Siempre, además, estoy obsesionado por hermosos sueños, respecto a lo que pudiera realizarse en la sala de conferencias, que ofrece una plataforma tan libre, tan exenta de pretensión—un Delos no cuajado todavía en ritos.—Me imagino una elocuencia de una variedad infinita, tan rica como pueda serlo la conversación, con anécdotas, bromas, tragedia, epopeya y lirismo, razonamiento y confusión. Preferiría mucho más el poder ir, como usted, con el verbo en mi corazón y no en un papel...

Mi pequeño cumple sus cinco años hoy; ya está casi en edad de enviar a usted sus afectos.

R. W. EMERSON

## CARLYLE A EMERSON

Chelsea, Londres, 19 de Noviembre de 1841.

Querido Emerson: El pintor Gambardella, al que vamos a ver por segunda vez esta noche o mañana, nos divierte e interesa mucho. Su figura es completamente la imagen del dios clásico Pan: con cuernos y pies de cabra, tenemos la impresión que haría un fauno perfecto;—realmente, algunos de los sátiros de Pousin son casi retratos de este bravo Gambardella...—Si puedo hacer que esta noche se extienda un poco más respecto a su visita a la comunidad de los Shakers, y las cosas que ha visto y experimentado, será para mí un gran beneficio. Me ha parecido que había en la visión que tuvo Gambardella, de este fenómeno, materia para una risa inextinguible—en el espectáculo y en el espectador;—pero nos reímos demasiado pronto, a carcajadas, y no se atrevió a continuar. ¡Ay! Ya casi no hay risa en el mundo a la hora actual. La verdadera risa es tan rara como toda otra verdad; la falsificación es frecuente y detestable como todas las falsificaciones. No sé de nada más sano; pero es todavía más raro que Navidad que llega siempre una vez al año, pero que no llega más que una vez.

La satisfacción y las reflexiones de usted a la vista de su libro, que retorna de Inglaterra, son tales, que me incumbe a mi vez darle las gracias. Las comprendo bien. Dios haga que jamás visite la sala de Concordia un huésped peor que ese libro. Diga usted a su excelente mujer que se alegre; tiene motivos;—para su pobre marido, esto será al mismo tiempo un aumento de penalidad, pero no

digamos un aumento de animosa labor y de esfuerzo; lo que no es un mal para un hombre si está forjado para eso.—Preciso es también que un hombre aprenda a digerir las alabanzas sin que le envenenen; es provechoso para el organismo en ciertas circunstancias. Una constitución sana aprenderá muy pronto a rechazar, sencillamente, la mayor parte sin tratar de digerirla. Soy de opinión que un pensador se da cuenta, a la larga, de que necesita esencialmente estar siempre y permanecer solo, solo: «Silenciosamente, encima de él reposan las estrellas, debajo de él las tumbas.» Es preciso que no se deje turbar mucho por el ruido del mundo, sea un mundo simpático ú hostil.—Decididamente el libro de los *Ensayos* dice algo en Inglaterra, y produce lo que se puede llamar una «sensación» apropiada.—Acerca de él se han escrito muchos artículos críticos, en todos los tonos, la mayoría de escaso valor, como ha podido ver usted por los dos ejemplares de periódicos que le he mandado. El enemigo más declarado admite que la obra contiene penetrantes atisbos de perversa intuición; los más fervientes amigos, en corto número, van muy lejos en las alabanzas. Los periódicos hacen extractos, quejándose de que lo que se dice en el libro sea abstracto, neológico, difícil de percibir, cosas todas perfectamente justas.

El *Dial* es completamente espiritiforme, aeriforme, en el tono de una aurora boreal. ¿No se verá salir de él un ángel que haya tomado cuerpo—un robusto yanqui, con colores en la mejilla y revestido de ropaje?—Estas cosas, yo puedo decírlas; y sin embargo, sólo usted puede decidir del sentido práctico que encierran. Siga escribiendo como le ha sido a usted otorgado hacerlo, dentro del género sólido, aeriforme, o en el que sea. No se ha dado a los hombres otra regla. He mandado el estudio crítico sobre Lander a uno de sus amigos, director de un periódico, mediante el cual

espero que aparecerá en nuestros periódicos en beneficio de Walter Savage; no se le alaba a menudo tan bien entre nosotros y merece un poco de buenas alabanzas.

Siempre suyo,

T. CARLYLE

### CARLYLE A EMERSON

Chelsea, Londres, 5 de Diciembre de 1841.

Ahora, gracias sean dadas al cielo, ya no soy tan pobre; en verdad que, pensándolo bien, no sé si el ser rico sería un problema mucho más difícil. ¿Qué cosa mejor podría uno procurarse con la fortuna de Rothschild si no fuera una cabaña en que vivir, bajo la libre extensión de los cielos, en el campo, con un caballo para montar, sobre el que se sufriría un poco menos? *Angelus illa ridet!*

Sus *Adelphi* han marchado directamente a casa de Miss Martineau con un mensaje. Ricardo Milnes tiene otro ejemplar. John Sterling tendrá el tercero cuando algunas otras personas lo hayan tenido primeramente. Porque Emerson ha llegado a ser, en nuestra época, un hombre al que hay que ver.

T. CARLYLE

## EMERSON A CARLYLE

Nueva York, 28 de Febrero de 1842.

Mi querido amigo: Debiera usted haber recibido mi carta por el último vapor; pero cuando levó anclas, mi hijo, un admirable pequeñuelo de cinco años y tres meses, acababa de terminar su vida terrestre. No le es a usted posible simpatizar conmigo; no puede usted saber cuánto mío se puede llevar con él un niño así. Hace algunas semanas me creía un hombre muy rico, y ahora soy el más pobre de todos. ¿Para qué contarle anécdotas de un niño encantador, las cuales nos repetimos todas las mañanas y todas las noches, para nuestro consuelo y nuestra pena? En perfecta salud, en el seno de la vida y de las influencias más felices que jamás haya conocido un niño, fué arrancado de mis brazos, en tres días apenas, por la escarlatina. Nos quedan otros dos pequeñuelos, una niña de tres años y otra de tres meses y una semana, pero no tendré ya promesas como las del que se fué. Muchas veces acaricié la idea de enviarle a usted un día aquel lucero mío, y quedarme yo tranquilo en casa, tras semejante representante. No me atrevo a sondar lo Invisible y lo Inefable para tratar de descubrir qué relaciones conservo con mis queridos difuntos. Lidian, la pobre Lidian, no cesa de llorar noche y día. También ustedes, desde lejos, compartirán nuestro dolor.

R. W. EMERSON

## CARLYLE A EMERSON

Templand, Thomhille, Dumfries, Scotland,  
28 de Marzo de 1842.

Mi querido amigo: Muy lúgubres son las noticias que me envía usted; ha sufrido la mayor pérdida que puede apenar a un hombre. El tono de un pesar profundo y tranquilo, a continuación de pobres y triviales asuntos temporales, todos puntualmente tratados y expuestos, como si el Altísimo no le hubiera visitado, me dice una muy triste historia. ¿Qué podemos decir en caso semejante? No hay palabras, nada más que lo que el sombrío hijo de Ismael y toda alma reflexiva han aprendido a repetir desde la más remota antigüedad: ¡Dios es grande! Es terrible y severo; pero sabemos igualmente que es bueno. «Aunque me haga perecer, quiero, no obstante, poner en él mi confianza.» Su hermoso niño, la principal de las posesiones de usted aquí abajo, le ha sido arrebatado; pero en verdad, está con Dios, de la misma manera que nosotros, que vivimos, estamos — y está seguramente del modo que había de ser mejor, tanto para él como para usted y para nosotros todos. — ¡Pobre Lidian Emerson, pobre madre! Para ella no tengo palabras. No hay, a lo que creo, para una criatura dolor tan punzante e indefinible como el de una madre privada de su hijo. La pobre avecilla del bosque, que llora a sus hijuelos, nos llena de piedad; ¡cuánto más el alma humana de un amigo! Yo no puedo invitarla a calmarse, porque no está en su poder hacerlo por el momento. ¡Pueden aportarle alguna calma

beneficiosas influencias! Como decía David el Hebreo: «Iremos hacia él, porque él no vendrá hacia nosotros.»

También yo estoy aquí en una casa que la muerte ha visitado. Una ruda desgracia nos ha herido, o más bien, a mi pobre mujer (puesto ¿qué soy a su lado sino una especie de espectador?); ha perdido inopinadamente a su buena madre, que sobrevivía a su padre, siendo casi el único pariente que anhelara ella conservar. Y esto, además, de una manera casi trágica.

He tenido que venir aquí, y habré de quedarme hasta que toda la casa esté liquidada, y se hallen dispersados de un modo decoroso todos los tristes restos. Me encuentro aquí desde hace más de tres semanas; y no hace ocho días que me ha sido posible obtener la soledad, que me dejen completamente solo. Llevo una vida rara, llena de tristeza, de solemnidad, no sin cierta especie de felicidad. Digo que es bueno y útil que esté uno enteramente solo de vez en cuando, solo en sus propios pesares y sus propias faltas, con la misteriosa y antigua Tierra alrededor, con los cielos eternos encima y lo que inspiran. Necesito ejecutar humildes trabajos rústicos, subarrendar tierras, disponer de casas, de mobiliario; todo esto se mezcla extrañamente a mi vida, como la materia con el espíritu, diariamente—y quizá esto también es saludable.—Hace muchos años que no me he encontrado así en contacto íntimo con la realidad de la Tierra, su impresionante fealdad, su divina belleza, sus profundidades de vida y de muerte. Ayer, en uno de nuestros más tranquilos domingos, permanecí largo tiempo sentado a orillas del rápido río Nith, luego paseé por los bosques en los que sólo se oían las voces de las cornejas y los pájaros enamorados. A menudo blanquea las colinas un polvillo de nieve: negras y breves ráfagas de otoño descienden de ellas furiosamente, y luego el cielo reaparece en su claridad pálida y pura—

como la eternidad tras el tiempo.—El *Cielo*, cuando se piensa bien, es siempre azul, de un puro azul inalterable; las lluvias y las tempestades no existen sino vistas desde las mezquinas moradas de los hombres. Pensemos en esto. Piénsalo bien, madre desolada. Tu hijito se ha librado de muchos chubascos...

Había empezado a escribir un libro sobre Crómwell, lo he empezado muchas veces, pero no sé por dónde tomarlo; es el más inexpresable de los asuntos en el que haya percibido mucho sentido oculto. Corro siempre el riesgo de abandonarlo contra mi voluntad, después de haber perdido en él más trabajo todavía; y entonces, pudiera ser que el gran Oliverio mudo, permanezca siempre inexpresado, reunido con los grandes *silenciosos* de la Tierra, porque pienso que ya no vivirá ningún hombre que crea como yo en él y en su Puritanismo, lo que, por lo demás, le importa poco a él.

Adiós, mi querido amigo, siempre querido a mis ojos, más querido ahora en la afición.

Afectuosamente,

T. CARLYLE

#### EMERSON A CARLYLE

Concordia, 31 de Marzo de 1842.

Le escribí desde el estudio de mi hermano, en Nueva York, hace cosa de un mes, para decirle el golpe que me hirió aquí, que la alegría de mi hogar se marchó con mi inocente hijito lleno de belleza y perfecciones; pero él no volverá, y es preciso resignarse. Seguramente llegará el

día, pero no cercano aún, en que esto, como todo lo demás, se resolverá en luz.

R. W. EMERSON

### EMERSON A CARLYLE

Concordia, 1.º de Julio de 1842.

Hace mucho tiempo que no sé nada de usted. Me escribió desde Escocia, a la muerte de su suegra, una carta llena de piedad para mí también, y desde entonces no he vuelto a recibir nada. Espero que todo le haya sonreído; que el Puritano de hierro emerge del Pasado, con el aspecto y la talla que tuvo en vida; que se halle usted revivificado por la simpatía y el contento que le inspira su pintura, y que los seguros remedios del tiempo, de la afección y del deber activo hayan calmado el corazón de la hija huérfana. Mi amigo Alcott debe de haberle visitado, y habrá usted visto que es posible mantener un lazo entre hombres diversamente excelentes.

Me he encargado de la dirección del *Dial*. Me confunde el calcular cuántas horas y cuántos días consumo en estas bagatelas. Había formado el sincero deseo de escribir con todo reposo, durante nobles mañanas, comenzadas por la oración o una lectura de Platón o de cualquier otro autor favorito de la causa matinal, un capítulo sobre la Poesía, del que todas mis lecturas, todos mis estudios no son sino la preparación; pero hienos aquí en Julio, y mi capítulo no está más que en los primeros elementos. Sin embargo, cuando salgo en la noche estival y veo la altura a que están las estrellas, me persuado de que

hay bastante tiempo, aquí o en otra parte, para todo lo que tengo que hacer—y el buen universo no manifiesta impaciencia alguna...

### CARLYLE A EMERSON

Chelsea, Londres, 19 de Julio de 1842.

... Los Fraser no son ya mis editores; excepto en lo que concierne a los *Ensayos* de usted y a una segunda edición del *Sartor*, he transferido los otros escritos a «Clapman and Hall, 186, Shand». Evito a los libreros; no veo sino raramente a esos imbéciles, y me esfuerzo en no pensar en ellos. Venta de libros, reputación, beneficios, etcétera..., etc..., todo esto me hace ahora, a la verdad, el efecto de una molestia, de la que procuro, no sin buen éxito, librarme. Queda todavía a mis ojos, en la existencia, una buena cosa realizable: sacar de mí yo miserable, despreciable, pero viviente, activo, y en este concepto imperial y celeste, un poco más de trabajo; y esto, Dios lo sabe, es una dificultad suficiente, sin añadir todavía otras más.

Me pregunta usted por el *Crómwel*; no me hable de él; es capaz de volverme loco. Ahí está, se me aparece, con una luz bastante clara y hasta ardorosa o dolorosamente quemante, pero en lejanas profundidades, sepultado bajo doscientos años de *cant*, de olvido, de incredulidad y de trivialidad de toda especie; y ¿qué industria o energía humana sería lo bastante fuerte para sacarle a luz, a través de todo esto? Mil veces he lamentado que mi pobre actividad haya tomado semejante dirección. Siempre es posible que abandone la obra no ejecutada. Me ha

abierto un camino a través de los más áridos pedregales. He visitado el campo de batalla de Naseby, y no sé cuántos otros campos y escenas ininteligibles; he, etc..., etcétera... ¡Ah! ¿cómo se me habrá ocurrido meterme en lo imposible? Mientras tanto, prosigo mis investigaciones; hasta experimento ahora cierto placer de vampiro en registrar esos antiguos osarios y esas naves sepulcrales. Mantengo la más rara amistad con ese inmenso genio de la muerte (que reina allí como presidente universal), y me ocurre tener, por tal o cual hendidura, rápidos atisbos de regiones de más allá, regiones benditas, pero por el momento completamente *silenciosas*. Es perfectamente inútil escribir de las cosas pasadas, a menos que no se las pueda hacer presentes; no es en modo alguno *ayer*, sino sencillamente *hoy* y las realizaciones y promesas que contiene lo que nos pertenece: los muertos deberían enterrar a sus muertos. En suma, soy muy desgraciado y merezco que rece usted por mí oraciones, oraciones de un alma serena. Si no vuelve usted a recibir noticias mías ni a oír hablar de mí, dígase sencillamente que he vuelto a mi elemento natal, que las ninfas del Limo me han engullido, como lo hicieron con otros muchos en sus tiempos...

Me gusta Sterling, es una naturaleza brillante, pero muy inquieta. Justamente cuando éste se marchó, vino Alcott. Nos ha hecho dos largas visitas; la segunda vez se quedó toda la noche. Es un hombre de un carácter feliz, inocente, con un corazón sencillo; tiene un aspecto de rusticidad, de veracidad, y con todo esto de dignidad, que excita múltiplemente el interés. El buen Alcott, con su rostro y su cuerpo largo y flaco, con sus sienes grises fatigadas y sus ojos de fulgor suave, no pensando sino en salvar al mundo con un regreso a las bellotas y a la edad de oro, hace el efecto de una especie de Don Quijote venerable, del que nadie puede reírse sin amarlo...

Lo más valioso, con mucho, que haya traído Alcott, es la reseña periodística de las últimas conferencias de Emerson en Nueva York. Es realmente una obra completamente rara, radiante, que tiene el frescor de la mañana, una obra digna de ser leída; en consecuencia, la recorté del periódico, y no cesa de circular para el mayor bien de muchos lectores. No puedo ordenar a usted que deje el *Dial*, aunque sea éste también, ¡ay!, un poco antinómico *Perge, perge*, sin embargo... Y con esto, concluyo por ahora.

T. CARLYLE

#### CARLYLE A EMERSON

Chelsea, Londres, 29 d. Agosto de 1842.

Me encuentro hoy en vísperas de una expedición al condado de Suffolk y muy ocupado en trabajos menudos; quiero, sin embargo, escribirle unas líneas de prisa, aunque no fuese más que para aliviar un poco mi propio corazón. Es usted para mí un amigo benévolo ypreciado, y cuando deploro la impotencia del lenguaje humano y el que cada uno de nosotros—que escriba o hable como quiera—esté condenado a permanecer mudo, aprisionados en todo lo inexpresable que hay en él, frente a su hermano incapaz de expresión,—siempre me parece que Emerson sería el hombre al que mayores deseos tendría de procurar hablar, si estuviera yo a su alcance. Pero es preciso declararnos satisfechos. Una pluma es una pluma, y vale algo, aunque exprese quizá el pensamiento del hombre, poco más o menos, como el caballo expresa su pensamien-

to con las huéllas de sus cascos, lo que es en verdad una expresión muy miserable.

Seguiré cuidadosamente la opinión de usted respecto a Crómwell o en lo concerniente a mi próximo libro, si vivo lo suficiente para escribir otro. Pero he descendido de nuevo a la noche primitiva, y vivo solo y mudo con los *manes*, como usted dice, y sin saber si volveré a ver nunca el día. Estoy, en cierto sentido, avergonzado de mí mismo, pero no puedo remediarlo. Me inclino a creer que una de mis grandes dificultades es no poder escribir dos libros a la vez, no poder estar, en un solo y mismo momento, en el siglo xvii y en el xix, proeza que supera hasta la del ave de la que el Irlandés decía: «Sólo un ave puede estar en dos lugares a la vez.» Porque mi corazón sufre y sangra por mi pobre generación, y, de otra parte, me parece que no puede ésta esperar socorro sino en la posibilidad de nuevos Crómwells y nuevos Puritanos. Así es como a mis ojos se ligan los dos siglos, pareciéndome sin valor el xviii, excepto en el sentido que puede ser hecho xix..., y, sin embargo, ¿quién *intentará* esta empresa? Que Dios me ayude. Creo, por lo menos, que debería callarme..., y más especialmente en este momento.

Gracias por el ruego de que le escriba algo para el *Dial*... Me es grato su *Dial*, y, sin embargo, le miro con una especie de terror; me parece usted en peligro de separarse del Hecho del Universo presente, en el que únicamente, por feo que sea, puedo echar el ancla, y de tomar vuelo hacia las Ideas, Creencias, Revelaciones y cosas de este género, por las alturas peligrosas de las nieves perpetuas. No sé cómo expresar la impresión que me produce usted; tome lo que precede por una huella del casco anterior. En verdad, desearía verle volver a usted a su propio y pobre siglo xix, con sus locuras y enfermedades, sus esfuerzos ciegos y semiciegos, pero gigantescos; sus lágrimas y sus

risas, esforzándose en desentrañar, en cierto modo, lo divino que se oculta en todo esto. Tal me parece que debe ser la obra propia de los escritores. Es muy fácil remontarse á las alturas del Trascendentalismo, cada vez más elevadas, y no ver ya nada debajo sino las nieves perpetuas del Himalaya, reducida la Tierra a un planeta y el firmamento azul llenándose de estrellas en pleno día; esto es fácil para usted, para mí, ¿pero a qué conduce? Temo siempre que sea a la Nada, y sencillamente con detrimento de los pulmones. (El casco golpea, golpea, golpea.) Creo, a fe mía, en todo caso, que un hombre no tiene el derecho de decir a su propia generación, apartándose de ella: «Maldita seas.» Es todo el Pasado y todo el Futuro nuestra propia generación, harto miserable, la que teje el algodón, persigue el dolor, con sus mentiras y sus rumores; vuelva usted a ella, le digo... Y por el momento, cese de golpear con los cascos.

Adiós, amigo mío; no añadiré una palabras más; mi mujer está ausente, en casa de unos amigos. Para buscarla me voy al Suffolk. Espero ver también a Eloy, Saint-Ives y Huntingdon y diversos *Cromwelliana*.

T. CARLYLE

EMERSON A CARLYLE

Corcordia, 15 de Octubre de 1842.

Por lo menos he recibido dos cartas de usted desde mi última. Me sería muy agradable que el correo me trajese todos los días una de esas nerviosas epístolas que se di-

ría hechas de ruda corteza, de acero y de vino dulce; pero como no puedo esperar que se me envíen más mientras que no haya acusado recibo de las últimas, certifico por la presente mi afecto y lo mucho que aprecio sus mensajes. He leído con especial interés lo que me dice usted de sus estudios ingleses, y no dudo de los progresos que haya empezado a hacer el libro. Veremos qué cambio producirá en el libro el cambio de posición del autor. La primera historia esperaba a su público, la segunda está escrita para un público que espera. El tono de la primera era de retardadora altivez; veremos si los aplausos han suavizado el humor del maestro. Tiene esta vez un héroe y tendremos una especie de norma que nos ayude a juzgar, por el héroe que combate, al héroe que escribe. Vamos, ojalá que espíritus superiores y propicios favorezcan a la obra en todo momento; ojalá que inspiraciones e impulsos procedentes de ese mundo que forma y abarca a la Humanidad entera, mantengan a usted en su mente de la Visión que manda en los siglos, y el libro será para los hombres un bien indispensable, lo que es la más segura de las glorias. Hágame saber todo lo que pueda decirse de los progresos que realice.

En cuanto al *Dial* y sus pecados, ya no tengo defensa que aducir. Escribimos como podemos, y son pocas las cosas que sabemos. Si hay motivo para deplorar la dirección de tales especulaciones, no es menos un hecho de historia literaria que todos los adolescentes (muchachos y muchachas) de la Nueva Inglaterra, sin ponerse de acuerdo, toman así el mundo y dicen a sus padres: ellos, que no desean entrar en el comercio; ellas, que no les gustan las visitas de la mañana ni las veladas. Todos son religiosos, pero detestan las iglesias; todos rechazan los hábitos de vida de los otros hombres, pero no tienen otros con qué reemplazarlos. Quizá se nos presente uno de estos

días algún gran yanqui que realice sin esfuerzo la tarea ignorada...

R. W. EMERSON

CARLYLE A EMERSON

Chelsea, Londres, 17 de Noviembre de 1842.

... Le ruego que no se deje importunar por ese fárrago ininteligible de los editores. Supongo que las cuentas de éstos son todas de una corrección aceptable, y que no nos roban, en la medida que lo hacen, sino según las reglas. Y en suma, ¿qué importa esto? Ya no conozco la apremiante necesidad de dinero; ¡ay!, la necesidad que me apremia más vivamente es una falta de poder, una falta de razón, y el sentimiento que se tiene de estas cosas le hace a uno muy indiferente al dinero...

Lo que dice usted de Alcott me parece completamente justo. Es un hombre que ha encontrado el acceso de la más alta región intelectual, si se considera como tal (aunque en esto también haya diversos grados), aquella en la que un hombre es capaz de creer y discernir personalmente, sin experimentar la necesidad de ser ayudado por ningún otro, y hasta en oposición con todos los otros; pero creo muy poco verosímil que realice nunca nada considerable, si no es el llevar una existencia extraña, semiper-versa, aunque viril, lo que, a la verdad, no es cosa despreciable. Habla usted de su «egoísmo más que profético». Sí; de esa madera son todos los ermitaños de la Tebaida, todos los fundadores de sectas y todos los fenómenos fanáticos insociables — en regiones muy elevadas, en las

más elevadas—en ese orden de ideas. ¡Qué representación de nuestro universo debe tener un hombre que piensa que «puede tragárselo por entero», que no se estima grandemente feliz por poder evitar el ser devorado por aquél! Mientras tanto, pienso a veces que hemos concluído, en este pobre mundo, con los fanáticos y los impostores agnósticos. Esto constituirá sobre el pasado un progreso inmenso, y las ideas nuevas, como las llama Alcott, prosperarán mucho mejor. Por lo demás, no diga usted una palabra de todo esto al bueno de Alcott, sino que me quiera bien y se nutra apaciblemente de legumbres, mientras que yo, que me alimento parcialmente de ellas, continuaré queriéndole.

La mejor acción de Alcott, durante su estancia aquí, fué la de hacer que circularan algunos ejemplares de la obra de usted, *El hombre como reformador*. Yo no recibí ninguno; pedí uno desde que conocí la buena fuente; pero Alcott, a lo que creo, se había ya marchado. Y note usted ahora, porque pienso que es una novedad, a menos que no la sepa usted ya, que ciertos radicales han reimpresso, en Lancashire, el *Ensayo* de usted, que circula abundantemente, tanto allí como aquí, bajo forma de folleto barato, y obtiene, por lo que puedo juzgar, una excelente acogida. He tenido ocasión de leer diversos juicios de periódicos, todos favorables, pero todos demasiado superficiales para que se los mande. Personalmente veo en él una producción excelente, una de las mejores palabras que haya usted pronunciado nunca. Pronuncie muchas de ese género. Y deje al que quiera deformarlas en algún «vegetarismo» o en otra extravagancia cualquiera, que lo haga por su cuenta y riesgo; porque la palabra en sí misma es verdadera, y, por consiguiente, preciso será que se trasunte en un hecho que no ha de ser, quiero esperarlo, un hecho abortado y venido mal. Palabras de ese género no

engendran hechos al cabo de siete meses; hasta fortuna será si llegan un día a término en el *segundo siglo*; porque el antiguo tiempo no engendra sino con la más sabia lentitud. Mas para hablar sin figuras, he gustado mucho la claridad, la sencillez, la tranquila energía y la sinceridad de ese discurso, y me he felicitado igualmente de verle propagarse tan espontáneamente aquí entre nosotros. El primero que tuvo la idea de imprimirlo es un tal Tomás Ballantyne, director de un periódico de Mánchester, un hombrecillo muy alegre y muy bueno, en otro tiempo tejedor de Baisley, por lo que me ha hecho saber, y gran admirador de todas las cosas bellas.

Una señora Lee, de Brooklin, vecina de usted, ha escrito, sobre todo por vía de extractos, un libro agradable respecto a Juan Pablo. Siento encontrar a Gúnderede y C.<sup>a</sup> decididamente enojoso. ¡Crómwell, Crómwell! No pronuncie semejante palabra si me quiere usted. Y, sin embargo... Adiós, por hoy, amigo mío.

Siempre suyo,

T. CARLYLE

#### CARLYLE A EMERSON

Chelsea, Londres, 11 de Marzo de 1843.

No sé a quién le correspondía escribir, aunque sospeche que es a usted, y tengo sobre todo el deseo de que lo haga; pero no vea en la presente sino unas líneas de prisa, consagradas por completo a los negocios, y como de ordinario, a mis negocios personales.

He terminado un libro y acabo de hallarle impresor, un volumen grueso, más grueso, según cálculo, que uno

de los volúmenes de la *Revolución francesa*; se trata de «Actualidades», cosas un poco fogosas y sujetas a controversia, no escritas por un puseysta, sugeridas por la visión de nuestra situación presente. No sé si formará o no un trabajo preliminar de *Oliverio*; pero gradualmente se habían ido presentando a mis ojos como lo preliminar de toda producción posible; y hélas aquí escritas, y yo estoy muy enfermo, pero con todo esto un hombre relativamente muy libre. Lo titularé *Pasado y Presente*. Está dividido en cuatro libros: Libro I, Proemio; Libro II, El mundo de antaño; Libro III, El obrero moderno; Libro IV, Horóscopo, o algo por el estilo. En cuanto a la extensión, ya lo he indicado antes.

Los dos últimos números del *Dial* estaban mucho más cerca de la vida que todo lo anterior. En verdad no contenían nada—excepto los artículos de Emerson, que reconozco en cuanto resuenan en el tímpano del espíritu—que me agradase, propiamente hablando; pero había muchas cosas que no me desagradaban y que me agradaban a medias; y digo: *Y fausto pede*, esto va decididamente mejor. A propósito, haría usted bien en vigilar de cerca a Alcott y su acompañamiento inglés; me refiero a lo concerniente a nuestro trato aquí con ellos. Sería preciso que no se viera en la sociedad de Ralph Waldo Emerson, que de este lado del agua tiene ya *hombres* por oyentes, a un grupo de perfectos imbéciles. El acompañamiento contiene uno o dos individuos de este género, y los otros, en su mayoría, no están aún determinados. Por ejemplo, he conocido personalmente al viejo X..., y puedo certificar, si quiere usted creerme, que pocos idiotas mayores—si idiota puede significar «imbécil rematado», y la novena parte de un pensador—han vivido en su tiempo. Guárdate de estas gentes, esto es lo que me digo siempre y lo que le digo también a usted, rogándole que me perdone.

Adiós, mi querido Emerson. Que un genio benéfico le guíe, porque usted es *único, único*; y tiene que realizar una ruda peregrinación que le conducirá muy arriba, si no resbala o tropieza.

Siempre afectuosamente suyo,

T. CARLYLE

### EMERSON A CARLYLE

Concordia, 29 de Abril de 1847.

Mi querido Carlyle: Me complazco en escribir una vez más su nombre al frente de una hoja de papel... Es una sólida alegría para mí verle trabajar para mí, cuando trabaja usted para todos, trabajar para mí y conmigo, hasta cuando tengo poco que escribir, y aunque escriba raramente su nombre.

Desde mi última carta he juzgado necesario, aunque no sea más que por el bien del hogar, preparar algunas nuevas conferencias e ir en busca de nuevas reuniones de hombres. Vivo tan a menudo sólo, huyendo casi perezosamente el contacto de los hombres del mundo y de los hombres públicos, que tengo más necesidad que otros de salir a veces de mi casa, de rodar con la corriente de los viajeros y vivir en fondas. Fuí a Baltimore, donde estaba invitado, y di dos conferencias sobre la Nueva Inglaterra. A la vuelta me detuve en Filadelfia, y habiendo reunido entonces una serie de cuatro conferencias, las pronuncié allí. En Nueva York mi bola de nieve había aumentado, y di cinco conferencias sobre la Nueva Inglaterra. 1. Religión; 2. Comercio; 3. Genio, Usos y Costumbres; 4. Re-

cientes influencias literarias y espirituales del exterior;  
5. Historia espiritual local...

Entre mis dos discursos de Baltimore, fui a Washington, a 37 millas de allí, donde pasé cuatro días. Los dos polos de una enorme batería política, hecha con una superposición de circuitos galvánicos, reforzándose con la influencia de múltiples series de discos, de Méjico al Canadá, del mar occidental a las montañas Rocosas, se encuentran y reaccionan aquí, haciendo el aire eléctrico y violento. Sin embargo, se siente qué poco—más bien que cuán ampliamente—se encuentra aquí representado el hombre. Pienso que en las sociedades superiores del Universo parecerá que los ángeles son moléculas, así como los demonios han sido siempre titanes, puesto que la humana estupidez necesita demostraciones tan colosales, mientras que la virtud es tan modesta, tan concentrada en sí.

Pero urge que le acuse recibo de su libro. He leído las cien páginas, y las encuentro sumamente populares. Aparte de la abundancia de puntos brillantes y de proverbios, hay allí una corriente profunda y constante que afecta, por la esperanza o por el temor, a todas las grandes clases de la sociedad, y también, por las poderosas luces que se proyectan sobre el fenómeno, a la minoría de espíritu filosófico. Es verdadera historia contemporánea, lo que no son otros libros, y usted ha perfilado perfectamente sobre el cielo la compacta ciudad de Londres, flotante en el aire en un luminoso espejismo. Criticaré solamente esa opinión muy esparcida, en la que hay que ver también una condición del humorismo, de que el estado de la sociedad es un estado nuevo, y no era la misma cosa en tiempos de Rabelais y de Aristófanes que en tiempos de Carlyle. Los oradores, por amor de su arte, conceden siempre algo a las masas, mientras que la aus-

tera filosofía no quiere conocer sino los elementos. Esto no sería de ninguna importancia si el historiador no se viese conducido así a confundirse, en cierta medida, con sus naciones caminantes por las sendas del terror y del sufrimiento, y a ensombrecer la pintura; porque la salud es siempre cosa privada y original, y está en su esencia el que la repugne toda mezcla. Sin embargo, este libro, tan lleno de ingenio, de intuiciones, de opiniones tan atrevidas, está destinado a una longevidad que no puedo calcular aquí. En un sentido, como indicaba antes, es tan bueno, se halla tan cierto del buen éxito, quiero decir, que no puede usted en modo alguno contar con que se respete su propiedad en nuestra América ladrona.

Me propongo trabajar un poco más metódicamente este verano, y dejar que brote un árbol en mi bosquecillo que se desparrama.

R. W. E.

#### CARLYLE A EMERSON

Chelsea, Londres, 31 de Octubre de 1847.

Mi querido Emerson: Han pasado muchos días—días sombríos—sin que haya tenido el gusto del menor diálogo con usted. La culpa es por completo mía. Sería difícil dar las razones; en realidad, no son razones; son productos, no de una realidad, sino de simple ociosidad, caos, inacción, impotencia de expresarse; en suma, de la Nada. Dejémoslas, pues, y aprovechemos la hora presente.

A fines de Junio, en cuanto el calor se hizo excesivo, huí de Londres hacia Bristol y el Sur del país de Gales.

Por el Sur, por el Norte del país de Gales, en Lancashire, en Escocia, vagué por todas partes, buscando alguna almohada de Jacob donde reposar la cabeza y soñar cosas celestes; sí, tal era en el fondo mi modesto anhelo, aunque no quisiera confesárselo, y el resultado fué que no pude encontrar ninguna almohada, sino que caí en una inquietud cada vez más miserable, en un *spleen* cada vez más negro, y me volví, a principios de Setiembre, completamente eclipsado y extenuado, el más cansado probablemente de todos los hombres que viven bajo la capa del cielo. Es muy cierto que tengo el dón funesto de convertir para mi uso toda la Naturaleza en visión sobrenatural; ella es a mis ojos una realidad fantasma verdaderamente horrible, confundiéndose todos sus rayos celestes, en una estrecha vecindad, en una íntima unión, con la fealdad de la muerte y del caos—lo que es en verdad una cosa muy lúgubre.—Me tumbé aquí sobre sofás, porque en mi ausencia mi mujer había puesto en un orden admirable nuestra casita, y no tuve que hacer más que tumbarme; allí, entregándome a la lectura y a otros simulacros de ocupaciones, pude por lo menos callarme, lo que fué un inmenso alivio. Y hasta, como lo esperaba, los negros torbellinos y diluvios se han calmado gradualmente, y ahora que ha pasado la cosa, empiezo a experimentar, a pesar de todo, los beneficiosos efectos de mis viajes.

En el último número del *Dial* he encontrado un trabajo, un artículo crítico de mí, que ruego a los dioses le perdonen si me llegara a ser perjudicial. Es con mucho lo más peligroso que haya leído desde años ha. Reconócese allí innegablemente un retrato mío, como en el espejo celeste de un corazón amigo; pero tan ampliado, tan exagerado, tan *trasfigurado* todo—la cosa más deliciosa y más peligrosa.—Vaya, supongo que necesito tratar de asimilármelo también, de que me aproveche, si soy capaz de ello.

No se experimenta ningún embarazo ante elogios ó censuras en los que no se encuentre un rasgo de la propia fisonomía; no hay más que dejarlos sin leerlos, como materiales para hacer fuego; tan grande es la falta de sustancia, de inanidad de tal género de alimento; pero aquí es muy diferente. «Es el mejor trozo de crítica que he leído desde hace mucho tiempo», dice cada uno de los que hablan de esto. Que los dioses le perdonen. He comprado un ejemplar por tres chelines, y se lo he enviado a mi madre, lo que es uno de los mejores empleos de que le pueda creer capaz.

Hemos tenido aquí estos días a dos amigos de usted: al Dr. Russell, que venía de París, y al Sr. Parker, que iba allí. Les hemos visto con más frecuencia que de ordinario, por estar también en Londres Sterling. Son las mejores fisonomías extranjeras que hayamos tenido desde hace tiempo; son ambos de esos seres a los que es grato encontrar en esta peregrinación de la existencia. Russell lleva la simpatía en los ojos; es un hombre muy modesto, cortés e inteligente; una inteligencia inglesa, en mi sentir, de la que lo mejor queda sin expresión, inteligencia que no es de forma lógica, sino de instinto. Parker es un hombrecillo inteligente, compacto, muy decidor, que se expresa con abundancia y resolución; humorista y de buen humor; un hombre al que quiero mucho. Ambos brillan como soles entre multitudes de cometas acuosos y constelaciones nebulosas, que serían muy tristes de ver si no se presentasen aquéllos de vez en cuando.

En cuanto a lo que me concierne, querido Emerson, no hay que hacer preguntas ahora, ni sé en cuánto tiempo. Después de cuatro años penosos empleados en leer las cosas más ilegibles, en registrar y ahondar, he llegado finalmente a la conclusión de que es preciso que escriba un libro acerca de Crómwell; mientras que no lo haya

hecho, no tendré reposo. Fijado este punto, no lo está menos otro hasta aquí, a saber, que el tal libro es *imposible*. Así es literalmente. Lloraría usted por mi suerte si pudiese ver de qué manera me conturban y me agitan esas dos certidumbres. Dios solo sabe lo que será de mí en semejante coyuntura. ¡Paciencia, paciencia!...

Adiós, querido Emerson; siga usted sin reposo y sin prisa; *usted* sí tiene trabajo que hacer.

T. CARLYLE

#### CARLYLE A EMERSON

Chelsea, Londres, 17 de Noviembre de 1843.

Querido Emerson: ¿Ha sido tan largo mi silencio? Sabía que hacía mucho, pero mi vago remordimiento no conservaba fecha. Conviene que le vuelva a escribir sin demora para certificar muy claramente que recibí su carta del 30 de Octubre, así como el cheque de 25 libras que contenía; que es usted un excelente hombre y lleno de amistad; que lleva la existencia más serena y beneficiosa, mientras que yo, ¡que Dios me asista!

Me ha hecho usted un amable regalo con el envío de los poemas de W. E. Channing. He leído los trozos que usted me ha señalado; son muy dignos de ser leídos. El poema de la *Muerte* es la expresión de un animoso y noble corazón, del que espero impaciente nuevos trabajos en prosa y verso. Pero en el fondo, estoy ahora muy receloso respecto á la Poesía. No puede imaginarse los océanos de charlatanería que criaturas humanas vierten sobre mí en este momento, como si las líneas pudieran convertir la

nada en realidad y alcanzar un fin, sin más requisito que aconsonantar entre sí. Empiezo á tener horror de todo esto, como cada vez más me horroriza toda palabra vacía de sentido. Me ha ocurrido decir á Ricardo Milnes: «Pero, dígame honradamente, ¿de qué le sirve poner el acusativo antes del verbo y embrollar más la sintaxis? Si hay realmente en usted una imagen de algún objeto, de algún pensamiento ó de cualquier cosa, dénosla, por el amor de Dios, lo más brevemente posible, y le perdonaré muy gustoso el sonsonete final: ¿qué necesidad tengo de él?» Y Milnes contestó: «Ah, amigo mío, porque no tenemos ninguno ó casi ningún pensamiento; un asomo de pensamiento hace su efecto cuando lo ponemos en rimas.» Quisiera que se procurase por todos los medios *decir* lo que se piensa antes que recurrir para esto al *canto*. El canto, hecho expresamente y casi exclusivamente para el despacho de los negocios, es cosa terriblemente difícil. En nuestro tiempo, sólo Alfredo Tennyson ha probado que la cosa era posible en cierto modo. Si Channing quiere persistir en poner en música una lengua tan refractaria, mis mejores votos le acompañan, pero le predigo que le costará un enorme gasto de *calor*. Otro Channing, al que he visto aquí una vez, me envía desde Nueva York un periódico con arreglo á las doctrinas del Progreso de la Especie. *Ach Gott!* Estas gentes y sus asuntos me parece que se reducen bastante rápidamente á nieve fundida ó no se sabe qué. Descúbrese en ellos una gran parte de locura. *Stare super antiquas vias*. «Nosotros—dicen—no podemos mantenernos en pie, ni andar, ni hacer nada que esté bien; con la ayuda de Dios, queremos volar, y usted, ¿no quiere? ¡Vamos!» Y su vuelo es como el vuelo de los que no tienen alas, bueyes que se esfuerzan en volar con los «alones» de un buey. Hay muchas probabilidades para que semejante vuelo, universalmente practicado, trans-

forme pronto en barrancos «las vías antiguas». En suma, todo esto me produce náuseas, y quisiera que ocurriese en los antípodas ó en cualquiera otra región lejana.

Entre todas las voces que me llegan de América, solamente hasta este día mi amigo Emerson tiene en sí la música de las esferas; sólo él es una voz profética, un alba no dudosa en el Oriente, y me apunta un consuelo inapreciable. Que Dios le conceda muchas prosperidades y le mantenga apartado de ese insondable caos que no es nada consolador. Y así termino por hoy mi letanía.

La materia de Crómwell, aunque la ataque diariamente con todas las palancas imaginables, permanece tan inmutable como la roca de Ailsa. Sólo el cielo puede saber lo que sacaré de esto. Veo y me digo que es heroico. La toma de Troya no lo fué más probablemente, y esto es tuyo, de tu propio pueblo; ¿es cosa de que permanezca siempre inerte? Sí, tal vez, y quizá también que me mate por añadidura. Realmente, me choca mucho que corramos hacia Grecia, hacia Italia, etc., etc..., dejando tantas cosas abandonadas en nuestra casa como si no existiesen. Si yo fuera aquí Soberano absoluto y Pontífice supremo, instituiría, ante todo, un estudio de las edades primitivas de Inglaterra. Sostengo que Odín vale por cualquiera de los Júpiter; encuentro Reyes de la Mar que hubiesen dado a Jason un Roldán por su Oliverio. Somos, como usted dice a veces, un pueblo presa de los libros, presa de las fantasmás...

Siempre suyo,

T. CARLYLE

## EMERSON A CARLYLE

Concordia, 29 de Enero de 1844.

Experimento una simpatía a la que no deja de mezclarse un sentimiento de sorpresa por esos quinientos ingleses de espíritu benévolo que han comprado y leído mis misceláneas. No dejaré de enviarles una nueva colección, que les agradará más, espero. Yo siento crecer de día en día mi fe en los escritores considerados como una clase orgánica, y en la posibilidad para un hombre sincero de llegar a anotaciones de las que no se sentirá responsable, pero que serán paralelas a la Naturaleza. Creo, no obstante, que también yo hago, sin ningún esfuerzo, progresos en la doctrina de la indiferencia; estoy cierto, y me acomodo a ello, de que la verdad puede muy bien prescindir de mí, y hallar su expresión en otro, sin perjuicio para ella o para mí; ya es bastante el que hayamos sabido que la música existe, que nos es propia y que no podemos salir de ella. Nuestros caramillos, por chillones y discordantes que sean, atestiguan nuestra fe en la armonía, y el progreso eterno se oirá bien quizás, algún día, en nuestros oídos y en nuestros instrumentos. Nuestra actividad literaria es una pobre reminiscencia.

Tal vez no me halle expuesto a muchos sufrimientos, pero he conocido, al contemplar desde lejos los esplendores de la ley intelectual, bastantes horas felices para indemnizarme ampliamente de todas las penalidades que he experimentado. Puede ocurrir muy bien que la existencia, en su progreso, se haga mejor, y con tal de que ofrezca tales intuiciones, no puede nunca ser mala. Me acusa us-

ted á veces de no sé qué idealismo tan azul, tan vacío como el cielo. En el sentido de tratarse de una inclinación, temo hallarme más profundamente afectado de lo que usted cree. Tengo ensueños llenos de felicidad, que no puedo expresar en el papel, y mucho menos traducir en un ensayo de realización, y no me censure en modo alguno mis ensueños, sino sencillamente el que no hayan tomado aún una forma efectiva en mi casa y en mi granja. No perderé, sin embargo, mi amor a los libros. Adoro sencillamente al eterno Buda, durante las ausencias e intermitencias de Brama.

R. W. EMERSON

#### CARLYLE A EMERSON

Chelsea, 5 de Agosto de 1844.

Desde hace tiempo no había recibido directamente noticias de usted, cuando me llegó su carta hace cuatro días. Me dicen que es hoy el último día para el correo de América, y le mando unas líneas apresuradamente.

Recibo hoy una respuesta respecto a Tennyson; todo va bien por este lado. Moxon me informa de que el libro y la carta de Russell llegaron a tiempo, y fueron exactamente transmitidos y recibidos; añade que Tennyson se encuentra dentro de nuestros muros en este momento y se propone venir a verme, lo que celebro mucho. Alfredo es una de las raras fisonomías inglesas o extranjeras (cuyo número creo que no aumenta) que son y siguen siendo gratas a mis ojos; una de esas almas verdaderamente

humanas, o de alguna aproximación auténtica, a la que el alma de uno pueda decir: Hermana. Sin embargo, tengo el vago presentimiento de que no vendrá; me olvida a menudo en una de sus breves visitas a la ciudad, como, por lo demás, descuida a todo el mundo, siendo uno de esos hombres solitarios y melancólicos, como se encuentran, y que vive en una atmósfera de tristeza; en suma, que lleva en sí un trozo de caos, del que se dedica a hacer Cosmos.

Alfredo, según creo, es hijo de un caballero plantador del Lincolnshire; en efecto, se nota en sus versos que ha nacido en un país agricultor, de verdes y jugosos prados, y no de montañas con sus torrentes y tempestades. Recibió su educación en Cambridge como si se le destinase al foro o a la Iglesia; pero hallándose, a la muerte de su padre, en posesión de una rentecilla, prefirió vivir sin graduarse, en compañía de su madre y algunas hermanas, y consagrarse a la poesía. Su familia reside á poca distancia de Londres, pero nunca habita en la capital, a la que él hace contadas y cortas visitas, hospedándose en casa de algún antiguo compañero. Creo que tiene menos de cuarenta años, pero no muchos menos. Es uno de los hombres más guapos que haya en el mundo. Tiene un abundante pelo, de un negro polvoriento; ojos oscuros que ríen alegremente; un rostro macizo de línea aguileña, muy macizo, y sin embargo, muy delicado; la tez morena, casi la de un indio; la ropa negligentemente flotante, amplia y suelta; fuma enormemente. Su voz es musical ó metálica, propicia a la risa ruidosa y a la queja penetrante, así como a todo lo que puede oírse entre una y otra; es libre y abundoso en el pensamiento y el lenguaje. Nunca he encontrado, en estas últimas décadas, un interlocutor semejante, para fumar con él una pipa. Está a menudo enfermo, es muy católico; va caminando por el caos, lo in-

sondable y lo impracticable, y no gusta de marchar por donde todos.

Siempre suyo,

T. CARLYLE

### CARLYLE A EMERSON

Chelsea, Londres, 29 Septiembre 1844.

... Sterling ha muerto como se debería morir, como un romano de la antigüedad, pero con el auxilio de todas las Biblias cristianas y de todas las últimas revelaciones. Negábase a ver a sus amigos, a hombres a los que quería como nadie, creo; a mí, entre otros, cuando se lo propuse indirectamente, opuso una negativa. Hasta le molestaban un poco sus más próximos parientes cuando iban á verle. ¿Necesitó, para morir, de vuestra ayuda? Semejante a Focio, se hubiera dicho que se sentía degradado por la decadencia física, que le parecía conveniente envolverse en su manto: «Voy, Perséfone; no soy de los que se hacen rogar.»

Sé que me ha dejado una gran cantidad de papeles; me esforzaré en sacar de ellos el mejor partido posible.

Adiós, amigo mío; aquí reina en este momento el silencio del domingo. Sopla un viento lluvioso del Nordeste y el cielo es de los más tristes. ¡Animo! A poca distancia encima reinan un azul sin nubes y el sol eterno.

T. C.

*Martes, 2 de Octubre.*—Antonio Sterling, que está todavía en Ventuw, me comunica esta mañana que, según

su creencia y la de su ama de llaves, los manuscritos de Russell llegaron en el tiempo querido y fueron mencionados más de una vez por nuestro amigo. El lunes recibí, por el correo, un volumoso paquete del mismo Antonio; contenía, entre otros papeles, todas las cartas de usted cuidadosamente envueltas y con el rótulo escrito por su propia mano: «Cartas de Emerson para enviar por mediación de Carlyle»; se las mandaré la semana próxima con el señor James, que está a punto de volverse. Entre los otros papeles se encontraba uno conteniendo siete estancias dirigidas a T. Carlyle, 14 de Septiembre, llenas de simpatía y de entusiasmo; era el viernes que precedía a su muerte; yo visitaba aquel día la antigua ciudad de Winchester, errando entre las tumbas de Canuto y de los más antiguos héroes; puede usted figurarse cuán sagrada me parece ahora la memoria de aquellos momentos.

He leído su arenga antiesclavista; he recibido esta mañana, en pruebas, la primera galerada de los *Ensayos*, que se lee muy bien.

Siempre suyo,

T. CARLYLE

#### EMERSON A CARLYLE

Concordia, 30 de Septiembre de 1844.

... He recibido con gusto su carta de Julio, que me llegó por un vapor arribado más tarde que el previsto para aquélla, pero me ha traído informes exactos y sustanciales sobre lo que más vivamente deseaba saber. Quiera Dios que viva usted eternamente y que sus juicios

sobre los hombres y las cosas me puedan ser accesibles, mientras que yo viva. Aunque las noticias sean las peores posibles, como es ahora el caso por lo que se refiere a Sterling, no deje de decirme con precisión lo que tenga usted que comunicarme, porque la más sombría tragedia, tomada en su exacta verdad, participa necesariamente de las benéficas leyes del Universo... Su boceto de Tennyson me ha agradado mucho; es, en efecto, uno de mis antiguos favoritos—poseía su libro antes de ver a usted,—si bien no me agrada sin algunas reservas...

R. W. EMERSON

#### CARLYLE A EMERSON

Chelsea, 3 de Noviembre de 1844.

Su obra, que me ha llegado a trozos, no ha podido todavía producir en mí su justa impresión y no podrá hacerlo mientras que no la tenga en un tomo encuadernado, para reeleerla de un tirón. Pero quiero decir ya que, como todas sus otras producciones acabadas, me hace el efecto de un *sermón*, de una *voz* auténtica, casi la única, o la única sin casi, para mi gusto, en un mundo lleno de jergas, de dichos, de ecos y de vanos rumores, que me niego a tomar por voces. Esto es una alabanza, que supera en mucho a las alabanzas literarias, las cuales, en comparación, no merecen ser repetidas. En cuanto a lo demás, necesito repetir de nuevo (lo que usted llamará hacer objeción a las leyes de la Naturaleza) que nos hace usted oír una voz, ciertamente, pero en cierto modo la de un hombre que monologueara solamente en las cum-

bres de las montañas eternas, entre vastas soledades que no turban los ruidos de los humanos y de sus intereses, relegados en una lejanía vaporosa, soledades en las que no se ven sino los astros y la tierra y nuestro *home*, al cual hombre, mientras nos parece percibirle, sentimos deseos de pincharle sin cesar y decirle: «¿Por qué no quiere usted venir en nuestra ayuda? Tenemos muchísima necesidad, aquí abajo, de un hombre como usted. Hace frío y todo está vacío allá arriba; baje y pintará usted vida, pasiones, hechos, más *trascendentes* que todo pensamiento balbuciente.» A lo que él responde, según la fórmula de los cockneys, que no quiere, no puede y no lo desea, y yo, pues, le dejo y le digo: «Es usted un gimnosofista occidental. Sea. También en esto merece que empleemos un hombre.» Pero, a propósito, he de decirle que sus frases son muy *breves*, y que no siempre me han parecido por completo coherentes, cuando he releído las pruebas. Es puro sajón, de buena ley, fuerte y sencillo, claro y bello. Pero ocurría algunas veces que las frases no se ligaban lo conveniente a las que precedían y seguían, y el párrafo no daba la impresión de un *lingote* forjado, sino de un lindo saquito lleno de granos de plomo encerrados en tela. Reanudaré el examen deliberadamente con el libro ante mí.

He borroneado mucho sin cuidarme de la marcha del tiempo. Mi mujer le da las gracias por el libro de Margarita Fuller. Le he devuelto con el señor James un paquete de cartas de usted, cuya vista le apenará. Adiós, querido amigo.

T. CARLYLE

## EMERSON A CARLYLE

Concordia, 31 de Diciembre de 1844.

Mi querido amigo: Hace tiempo que le debo carta y acuse de recibo de muchas cosas. No tuve valor de contestarle a sus dos misivas con noticias, la primera, de la enfermedad mortal; la segunda, de la muerte de Sterling.

Nada tenía que decir, ¡ay! Como en varias circunstancias anteriores, no sabía qué pensar...

Recibí sus notas respecto a la marcha de la impresión de mi obra en Londres y, finalmente, el libro mismo. Muchísimas gracias por su amable idea de un preámbulo y por la benevolencia con que lo ha escrito. Pero no hay que repetir esto. Un prefacio de mano de usted es una especie de bandera o de oriflama demasiado espléndida para mi caso, y que extravía. Yo me represento a mis lectores como formando un grupo muy tranquilo, sencillito, hasta obscuro; hombres y mujeres con alguna cultura y ciertas aspiraciones religiosas, jóvenes o bien de espíritu místico, grupo que no pertenece en modo alguno al gran ejército literario y mundano, que nadie puede contar, que lea ahora los libros de usted. Si usted me presenta sus lectores, y los críticos tratan de leerme, buscando en mí lo que no hay, preferiría tener menos lectores, y únicamente los que me incumben.

No dudo del fundamento de su crítica respecto a lo descosido y sin ilación a veces de mi obra. Lo dice usted en términos muy atenuados. Yo formularía un juicio mucho más rudo. Falta poco para que la conciencia que tengo de los defectos de mis escritos me vede completamen-

te de escribir. No soy aquí sino una especie de teniente, en la deplorable ausencia de capitanes, y escribo mal las leyes, pensando que al fin y al cabo es un mejor homenaje que el silencio universal. Ustedes, los habitantes de Londres, no tienen idea alguna de las dignidades y los deberes de nuestras sociedades provincianas de conferencias. Pero en cuanto á lo que me dice usted hoy—y ya me ha dicho otras veces—respecto á la distancia que separa mis escritos y mi pensamiento de la vida real, aunque oiga en sustancia la misma crítica en mis compatriotas, no comprendo lo que esto quiere decir. Si pudiera alguna vez expresar la ley y el derecho ideal, me declararía satisfecho, sin medir lo que se aparta del último texto del Congreso. Y cuando me ocurra aceptar la imitación de un auditorio popular y predicar acerca de la Templanza o de la Abolición de la esclavitud, como recientemente, el 1.º de Agosto, me siento muy próximo a experimentar, antes de haber terminado, hasta qué punto es aquello, para mí, una intrusión en otra atmósfera y una pérdida correspondiente de fuerza en la mía. Puesto que no puedo verle de año en año, ¿no hay nunca un inglés, que le conozca a usted bien, que venga a América, y al que pueda usted enviarme para contestar á todas mis preguntas?

Saludos, alegría y salud para usted y los suyos.

R. W. EMERSON

## CARLYLE A EMERSON

Chelsea, 16 de Febrero de 1845.

Chapenan vende aquí los libros de usted rápidamente; actualmente está haciendo una nueva edición de 500 ejemplares. Se equivoca usted respecto a su público en este país; es un público nada desdeñable, que se recluta, a lo que creo, entre todas las clases, y que crece; un público realmente aristocrático, compuesto de nuestros espíritus más valiosos. Todas las cosas crujen aquí como en el deshielo a fines de Marzo. Instintos profundos, eternos y verdaderamente serios se manifiestan; pero, por ahora, ni una palabra seria suena en mis oídos, salvo lo que me llega a intervalos de Concordia. ¡Adelante, adelante! Y no sabe usted lo que yo entiendo cuando digo que usted no es «práctico», sino «teórico». *O cæca corda!* Pero no tengo el necesario espacio, en este momento, para un tema como éste.

La razón por la que no le digo nada de *Cromwell* es, desgraciadamente, porque no hay nada que decir. Noche y día, durante estos largos meses y estos largos años, me he encontrado muy miserable, a menudo casi desesperado. Nunca hubo asunto más sepultado bajo una acumulación tan escandalosa de estupidez humana revistiendo todas las formas. Imposible es escribir una historia para uso de esta generación lamentable, burlona, sarcástica, hipócrita, charlatana, impía. Y por añadidura estoy muy mal de salud, y mi mujer padece con el frío de este tiempo; estoy sumido en las entrañas del caos; apenas si entreveo, cada unos tres meses, algo como una posibilidad

de salir de él. He reunido y purificado de mil porquerías los limpios *Discursos y Cartas* de Crómwell; a veces pienso editarlos bajo una forma legible, pronto quizá.

Adiós, querido amigo, con los mejores votos siempre,

T. CARLYLE

Dicen que el pobre Sidney Smith está muriéndose; tiene una pleuresía; los médicos no tienen ya esperanza.

#### EMERSON A CARLYLE

Concordia, 29 de Junio de 1845.

Vago por los caminos y campos de por aquí, como todos los años. Cuando mi jardín está vergonzosamente invadido por las malas hierbas, arranco algunas. Podo mis manzanos y mis perales. Tengo algunos amigos que embellecen varias horas del año. A veces, escribo versos. Le confieso con cierta vacilación, conociendo su aversión por este género de cosas, que, insistentemente solicitado por mis lectores y los editores para publicar un volumen de poemas, he emprendido seriamente la tarea de reunir, transcribir ó escribir la materia, y que tal vez produciré esa enormidad antes de Año Nuevo. No tema usted, querido amigo; no tendrá usted que leer ni una línea de eso. Tal vez le enviaré el ejemplar de costumbre, pero apelaré a la indulgencia de Juana Carlyle y le dispensaré a usted de leerlo, con gran ventaja para ambos. Pero si se considera que todo escrito es una caricatura del asunto, ¿qué importa si la forma es un poco más o menos galana y altisonante? Mientras tanto, me propongo evocar algu-

nas figuras, como otros tantos textos adecuados para hacer pasar agradablemente las veladas de invierno. Hace unos meses he escrito bastante acerca de Napoleón, después de haber leído toda una biblioteca de documentos biográficos. Ahora tengo Platón, Montaigne, Swedenborg y otros más, en las nubes. ¿Qué noticias hay de Naseby y Wórcester?

R. W. E.

#### CARLYLE A EMERSON

Chelsea, 29 de Agosto de 1845.

Querido Emerson: Su carta, que durante tanto tiempo había esperado, se halla ahora en mi poder desde hace más de un mes, y aún no la he contestado. Tuve la intención de hacerlo en el acto; pero se pasó el tiempo, y, por último, decidí esperar hasta haber librado mis hombros de la insoportable carga («la estupidez de dos siglos», como la llamo, lo que es para un solo hombre una carga pesada) y estar en condiciones de reanudar el hábito de escribir cartas, que casi he perdido desde hace muchos meses. Por inefable bendición del cielo, he llegado a tal término; he escrito, hace cuatro días, mi última palabra sobre los *Discursos y Cartas de Crómwell*, y uno de los primeros usos que hago de mi libertad recobrada es enviarle un nuevo saludo. El libro está casi terminado, en dos gruesos volúmenes, cuya mitad, poco más o menos, pienso que es obra mía; una vez más las verdaderas expresiones de Crómwell se han hecho legibles para los hombres de espíritu serio. Legibles, verdaderamente, en un grado

imprevisto, porque el libro ha tomado entre mis manos un aspecto inesperado, y es ahora una especie de vida de Oliverio, la mejor que las circunstancias me hayan permitido escribir... Si nos hallamos, en mi tiempo, Inglaterra y yo, maduros para una mejor, es cosa que por el momento queda en los arcanos del Destino. He cosido súbitamente todo ese montón de papeles de la época puritana (el fuego respetó masas considerables), y lo he metido en el fondo de mis más profundos cajones; allí permanecerá tranquilo, si Dios quiere, por un buen rato. Ningún lenguaje puede describir un elemento como el de que salgo. Mi alma siente como una gran repugnancia, y fué una labor verdaderamente *piadosa*, de muy poco valor ahora que está realizada, pero la mejor de que yo fuese capaz, y es bastante. Experimento la mayor gratitud por los dioses que de ella me han sacado vivo. El libro es muy obscuro, pero realmente legible, he consagrado a la aclaración todos mis recursos de ingenio, y hubiera sido útil aportar diez veces más; los he aplicado a lo que decía y, sobre todo, a determinar lo que era cosa de renunciar a decir, a aniquilar groseros restos y cieno; *Ach Gott!* Pero, en fin, usted lo verá pronto y juzgará...

Mucho celebraré, amigo mío, recibir alguna nueva producción de usted, sea en verso, sea en prosa. Lo que usted dice respecto a la grande *imperfección* de todos los medios de expresión es, ciertamente, muy exacto. Por mucho que un hombre hable, cante, gesticule a gusto, el pobre muchacho no expresa sino muy ineficazmente su pensamiento; se encuentra éste indicado, como por símbolos dispersos, más bien que dicho o traducido de una manera visible. ¡Pobre muchacho! Así, su regla es tener una laudable y viril opinión, y recurrir al medio de expresión que le parezca en conciencia más a su alcance. Desearía verle a usted apoderarse de un héroe americano—uno al

que amara usted realmente,—y que nos diese usted su historia; que hiciera, de su vida y de él, una estatua artística en bronce (en buen lenguaje). Deséolo, en verdad. Pero cualquier asunto que usted trate será él bienvenido. Repito que la voz de usted me parece que sea la única que hable, en la hora actual, en este vasto mundo desierto. Peor para nosotros.

Siempre suyo,

T. CARLYLE

#### EMERSON A CARLYLE

Concordia, 15 de Septiembre de 1845.

Mi querido amigo: Estoy a punto de dar en Boston, es decir, si me atrevo, y el hábito de conferenciante nos hace incorregiblemente temerarios, algunas conferencias—Platón, o el filósofo; Swedenborg, o el místico; Montaigne, o el escéptico; Shakespeare, o el poeta; Napoleón, o el hombre de acción práctica. Tal vez, antes de que termine, mi lista será más larga, y la medida de la presunción se habrá desbordado. Pueda ser que tome nombres menos venerables que algunos de aquéllos; pero he prometido seis conferencias. Encuentro que de ordinario esta obligación es un buen espolazo para este caballo apático que tengo a carga. Cierto es que conviene no considerar sino de lejos varias de las ventajas que entraña...

R. W. E.

## EMERSON A CARLYLE

Concordia, 30 de Septiembre de 1845.

Mi querido amigo: Apenas mandé mi carta por el último barco, cuando recibí la de usted, llena de buenas noticias. Le felicito cordialmente por la terminación de su tarea, y por los nuevos días de libertad que ha obtenido y merecido. Es una ventura, primeramente, el que sea usted capaz de labor, y después el que pueda usted conquistar con ello la dulzura de la victoria y del reposo. Sí, váyase al campo, cabalgue, corra, salte, descanse, dése toda la expansión posible y celebre de todas las maneras la inmensa benevolencia del Universo con usted. Y no vuelva a quejarse nunca de dispepsia, de enojos o de la estupidez de los hombres; porque con ese poder de concentración, ¿qué se le ha negado a usted? Me felicito con todos los hombres de que se haya hecho un nuevo libro, de que la creación continúe bajo esas formas nobles, así como bajo las formas más groseras. Dentro de un mes tendré su obra y conoceré los secretos de estos últimos años silenciosos. ¡Bienvenido sea el hijo de mi amigo! ¿Por qué lamentar no verle, cuando una fuerza íntima le obliga a usted a descubrirse así más ampliamente que en la intimidad de la conversación?... No deje de enviarme lo más pronto posible mi ejemplar de ese libro y ofrecer a Juana Carlyle mis felicitaciones por lo que, estoy seguro, lleva a su espíritu una gran paz y un gran consuelo.

Y buena suerte.

R. W. EMERSON

## CARLYLE A EMERSON

Chelsea, 11 de Noviembre de 1845.

... Mi estancia en Escocia me ha sido provechosa, aunque, como siempre, llena de tristeza. Treinta años siegan una generación de hombres. Las colinas, los arroyos, las casas continúan allí; pero la población ha desaparecido casi toda. Me es imposible entablar una conversación vulgar con los supervivientes y los sucesores; me retiro al silencio y converso mejor—de una manera melancólica y abstrusa—con las cumbres rocosas y mudas. Gracias a Dios, allí sigue mi buena madre, vieja y frágil, pero todavía joven de corazón; tan joven y fuerte en este aspecto como siempre, creo. Es bello ver sobrevivir la afeción, en donde todo sucumbe a la decadencia, el altar con su fuego sagrado que continúa ardiendo, cuando se derrumban lentamente los muros exteriores, diciendo la necesidad material: «Estos me pertenecen.» He leído algunos libros insignificantes, he fumado mucho tabaco, y me he paseado, soñando tristemente entre las colinas y los valles profundos, algo como una sombra en el Hades. El Lancashire, con sus industrias británicas, sus humos, su suciedad y su brutal insensibilidad por todo lo que no es dinero y los cinco poderes mecánicos, no ha excitado en mí mucha admiración, mucha menos que nunca, pienso... Paciencia y barajar.

T. C.

## CARLYLE A EMERSON

Chelsea, 3 de Enero de 1846.

Con gran sorpresa mía, el libro *Crómuwell* es aquí popular, y pronto tendremos una segunda edición. Edición aumentada, porque se ha descubierto una cincuentena de nuevas cartas que no todas son insignificantes, y necesito tratar de hacer con ellas algo racional, a lo que me dedico de nuevo, a costa de una penosa labor.

Sigo sin una palabra de usted. Hábleme de sus conferencias, de todo.

T. C.

## CARLYLE A EMERSON

Chelsea, 3 de Febrero de 1846.

¿Qué es de usted? Dígame el resultado de sus conferencias y cómo van las cosas. Por aquí la aristocracia está sobrecogida como de una especie de horror ante la vista de esa terrible plutocracia que se alza en Lancashire, como un enorme y monstruoso Frankenstein, que tiene, a lo que parece, mucho dinero en el bolsillo, y en el estómago un humor muy belicoso. En cuanto a mí, por el momento, se me antoja casi más fea aún que la aristocracia, y no dispararé salvas cuando haya alcanzado esa pequeña victoria; recomendaré más bien un día de ayuno,

puesto que habrá sido preciso alcanzar de tal suerte semejante ventaja.

Adiós, amigo mío, es posible que nos encontremos en Oregón. ¿Qué piensa usted de esto?

T. C.

### CARLYLE A EMERSON

Chelsea, 3 de Marzo de 1846.

He sabido por el Sr. Everett que las conferencias de usted en Boston tuvieron un brillante éxito; ¿cuándo las imprime usted? Ayer noche he leído un trabajo escrito acerca de usted por una especie de representante, podríamos decir, de la «Joven Escocia», en la *Revista de Edimburgo*; en realidad, no está del todo mal. Las estupideces de los hombres van cruzándose, y a unas cuantas millas de profundidad, en el fondo de todo, se encuentra al fin una pequeña vena de buen sentido...

Nuestros periódicos y nuestras Cámaras están llenos actualmente de jerigonzas, de las que el autor de la presente y a la verdad el gran público se cuida muy poco, si no es para lamentar el enojo que les producen. Los Cornuans siguen tranquilamente el camino de todas las locuras; y entonces, nos veremos por lo menos libres de una de ellas y marcharemos en busca de nuevas.

T. C.

## CARLYLE A EMERSON

Chelsea, 18 de Abril de 1846.

... Pues bien, sí, tendrá usted mi daguerreotipo, tal como al sol le plazca pintarlo..., pero con la condición de que usted haga otro tanto. Será un momento muy curioso aquel en que mis ojos vean la efigie inanimada de usted, en vez de la faz viviente que permanece en mí, intalterable, envuelta en bellas nubes y emergiendo de tiempo en tiempo, extraordinariamente clara. ¿Se ha puesto gris su cabeza? Hay en la mía algunos cabellos blancos y «yo no lo sé». He vivido en este mundo medio siglo, cincuenta años bien contados el 4 de Diciembre último; es a mis ojos un hecho solemne.

Desde hace unas semanas he vuelto a montar a caballo, y voy galopando, a través del ruidoso torrente de discordantes vehículos, hasta que llego a los campos, a los senderos verdes, lo que es para mí un específico muy eficaz... Algunas veces voy acompañado, pero en general prefiero la soledad y un diálogo con los árboles y las nubes. ¡Ah! La palabra de los humanos, especialmente la que afecta al espíritu, me es a menudo penosa; «en la vasta tierra, digo a menudo, no hay más que un Emerson para responderme con una voz verdaderamente humana». No puedo decirle cuán despreciable me ha llegado a ser también toda «literatura». En resumidas cuentas, la salvación está en hacer lo que Oliverio: trabajar mientras que el sol esté alto todavía, trabajar como si las Eternidades dependiesen de ello, y luego dormir, sea bajo las montañas de guano de la humana estulticia, sea perfectamen-

te olvidarlo en un momento. Nada más agradable que esta última perspectiva. Me he preguntado a menudo lo que diría Shakespeare, si tuviera que asistir una noche a la reunión de una sociedad shakespiriana, y prestar oído a la vacía charla y a las otras músicas asónicas que allí se escuchan en honor de él. Adiós, amigo mío. Temo haber olvidado muchas cosas; en todo caso, he olvidado la inexorable fuga de los minutos, que para mí están contados ahora.

Siempre suyo,

T. C.

#### CARLYLE A EMERSON

Chelsea, 30 de Abril de 1846.

Si su retrato ha salido tan bien como el mío, experimentaré una alegría casi trágica. La mía vale mucho. Hice que el pintor Lawrence me acompañase, y no dejó a los operadores hasta haber realizado algo de un completo parecido... ¡Oh, amigo mío! Este mundo enorme y terrible que habitamos, esta vida que llevamos, todo esto es una fantasmagoría muy rara. ¿Se acuerda usted de Craigenputtosck y de nuestra apacible velada de allí? Sería capaz de llorar, si esto entrase en mis hábitos; mas ¿para qué?

Todo este trabajo de Crómwell espero que estará terminado a fines de Mayo. Usted no dice una palabra de sus asuntos propios. Ultimamente me dejó usted entrever la espera de un libro. ¿Qué hay de esto?

T. C.

## EMERSON A CARLYLE

Concordia, 14 de Mayo de 1846.

Le deseo buenas correrías a caballo y escapadas lo más largas posibles de las calles de Londres. También yo tengo un juguete, el mejor que haya tenido nunca: un bosquecillo. En el otoño último compré un terreno, a orillas de un lago de más de media milla de ancho, que lleva el nombre de Walden Pond, lugar al que desde hace años tienen mis pies la costumbre de llevarme una o dos veces por semana en toda estación. Cierto es que mi lote está en la margen más lejana del lago, la cual no me es tan familiar como la más próxima. Una porción del bosque es de árboles añosos, pero la mayor parte fué talada en estos últimos veinte años, y se encuentra en pleno crecimiento. En estos días de Mayo, en que los olmos, álamos, encinas, nogales y pinos están en todo su esplendor primavera, voy allí todas las tardes, practicando con mi hacha un sendero de indio entre la maleza, a lo largo de la orilla abrupta, y abriendo las más lindas perspectivas.

Mis dos hijitas conocen ya el camino, aunque está a cerca de dos millas de mi casa; saben encontrar la fuente al pie de un bosquecillo de pinos, y también, no sin algún temor, los restos de un campamento, abandonado allí por los irlandeses que construyeron la vía férrea. En el interior, a bastante distancia de la orilla, el suelo se eleva como un malecón rocoso sobre unos sesenta pies del agua. Tengo deseo de plantar allí una cabaña; quizá tenga dos pisos y se convertirá en un torreón que mire hacia Monadnoc y las otras montañas del Nuevo Hampshire. Allí,

cuando lleguen las horas propicias, espero ir con una pluma y un libro. Pensaré que en quince días podría usted venir de Londres a Walden Pond. La vida transcurre, ¿y dice usted que los cabellos grises aparecen? Hay pocos hombres que puedan llevarlos con un corazón tan alegre. Inglaterra y América saben que el pelo negro en usted no ha cubierto un cerebro vacío; y creo además que con pelo negro o blanco, no se concederá mucho tiempo de reposo. Más que nunca, nuestra existencia me hace el efecto de no estar sino en los primeros pasos. Hemos venido para ver el terreno y echar una mirada sobre los materiales y las herramientas. Los hombres dotados de alguna cualidad positiva son exploradores enviados en reconocimiento. Tendremos, sin embargo, una obra a nuestra medida y reyes por competidores. Con mi recuerdo fielmente afectuoso a su mujer, su siempre amigo de usted,

R. W. EMERSON

#### EMERSON A CARLYLE

Concordia, 31 de Mayo de 1846.

Mi querido amigo: Su retrato ha llegado en buen estado, para mi completa satisfacción. Tengo lo que he deseado. Esa cabeza, sin comparación posible, me place más que toda pintura. Confirмо mis recuerdos y hago nuevas observaciones; es la vida añadida a la vida. Demos gracias al sol. Este artista recuerda lo que cualquier otro olvidaría dar, y yo deseo conocer la escultura real de las facciones, los ángulos, el organismo especial, la implanta-

ción del pelo, la forma y el arranque de la cabeza. Por hábito, espero siempre que los ingleses no descuiden en su trabajo las cosas esenciales, y esto es lo que hace el sol, y lo que ha hecho usted en ese retrato, que me hace pensar y experimentar muchas cosas...

R. W. EMERSON

#### EMERSON A CARLYLE

Concordia, 15 de Julio de 1846.

Le he enviado, a mi pesar, el retrato prometido, por el vapor del 16 de Junio, creo. El 1.º de Agosto, Margarita Fuller marcha a Inglaterra y al Continente; no dejaré de enviar a usted una carta por mediación de aquélla, y es preciso que no deje usted de conceder una buena y franca entrevista a esa mujer llena de discreción, de sinceridad, de talento, la más interesante de las mujeres. Quisiera rogar a Juana Carlyle que atendiese benévola a una de las más nobles de su sexo. Ultimamente, un agente de una numerosa sociedad de jóvenes de Boston me ha preguntado de nuevo si el Sr. Carlyle vendría a América a dar unas conferencias en las condiciones que pudieran ellos ofrecerle. Les animé a que le hicieran una proposición y una más ventajosa que la que pensaban. Que la alegría y la paz sean con usted en el seno de su libertad nueva...

R. WALDO EMERSON

## CARLYLE A EMERSON

Chelsea, 17 de Julio de 1846.

Querido Emerson: Durante las últimas semanas he estado ocioso o absorbido por el más triste remendar de calzado viejo, es decir, tristemente ocupado en releer viejos libros míos para los Putnam y los Chapenan. Es verdaderamente penoso contemplar el retrato antiguo de uno mismo, retrato que carece ya de existencia. Por fortuna, ya he terminado. Toda esa tropa rancia—bien cepillado el ropaje (la *Revolución francesa* misma ha tenido también su expurgo)—está en camino para Nueva York en el vapor que lleva la presente. *Quod faustum sit*, o más bien importa poco, en verdad, que sea *faustum* o no; a medida que envejezco, me intereso por un número asombrosamente restringido de cosas. El hombre, todos los hombres me parecen escandalosamente *mudos*, que imitan simples ruidos, mientras que su pensamiento íntimo—el suyo y el mío, pobres diablos como somos—permanece encerrado, sepultado para siempre. Si casi todos los libros se quemasen (empezando por los míos), llego a pensar que sería un bien para nosotros. Es cierto que si se pudiera obligar a una generación de hombres a vivir sin retórica, balbucientes, se dice, en suma, con la lengua bien cortada, sus afortunados sucesores hallarían a su disposición un mundo muy mejorado. Porque nos encontramos bajo un montón de «cant», que se eleva hasta el cenit; es una cuadra de Augias, con un enorme y confuso amontonamiento de cosas venenosas, las cuales, si se pudiera callar, se reducirían gradualmente, en su mayoría, a sus justas aplicaciones, como se funde la nieve en verano, y nos devolve-

rían el libre uso de nuestros ojos. Cuando veo a laboriosos profesores de griego devanándose los sesos, en sus suntuosos Oxfords, durante mil y más años, a vueltas con el griego muerto, mientras que dejan que el inglés vivo se desarrolle en manos de Piekwicks y de San Welles, como si el tal inglés no fuese nada y el tal griego lo fuese todo; esto, y las cosas de este género que se ven por todas partes, me llena de reflexiones. ¡Dioses poderosos! ¿pero es que los hombres no van a salir de sus miserables calles de Antiguallas, y van a permanecer en ellas moribundos entre la más innoble peste, moribundos y tan vale decir muertos? De una manera general, estoy cansado de casi todo lo que es «Literatura» y, a la verdad, por añadidura, con un humor bien triste y bien abstruso, en el tiempo que corre. A guisa de remedio me preparo, en estos momentos, a sumirme en la verde campiña y el silencio profundo.

Por una especie de casualidad, me he metido profundamente, en estos últimos tiempos, en la historia americana, y busco, para ayudarme, una geografía de América. Jared Spark, Marshall, etc... no están llenos sino de árboles y animales americanos; sin embargo, aquí y allá me ocurre descubrir en ello algún rasgo verosímil de humanidad; en la genial espuma de champaña de Michelet, ¡ay!, no he podido descubrir un solo hecho que resistiese el examen; no me ha sido, pues, posible pasar de la mitad de *Francia*, y he huído hacia Jared y su hickory, en demanda de abrigo... ¿Conoce usted a Beriah Green? Veo, por ciertos periódicos de Albany, que las gentes de allí disputan, completamente en vano, respecto a saber si, en mi concepto, conviene ser «gobernado», y la voz de Beriah es la única razonable de aquéllas. Adiós, querido amigo; déme pronto noticias tuyas.

T. CARLYLE

## EMERSON A CARLYLE

Concordia, 31 de Julio de 1846.

Mi querido amigo: La nueva edición de *Crómwell* ha llegado sin novedad en el último vapor. Leo con entusiasmo, a pequeñas dosis, y no he recorrido aún la materia nueva. Pero creo que no podían dejarse de dar, ni las cartas suplementarias ni el comentario. Willey y Putnam harán cuanto puedan, y ya veremos si la Nueva Inglaterra no llega a considerar este libro como el mejor capítulo de su Pentateuco. Le envió esta carta con Margarita Fuller, cuya visita creo que le anuncié ya. De todos los viajeros que le han visitado a usted de mi parte, y a los que tan amablemente ha recibido, no recuerdo de ninguno, desde que Alcott fué a Inglaterra, a quien haya deseado tanto el trato y simpatía de usted, como a esta querida y antigua amiga... Está llena de toda suerte de nobleza, y con la generosidad de su espíritu y de su carácter me hace el efecto de una exótica en Nueva Inglaterra, de una extranjera de algún clima más cargado de electricidad y exuberante. Supongo que Goethe no ha tenido en este país más antiguo lector y admirador, y nadie aquí le conoce tan bien. Además, su amor por todo lo que tiene de bueno el genio francés, y más especialmente el genio italiano, le asegura la mayor competencia para los viajes. En suma, ella es, por diploma especialísimo, nuestro ciudadano del mundo... Pues bien; deseo que vea usted a Margarita cuando se encuentre usted particularmente de buen humor y cuando tenga usted una hora de completa comodidad. Celebraría también que pudiera usted hacer

que ella conociese a Tennyson y a Browning. Tiene sobre ambos una especie de derecho, no solamente porque gusta de sus versos, sino porque ha ensalzado a los dos, cumplidamente, ante nuestros jóvenes. Y añadiré para mi amiga Juana Carlyle, cuyo nombre, ya que no puedo verla, me complace pronunciar, que su visitante es sumamente grato, tanto en los salones como en las bibliotecas, en todas las buenas casas en que se la conoce. Se la recomiendo a usted.

Suyo afectuosamente,

R. W. EMERSON

#### CARLYLE A EMERSON

Chelsea, 18 de Diciembre de 1846.

Querido Emerson: Henos aquí á 18 del mes, y hace muchísimo tiempo, no sé cuánto tiempo, que no le he escrito, pecador de mí.

He ido al Norte este otoño, como de ordinario, y he pasado dos meses extremadamente desolado, porque todo desespera a una pobre criatura sensitiva como yo, en esa antigua región que me parece a la vez una tierra y un infierno, un lugar incalificable, ahora que casi soy allí un *aparecido*. A mi vuelta, he visto igualmente Irlanda, campos de patatas completamente negros, una población andrajosa y ruidosa... He visto a Daniel O'Connell en carne y hueso ante mí, con su gorra verde de Mullaghmart, arengando a los suyos. He conversado, en tono confidencial con la Joven Irlanda; porque la Joven Irlanda, que piensa realmente lo que dice, es digna de una breve con-

versación; siéntese allí el heroísmo y el patriotismo de una generación nueva, saliendo fresca y nueva de la Naturaleza, y ya contaminada y transformada por el O'Connellismo y la vieja atmósfera irlandesa, hecha de fanfarronada, de falsedad, de fatuidad. ¡Triste espectáculo! En suma, ningún hombre debería, por ningún motivo, decir mentiras, o acomodarse en modo alguno con la mentira; o callarse o expresar una partícula de verdad; he aquí lo que las gentes deberían saber, cosa que es el oficio de una *lengua*. Irlanda no era el lugar adecuado para aliviar mis pesares; volví de allí muy triste.

Miss Fuller llegó, como usted nos lo había anunciado; fué la bienvenida, por usted y por ella misma. Es un alma de altos vuelos, luminosa y entusiasta, en cuyo lenguaje hay mucho de lo que se espera del lenguaje. Con esto, una inteligencia agudizada y sutil, y menos de ese vago ensueño asiático que a veces he encontrado en sus escritos. Simpatizamos mucho, creo, y los Springs también nos agradaron grandemente. Pero, en suma, no pudo ocultarse, sobre todo en esa penetrante inteligencia femenina, que aquí Carlyle era en el fondo un hombre terriblemente heterodoxo, por no decir terriblemente salvaje, que no creía una palabra de ese Evangelio de Fraternidad, Benevolencia y Nuevo Edén sobre la tierra, predicado en nuestros días por todo género de criaturas «avanzadas», desde Jorge Sand hasta Elihu Burritt; que en realidad, el dicho Carlyle no solamente no creía en nada de eso, sino que veía en ello un *cant* deletéreo, una dulzura de azúcar de plomo, una detestable *fosforescencia*. Margarita escuchaba todo esto con mucho buen humor, pero no sin hacer muchas tristes reflexiones.

Dícenme que está usted reuniendo sus poemas. Pues bien, aunque yo no sea nada amigo de la rima, es imposible, sin embargo, que Emerson escriba, en prosa o en ver-

so, ningún pensamiento salido de su corazón que no lo desee recibir en el mío. Envieme, pues, el libro lo más pronto posible. Haga luego otros si se empeña en absoluto en dar rodeos por amor del sonido. Y excuse al crítico que le parece tampoco musical, diciéndose qué tal es la naturaleza de la bestia...

Adiós, querido amigo; escribame, escribame.

T. C.

#### EMERSON A CARLYLE

Concordia, 31 de Enero de 1847.

Mi querido Carlyle: En una o dos ocasiones se me ha hecho la proposición más o menos firme, por una o varias personas de Liverpool y de Mánchester, de ir a dar en esas ciudades más conferencias. Y quién sabe si iré algún día. El vapor es poderoso, y Liverpool no está lejos. El excitante de un nuevo auditorio tendría sobre mí el feliz efecto de llevarme a terminar unos trozos que esperan, con muy pocas probabilidades, desde hace meses o años. ¡Ah, si me atreviese! Tendría el gozo de añadir a mi vida unas horas de oro al verle actualmente, en pleno desarrollo y en plena notoriedad, entre sus compatriotas; oír y hablar es tan poco, y sin embargo, tan importante. Pero la vida es cosa peligrosa y delicada. Me gustaría ver esa sólida Inglaterra. Además, soy un aficionado, aunque hasta aquí muy ignorante, a la pintura, y tengo la curiosidad de ver las estatuas y los fragmentos de arquitectura del British museum. Así, pues, tenga en cuenta que, en cuanto llegue el día lejano, iré.

Mucho antes de esa época habrá usted recibido de John Chapman un ejemplar de los *Poemas de Emerson*, que tiene encargo de enviarle. Puede usted dispensarse de abrirlos. Sé todo lo que usted puede decir. Los he impreso, no porque me haga la ilusión de que son poemas, sino por la ternura o la dureza de corazón de muchos amigos que tenían decidido empeño en que se publicasen. Al empezar a imprimirlos, cedí a las solicitudes de John Chapman, de una calle de mal augurio de Londres, para que le enviase el libro en manuscrito, con el fin de estar más seguro de obtener el *copyright*...

R. W. EMERSON

#### CARLYLE A EMERSON

Chelsea, Londres, 2 de Marzo de 1847.

Querido Emerson: El vapor leva anclas mañana; quiero, aunque me halle muy deprimido, que le lleve a usted unas líneas mías. Es preciso que la valija heterogénea de ese buque lleve, entre otras cosas, una *palabra* de amistad. Su muy amable carta me esperaba aquí desde hace diez días, dos veces bienvenida tras un silencio tan largo. Pasamos en el Hampshire, con los Baring (allí adonde fuimos el año pasado), unas semanas de completa ociosidad. Nuestro invierno ha sido, y a fe que lo es todavía, de un rigor desacostumbrado; en consecuencia, la salud de mi mujer estaba gravemente quebrantada; pero dicha ociosidad, las brisas marinas de la isla de Wight, han arreglado las cosas, de suerte que no podemos quejarnos de unas vacaciones que, bajo otros conceptos también,

podrían ser tan útiles. ¡Ay! A la hora actual, mi estado normal es el permanecer completamente *ocioso*, contemplar un universo muy solitario, lleno de fúnebre dolor, lleno también de esplendor, y no saber en modo alguno, por el momento, por qué lado voy a reanudar el ataque.

He leído fielmente su libro de *Poemas*, en Bay-House (en nuestros cuarteles del Hampshire), donde los tercios, de los que usted es en prosa uno de los grandes favoritos, me *prohibieron* tontamente el leer en alta voz. Digo tontamente, porque hubiera arreglado en gran parte las cosas con mis comentarios; tuve, pues, que leer para mí solo; y puedo decir que, a pesar de mi endurecimiento, me proporcionó la lectura una real satisfacción, y percibí, de vez en cuando, el eco de las melodías eternas resonantes de lejos en mis oídos. Hay allí un hecho, una verdad en la historia de la Naturaleza, y hay que agradecer a usted las conclusiones que ha sacado. Una noble visión del Universo, por todas partes el sonido (desgraciadamente lejano, en cierto modo) de un alma humana, valiente y sincera; esto, incluso bajo la rima, es una satisfacción que merece que se tome algún trabajo en obtenerla. Pero es usted, a la verdad, muy maligno; y a través de ese elemento confuso y no diáfano, no me afecta usted como un radioso arco iris de verano, como oleadas de luz solar, sino con una irradiación tenue y sutil, que me hace el efecto de la luz de las estrellas. Así es; yo desearía que se hiciera usted *concreto*, que escribiese en prosa, por el camino más corto; pero, bajo la forma que sea, no puedo dejar de aceptar; tal es mi suerte.

La edición de Chapman, como lo sabe usted sin duda, es muy bonita. Creo que hay en Inglaterra bastantes curiosos silenciosos para comprarla y proseguir resueltamente su estudio; en cuanto a la multitud de las revistas, no se atreven precisamente a decir que es un «galimatías

de claror de luna»; y es probable que contengan sus lenguas. Mi opinión muy firme es que, en estos momentos, nos hallamos todos muy lejos del fin en lo que se llama poesía, arte, etc., y que nos ahogamos, bajo un espantoso *incubus* de tradición y de simple *cant*, funestamente amontonado sobre nosotros hasta el cenit, tal como se ve ahora a los hombres oponerse y tropezar, en casi todos los otros sectores de la vida, excepto quizá en el de los ferrocarriles; es una palabra, que la *Kunst* al estilo de Goethe y de Shiller tiene mucha afinidad con el modo de ser de Pussay y de Newman, y otros fenómenos igualmente deplorables. Le ruego que se tenga por advertido; soy más serio en este punto de lo que usted supone. Pero no, usted no hará caso; acogerá mis profecias ligeramente y continuará su camino tercamente. ¡Desdichado!...

T. CARLYLE

#### CARLYLE A EMERSON

Chelsea, 18 de Marzo de 1847.

... Realmente experimentará usted una última satisfacción en considerar las caras y dirigirse a los espíritus de personas de la verdadera aristocracia, puesto que de ellas forma parte, pecador de usted, y tal vez, a la verdad, será la mayor de las novedades que le esperen después de su travesía. Es por lo demás una cosa que no se puede ver o, por lo menos, que yo no he visto en su perfección sino en la ciudad de Londres...

T. CARLYLE

## EMERSON A CARLYLE

Concordia, 30 de Abril de 1847.

... Es de esperar, si se realiza la travesía, que el terror de esa cultura inglesa obligaría al más descosido de los yanquis a la precisión y la exactitud; y quizá no soy todavía demasiado viejo para no sentirme animado por aquello de que, en mi juventud, me hubiese enorgullecido, como de un privilegio. Si el temor de ustedes me habituara a la labor y a la concentración, será un bien, y si mi obra sale buena, nunca creeré haberla pagado demasiado cara. De otra parte, vacilo, naturalmente, en presentarme ante personas a las que durante tanto tiempo he tenido por ángeles invisibles. No hay un hombre razonable que no considere estos límites con un temor respetuoso; tal es mi caso, más que para cualquier otro individuo, por hallarme habituado, desde mi infancia, a vivir como solitario. Ya no oigo hablar de Iveland; quiero, pues, dejar el viaje a Inglaterra en estado de proyecto, y ocuparme por el momento de mis manzanas y mis peras.

He de decirle que me hallo ocupado estos días en formar cerca de mi casa una huertecita, con gran provecho, dicen todos los míos, de nuestra morada familiar. Aunque poco habilidoso en tales menesteres, y a pesar de tener que recurrir a mis vecinos, me parecen muy atractivos, en esta estación, los trabajos del jardín y de la huerta; devoran días y semanas, y un pensador laborioso debería evitarlos al igual de la pasión del juego, y huír a las ciudades y a los hoteles, de tan perniciosos encantos. Pero, por el momento, continúo en mi huerto naciente.

Duyckinck, un literato de Nueva York, que aconseja a Wiley y Putnam en sus publicaciones, me escribía últimamente que éstos tenían en la cuenta de usted 600 dólares, procedentes de la venta de *Crómwell*. Ojalá sea cierto.—Suyo,

R. W. EMERSON

### CARLYLE A EMERSON

Chelsea, 18 de Mayo de 1847.

Querido Emerson: Apenas tengo tiempo hoy, pero quiero acusarle recibo de su última carta (30 de Abril) y de otras varias cosas. Por ejemplo, le ruego que diga al Sr. Thoreau que, hace unos quince días, me han entregado aquí el *Magazine de Filadelfia* con su *Conferencia*, en dos partes, y que la he leído atentamente, como era de razón, con todo el interés, los sentimientos y la aprobación que merece. Un vigoroso Sr. Thoreau (que se ha formado, en gran parte, sobre un tal Emerson, pero que no por ello son menos abundantes su inspiración y su enjundia completamente personales) nos juzga con sentimientos de magnánima admiración. Conviene que el pobre prisionero, citado a la barra, manifieste su gratitud como a un elemento de voz confusa, alzándose del banco de los jurados, voz que no ha podido, hasta aquí, condensarse en un veredicto, el cual, probablemente, no se formulará hasta el juicio final, ni falta que le hace. En simple prosa, quiero mucho al Sr. Thoreau, y espero recibir pronto de él buenas y mejores noticias; guárdese usted solamente de dejarle que se incline a la ligereza, cosa

que me parece terriblemente fácil, en este momento, tanto en la Nueva como en la Vieja Inglaterra.

### EMERSON A CARLYLE

Concordia, 31 de Julio de 1847.

Querido Carlyle: A mis años, voy a verle. Hoy mismo he escrito, contestando a diversas cartas de los señores Iveland y Hudson, de Leeds, que tengo seriamente la intención de ir a Liverpool o Londres, hacia el 1.º de Octubre, y preparo a esta idea a mi familia asombrada, asombrada ante tal salto peligroso del amo sedentario. Mi hermano William ha venido a vernos esta semana desde Nueva York, y volverá á recoger a mi madre para el invierno; mi mujer y mis tres hijos conjuran en pro y en contra mía; pero realizaré el viaje. Le ruego que cultive su benevolencia, su indulgencia. Que su mujer las cultive, a fin de que yo, indolente, pueda encontrar a ese increíble trabajador, cuya labor ha constituido desde hace tanto tiempo mi orgullo y mi admiración, a fin de que pueda, digo, encontrarle benigno y no exigente. No quisiera que se hallase en una crisis de agotamiento. No estaré más que una hora.

En cuanto tenga arreglado el viaje, le volveré a escribir.

Afectuosamente suyo,

R. W. EMERSON

## CARLYLE A EMERSON

Rowdon, cerca de Leeds, Yorksire,  
31 de Agosto de 1847.

Apenas he cesado, desde que recibí su última carta, de recorrer la campiña, ya envuelto en un incesante torbellino de locomotoras, ya sumido en la más profunda ociosidad, olvidando y esforzándome en olvidar que existe otro mundo que el de los sueños... Mi mujer me acompaña: no hemos dejado en casa sino una criada: el aspecto de Inglaterra, con sus locas reuniones electorales; el vano dilettantismo de sus turistas; sus bosques umbríos; sus campos maduros para la siega, medio verdes, medio dorados, y las sórdidas chimeneas de sus fábricas; todo esto tan nuevo y tan antiguo, tan bello y tan feo, de todas maneras tan abstruso y tan inefable, me invita al silencio; el mundo entero, que fecunda mi alma humana inspirándole a la vez repulsión, me invita al silencio, al sueño, al ensueño, a la indiferencia; soy semejante a un hombre que, por el momento, hubiera entrado en el país de los comedores de lotos y se desinteresase absolutamente de todo. En realidad, es un hombre cansado de todo, o por lo menos un hombre terriblemente negligente y soñoliento, ávido de sueño sin tasa, el que le habla a usted en este momento; conténtese, hasta que nos llegue el despertar, con unas cuantas palabras salidas de un semisueño.

En cuanto a la visita que nos há de hacer, no hay más que una cosa que decir y repetir, a saber: que una habitación de profeta y la bienvenida de un hermano y de una hermana le esperan en Chelsea el día y hora que

llegue... Indudablemente no emprenderá usted ningún nuevo trabajo importante hasta ese viaje a Inglaterra. Venga, pues, y veremos; oiremos y hablaremos. No sé de ningún otro hombre en el mundo al que pueda hablar con la segura esperanza de obtener de él una respuesta adecuada; si le hablo, será romper mi silencio por la última vez quizá—quizá, sobre ciertos puntos, por primera vez.—Vaya. No siempre estaré tan cansado del camino, de la vida, tan adormecido y tan inerte como ahora. Hasta pienso que hay todavía otro libro común: «El éxodo de Houndsditch» (creo que así podría llamarle); un libro todavía, y, si fuera un buen libro, el reposo después, y el más profundo posible, para siempre. *Ach Gott!*

Hedge es uno de los más enérgicos hombrecillos que haya encontrado desde hace mucho tiempo. Una figura como una roca, una voz como un obús; sólo sus ojos grises, de mirada buena, tranquilizan un poco. No nos hemos encontrado más que una vez, pero esperamos (me complace en creer que es recíproco) vernos pronto a menudo. Pero ¿qué tiene que hacer este mozo con la «Tradicición semítica» y el «nido de polvo del difunto socinianismo», el jorgesandismo y la charlatanería de mil Magazines? Hasta Thor y su martillo me parecen algo más respetables. ¡Ah! Hemos caído muy bajo, mucho más profundamente de lo que ninguno de nosotros se imagina. Y nuestro culto de los «bellos sentimientos», etc..., etc..., es una forma de aliboronismo tan despreciable como cualquiera otra, tal vez la más despreciable de todas. Es realmente una cosa reprobable. No hablemos más de esto por ahora...

Y ahora, querido Emerson, adiós. ¿Nos dirá cuándo su próxima carta?...

Suyo,

T. CARLYLE

## EMERSON A CARLYLE

Concordia, 30 de Septiembre de 1847.

Embarcaré para Liverpool el 5 de Octubre. Le escribiré lo que me ocurra en la ciudad extranjera. Quién sabe si tendré allí aventuras, yo que nunca las he tenido, como acabo de escribirlo a la señora Howitt, que me preguntaba cuáles habían sido las mías.

Pues bien; si sobrevivo a Liverpool, Mánchester y Leeds, o más bien a las misiones que allí me conducen, iré a verle un buen día a su bulliciosa ciudad, a verle en el centro del mundo y caldearme un poco al sol de su corazón británico. Paréceme que abordo a una región animada en el antiguo mundo del sueño, y tal vez el sueño es más ligero y la mañana está muy próxima. ¡No os disperséis todavía, sombras amadas! Mantened bien firme vuestro panorama, hasta que se acerquen, y distinga y salude a esas preciosas formas que surgen ante mí.

Siempre suyo,

R. W. EMERSON

## CARLYLE A EMERSON

Sepa, amigo mío, que su *home*, mientras que permanezca usted en Inglaterra, está *aquí*, y que todos los otros lugares a los que puedan llamarle el trabajo o las distracciones no son más que albergues y alojamientos tempora-

les... En seis horas puede usted dejar las aguas inconstantes y encontrarse sentado aquí, en su propio cuarto. No se le importunará con conversaciones hasta que no haya descansado, y siempre le esperará la mesa cuando sienta apetito.

Venga pronto, venga en seguida.

Siempre suyo,

T. CARLYLE

#### EMERSON A CARLYLE

Casa de la señora Massey, Mánchester,  
2 Tenny Place, Tenny Str., 5 de No-  
viembre de 1847.

No he cesado hasta aquí de ser víctima de mil detalles, acompañamiento inevitable y principal inconveniente de los viajes. Los días se consumen en naderías gratas... Lo más raro de mi nueva vida es mi inquietante correspondencia: bienvenidas, invitaciones para dar conferencias, ofrecimientos de hospitalidad, sugestión de bravos swedenborgianos y otros para ayudarme a elegir los títulos más favorables para mis discursos, etc.; cartas todas a las que es preciso contestar, y que amenazan tragarse mis días como se traga una simple cereza. Entre esta bruma y esta confusión, y hasta que el sol del cielo me dé un rayo, ¿no quiere usted, amigo y alegría de tantos años, enviarme de vez en cuando una o dos líneas serenas, para decirme que continúa fumando apaciblemente su pipa al lado de su mujer y de su hermano, igualmente en buena salud y fumando ellos también, o capaces de fumar? Ahora que hasta cierto punto he calmado el asom-

bro y la consternación que experimento al ver convertirse los sueños de usted en realidad, me propongo, cuando mi nueva aproximación o perihelio, considerarle con la tranquilidad más serena y más escéptica.

Siempre afectuosamente,

R. W. EMERSON

### CARLYLE A EMERSON

Chelsea, 13 de Noviembre de 1847.

Me hallo sumido aquí en rancios manuscritos, en abstrusas meditaciones, en obscuridades antiguas y nuevas, hundiéndome, puedo decir, de capa en capa, a través del espacio vacío, no sé hasta qué profundidad. Pertenezco, desgraciadamente, en muchos puntos, al partido de la oposición, y formo una minoría de un voto. Por esto, uno de los principales deberes del momento es guardar silencio.

Siempre fielmente suyo,

T. CARLYLE

### CARLYLE A EMERSON

Chelsea, 30 de Noviembre de 1847.

Oímos bastante a menudo hablar de usted y de sus triunfos en las poblaciones del Norte. Esperamos verle en Londres sin tardar. Todo este tiempo estoy ocupado, si se

puede llamar a esto ocupado, de una manera completamente *inarticulada*. Se me antoja que aumentan mi respeto por el *Silencio*, mi desconfianza de la *Palabra*. Hay, dice Salomón, tiempo para lo uno y para lo otro; pero en nuestra pobre generación hemos olvidado uno de esos «tiempos».

Estoy estudiando el *Libro del Juicio*, de Guillermo el Conquistador, y los comentarios hechos por diferentes imbéciles.

Siempre suyo,

T. CARLYLE

#### EMERSON A CARLYLE

Mánchester, 28 de Diciembre de 1847.

Veo esta Inglaterra mucho más a fondo de lo que hubiera creído posible. Hallo que estas Conferencias son una llave que abre todas las puertas. He recibido por todas partes, en los medios más diversos, la más amable hospitalidad. Veo muchas personas inteligentes y bien informadas, y algunos grandes talentos. Tengo cada día más favorable opinión de los ingleses, que son una hermosa y muy estimable raza, y desde el punto de vista de la actividad material, completamente sin par. He hecho varios intentos para terminar mis Conferencias, pero aún he de proseguirlas un poco.

Con mi respetuoso afecto a Juana.

R. W. EMERSON

## CALYLE A EMERSON

Chelsea, 30 de Diciembre de 1847.

Ricardo Milnes me ha escrito esta mañana pidiéndome las señas de usted, que le he enviado. Se marcha apresuradamente a España para «votar por la moción judía»; se halla en este momento en la abadía de Warburn, y supongo estará en su casa, en el Yorkshire, cerca de Pontafract. Véale, si tiene usted ocasión; es un hombre fácil de abordar y de conducir a una abundante conversación; un hombre de un espíritu muy penetrante, bien templado por varias pulgadas de «grasa cristiana» de que están recubiertas sus costillas. Uno de los hombrecillos grasos más ociosos, más alegres, más dotados que existen.

Tennyson está aquí desde hace tres semanas, comiendo de fonda diariamente, con riesgo de morirse, y editando un poema. Ha venido a vernos el domingo último y el precedente; es un hijo de la Tierra y un hijo del Cielo muy interesante, que casi ha perdido su camino, a lo que temo, entre los fuegos fatuos, y podría concluir por sumergirse hasta las orejas en los pantanos que abundan. Le quiero bien; pero casi no puedo nada con él. Milnes, con el apoyo de todos, ha obtenido para aquél una pensión, y tiene pan y tabaco; pero es un mezquino equipo para semejante alma. Necesita una *tarea*, y la de hacer rimas y llamar a ésta «Arte» y «gran Arte», en un tiempo como el nuestro; no le proporcionará lo que necesita.

En cuanto a mí, he permanecido completamente ocioso, no me atrevo a decir demasiado abstrusamente *ocupado*, porque no he hecho más que *considerar* el caos, sin su-

ministrar ninguna labor. Ni siquiera he leído un libro que me plazca. Toda «literatura» se me ha hecho insuficiente más allá de toda expresión. Más vale callarse que continuar hablando en semejante estado de espíritu.

Siempre suyo,

T. CARLYLE

### EMERSON A CARLYLE

Ambleside, 26 de Febrero de 1848.

Mi querido Carlyle: Aquí estoy en casa de Miss Martineau; después de haber visto una buena parte de Inglaterra, y últimamente también una buena parte de Escocia, voy a volver mañana a Mánchester, inmediatamente después iré a Londres. Ayer he visto a Wordsworth, durante buena hora y media, lo que no pareció importarle, porque habló abundantemente y con vivacidad y—no obstante su paralizador Torysno y cuanto con él se relaciona—con bastante amplitud. Está sanísimo y, a pesar de sus setenta y siete años, dice que se resiente de su vejez.

No sé de usted en estos últimos días; pero su juventud, su genio, su influencia, todo lo de usted no cesa de obsesionarme, y hasta me ocurre a menudo sentirme impulsado a oponerme a ello con todas mis fuerzas. Pero no quiero importunarle a usted con esto por ahora. Miss Martineau, que está muy agradablemente albergada aquí, y me parece una cumplida ama de casa, envía a ustedes dos sus más amistosos recuerdos.

Siempre suyo,

R. W. EMERSON

## CARLYLE A EMERSON

Chelsea, 28 de Febrero de 1848.

Reina aquí una alegría general por la nueva República francesa, que nos ha descendido de pronto (o, mejor dicho, *subido*) de la Inmensidad, testimoniando una vez más que los equitativos dioses viven e imperan todavía. Hace muchos años que no he experimentado un sentimiento tan profundo de piadosa satisfacción con motivo de un acontecimiento público. Adiós; venga pronto y díganos cuándo.

T. CARLYLE

## CARLYLE A EMERSON

Chelsea, 6 de Diciembre de 1848.

Hemos recibido hace algún tiempo su carta, que nos ha agradado mucho, y hemos sido, como ve usted, harto tardos en contestar... Nunca he permanecido tan silencioso como durante estos meses, y con razón, por lo demás, porque cada vez se me hace más imposible expresar mis ideas sobre el mundo en general y sobre la porción que personalmente ocupo. Nuestra salud es, poco más o menos, la de siempre; cuando pensamos en los bosques de Concordia, de los que podemos hacernos ahora una idea más precisa, evocamos una imagen muy dulce y muy queri-

da. Tal vez haya sido mejor que se haya ahorrado usted toda intervención extraña, incluso la de una carta de Chelsea, mientras que no haya usted puesto un poco en orden su enorme fardo de recuerdos de Inglaterra. Nadie más que yo parece haber recibido noticias de usted; por lo menos, cuando pregunto, todo el mundo alega el silencio de usted. Lo que usted ha visto, sufrido y gastado entre nosotros le proporcionará, en cuando lo haya ordenado como conviene, un nuevo caudal para muchos años. Hay una impresión que aquí no se puede borrar: es la admiración que nos inspiran las virtudes pacíficas de usted, su cortés y noble tolerancia, sometida a menudo entre nosotros a ruda prueba. Perdóneme mis ferocidades; usted no sabe exactamente le que yo sufro en estas latitudes; si no, la indulgencia le sería quizá aún más fácil. En tan horrible confusión como la presente no existe, ni ha existido, ni existirá paz para mí mientras que la batalla no cese; lo que por lo demás es una perspectiva segura y que se acerca de día en día.

Siempre suyo afectuosamente,

T. CARLYLE

#### CARLYLE A EMERSON

Chelsea, 19 de Abril de 1849.

Es, en realidad, una pequeña contribución a la historia del mundo la modesta transacción en la que usted y yo hemos tomado parte; es para mí indudable, ahora que saboreo el pan auténtico, que toda Europa debería recurrir, cada vez más, a esos valles accidentales y a ese pro-

ducto. ¡Qué hermoso es representarse a esos enjutos y resistentes colonos yanquis, resistentes como la gutapercha, ardorosos en el fondo de sus corazones, atravesando los montes del Oeste para aportar tocino y grano a la posteridad de Adam! Los cerdos necesitan cosa de un año para comerse todas las serpientes de cascabel en unas cuantas leguas a la redonda, lo que es, por parte de los cerdos, una de las acciones más discretas. Detrás de los cerdos viene Jonathán con su irresistible arado—¡gloria a él también! ¡Oh! si no fuésemos un montón de imbéciles presa del *cant*, no hay mito de Atenea o de Heracles que iguale a ese *hecho*,—el cual supongo que algún día tendrá sus verdaderos poetas. Es de esperarlo.

¡Ay! Todavía no he escrito nada y temo que estoy aún muy lejos de escribir. No ciertamente por falta de materia, sino a causa de su extrema abundancia; paréceme que ahora, cuando el día baja rápidamente para mí, tenga que acostar por escrito al mundo entero, y que no sepa por dónde empezar, ni con qué tono dirigir la palabra a los pueblos profundamente decaídos del país tebanos. De todas maneras, en semejante estado de cosas, mi vida es y parece que debe ser una *sombra*. Sólo Dios sabe por cuánto tiempo aún ha de ser triturada en el mortero mi vana arcilla. Se está imprimiendo una tercera edición de *Crómwell*, lo que me ha valido unas cuantas semanas de enojos; pero ya está terminado, y sólo al impresor le incumbe el trabajo; es para mí un motivo de tristeza; nunca lo fué de alegría. El sopor de mis colegas en imbecilidad, desde hace siglos, pesa demasiado sobre esto, como sobre demasiadas cosas. Hay gentes que proyectan erigir una estatua a Crómwell, en Saint-Ives o en otra parte; la estatua del Rey Hudson no está aún erigida, y el Rey mismo (como tal vez lo haya oído usted decir) ha sido convicto de estafa. Aconsejo a todo el mundo que no

eleve estatua a Crómwell en este momento. La *Historia* de Macaulay ha aparecido igualmente alcanzando la cuarta edición; ¿le dije a usted la última vez que la lei con sorpresa y asombro? Finalmente, parece probable que Lord John Russel se retirará pronto (espérase que para siempre), y que Sir Roberto Peel asumirá el poder, con objeto de hacer todo lo posible para librarnos de este *pendante* método de tratar a Irlanda. Esto será, a lo que creo, si puede lograrlo en cierta medida, el *principio* de la salvación para Inglaterra e igualmente para toda Europa. Porque preciso será que todos se enteren de que los hombres tienen necesidad de un gobierno, y que un mendigo hambriento y válido es y sigue siendo (diga lo que quiera Exetar Hall) un *esclavo* al que le falta un *amo*; hechos que Inglaterra y la perturbada Europa han olvidado singularmente en estos deplorables tiempos, lo que les hará caer cada vez más bajo. ¡Ah! Nuestro porvenir no será todo *manteca*, como se predice en las plataformas electorales; pienso que para varias generaciones será más duro que el acero. Jamás una grande época fué, ni será, ni podrá ser una época de vida muelle.

Adiós, querido Emerson; mucho más tenía que decir, pero me falta espacio. ¡Oh!, perdóneme, perdóneme todas mis ofensas y quírame todo lo que pueda.

Siempre suyo,

T. CARLYLE

## CARLYLE A EMERSON'

Scotsbrig, Ecclefechan, N. B.,  
13 de Agosto de 1849.

Querido Emerson: He sido terriblemente sacudido por vehículos irlandeses, importunado, casi hasta perder la razón, por charlas irlandesas, y sobre todo, limitado a una ración extremadamente reducida de sueño; de suerte que ahora empiezo a resentirme de tales zarandeos y fatigas.

Lo que no puedo en manera alguna precisar es cuáles serán para mí los otros resultados de este viaje a Irlanda. De un lado, me parece hallarme más lejano que nunca de todo medio de expresión respecto a cualquier asunto. He visto por todas partes el fruto universal de la falsedad y la locura largo tiempo perpetuadas, todos los corazones y todas las lenguas yacentes bajo tales amontonamientos de errores, que no he podido emprender gran cosa que no fuese también *dañina*, a no ser el admirar silenciosamente la universal «bancarrotada de la Impostura», que se ve allí y se ve venir, y el pensar, con infinita tristeza, en las tribulaciones, en las luchas fútiles, en las perturbaciones y los desastres que esperan aún a esa fracción infortunada de la posteridad de Adam antes de que pueda producirse en ella ninguna mejora real. ¡Ah! Los evangelios canónicos del Dejad-hacer, del No-gobierno, del Paraíso para todos y tantos otros evangelios nefastos—puede decirse de una manera general, todos los evangelios de nuestra dichosa «Era nueva»—deberán ponerse á prueba y resultarán insuficientes. Añadid a esto una porción de estupideces escritas y verbales, de miseria infligida y sufrida, que el lenguaje es casi impotente para medir. Sin

embargo, es algo consolador el ver que la impostura ha hecho evidentemente bancarota; que nadie, por hábil que sea y ducho en toda la elocuencia parlamentaria y todas las franquezas electorales, puede ya ponerla en condiciones de hacer grandes cosas, que casi han terminado para siempre sus triunfos y su crédito. Dios es grande. Todas las mentiras, como en todo tiempo, caminan ahora, con incesante marcha, hacia el Caos, para encontrar allí su final morada. En algunas partes de Irlanda (en las Uniones insolventes de Occidente, que suman un total de unas veintisiete) la mitad, o poco menos, de la población total, recibe raciones de indigencia, aquí 1.100 libras por semana, allí 1.300 libras, acullá 800; las casas no tienen ya tejados, los campos están sin ganados, sin cultivo; los propietarios, a despecho de sus administradores, viven a veces «de las liebres de sus dominios». Jamás se había visto bajo el sol semejante estado de cosas, y se complacen en esperar que esto no puede durar mucho tiempo. «¿Qué hacer?» se pregunta cada cual, incapaz de escuchar ninguna respuesta, aun cuando se tuviese una preparada para darla. «Arramblad con esos dos millones de mendigos ociosos, he insinuado yo á veces, y vendedlos en el Brasil como negros; tal vez el Parlamento, dejándose hacer una suave violencia, os permitirá pretender que son negros efectivamente.» En verdad que las sociedades de emancipación deberían mandar aquí una ó dos diputaciones para echar una ojeada sobre estos inmortales «libres» irlandeses, el *nec plus ultra* de su clase; esto moderaría tal vez el soplo de muchas elocuencias que se dejan oír en este asunto.

T. CARLYLE

He recibido el libro de Thoreau, y tenía el firme propósito de leerlo, pero no he tenido ocasión, a pesar de ha-

berme acompañado por toda Irlanda; dígaselo, se lo ruego. Me ha parecido hasta aquí demasiado al estilo de Juan Pablo...

## CARLYLE A EMERSON

Chelsea, 19 de Julio de 1850.

Veo, amigo mío, ante usted a un hombre lleno de remordimientos. Cerca de un año hace ya que le envié de Escocia un papelito, con el anuncio de que seguramente le seguiría una larga carta, y he aquí que ni lo he hecho ni he recibido nada de usted... Dios mediante, no volverá a ocurrir... La verdad que he tenido una sobrecarga de cuidados y trabajos; salvo bajo la presión de una necesidad inmediata, no he escrito una palabra a nadie. Ayer noche he terminado el último de esos extraordinarios *Opúsculos*; voy a huir a alguna parte, a las soledades del país de Gales o de Escocia, de Escandinavia, o hacia desiertos más lejanos todavía, y mi primer signo de afectuoso recuerdo es para usted.

Por lo demás, en ningún momento le he olvidado, hay que hacer esta justicia al infortunado que soy; y, aunque vea perfectamente el ancho y profundo foso que nos separa, en nuestros modos de considerar nuestras relaciones con este mundo veo también (como probablemente le ocurrirá a usted) donde, a una profundidad de varias millas, se reúnen las capas de roca, y en donde las dos pobres almas concuerdan. ¡Pobres diablos! Y aun cuando no existiera entre nosotros algún punto común y fuera yo más intolerante de lo que soy, ¿no hubiese sido Emerson

para mí, desde hace largos años, un amigo entre los hombres? ¿Puedo nunca olvidar el hombre que es Emerson, o pensar en él de otra manera que con afecto?... Basta de esto. Escribame en cuanto tenga una hora favorable, y dígame que me queda todavía un alma fraterna viva en este mundo y que un pensamiento amigo sobrevive al otro lado de los mares.

Chapman me envió con toda puntualidad la obra de usted de las *Representative Men*, que leí como convenía. Ahora se encuentra el libro de venta en todas las estaciones, y veo también que la frase «representative men» (aplicada a la reciente trágica pérdida que hemos sufrido en Sir Robert Peel), ha sido adoptada por nuestros periodistas, y circula en sus órganos como una frase apropiada, lo que compensa en cierta medida la piratería que sufre usted por parte de nuestros corsarios de imprenta. He hallado en la obra una colección perfecta, muy finamente acabada, de grabados, de retratos llenos de semejanza, proporcionándome en abundancia conocimientos y asuntos de reflexión. Un tal libro será siempre bienvenido; quiera Dios enviarnos muchos de este género. Es Platón, a lo que me parece, aunque sea el más admirado por muchas gentes, el que menos me ha aportado; me queda poco en la memoria, excepto Sócrates con sus zuecos y sus largas orejas. *Swedenborg* es de un parecido excelente, excelente desde muchos puntos de vista; sin embargo, me he dicho al llegar a la conclusión general de usted respecto al hombre y sus luchas: «Le ha fallado, dice usted, la flor acabada, el último y divino elixir de la Filosofía; ¡por vida de!... al esforzarse por alcanzarlos, al alcanzarlos casi, ha tropezado en la locura, lo que se llama no dar en el blanco, aun apuntando de muy cerca.» Cierto es que, en general, me he encontrado un poco en desacuerdo con usted respecto a la conclusión de todos

esos *Ensayos*, lo que me ha parecido ser digno de observación, lleno a la vez de interés y de enseñanzas, dado que yo no había cesado desde el principio de testimoniar la más viva y simpática curiosidad. Pero, en fin, denos usted lo más pronto que pueda otro libro; es el modesto requerimiento que se le hace al cerrar esta carta.

No sé lo que voy a hacer ahora; por de pronto, hay que dejar que se calme el horrible concierto de ladridos que los dichos *Opúsculos* han suscitado en la perrera universal; hay que permitir a mis pobres nervios reponerse un poco. Tengo mucho más que decir, y con la bendición del cielo, trataré de decirlo, si vivo, de alguna manera...

T. CARLYLE

#### CARLYLE A EMERSON

Chelsea, 14 de Noviembre de 1850.

Acoge usted con una gran bondad mis *Latter Day Pamphlets*, y tiene usted razón en todo lo que dice de ellos, y, sin embargo, no es usted quien tiene razón, amigo mío, sino yo. Ciertamente, conviene que un hombre conozca los recursos más profundos de nuestro Universo, y esté interesada su dignidad, lo mismo que su paz íntima, en poseer su alma con toda paciencia y considerar todas las cosas con confianza, o hasta, si tal es su temperamento, sin que nada le haga pestañear. Porque es de todo punto indudable que en todas las cosas hay algo bueno; y hasta si ve usted asesinar a un Oliverio Crómwell, es cierto que podrá usted sacar de su cadáver un plantío de

nabos. ¡Ay!, supongo que habíamos olvidado demasiado todo esto, sin lo cual no hubiera sido enviado un hombre como usted para mostrárnoslo con tal acento. Recordémoslo bien, y, sin embargo, recordemos también que no es conveniente en todos los casos, ni en todo tiempo, estar «a gusto en Sión», que es a menudo oportuno, en Sión, encolerizarse con furia, y que es en verdad urgente que los viles pitones de este mundo de fango sean, según la ocasión, acribillados de flechas luminosas o atravesados por un hierro candente; desgraciado del hombre que, llevando una u otra de estas armas, no las emplea en presencia de aquéllos. En este momento mismo, por ejemplo, un miserable orgánillo italiano acaba de tocar bajo mis ventanas la *Marsellesa*; ¿fue creada victoriosamente la *Marsellesa* sobre un lecho de plumas, o bien no sirve de nada una vez creada? No concedo ningún valor a estos miserables *Opúsculos*; su única ventaja, a mis ojos, es que mi corazón se ha desembarazado de ellos (y es, se lo aseguro, una ventaja no despreciable); en nuestro público, en medio de nuestra tempestad de maldiciones, de este alud de fangos ignominiosos, me es posible ya advertir que la opinión les es también bastante favorable, y que la controversia de los 18 millones contra los 18.000 y las 18 unidades suma, por lo que puedo juzgar, un giro bastante bueno. Así, pues, paz a los valientes que han desaparecido, y dirijámonos mañana hacia campos desconocidos y nuevos pastos.

T. C.

## CARLYLE A EMERSON

Chelsea, 8 de Julio de 1851.

Querido Emerson: ¿No se acuerda usted ya de que hay un hombre que se llama Carlyle? Sé que usted se acuerda, y que se acordará de él. Pero hace terriblemente tiempo que no hemos cambiado una palabra, estado de cosas que debería cesar inmediatamente. Creo que le tocaba escribir a usted. A alguien le tocaba. Ultimamente he oído decir que se quejaba usted de la vista, y que se privaba usted de escribir. Dígame, le ruego, que no es nada. Mientras que vivamos, no puedo prescindir de alguna muestra de amistad por su parte. A pesar de sus numerosos pecados, figura usted entre los más humanos de todos los seres que conozco ahora en el mundo, los cuales, créame, constituyen un número muy restringido, y que cada vez se va restringiendo más.

Estos últimos meses, sintiéndome muy quebrantado y sin valor para emprender ninguna obra de importancia, me he ocupado en una *Vida de John Sterling*, que no valdrá gran cosa, pero que me procurará, como de costumbre, el placer de librarme de esto; era una de las cosas que hasta cierto punto me creía obligado a hacer, de suerte que me felicito de haberla terminado.

Este verano, como puede usted figurarse, ha sido entre nosotros muy ruidoso y muy poco fecunda la «*Wind-Industry of all Nations*», englobando todas las cosas en un mismo torbellino fútil. Ni los comerciantes se quejan de la carencia de comercio. Jamás, seguramente, no se ha visto reunido en una sola ciudad semejante sanedrín de

tontos sin cerebros, procedentes de todos los países del globo. Pero se irán, de esto no cabe duda alguna. Esta seguridad nos permite asistir tranquilamente a todo esto, y hasta pasear nuestras miradas con una especie de emoción avenicular sobre este universal baile de niños que se ofrece la nación inglesa en estas extraordinarias circunstancias. El silencio ante todo; el silencio sienta perfectamente.

¿Y la pobre Miss Fuller? ¿Se ha publicado su biografía? ¿O bien ha emprendido tal obra una mano autorizada? ¡Pobre Margaret! Mi pensamiento va a menudo hacia ella, y me la represento ahora durmiendo bajo las ondas del Océano. Mazzini, como usted lo sabe quizá, se halla entre nosotros este verano; viene a vernos, poco más o menos, una vez por semana, y me dice, o por lo menos dice a su mujer, todo lo que le pasa. La Revolución romana ha hecho de él un hombre—completo luego,—y creo que el mejor amigo que haya visto nunca fué ese mismo Presidente impostor de Francia, que le confortó cuando todavía era tiempo...

T. CARLYLE

#### EMERSON A CARLYLE

Concordia, 28 de Julio de 1851.

Sepa agradecerme siempre mi silencio, por largo que sea, e intérpretele en el sentido más generoso. El convencimiento que tengo de su talento y de su bondad, y lo grato que me es verlos brillar constantemente para todos, me vedan la importunidad de pedirle muy a menudo un

rayo que confirme mi certeza. Hay en este pueblo muy pocas cosas que decirle, y, por deseoso que esté de sus cartas, pienso que la mejor manera de demostrarle mis simpatías es defenderle contra nuestras imbecilidades, las mías y las de los otros hombres. De otra parte, mis ojos se encuentran débiles y prontos a la rebelión, en cuanto perciben papel blanco.

Y, sin embargo, le debo toda mi historia, si es que la tengo. He viajado algo el año último, y he descendido el Ohio hasta la desembocadura; he recorrido 18 millas en la Gruta del Mamuth, en Kentucky; he remontado el Mississipí en vapor, durante cinco días, hasta Galena... Volví por los grandes lagos del Norte y el Niágara.

Escribo, doy cada invierno algunas conferencias solamente y no produzco libros. En la primavera me he dejado arrastrar por la abominación de nuestra *Fugitive Slave Law*, a escribir y hablar un poco, sin esperanza de resultado, pero para desahogarme. Lamento no haber hecho imprimir cuando aún era tiempo. Dícenme ahora que volverá a presentarse la ocasión; tanto peor. Actualmente me esfuerzo en redactar una especie de Memorial de Margaret Fuller, o mi parte de tal obra, porque Channing y Ward contribuirán a ella. Sin belleza ni genio, tenía ella cierta riqueza y generosidad de naturaleza que dan a mi conciencia una especie de obligación de erigirle un monumento. Y esto me recuerda que debo escribir a Mazzini una nota con este propósito; y puesto que me dice usted que le ve, cuento con usted para remitírsela.

WALDO EMERSON

## EMERSON A CARLYLE

Concordia, 14 de Abril de 1852.

He gustado con el resto de la Humanidad la *Vida de Sterling*, y ahora sus Manes se hallarán en paz en esta esfera inferior. Pero veo bien que hubiera yo sido del parecer de él en todas esas conferencias en que tan tranquilamente ha triunfado usted. Dícese aquí que está usted trabajando en un Federico el Grande. Sea como fuere, le deseo salud, fuerza, afección, alegría y victoria.

R. W. EMERSON

## CARLYLE A EMERSON

Chelsea, 7 de Mayo de 1852.

Querido Emerson: La vista de su letra me ha causado un gran placer. Mis numerosas faltas con usted, todas involuntarias, si así puedo decirlo, ocupan muy a menudo mis tristes pensamientos, y se mezclan con mi otra tristeza como una especie de remordimiento. ¡Como si yo hubiera podido *impedirme* de llegar a ser, por efecto del tiempo y del Destino, el sombrío ismaelita que soy, chocando con mis ferocidades la serenidad de usted! Reconozco que ha sido usted para mí como un ángel, y que ha absorbido usted lo más felizmente del mundo todas mis nubes tempestuosas en las profundidades de su inconmen-

surable éter; y es indudable que le quiero a usted bien, que le quiero desde hace mucho tiempo y que me propongo continuar. Y, en fin, que tendrá usted que consentir en reanudar conmigo alguna manera de correspondencia; creo que pronto verá usted en esto un deber que se impone. A mí me hace mucha falta, y su carencia aumenta sensiblemente el rigor de los años presentes; por alejado que me encuentre de su visión gimnosofista del cielo y de la tierra, veo entre nosotros un acuerdo ante el que se borran todos los disentimientos concebibles; en el mundo entero, apenas si encuentro, en respuesta a mi palabra humana, otra voz que tenga auténticamente el sello humano. ¡Qué soledad está en camino de ser para nosotros esta rabiosa perrera que es el mundo! Dios nos asista. Y no experimento ningún placer en verle a punto de ser ahogado en castigo de sus innumerables crímenes: no es cosa a la que agrade verse uno mezclado, sobre todo si se considera cuántos siglos—viles y lúgubres sin excepción—promete durar esto. No obstante, *marchemos*, y de prisa, si tenemos alguna velocidad, porque el sol declina.

T. CARLYLE

#### EMERSON A CARLYLE

Concordia, Mayo de 1852.

Me colma usted de pensamientos y deseos afectuosos. Siempre he agradecido la buena estrella que nos ha hecho, en cierto modo, vecinos desde temprano en el tiempo y en el espacio. Y el rayo es doblemente cálido, merced a la

vigorosa benevolencia de usted, que no ha cesado de seguirme con mirada clara y buena.

Es una gran ventaja haber nacido en un buen lugar; no lo es menos tener una civilización, es decir, un poeta todavía vivo en el mundo. ¡Oh, sí! Y yo siento toda la solemne grandeza y todo el vital refuerzo de semejante bien. ¡Si las montañas de agua y de tierra y las montañas más escarpadas todavía de los estados de alma estériles y apáticos permitiesen el cambio de una palabra de vez en cuando! Es muy amable por parte de usted el acusarse de tantas incompatibilidades. Me place que Thor engendre cometas y rayos, así como Iduna produce manzanas o Heindal su puente hecho de arco iris, y el enojo y la sátira de usted tienen un gran fondo de razón para que podamos lavarnos de sus censuras tachándole de parcialidad y arrebató. Tampoco es culpa de usted si realiza el trabajo de un héroe, y de otra parte, no le queremos menos por ser incapaces de prestarle ayuda. Compadézcase de mí, otro hombre poderoso. Yo soy de una constitución débil, medio formada, como lo sé desde mi infancia, no poeta, sino un amigo de la poesía y de los poetas, y haciendo sencillamente el oficio de escritor, etc., en esta América vacía, antes de la llegada de los verdaderos poetas. No tome a mal mis silencios, sino agradézcamelos como un sincero homenaje a su diligente labor, que gusto de defender...

R. W. E.

## CARLYLE A EMERSON

Chelsea, 25 de Junio de 1852.

Querido Emerson: Es usted un *entusiasta* nato, a pesar de su tranquilidad, y esto continuará con intermitencias hasta el final. Admiro también su discreto y fino sarcasmo; en suma, quiero mucho, como siempre lo he hecho y me propongo continuar haciéndolo, al hombre estrechamente abotonado de gravedad dulce. Le ruego, pues, que observe y rememore siempre como un hecho que debe usted continuar escribiéndome de tiempo en tiempo, y que no renunciará usted nunca a ello, por moroso que llegue usted a ser, mientras que los dos seamos de este mundo. ¿Cree usted que no comprendo perfectamente todo lo que usted dice de su «humor apático», etc?... Experimentase rudamente la melancolía de la vejez que se acerca, no que se acerca si no llegada, en algunos de nosotros, y en general, concluye uno, de vez en cuando, por considerar las cosas más bellas desde su aspecto más feo y por apretar los labios con una especie de reto sombrío, una especie de imperial tristeza, que es casi semejante a la felicidad; con el alma tan compleja, en un abandono tan completo, se siente uno igual a los dioses mismos. También el hombre necesita semejantes estados de espíritu. Pero la Tierra está verdeante, soleada, y el Hijo de Adán tiene en ella hasta el fin su puesto y su misión y sus recompensas, como no se deja de advertirlo pronto. En suma, estoy infinitamente solitario; sin embargo, mi carga no es más pesada de lo que ha sido hasta aquí; quizá lo es menos; hasta creería que la vejez es bella y eleva en sí algo

verdaderamente divino; por lo demás, repito que no puedo separarme de usted, suceda lo que quiera; y, en una palabra, es preciso que se acostumbre usted á creerse obligado como antes a una especie de diálogo conmigo, y a hablarme por escrito, ya que no puede ser de otro modo, lo más a menudo que le sea posible. Queda bien entendido esto entre nosotros.

No *escribo* de Federico el Grande ni pienso en hacerlo. Pero, sintiéndome inclinado a la lectura, tras los furiosos *Opúsculos* (me han valido chaparrones de injurias de la familia Estúpida, tan ampliamente representada en este país, sin causarme, por lo demás, ningún daño; hasta quizá me han favorecido), y no sabiendo leer más que de manera seguida algún asunto que me interesa, me dediqué hace casi un año a lecturas concernientes a Federico, como ya lo hice dos veces en la vida. He revuelto al azar, sobre este terreno, una enorme cantidad de escombros, y continúo siempre, sin aproximarme nunca, con temor, de una manera bien decisiva a la *personalidad* de Federico. El hombre me parece brillante y lleno de nobleza; pero ¿cómo *amarle* a él o a los tristes restos entre los que vivió y trabajó? No lo veo aún claramente; ¿cómo tratar de hacer que lo vean otros? Confieso que me agradan realmente las siguientes palabras mudas de Federico: los soldados prusianos. A menudo me digo: «¿No eran éstos los verdaderos sacerdotes y los virtuosos mártires de aquella generación charlatana y podrida?» Y las cosas continúan así; cuándo y cómo, Dios sólo sabe...

Adiós, querido Emerson. He dejado por inadvertencia penetrar una imbecilidad que me ha consumido todo el tiempo. Mis mejores votos para usted y los suyos.

T. CARLYLE

## EMERSON A CARLYLE

Concordia, 19 de Abril de 1853.

Mi querido amigo: Como advierto que no escribo sino apremiado por la hora del correo—que es la calamidad de este siglo,—he pensado últimamente en hacer la travesía de Inglaterra para excusarme el haber descuidado obedecer a su requerimiento, cuya forma afectuosa me halagó hace un año. Debía escribir una vez al mes. Mi propia desobediencia es extraordinaria, y me explica todos los pecados de omisión cometidos por el mundo entero. La ligereza con la que somos capaces de dejar que caiga en desuso un sacramento como el cambio de saludos a breves intervalos, es una especie de magnanimidad, y debería ser un argumento saliente en favor de la «Inmortalidad»; así es que me asombro que no lo hayan señalado los filósofos. Pero, ¿qué le voy a decir a usted, oh mi querido sabio? Nada, sino que la vida era tolerable, absurdamente grata, siempre llena de promesas para la ociosidad crédula; pero un solo hecho en una dirección determinada, una clara solución de algún secreto entre los más unísonos, lo cambia todo. Sigo siempre embotando un poco, mucho menos que antes, y he escrito, desde hace un año o diez y ocho meses, un capítulo sobre el Destino, que espero enviarle debidamente impreso, si vivimos bastante para esto, es decir, usted, yo y el capítulo. Esté tranquilo, sobrevivirá a la lectura y será usted una prueba cierta de que la dificultad no está resuelta. Porque supongo que cuando descubramos lo que es el Destino, concluiremos nosotros, y la Esfinge, Edipo y el mundo deberán, en toda justicia, sumergirse en el mar.

Pero quería decirle que mi negligencia respecto a su requerimiento le demostrará qué monótonos son mis semanas y mis meses. No se diferencian nada en el recuerdo: una banda clara por el día, una banda negra por la noche, y aun esto, si el movimiento se acelera, se confunde en una maraña grisca... He ido últimamente a San Luis, y he vuelto a ver el Mississipi. Los recursos del Río; su incesante necesidad de naciones de hombres para cuidar y recoger las cosechas; las condiciones que impone—porque no se somete a los trabajos del ingeniero,—no carecen de interés. La Pradera ha sido creada para proporcionar la mayor cantidad posible de productos adiposos. Porque es el grano el que hace el puerco; el puerco es el objeto de exportación de toda la comarca, y advertirá usted que la aristocracia y la civilización están en proporción directa de los gruesos cuadrúpedos. Los obreros, las cualidades que se requieren para el trabajo del Río, se han hallado en abundancia. No había que pensar en cosas más elevadas. América está incompleta. Puesto para todos, puesto que no ha concluido, ó indicado que esté a punto de concluir, la producción de bardos o de héroes. Es una democracia salvaje, la mezcla de medianías y no algo como sus egoístas Italia o Inglaterra, en las que una generación se cristaliza en un genio. Nuestros raros compatriotas de distinción tienen una tendencia a desaparecer. Horacio Greenough, un escultor cuya lengua era mucho más experta en hablar que el cincel en tallar mármol, y que inspiraba grandes esperanzas, ha muerto hace dos meses, a los cuarenta y siete años. La Naturaleza no tiene más que cierta cantidad de fuerza vital, y se ve, para repartirla entre millones, en la necesidad de diluirla. «Jamás abunda la belleza.» En resúmdas cuentas, me digo que nuestras condiciones de existencia, en América, no son más fáciles o menos dispendio-

sas que en Europa. Para el pobre pensador, no hay en todas partes sino compromisos o alternativas, y, tras muchos remordimientos, el pensamiento consolador de que ha sido pecuniariamente honrado y que las cosas hubieran podido ser peores. Pero no; tengamos una fe más elevada. Lázaro debe creer que el cielo no degenera en larvas vulgares y que los héroes no sucumben.

Clough está aquí, y viene de cuando en cuando a pasar un domingo conmigo. Empieza a tener discípulos, y, si no pierde los ánimos, tendrá tantos como necesite... He escrito cientos de páginas sobre Inglaterra y América, y puede ser que se las mande impresas. Tenga ahora la bondad de escribirme una vez más, y pienso que no dejaré ya de contestarle. Mis recuerdos a Juana Carlyle.

Siempre suyo,

R. W. EMERSON

#### CARLYLE A EMERSON

Chelsea, 13 de Mayo de 1853.

Querido Emerson: La vista de su letra, tras una tan larga abstinencia, ha sido para mí una real bendición. No sabe usted todas las tristes reflexiones que me sugirió su silencio del año último. Nunca he dudado de la fidelidad de su corazón; de la generosa, profunda y amistosa estimación que hace usted de mis modestos méritos, de mis penas, dificultades y embarazos; del perdón que concede usted a mis faltas; nunca he pensado que llegara a faltarme su simpatía; pero me parecía que en esto también la vejez había entrado realmente en escena, y que, en suma,

había que resignarse a una forma nueva. ¡Ay! Muchas cosas se van, de año en año, al dominio de los inmortales, lo que es indeciblemente bello, pero también indeciblemente triste...; la *soledad* en que se vive, si se tiene alguna espiritualidad, es muy grande en nuestra época.

En fin, he recibido una vez más noticias suyas, y me promete reanudar su antigua asiduidad de escribirme. ¿Debo creerlo esta vez? Estoy realmente persuadido de que esto le hará mucho bien, y sé, he sabido siempre, lo que será para mí. El aislamiento fantástico de esta hora de la media noche, en medio del sordo concierto de ronquidos de la posteridad degradada de Adán, nos hace muy precioso, a la verdad, un hombre provisto de una voz articulada: «Serenos, ¿qué dices? Serenos, ¿qué hora es?»

Sus impresiones del enorme e indócil Mississipi, de la enorme e igualmente indócil República modelo, tienen aquí y allí algo *épico*—*ganz nach meinem Sinne*.—Veo que no se aparta usted de mí respecto a este último, enorme fenómeno, si no es superficialmente y en la manera que tiene usted de aceptarlo apaciblemente, todo lo contrario de la mía. ¡Ah! El mundo entero es y fué siempre una «república de medianías»; puede usted ver lo que es su «sufragio universal» y lo que fué, considerando el espantoso océano de fango que *existe* ahora; el mundo, tomado en su cómputo (si lo pensamos bien), es el molde exacto de la generalidad de los hombres y del más sincero «sufragio»—sufragio del corazón, de la lengua, de la mano,—que son capaces de expresar, pobres diablos como son... Platón, el año último, me impresionó mucho con sus ideas sobre la Democracia; no más que los *Saxa et faces* de los *Opúsculos del Último Día*, sublimes de radiación empírea y divinos relámpagos. Veo que todo esto tiene también su utilidad y que es inevitable; pero veo igualmente que, en el punto a que han llegado las cosas,

es desastroso, horrible y hasta digno de reprobación. Que Judas Iscariote venga a golpear familiarmente en el hombro de Jesús; que la nobleza más celeste se vea arrojada a las calles fangosas para codearse con todos los hijos más mezquinos del caos, y hallarse a cada esquina echada al arroyo y aniquilada... ¡Ay! Lo contrario de todo esto fué y será siempre objeto del enérgico esfuerzo y el anhelo más solemne de todo buen ciudadano en toda comarca del globo; y esto es lo que no puede dejar de *reaparecer* claramente (en primer lugar, según mi parecer, en la Nueva y Antigua Inglaterra), en cuanto hayamos de una vez relegado a los recuerdos viejos esa maloliente y melancólica «sensiblería a lo Tío Tom». Lo que pienso que todavía exigirá algún tiempo. Y no hablemos más de esto, por ahora.

He realizado el año último el viaje a Alemania, y he sufrido seis semanas de insomnio en lechos alemanes. Me parece, a la verdad, que todavía no estoy repuesto. Mi principal conquista, por lo que ahora veo, fué el Rhin, que remonté concienzudamente de Rotterdam a Francfort; creo que es el río más bello de la tierra y mi primera representación de un río mundial. Tiene varias brazas de profundidad; es más del doble de ancho que el Támesis aquí, en marea alta, y corre tranquilo como un espejo (si no es que, al mirarle con atención, se perciben miles de pequeños remolinos), silencioso, rápido, entre rientes márgenes, en el corazón de Europa y de la Edad Media que se liga con la moderna; me pareció no haber visto jamás semejante imagen de tranquilo *poder* (para no decir nada de las otras propiedades). Tampoco las ciudades antiguas carecen para mí de belleza, a despecho del estado de mis nervios; las gentes son bellas, honradas, benévolas, pero singularmente menos dotadas que nosotros y vosotros para la expedición de los negocios; lo que es, á la larga,

un defecto verdaderamente penoso. He visitado además dos de los campos de batalla de Federico; Lobositz, en Bohemia, y Kunersdorf, cerca de Francfort sobre el Oder; pero no he sacado de esto gran cosa, especialmente de la segunda excursión. He visto la cámara mortuoria de Schiller, el triste patio cerca del cual vivió Goethe y el cuartito de Lutero en Wartburgo. De almas humanas, no encontré una que me pareciera tener una belleza especial, ni una sola; tal es mi triste destino. He visto pocos sabios profesores, y aun fueron suficientes. Quise y quiero siempre a Tieck, al que vi en Berlín, anciano imposibilitado, en su sofá; es una excepción, pero no pude verle mucho. Mas, en general, me pareció que el Puseísmo universal era la disposición de espíritu de los pensadores alemanes, especialmente de los de Berlín—y he encontrado algunas muestras enormes de esta especie,—inconsistentes muestras de un charlatanismo de alto potencial. Sinceramente, ninguna clase de gentes me ha agradado más, a la verdad, que los soldados prusianos, con su inteligente *silencio*, con los rasgos de naturaleza espartana que he visto o creído ver en ellos. Continúo leyendo libros de pesadillas concernientes a Federico; pero en cuanto a escribir, Ach Gott ¡jamás, jamás! Clough vuelve, espero. Escriba pronto, si no está usted sometido a un encanto.

T. CARLYLE

## EMERSON A CARLYLE

Concordia, 10 de Agosto de 1853.

Mi querido Carlyle: Acabo de releer su bonísima carta, cuya fecha no me atrevo a buscar; quizá es de Mayo, y estoy profundamente impresionado por su noble y trágico acento para conmigo, no sin asombrarme una vez más de mi perversidad, ni sin temer el golpe que la bondad de usted y mi perversidad pueden estar en camino de prepararme. Mi pereza para escribir es una enfermedad que afecta a toda mi correspondencia... Creo hallar la razón de esta abstención en el temor de parecer a mis amigos fastidioso, como un libro siempre abierto por la misma página. Porque he comprobado varias veces que al interés que tengo por las ideas—y no persiguiendo tal vez sino pensamientos nuevos y nuevas gestiones del pensamiento—sobrevive al que muestran mis razonables vecinos, y choca, sin duda alguna, como una obstinación enfermiza. Pero, aunque rechazado por una reducción diaria a una soledad absurda, por una serie de decepciones en el trato con gentes intelectuales, y amenazado de un infierno especialmente reservado para mí en el Universo de Swedenborg, sigo en mi manía por los horizontes y el placer que me procura una conversación, una o dos veces cada cinco años, si no es decir demasiado; y así es como encontramos o elegimos lo que llamamos nuestro propio camino, aunque sea de piedra en piedra o de isla en isla, de una manera mezquina y ruda. Dado todo esto, puede usted figurarse lo que me alegró ver aquí a Clough, con el que establecí una especie de robusto compañeris-

mo de trabajo, y que tenía a mis ojos algunas cualidades duraderas. Si no me hubiera cogido de improviso y hubiera huído de noche, habría yo hecho todo lo posible para cerrarle el paso. Pero no volverá, estoy harto seguro de ello...

R. W. E.

### CARLYLE A EMERSON

Chelsea, 9 de Septiembre de 1853.

... Thackeray se ha cruzado pocas veces en mi camino desde su vuelta; es un mozo robusto, grueso de cuerpo y de alma, con muchos dones y cualidades (sobre todo del género de Hargarth, con algo de Sterne), provisto además de un enorme apetito, y muy indeciso y caótico en todas las cosas, salvo en la educación exterior, la cual es en él *perfecta*, con arreglo al estilo inglés moderno. Temo más bien algunas explosiones en su cantera. Es un hombre corpulento, violento, lacrimoso, hambriento, no un hombre fuerte...

T. CARLYLE

### EMERSON A CARLYLE

Concordia, 11 de Marzo de 1854.

La vista de Samuel Lawrence, anteayer, en Nueva York, y de la cabeza de usted entre los bocetos de aquél,

hizo nacer en mí una multitud de pensamientos á los que se mezclaba alguna pena, cuando no debía haber más que contento. En cuanto a Lawrence, me felicito desde todos los puntos de vista de su llegada. Me agrada encontrar un hombre de valía que goce de la estimación de usted, y me gusta que ingleses distinguidos vengan a ver a América que, de todos los países, después del suyo, es el que más merece su visita. Promete venir a mi casa, y sus principios en Nueva York han sido de los más favorables. Estimo a usted demasiado para no sentir el remordimiento de mis negligencias y lentitudes; recuerdo la máxima que los franceses han tomado de los indios nuestros—la cual, por lo demás, merecía ser tomada.—«No dejes crecer la hierba en el sendero de la amistad.» ¡Ah! Mi buen gigante, usted no comprenderá nunca el silencio y la abstención de los que no son gigantes. Con aquellos a quienes debemos afecto, que nos sea permitido permanecer mudos, mientras que no seamos fuertes, aunque nunca debiéramos ser fuertes.

Y, sin embargo, me hubiera sentido inclinado a escribir a usted, hasta sin Samuel Lawrence, porque recientemente he visto un *Opúsculo del Ultimo Día*, y he descubierto lo que le hace gustar tanto de esos artículos. Creo que ha descargado usted su conciencia; es una buena minoría de un solo voto, la que expresa, con brillante malicia, lo que será la opinión universal de la próxima generación de la Humanidad. Y era esto tan visiblemente sano, que comprendía que también los dioses habían pagado su deuda a la presente generación, puesto que no han querido permanecer sin revelarse a alguien, bien que sin esa única voz tal vez hubiera sido de parecer de considerarles libres de tal deuda... Perdono también al mundo que lea el libro de usted como si no leyera, cuando le veo a usted tan constante en sus pensamientos. Necesitában-

se valor y condiciones para escribir así a lo Rabelais en 1850. Y para ser el único en hacerlo. Y a usted le incumbe poner su diapasón a gusto, y a nosotros permitir, sin críticas, que los navegantes de las regiones árticas y los buzos de alta mar se pongan trajes raros y tomen el alimento—trigo o ballena—que les convenga.

He continuado mi lectura de esos folletos, un poco al azar, sin agotarlos. No he cesado de pensar en ese gran corazón ardiente del que emanan y al que a veces, como los demás, censuro el ser inclinado a la sátira y no ser bastante tierno con este pobre mundo—sí, yo también,—aunque sepa que lo es conmigo. Después oí decir que los periódicos habían anunciado la muerte de la madre de usted (que supe por casualidad a orillas del Río Rocoso, Illinois), y que usted y su hermano John habían ido a verla a Escocia. Recordé lo que me había dicho usted en varias ocasiones, y lo que temía el acontecimiento que se ha producido. Puedo muy bien representarme su dolor. El mejor hijo, no es bastante hijo. Yo he visto morir en mi casa, en Noviembre, a mi madre, que había vivido conmigo desde mi nacimiento, y conservado, hasta el fin, su corazón y su espíritu claros e independientes. Muy necesario es que tengamos madres los que leemos y escribimos, para que no nos convirtamos en papel. Yo comprobé que su avanzada edad no era suficiente para hacerme soportar su muerte sin dolor. En mis recientes viajes, al pensar en mi hogar, se me desgarraba el corazón.

Aparte los colonos, no he visto un solo hombre. He sabido realmente que «no hay en la pradera pájaros cantores». Toda la vida de la tierra y del agua no ha destilado pensamiento. De ser más joven, y mejor no hubiera sin duda descansado hasta haber descifrado y formulado en su lugar su pensamiento... John Bull, en el país de usted, se interesa y constituye todo su asunto. Venga a ver.

aquí la Jonalhanización de John... Y yo mismo despertaré de mi sueño. Mi mujer me pide insistentemente que invite a usted de su parte.

R. W. EMERSON

CARLYLE A EMERSON

Chelsea, 8 de Abril de 1854.

Querido Emerson: Fué una mañana muy diferente de todas las otras, una mañana para señalar con piedra blanca aquella en que me llegó su carta, hace cosa de una semana; ¡una palabra más de usted después de tan largo silencio! En suma, veo que no renunciará usted por completo a contestarme, sino que hará de vez en cuando en mi favor el esfuerzo de escribir una frase de humana fraternidad, mientras que permanezcamos en este planeta. Y el Cielo, lo declaro, le recompensará; en cuanto a mí, le agradezco cuanto me otorgue y aceptaré sumiso las dilaciones y todo lo demás; en semejante materia, todo es bueno, comparado con la *privación* absoluta. Lo que le he dicho a menudo es y seguirá siendo verdad, a saber: que no existe propiamente, en este mundo, fuera de la de usted, ninguna voz que me parezca completamente humana, que comprenda perfectamente lo que yo digo y que me contesta con simpatía e inteligencia. La soledad, el silencio de mi pobre alma, en el centro de este rugiente torbellino que se llama el Universo, son siempre grandes, y a veces raros, casi espantosos. También tengo yo, cerca de mí, dos millones de bípedos implumes, y que hablan; y no es a menudo difícil decir quiénes me son más indecible-

mente inútiles, si los llamados «cuerdos» o los que hacen profesión de locura. «¡Silencio, silencio!—me digo francamente.—Cállate, pobre loco, y prepárate para ese silencio divino que ya no está lejos.» En fin, escríbame cuando pueda, y no se canse de hacer el bien.

Desde mi última carta he tenido tristes cosas que hacer y ver; la pérdida de mi querida y buena anciana mamá, a la que no podía conservar eternamente, me ha afectado más de lo que podía esperarse, dada su edad y la mía, como una especie de bancarrota final. ¡Oh! Esos dos últimos días, ese último domingo de Navidad... Ella fué para mí una madre verdadera, piadosa, animosa y sublime; y ahora todo ha concluído, y el pasado se ha hecho triste, pálido y sagrado; y jamás el poder universalmente devorador de la muerte, de lo que llamamos muerte, me ha parecido tan extraño, tan cruel y tan inefable. No, no completamente cruel, diré; profundo, *inefable*, es la palabra justa. También usted ha perdido a su buena madre, cuyo espíritu, como el de la mía, permaneció claro hasta el fin. ¡Ah! Tal es la ley más antigua de la Naturaleza, la cual viene a cada uno de nosotros con originalidad, como si esto no hubiera ocurrido nunca antes. Adelante, sin embargo, y en la medida que podamos resistirlo, no más lamentaciones. «El Paraíso está en la sombra de nuestras espadas, decía el Emir; adelante.»

No hago progresos en mi historia de Prusia; ahondo y registro penosamente la más innumerable masa de escombros sin vida, que ni siquiera son ingleses, sino alemanes e inhumanos, y apenas si, de diez toneladas de tonterías sabias que se ciernen, se puede extraer un claro mohoso. Porque me he remontado hasta Piteas, que fué la primera de todas las criaturas articuladas que vió las regiones teutonas; e interrogado a toda especie de sombras germánicas difuntas, que no responden sino con balbu-

ceos. En suma, el mismo Federico no me parece suficientemente divino, sino muy lejos de esto, y me hago viejo, y mi corazón está cansado; y en fin, por lo general, me parece que no debo ya escribir ni una palabra sobre este asunto, y heme aquí vuelto, una vez más, al elemento de lo *imposible*. Perfectamente. ¿Podía evitarlo? Pude por lo menos guardar un honrado silencio y «llevar con dignidad mi indignencia», como decía usted un día. La inseparable dificultad de Federico es que su personalidad, el auténtico pequeño rayo de verdad y de eternidad que había en él, yacen aprisionados en ese siglo XVIII pútrido, en un Océano de vacío sórdido, de mentiras y de hipocresías escandalosas como nunca hasta entonces hubo en el mundo; es que en todo lo que puedo descubrir hasta aquí en materia de escritos y documentos que la conciernen, no ceso, haga lo que haga, de encontrarla *yaciente allí* de la manera más trágica, y sería preciso que no lo estuviese, si se quiere que alguna vez sea útil para algo, o que por lo menos sea útil consagrarle una obra. Compadézcame, compadézcame; no se hacia qué lado dirigirme, y mi tierra y mis cielos se llenan de caos, hasta un punto que rara vez se ha visto en la Literatura inglesa o extranjera; añádase que esta entidad sagrada, la Literatura misma, se hace cada vez menos venerable a mis ojos. ¡Cielos clementes! Tengo a menudo la impresión de que no hay mayores futilidades que las futilidades literarias. Pero no propague usted esta opinión; que sea un triste secreto de familia.

Sonríó, con una especie de alegría austera, ante sus especulaciones americanas, sus vivos y ligeros bocetos de las cosas de su país, y reconozco bien, bajo la ligera caricatura, las grandes líneas de un cuadro muy exacto que a menudo, en estos últimos años, me ha llenado de tristeza y de enfado. Sí, creo que la «Batalla de la Liber-

tad y de la Esclavitud» se halla lejos de estar terminada, y que la suerte de la pobre «Libertad», en esta contienda, es verdaderamente muy dudosa. ¡Ah! No hay, como lo he escrito en alguna parte, sino una *Esclavitud*; y ésta se encuentra en camino de subir hasta una altura tal, que aún podría atraerse golpes. Paciencia, mientras tanto; es todo lo que nos es dado... Dígame, sin embargo, lo que ha sido de su libro en Inglaterra. Le agradeceríamos realmente publicarlo. Nuestros periódicos, hace algunos años, dieron de él un fragmento que era verdaderamente único, por sus intuiciones benévolas y divertidas, por su humorismo y otras cualidades. Se hubiera dicho un aguafuerte de Hollar o de Durero entre los continentes de chafarrinones que se llaman ahora «cuadros». Vaya, ánimo, ánimo.

T. CARLYLE

#### EMERSON A CARLYLE

Concordia, 17 de Abril de 1855.

Mi querido amigo: Ward me decía ayer que el astro de Carlyle subía de día en día. Carlyle había dicho, en efecto, hace años, cuando todos los hombres le tenían por loco, lo que el resto de los mortales, incluso el *Times*, han concluido por verlo por sus propios ojos, y en consecuencia, por creerlo. Y hubiera querido que hubiese usted escuchado un día, en Filadelfia, al joven y sabio Felipe Randolph defenderle contra mis objeciones. Pero cuando me llegan tales testimonios, me digo que el amigo de miras elevadas, austeramente exigente, al que elegí y me

eligió hace más de veinte años, me encuentra inerte y sin voz, cuando todo el mundo le elige y le quiere. Y, sin embargo, no he cambiado. Tengo el mismo orgullo de su talento, la misma simpatía por el genio que le gobierna; el antiguo afecto con las antiguas restricciones, aunque ni el afecto ni las restricciones encuentren fórmula. Y veo bien el fragmento de providencia que representa, lo indispensable que es en nuestra época, a la que siempre hace falta un solo soprano para contrarrestar los mugidos de la orquesta. Él solo canta el tema; la orquesta muge y se opone, pero él sigue. ¿Y no le he puesto yo, con entera gratitud por el eterno creador, en mi capítulo sobre las «tendencias espirituales inglesas», aunque el capítulo yazca todavía en el fondo de una maleta, en espera de nacer?

Es bello y bueno excusarnos y prometer. Haremos lo que antes, y la ciencia es fatalista. Me parece que yo no hago más que seguir, dentro de mis particulares procedimientos, los destinos de mi país. Un americano es un explorador y un hombre de trabajo, que lee, como todos los labradores y campesinos, su periódico el sábado por la noche. Admiramos la grandeza, y educamos a nuestros hijos para ella, pero nosotros no hacemos más que esbozar lo que ellos harán tal vez. No hay ocasión sino para los fuertes; los ágiles no la tienen. Debería decirle lo que hago, o debería estar en condiciones de decirle lo que he hecho. ¿Pero qué? Hasta he dejado que mi musa indigente se extravíe en asuntos falaces, y pierdo el tiempo que debo a mis vanos estudios; Inglaterra se me aparece como el volcán rugiente del Destino, que amenaza quemar o sofocar a los pobres Plinios literarios que se acercan demasiado, en busca solamente de noticias.

Hasta se me ha ocurrido que me perjudicó usted con el regalo, que agradezco, de Antony Wood, que he devo-

rado, a él y sus iguales, con un placer de lotófago. Pero esto se llama medir por apariencias, medir por horas y por días; la verdadera medida es completamente distinta, porque la vida no toma su tinte y su carácter de los días, sino de las auroras. Los intervalos lúcidos son, como los momentos de los hombres que se ahogan, equivalentes a los años que los precedieron.

¡Ah! Amigo mío, usted tiene que hablarme de cosas mejores que estos ensueños de la indolencia. ¿Qué es de Federico el Grande?

R. W. EMERSON

#### CARLYLE A EMERSON

Chelsea, 13 de Mayo de 1855.

La guerra turca, emprendida por la presión de la canalla, me ha parecido, desde el principio, una empresa digna de Bedlam, y este método de proseguirla, sin general, o con un cinturón y un tricornio que ocupan el lugar de aquél, pertenece al mismo género. *Ach Gott!* ¿No es una bella cosa ver la anarquía y la elocuencia parlamentaria, en vez del trabajo continuado en todo lugar durante medio siglo? Nos hemos aliado a Luis Napoleón (un caballero que hasta aquí no ha dado pruebas sino de ser un saltimbanqui, y que debe darlas de héroe, so pena de marcharse al diablo), y bajo las órdenes del mariscal Saint-Arnaud (que fué en otro tiempo maestro de baile en esta ciudad y no ha dejado de ser un *ladrón* en todas), un jefe del género canallesco, que se parece a un *general* como Alejandro Dumas a Dante Alighieri—verdadera-

mente nos hemos embarcado de una manera curiosa.— Pero hay algo imponente casi en la paciencia, la perseverancia obstinada y obtusa de este pueblo inglés, y no dudo de que aquéllos saldrán, de una manera o de otra, beneficiados...

T. CARLYLE

### EMERSON A CARLYLE

Concordia, 6 de Mayo de 1856.

Me he dicho: Si se produjera aquí algo realmente bueno—algún rasgo de virtud o de buen sentido en nuestra política, o de sentido superior en un libro,—se lo enviaría sin tardanza al hombre formidable... El año pasado apareció en Nueva York un monstruo heteróclico que, no obstante, tenía unos ojos terribles y la fuerza de un búfalo, y el carácter innegablemente americano; tuve deseos de mandárselo; pero el libro fué tan mal recibido por algunas personas a las que se lo mostré, y las buenas costumbres holgaban de tal modo en él, que no lo hice. Sin embargo, vuelvo a empezar a creer que debo hacerlo. Se llama *Leaves of Grass*, y fué escrito e impreso por un cajista de Brooklyn (Nueva York), llamado Walt Whitman. Si, después de leído, lo juzga usted, como es posible, el inventario de un almacén por un agente de embargos, puede usted encender con él la pipa...

Encontré a Thackeray durante el invierno, y me prometió venir aquí en Abril o en Mayo...

R. W. EMERSON

## CARLYLE A EMERSON

Chelsea, 20 de Julio de 1856.

... Browning viene esta noche para despedirse. ¿Conoce usted a Browning? Es abstruso, pero merece ser conocido. ¿Y qué es del *Discurso sobre Inglaterra* por un cierto hombre? ¡Oh! Siempre estamos oyendo decir que se ha publicado, y le retienen obstinadamente...

Adiós, amigo mío.

T. CARLYLE

## CARLYLE A EMERSON

The Gill, Cummestress, Annan, 29 de Agosto de 1856.

Querido Emerson: Me entero con mucha satisfacción de que esa obra sobre Inglaterra, que nuestros deseos han visto durante tanto tiempo brillar en el horizonte, y que nos la retenían siempre, va por fin á mostrarse... no hay un libro que pueda en estos momentos convenirme más. Habla usted como si se hubiera dicho algo horrible de mi persona sagrada; valor, amigo; sería maravilloso que dijera usted algo que me fuere dañoso; que el primer sabor sea dulce o amargo, puede usted contar con que lo tomaré agradecido, y hasta con gusto, lo que es quizá más inverosímil...

Me encuentre aquí, en el país natal—cabalgando, to-

mando baños de mar, viviendo de alimentos campesinos, no pronunciando una palabra,—y ahora termino la quinta semana; siempre hay en el programa una excursión a los Highlands, imprescindible; después nos volveremos para volver al *trabajo fuerte y rudo*. Dios le asista siempre, querido amigo.

T. CARLYLE

### CARLYLE A EMERSON

Chelsea, 2 de Diciembre de 1856.

... Su libro ha llegado por el correo a los Highlands, y me procuró un día como pocas veces se me conceden. Desde hace más de siete años no he puesto mano sobre una obra semejante. Es la obra de un *hombre real*, con ojos en la cara, nobleza, cordura, humorismo y muchas otras cosas en el corazón... Franklin hubiera podido escribir eso (a su manera); pero nadie después de él. Aquí le gustamos mucho. La forma es excelente y la materia harto *verdadera* de un extremo a otro. No he percibido mucho la idea respecto a la *literatura*, aunque comprenda detalles.

Guárdeme siempre, amigo mío, un rincón en su recuerdo; me hallo muy aislado estos años, sumido hasta el centro de la Tierra, amenazado, en mis viejos días, de ser estrangulado por los pitones y los dioses de barro; pero saldré a flote y no lo haré más. No es posible estar más «apremiado» de lo que estoy, y esto sin tregua.

## EMERSON A CARLYLE

Concordia, 17 de Mayo de 1856.

... Pero no quiere venir el libro que tanto deseo leer, las conclusiones seleccionadas, la quinta esencia de la convicción íntima, un *liber veritatis*, algunas sentencias, indicaciones de la moral definitiva que usted ha extraído de tantas investigaciones penetrantes entre los hombres del pasado y del presente. La ley de todo escrito es ser esotérico, redactado en vista de un «ideal» humano, en vez del *real*. Y se lo digo a usted, por ser el más sincero y más valiente de los escritores. Todo escritor es un patinador, obligado a ir mitad adonde quiere, mitad adonde le llevan los patines, o un navegante que no puede tomar tierra sino allí donde puede tender con seguridad la vela al viento. Las declinaciones que hay que conceder a la brújula no son, ni mucho menos, tan grandes como las que se deben admitir en cada libro. Y la amistad de hombres que envejecen y que han abandonado muchas ilusiones, sobreviviente a sus ambiciones, a sus temores, a su pasión por la armonía y las eufonías superficiales, a su bagaje literario, pero que no han perdido nada de su curiosidad y del terror que les inspiran los problemas del hombre y del Destino y de la Causa de las causas, una amistad entre viejos cuya suerte fué tal, me parece más bella y provechosa que cuanto he leído del amor. Semejante ensueño halaga mi impotencia, para la conservación, porque está permitido jugar a los menosílabos, a los que no podemos arriesgarnos al estilo panorámico, brillante y pintoresco.

De suerte, que si alguna vez me entero de que haya manifestado usted el primer síntoma de la vejez, que su espalda se ha inclinado una vigésima de pulgada sobre la vertical, me apresuraré a creer que economiza usted sus salidas pródigas y llama a sus tropas a la ciudadela; y puede que me vaya en el primer vapor a sorprenderle en la velada y oír los monosílabos últimos.

R. W. EMERSON

### CARLYLE A EMERSON

Chelsea, 2 de Junio de 1858.

Heme aquí emergiendo al fin, no aniquilado, pero poco menos. No trate de mirar y de leer. En realidad es un mal libro, pobre, débil, disforme, casi sin valor (por culpa de las generaciones pasadas y por la mía), y mi única excusa es no haber podido hacerlo mejor, a causa de haberse confabulado de tal suerte el mundo entero. Vaya, vaya. Muy cierto es lo que usted dice del patinador y también del que viaja en carruaje, dependiente de sus vehículos, de sus *etcétera*. En suma, he llegado a encontrar el papel de autor completamente despreciable, y me he visto confirmar en la idea de que nadie debería escribir, a menos de que un inevitable destino le obligue a ello, en el cual caso (si no se trata de un charlatán) debería rogar que le pegasen un tiro. Una o dos veces he encontrado en tal o cual publicación americana algunas palabras de usted — expresiones que me parecen sumamente dignas de atención, — lo único, en un sentido, que me hiciere por completo el efecto de un lenguaje, entre nuestros seme-

jantes, a la hora actual; durante los años que nos restan, supongo que tenemos que continuar «gruñendo» de vez en cuando alguna manifestación de este género; ¿qué podemos hacer en esta fase tardía? Pero en la verdadera «República modelo», con dos buenos mozos de este temple, hubiera sido muy diferente... Aunque quebrantado y extraordinariamente abatido, no creo que haya todavía huesos rotos—la vejez, sin embargo, ha llegado, y puede usted encargarse un camarote en el vapor cuando le plazca.

T. CARLYLE

P. S.—Si lee usted periódicos (de lo que yo me abstengo cuidadosamente), verá usted sus comadrerías sobre la separación del matrimonio Dickens, etc., etc. Creo que el hecho de la separación es cierto, pero todo lo demás es embuste y absurdo. No es posible especificar delito ni falta por ninguna de las partes; eran desgraciados en la vida común desde hacía muchos años, y la han puesto fin. Sulzer decía: «Los hombres son buenos por naturaleza.»

EMERSON A CARLYLE

Concordia, 1.º de Mayo de 1859.

Su libro ha llegado con su irresistible dedicatoria que me ha conmovido y casi hecho llorar. El libro también está soberanamente escrito. Pienso que es usted el verdadero inventor del estereóscopo, por haber revelado ese arte en el estilo, mucho antes de que hubiéramos oído hablar de él en el dibujo. También su carta ha llegado. To-

dos mis hijos conocen esa letra desde lejos y me la traen corriendo.

Usted se felicita de ignorar la ilusión de los hijos y, en el fondo, conviene compadecerle a usted por carecer de un brillante juguete. Soy víctima todos los días de ciertas gracias y no puedo nunca encontrar mi equilibrio. Los niños, descuidados, se abrazan pronto a la vida estrechamente, y por el amor de ellos los papás de edad se aferran al mundo como jamás lo hicieron por sí mismos. Por simpatía *afectamos* estimar los objetos de la ambición y de la esperanza de nuestros hijos. Mis dos hijas, alumnas o *ex-alumnas* de Agassiz, son unas adolescentes decididas, buenas, sanas, de espíritu abierto, que aman la vida. Mi hijo comparte su tiempo entre Cicerón y el cricket—conoce su bote, los pájaros y Walter Scott, verso y prosa, de cabo a rabo.—Complacianos el otro día, Samward y yo, en mirar una reunión verdaderamente buena de jóvenes, en comprobar en ellos un decisivo progreso sobre sus descendientes...

R. W. E.

#### EMERSON A CARLYLE

Concordia, 16 de Abril de 1860.

Siga queriendo a sus viejos amigos. No importa que le escriban o no. Si no lo hacen le ahorran tiempo. Háblése antaño de que, en cuanto hubiera usted dado Federico a los dioses y a los hombres, vendría a América. Recibirá usted una ovación, y de una sinceridad como nadie recibiera.

Siempre afectuosamente suyo,

R. W. EMERSON

## CARLYLE A EMERSON

Chelsea, 30 de Abril de 1860.

Déjeme decirle que las frases que me dirigió usted por los dos primeros volúmenes de la vida de Federico, las tengo presentes en medio de las aterradoras tinieblas de los dos últimos, y son, en verdad, casi mi único consuelo. He leído algunas críticas de mi libro miserable y he rechazado en bloque la lectura de otras ciento; unas eran de elogio, otras de censura; pero ninguna miraba al objeto bien de frente, a los ojos, ni una respondía de una manera verdaderamente humana a su humano esfuerzo y no hacía de él, como usted hace, una justa estimación, completamente justa, con una generosa exageración...; semejante voz «tiene en sí algo extraordinariamente refrescante», como acostumbra a decir mi amigo Oliverio.

T. CARLYLE

## CARLYLE A EMERSON

Chelsea, 29 de Enero de 1861.

He de emplear los cinco minutos que hoy tengo en acusarle recibo—como lo debo por todas las leyes terrestres y celestes—del último libro que me ha llegado de usted.

Lo leí hace ya tiempo, en su mayor parte, en pruebas; lo he releído en su bonita impresión definitiva, y,

puedo decirlo, si usted no lo ha adivinado ya, con una satisfacción, que no me procuran las obras de ningún otro mortal viviente. He predicho al editor inglés una venta considerable, estimando que es el mejor de todos los libros de usted... En verdad, excepto de parte de mi hermano John, no he oído crítica que fuese bien racional; algunas me hubiesen parecido increíblemente absurdas, si la crítica no se hubiese convertido entre nosotros en una especie de ladrar de perros; pero creo siempre que hay en Inglaterra, en estado de mutismo, un gran número de almas pensantes que saben reconocer a un Pensador y Profeta de un tipo humano imperecedero y saludarle como el más raro de los milagros. Existe indudablemente un alma humana de este género, y certifico por la presente, con acta notarial si usted quiere, que tal es expresamente mi opinión en la materia. Con la edad, se ha hecho usted más mordiente, penetra usted más; nunca en usted había encontrado los relámpagos de pensamiento que hay aquí. Y el final de todo el libro, ese capítulo de las «Ilusiones» que caen sobre nosotros como copos de nieve, mientras que los «dioses permanecen sólidamente sentados en sus tronos», es de un *Fiat lux* que llega hasta las profundidades de una filosofía que hasta aquí el vulgo, que apenas tres hombres vivientes han entrevisto en sueños. Bien trabajado, digo; y con esto dejo el asunto.

No hubiera acabado mi tarea en un año o poco menos, y parece que me debilito de mes en mes. ¡Animo! Si llego a término, recibirá usted noticias mías.

T. CARLYLE

## EMERSON A CARLYLE

Concordia, 16 de Abril de 1861.

Mi querido Carlyle: Tengo que agradecerle la misiva cordial que me aportó la alegría hace varias semanas. Noble misiva, grata por todos conceptos, salvo en las poco animosas noticias que me da de usted y de sus trabajos. Pero tengo la experiencia de sus labores y he aprendido desde hace mucho tiempo a no tomar sus quejas al pie de la letra. Hay en América, como estoy seguro de que la hay en Inglaterra, la opinión bien sólida de que una Providencia benéfica no ha de querer interrumpir una obra como la historia de *Federico*. Y que todas las influencias favorables y tiernas, que están alrededor de usted y sobre usted, preserven de todo mal al mejor cerebro de Inglaterra.

Afectuosamente,

R. W. EMERSON

## EMERSON A CARLYLE

Concordia, 8 de Diciembre de 1862.

Mi querido amigo: Recibí hace tiempo el tercer tomo de *Federico* con su dedicatoria autógrafa, y lo leí con alegría. Ni una palabra mía ha ido hacia el autor querido,

porque ni escribo ni pienso. Esperaré quizá días más felices, como nuestro Presidente Lincoln, que no quiere emancipar a los esclavos antes de haber registrado una victoria o una apariencia de victoria. Pero ha esperado vanamente su triunfo, y por mi parte no me atrevo en mis días difíciles a esperar días luminosos. La obra me ha complacido singularmente y la he hallado adecuada a la imperial capacidad del autor... Es un libro soberanamente escrito por encima de toda literatura, que dicta a todos los mortales lo que deben recibir como ordenado por el Destino y esencial para su salud. Es la declaración de los derechos y deberes de la Humanidad, la proclamación real del Intelecto ascendido al trono, anunciando que en adelante, y de una vez por todas, el mundo ha de ser gobernado por el buen sentido y la ley moral, o bien marchará a su ruina.

Pero ¡qué decir del estilo! El autor está allí un domingo, lanzando sus marionetas trotinantes, halagándolas y burlándose de ellas, complaciéndose en verlas representar bien, dándoles golpecitos en el hombro y regañando a los muñecos que se conducen mal, comunicando siempre su sentimiento con medida, haciendo entrever lo futuro cuando juzga que esto puede ser útil, recordando de vez en cuando antecedentes que ilustran la vida del actor, dando al lector la impresión de que está en posesión de la historia entera vista desde un punto central, puesto que su investigación no ha desdeñado nada y hasta abarca el minúsculo proyecto de Prusia con una ojeada más elevada y cósmica. Me gusta más todavía el sentido sólido y la independencia absoluta del tono, capaz de llenar de espanto a los reyes. Y como el lector participa en la medida de su inteligencia de la alta visión de este genio, y participa de ello con embelesamiento, recomendando a todos los soberanos ingleses, franceses, austriacos

cos y otros que doblen sus guardias y vigilen de cerca la censura de la Prensa. Como en todos los libros de usted, aparece aquí un hombre que merece bien de la Humanidad por haber restaurado la profesión de autor en su más alto grado de utilidad y de dignidad. Hallo también que usted es muy voluntarioso, y que ha convenido usted con sus ojos en que no deberán ver nada que usted no desee que vean. Pero he leído en alguna parte con un sincero placer que su libro está casi terminado en manuscrito; desearía que tomara usted algún descanso y gozase de su fama, si no fuese esto contrario a la ley del Olimpo. Me duelen mis articulaciones sólo al pensar en la ruda labor de usted. Ahora que ha conquistado usted tan enorme reino, ¿no puede silbar y charlar un poco, miembro de mérito de la Universidad eterna, y contar en cartas sus nuevas a un viejo amigo de América? ¡Ah! Reconozco que no tengo ningún derecho que alegar para esto, yo que no escribo nunca.

No leemos aquí ningún libro. La guerra es nuestro sólo y lúgubre instructor. Todos nuestros jóvenes toman parte en ella, para hallarse hasta aquí mal empleados y sacrificados por jefes incapaces. Hay una lección que aprenden todos; odian a la esclavitud, *teterrimo causa*. Pero el resultado no se ve todavía. Tenemos que realizar nuestra renovación moral. Nadie puede ayudarnos. Sin embargo, la guerra misma es preferible a la política degradante y descendente que la precedió durante decenas de años; nuestra legislación ha dado grandes pasos, y si podemos tener a raya esa furia mercantil que corre a la paz a costa de un regreso del Sur al *status ante bellum*, nos será permitido, con un poco más de ánimos, aplazar el problema para otro cuarto de siglo, dejar que el trabajo libre combata a la Bestia, y ver si los fardos, los barriles y los cestos llegan a comprender que van con mayor seguridad

hacia los puertos llevados por manos libres que por las de los bárbaros.

Mucho me apena ver morir al buen Clough, ese generoso y receptivo autor. He releído su *Bothia* lleno de vino de la juventud de Oxford. Mucho me agrada la fina crítica de Mateo Arnold en dos de sus libritos...

R. W. EMERSON

### EMERSON A CARLYLE

Concordia, 25 de Septiembre de 1864.

Recibí en Julio el cuarto volumen de *Federico*, y fué mi mejor lectura durante el verano, y la única durante semanas. He visto con gozo que los años no han roto aún ni una sola fibra de la fuerza de usted, fuente de pura alegría para mí, que me horrorizan los estragos del tiempo sobre mí y mis amigos. Vivir demasiado tiempo es el infortunio supremo, y pienso a veces que si no lo arreglamos con un progreso en el arte de vivir, será preciso aprender a introducir en nuestra moral algún gobierno más atrevido de los hechos. He leído un día que Jacobi declaraba tener algunos pensamientos que le matarían si se entregaba a ellos, y tal vez tengamos en nuestro arsenal intelectual armas propias para librarnos de la decadencia y de las relaciones lamentables con el mundo en que vivimos. Pero este libro le dispensará de toda prisa importuna en el arreglo de cuentas; más aún, le obliga a usted a reponer su cartera con calma y amplitud. Me ha causado alegría y orgullo, y ha discernido en él una cadena de oro de continuidad raramente vista en las obras

de los hombres, asegurándome que queda en Inglaterra un cerebro sólido y un gran corazón, inmutable, superior a sus propias excentricidades y perversidades, digamos mejor, llevándolas, a lo que me parece, como un traje flamante o una escarapela roja, para retar o inducir a error a los ociosos, a fin de asegurar mejor su propia paz y los mismos fines a los que los ociosos creen que se opone. Mientras que viva, Inglaterra poseerá una sólida garantía de poder.

He deplorado en estos últimos años que no haya hecho usted a América la visita que prometió antaño. Esto hubiera hecho imposible el que se os citase ni por un momento entre los enemigos de la Humanidad. Diez días pasados en este país hubieran hecho de usted, cerca de aquéllos y de nosotros, el órgano de la opinión sana de Europa, y le hubiesen mostrado las necesidades y las aspiraciones que pugnan en nuestros Estados Unidos... En nuestra división actual en republicanos y demócratas, es lo cierto que el espíritu nacional americano encarna en el partido republicano..., y tengo por no menos cierto que si se mira a todas las naciones del mundo, es en América donde se desarrolla en estos momentos el combate por la Humanidad... Esta guerra se ha elevado por encima de todos los actores y los tontos terrores. «¿Qué haremos del negro?» «Toda la población va a caer a cargo del Norte.» Han tenido la rara conclusión de que el negro se niega a abandonar su clima, que sigue ganando allí su vida y la de los que le emplean, como lo ha hecho siempre... No cesaré ya en adelante de respetar la guerra. La pérdida de existencias, la terrible destrucción del bienestar y del tiempo que entraña, están ampliamente compensadas por las vistas que nos abre de la vida eterna, de la ley eterna, reconstruyendo y elevando a la sociedad, rompiendo el antiguo horizonte para hacernos ver uno más amplio.

El siniestro Malthus, el siniestro "Bow, han conocido su noche.

Nuestro censo de 1860 y la guerra son poemas que inspirarán, en la edad próxima, a un genio como el de usted. Siento escribirle como un periódico, pero me maravillan las sublimes lecciones que he recibido de vez en cuando al leer, en las calles, el *Boletín oficial*. Todo el mundo se ha equivocado, salvo las mujeres generosas, que no desesperan jamás de un recto ideal.

R. W. EMERSON

#### EMERSON A CARLYLE

Concordia, 7 de Enero de 1866.

Mis letargos no han embotado el placer que me producen los buenos libros. He leído los de usted en los días luminosos de nuestra paz reciente, que añadía un lustre a toda obra genial... No he hallado en la obra ningún indicio de esa vejez de que tanto se duele en su carta. En el libro, la mano no tiembla, el espíritu tiene el dón de obicuidad... Esta manera de referir la historia ligeramente, burlándose, ridiculizando al héroe, al enemigo, a los sabios noticieros, no deja de halagar al lector deslumbrado, riéndose el autor del mundo entero, como de tontos desequilibrados; nada más hay que tontos, excepto usted y yo, lector. Ellery Channing, a quien presté la obra, me la devolvió con estas líneas: «Si escribe usted al señor Carlyle, puede decirle que he leído sus libros, y que me han hecho imposible la lectura de otras obras que no sean las suyas.» Es una buena prueba de su fuerza de pene-

tración esa influencia sobre el nuevo Sterling que escribe «El secreto de Hegel». Es casi tan discípulo de Carlyle para instruirse en el estilo, como de Hegel en lo que concierne a la materia, y juega, con su alemán analista de entidades, el mismo juego que ha aprendido de usted en el *Federico*.

Siento que Jonathán tenga un aspecto tan poco grato visto desde la isla de usted. Pero respeto demasiado la profesión de escritor para quejarme. Una de las necesidades de la retórica es que haya sombras, y supongo que la geografía y la forma de gobierno, hasta en los mayores espíritus, determinan los lugares en que deben repartirse. Creo siempre, sin embargo, que una excursión al otro lado de los mares hubiera atenuado la enojosa impresión que tiene usted de nosotros. El mundo está distribuido aquí en vastas parcelas, y la población participa del balance de las leyes naturales como no lo ha hecho en el mismo grado en la Europa feudal. Mis compatriotas no me satisfacen, pero son susceptibles de inspiraciones. Durante la guerra revelaron sus sentimientos humanitarios; los jefes fueron inspirados y dirigidos por las intuiciones del pueblo, que reclamaba siempre las medidas más generosas y decisivas, y daba sus hijos y sus bienes como nunca se viera. En medio de este ardor, había percepciones vivísimas de la política, de las costumbres y de la vida de las naciones, y por todas partes leíamos o escuchábamos, en cartas particulares, en los coches de los ferrocarriles o en los periódicos, palabras oraculares. Estábamos orgullosos del pueblo, y pensábamos que no descendería de tales alturas. Pero la paz vino, y cada cual se apresuró a volverse a su tienda; de suerte que es casi imposible volver a despertar su patriotismo, ni siquiera para echar a los ladrones que, no solamente dilapidan los fondos públicos, sino que amenazan los derechos

recientemente conquistados por los esclavos, y las recientes mordazas que habíamos inventado para impedir que el plantador les chupara la sangre.

Al final de esta larga epístola, tengo pocas cosas que decirle de mí mismo. Soy un mal sujeto para una autobiografía. Del mismo modo que aplazo mis libros, lo hago con mis tareas más importantes.

Siempre suyo con afecto y reconocimiento,

R. W. EMERSON

### EMERSON A CARLYLE

Concordia, 16 de Mayo de 1866.

Mi querido Carlyle: Acaban de enseñarme una carta de Moncure Conway a uno de sus amigos de aquí, dando a conocer la triste vuelta de usted a una casa vacía. La semana última tuvimos las primeras noticias. ¡Y es un hecho! El golpe temido tanto tiempo ha caído, por último, bajo la forma más dulce para su víctima, y mitigado para usted mismo por repetidos sobresaltos. No puedo impedirle de considerarla feliz hasta en esa fácil partida, como lo fué en su carrera serena y digna. Para nosotros mismos no quisiéramos, después de haber franqueado la cumbre de la montaña, contar ansiosamente los pasos descendentes o sacrificar con pena algunos de los días de la decadencia. Y usted tendrá el consuelo de saberla liberada, al abrigo de toda nueva prueba. Me he sorprendido repitiendo unos antiguos versos al alma que se va:

«Ya no conocerás vicisitud humana,  
Y para ti la belleza ya no podrá morir.»

Creo que en Julio hará treinta y tres años que la vi por primera vez; su conversación y sus aptitudes prometían un bello y dichoso porvenir. Como no he sido testigo de su ocaso, no puedo creer en él; siempre recuerdo vivamente a la joven, la gracia ligera con que hablaba de las letras y los homenajes que había recibido de Goethe, los detalles que daba de la visita que se proponía hacer a Weimar y de la decepción sufrida. No cesó de demostrarme, así como a mis amigos, una perfecta bondad, y todos los americanos la elogiaron unánimemente. Isabel Hoar se acuerda de ella con la mayor estimación y simpatía.

Mucho desearía acompañar a usted en estos días solitarios. Sé que los amigos de usted le atenderán solícitos; y estoy convencido de que el trabajo—cuyos preciosos secretos le son conocidos—será para usted un consuelo, aunque no pueda ser completo, puesto que ella era el reposo que recompensaba la labor. Es una suerte la fortaleza de usted para la resistencia. Tampoco dejará usted de consultar los sagrados oráculos que á veces, en esas horas en que el alma se funde, se nos conceden. Y si alguien ha de conocerlos, usted los conocerá.

Me felicito de que ella haya vivido lo suficiente para conocer el jubileo de usted en Edimburgo, esa página que arrancaríamos con pena del libro de su existencia. En tal ocasión pronunció usted un discurso muy viril, y en ello veo una prueba de fuerza siempre intacta.

Le ruego que se acuerde de sus propios consejos. Le quedan aún largos años, y espero no se dejará vencer, ni por el dolor ni por el cansancio

«Reunirse con el triste coro de los bardos desaparecidos»

antes de que haya escrito usted ese libro, que deseo y espero—las confesiones más sinceras de los mejores momentos...

R. W. EMERSON

## CARLYLE A EMERSON

Menton, Francia, 27 de Enero de 1867.

Mi querido Emerson: Mucho tiempo hace que no le he escrito—una larga distancia en el espacio y el destino—desde las márgenes del Solway, en el verano de 1865, hasta este nido de los Alpes y del Mediterráneo. Es un largo intervalo, y seguramente el más triste de los que nunca hayamos conocido desde que, por primera vez, nos encontramos en las landas de Escocia, hace unos treinta y cinco años. Me ha dirigido usted muchas cartas, todas buenas y consoladoras—casi la única palabra *humana* que haya oído de ningún viviente—y, sin embargo, no he podido romper mi silencio de piedra; hasta este momento, aun proponiéndomelo á menudo, no he podido resolverme a ello. Pensará usted que he recibido el más rudo golpe en mi corazón y mis esperanzas: así es; soy un viejo serio y sombrío, silencioso y triste, con los ojos fijos en el abismo final de las cosas, en un mudo diálogo con la Muerte, el Juicio y la Eternidad (diálogo mudo por ambas partes), sin ninguna gana de discurrir con pobres semejantes de voces articuladas, sobre *sus asuntos*. Tengo razón, y, sin embargo, de otra parte, no la tengo. Pienso a menudo que más valdría estar muerto que indiferente, despreciativo, disgustado del mundo y de su estupidez ruidosa, la cual no tengo la menor idea de remediar, aunque para ello me bastase con levantar un dedo, atento solamente a aislarme y cerrar las puertas. Pero cierto es decir que casi me aniquiló esa terrible obra sobre Federico—doce años de lucha continua con las pesa-

dillas y las hidras subterráneas,—casi aniquilado, con la frecuente imposición de que lo sería por completo y moriría sin acabar el monstruo. Es una verdad, menos evidente para todo amigo o espectador que para mí mismo; y luego he aquí otra, que yo soy el único en conocer, en cierto modo, y de la que mejor haría en no hablar o no hablar ya á los demás. La calamidad de Abril último me ha privado del pequeño todo que yo tenía en el mundo, y no me queda un alma que pueda rehacerme un hogar en ningún rincón del Universo. Alegre, heroica, tierna, sincera y noble, tal era ese tesoro que ha perdido mi corazón y que, fielmente, me acompañó por todos mis caminos pedregrosos y mis ascenciones, y sin ella soy para siempre pobre...

Todo el verano último, mi único consuelo, bajo forma de trabajo, fué escribir y ordenar antiguos documentos y recuerdos, evocando en plena luz escenas de antaño, que acababan de terminar para mí. Ponerme a escribir mi propia *vida* sería horrible, y ciertamente no lo haré jamás. ¿Qué le importa mi vida a la masa del vulgo indiferente que puebla esta tierra? Que un noble olvido, que el silencio y el azul de la Eternidad me sepulten... No he salido de Londres sino para ir quince días de Agosto al Kent, a casa de una noble y distinguida amiga, donde, cabalgando, en un silencio absoluto, por los bosques y por los acantilados, me sentí más triste que nunca, aunque algo menos miserablemente que en medio del importuno bullicio de Londres, al que no me era posible sustraerme por completo. Leímos los *Idilios* de Tennyson, con una perfecta estimación de su forma, pero también del vacío de su fondo y, para hablar francamente, soportando con mucha impaciencia el ser tratados como niños, aunque la abuela fuese excelente. Pasamos gustosos a los *English Traits* de un tal Emerson, y los leímos todas las noches con satis-

facción creciente, dando gracias al cielo por que todavía hubiese obras también para las personas mayores. Es ciertamente un libro lleno de pensamientos semejantes a flechas atadas (se lo agradecemos ambos al arquero); mi amiga se llama Miss Davengust Brumley; fué en Boston, en la casa de su abuelo, en Staffardshire, donde Rousseau se refugió en 1760, y ciento seis años después me leía ella a Emerson con una comprensión que hubiera complacido al hombre, de haber sido testigo...

T. CARLYLE

#### CARLYLE A EMERSON

5. Cheyne-Row, Chelsea, 18 de Noviembre de 1869.

Querido Emerson: Hace casi tres años que le escribí, desde Menton, el más triste, probablemente, de todos los hombres, bajo los olivos y los naranjos de Liguria, con sus boscajes exóticos y sombríos, sus sugerencias más sombrías aún. Sé muy bien que si no hubiese usted contestado, su silencio hubiera querido decir sencillamente: «¿Qué palabra de consuelo puedo dirigirle que no conozca él mismo?» Es cierto que, entre las luces que han desaparecido y van desapareciendo entre mis ojos, una tras otra, en este mundo crepuscular y vacío, lamento á menudo que nuestra correspondencia (sin orden absoluta del destino) se haya extinguido o suspendido de esta manera, pero lo interpreto como ve usted, y mi afecto y mis sentimientos fraternales hacia usted permanecen vivos y permanecerán mientras que yo exista. Basta de esto. Ya ve usted que por un favorable azar recibirá usted todavía

una carta escrita por mi mano, y que yo recibiré una respuesta de usted antes de que llegue el silencio final.

Tendría muchas cosas que decirle, muchas cosas lúgubres, pero quizá también algunas cosas buenas y benditas, y que serían, si bien las más tristes, las más nobles al mismo tiempo, las más afectuosas y mejores, como conviene al ocaso que se acerca. Por el momento, sepa solamente que desde el punto de vista de la salud del cuerpo no se puede decir que esté enfermo, respecto a un hombre que cumplirá setenta y cuatro años el mes próximo; desde el punto de vista intelectual, tampoco; no tengo que soportar ninguna carga que sea en absoluto superior a mis fuerzas. He tenido a menudo tribulaciones, aunque naturalmente no haya conocido nunca semejante soledad, tanta angustia, tal tristeza...

T. CARLYLE

#### CARLYLE A EMERSON

Chelsea, 24 de Febrero de 1870.

Pensaba escribirle una carta bastante larga respecto a diversos puntos, aunque me encuentre, como usted ve, reducido al lápiz y escriba con tanta dificultad. Nunca he podido acostumbrarme a dictar, aunque tengo aquí a mi sobrinita, que es útil y despierta como ninguna, que es como una alegre luz en medio de este elemento ahora sombrío, sombrío y triste, pero también lleno de una belleza y una solemnidad tierna que van creciendo sin cesar, en el que me acompaña la bonísima Mary. Pero, atravesándose en todos mis proyectos, Chapman el editor ha

llegado, con unos grabados concernientes a *Crómwel*, hablándome de las dificultades que le dan, luego de cuentas de dinero, y no me ha dejado tiempo, suponiendo que no falte otra cosa.

Debería usted recibir casi al mismo tiempo que esta carta el volumen catorce (*Crómwel* I). Leo que nuestros periódicos anuncian su libro (mitad de la nueva edición de los *Ensayos*), que espero recibir *quam primum*, para que ilumine algunas de mis veladas, como ninguna otra cosa puede hacerlo en la disposición de espíritu que me es habitual ahora.

Adiós, querido amigo; quedo siempre suyo,

T. CARLYLE

#### EMERSON A CARLYLE

Concordia, 21 de Marzo de 1870.

Pienso que necesito enmendarme revindicando mi antiguo privilegio de escribirle. No dudo de que tengo mucho que decirle, a condición de triunfar de la vacilación que se experimenta en escribir una carta razonable, cuando se siente uno inclinado a llenar numerosas páginas con simples lugares comunes que entrañan con ellos sesenta y seis, pronto sesenta y siete años de edad. Leo algunos libros y echo una ojeada a muchos más. Hermann Grimm me ha enviado últimamente uno bueno: las *Unterhaltungen* de Goethe con Müller, que me ha conducido a Varuhagen y otros...

R. W. EMERSON

## CARLYLE A EMERSON

Chelsea, 24 de Marzo de 1870.

Todavía no he recibido su libro, y si tarda algunos días más, pienso procurarme uno de los ejemplares que venden por todas partes aquí Sampson y Lew.

El otro día he recibido de Norton una carta muy amable y amistosa.

Esto es todo lo esencial que tenía que decirle; le escribo a escape.

T. CARLYLE

## CARLYLE A EMERSON

Chelsea, 6 de Abril de 1870.

... Y nos contentaremos con decir, *Faustum sit*, como nuestra última palabra en este asunto; y yo veré, por algunos días todavía bajo los cielos primaverales, algo en conexión con *el renuevo*, tomado en un sentido más elevado; una margaritina blanca, pura y pobre, de labios rojos, extraviada en los surcos del Tiempo y esforzándose en mantenerse sobre el suelo, en medio de los pasos de los bueyes.

No siento más sino que haya hablado usted del asunto. Por el amor de Dios, líbrese bien de ello y haga, le ruego, que juren guardar silencio esas personas simpáti-

cas á las que usted haya hablado. La pobre margarita será puesta en los periódicos y se convertirá en una col. Silencio, silencio, es lo que le recomiendo, el mayor que le sea posible.

Su librito sigue sin venir, pero compré un ejemplar que he leído aquí con una gran atención, un asentimiento sin reserva sobre la mayor parte de los puntos, y una estima llena de admiración. Me parece que aquí se encuentra todo lo que usted fué, y algo más; una tranquila intuición, que penetra hasta el centro de las cosas; una bella simpatía, un buen humor épico, un alma apacible en medio de este mundo de choques ruidosos, cuyas fealdades ve, pero de los que no quiere retener sino la nueva y enorme opulencia (aún tan anárquica); un alma que hace del telégrafo eléctrico, con sus importunidades vulgares y sus impertinencias, el justo aprecio que merece. Todo (puede usted creerme) es pensamiento de primer orden, y, una vez más, me ha parecido que era, desde diferentes puntos de vista, la única voz perfectamente humana que yo hubiera oído desde hace largo tiempo entre mis semejantes. Y el estilo, la expresión del pensamiento, es inimitable, de lo mejor de Emerson de un extremo a otro. Es todo brevedad, sencillez, dulzura, gracia familiar, con un pensamiento tan penetrante, ligero, sin duda, pero irresistible, que desciende a las profundidades, que sube a las cumbres, como la silenciosa electricidad. Es una bonísima obra, y muchos lo irán comprendiendo así, paulatinamente. No quiero registrar más que una cosa: la manera de usted de ir por la vida, llevado, en cierto modo, completamente, por la «superalma», el Ideal, el Perfecto o el Universal y el Eterno, prestando tan poca atención a las terribles cualidades de ficciones y de maligna obstrucción que existen en todas partes y sobre las que no he podido reflexionar, en el curso de mi pobre existencia, leyéndole,

sin conocer de tiempo en tiempo muy tristes pensamientos. ¡Ah! ¡qué perspectiva para mí estos cincuenta últimos años del Tiempo, lúgubres, bellos, insondables como la Eternidad misma!...

T. CARLYLE

### EMERSON A CARLYLE

Concordia, 17 de Junio de 1870.

Mi querido Carlyle: Dos cartas más sin respuesta, llenas y perfumadas de bondad, no me permiten tardar un minuto más, bajo pena de caer y merecidamente en mi sueño de marmota. Usted es de la raza de los gigantes, y no sabe usted nada de la debilidad del temperamento de los rubios. Pues bien; si nos avergüenza usted con sus inagotables reservas de fuerzas, compensa y conforta a algunos, o por lo menos a uno de nosotros, con descargas eléctricas.

Su carta de Abril llegó, llena como siempre, más que nunca, si es posible, de benevolencia, y haciendo gran aprecio de mis modestos trabajos y escritos, lo que parecía que hubiera debido invitarme a una contestación inmediata; pero el compromiso tiránico de escribir y pronunciar diez y ocho conferencias a una clase de graduados de la Universidad, y esto en seis semanas sucesivas, constituía una tarea más formidable, en perspectiva y en práctica, que ninguna de las precedentes. Naturalmente, esto me confinó, aboliendo todos los derechos de la amistad, del humor y de la justicia, y obligándome a atenerme a mi trabajo con una devoción frenética, que también puede perjudicarle.

En fin, ya ha terminado, y ofrece esto la ventaja de haber reunido materiales y ver yo la posibilidad, gracias a una repetición del curso dedicada para el año próximo, de hacer un resumen bastante completo de cuanto he dicho y pensado sobre el asunto, tanto por la utilización de algunos de estos materiales, como por el sacrificio de mucha parte de ellos y la adición de muchos otros. Creo que los peritos en filosofía no gustarán de mis discursos; pero los asuntos me dan libre carrera para mis hipótesis, mis críticas, las admiraciones que he experimentado, los experimentos que he hecho al contacto de maestros reconocidos, y también por las lecciones que he sacado de los grandes desconocidos. Tengo la idea de que un realista es un buen corrector del formalismo, por incapaz que sea del silogismo o de una exposición seguida, coordinada. No hay que andar mucho para llegar a importantes resultados en el pensamiento y en la moral, y no son los maestros los que persiguen pacientemente una continuidad de aparato.

Celebro saber que haya recibido el último libro que le envié. Temo que haya sido usted demasiado bueno y generoso en el primer juicio que ha formulado. Pero por restricciones que me imponga su parcialidad, conozco bien el valor único del lenguaje de Carlyle.

R. W. E.

#### CARLYLE A EMERSON

Chelsea, 28 de Septiembre de 1870.

Querido Emerson: Había esperado su carta con no poca impaciencia un mes antes de mi marcha a Escocia;

pero no hablemos del retraso, en atención a lo que le ocupaba a usted entonces. *Faustum sit*; había y hay ciertamente un trabajo que merece que le consagre usted su mayor esfuerzo, y le puedo prometer, si vivo, un lector por lo menos que dedicará lo mejor de sí a la obra. Yo mismo abrigo a menudo sobre las filosofías las mismas ideas precisamente. A decir verdad, antes que subir, bajan en mi estimación. Lo último que he leído de este género ha sido un trozo de Hegel, en una excelente traducción de Sterling, trozo perfectamente interpretado, estoy seguro, porque he podido comprenderlo hasta el menor detalle; pero he de decirle mi impresión al final de mi lectura: «¡Grandes dioses! Muchas veces he recorrido ese camino, pero nunca hasta aquí con una bala de cañón en cada uno de mis tobillos. La Ciencia también, lo que se llama erróneamente la Ciencia, es...» Pero no quiero en este momento abordar con usted tal tema.

Mil veces gracias por dirigirme una invitación tan cordial, tan benévola, y abrirme de par en par en Concordia las puertas y los corazones. El rayo que de ahí me llega me hace el efecto del sol en un lugar subterráneo. Que Dios les asista a todos, querido Emerson.

Siempre suyo,

T. CARLYLE

#### EMERSON A CARLYLE

Concordia, 15 de Octubre de 1870.

Mi querido Carlyle: Soy el más indigno de los hombres con mis perpetuas negligencias respecto a usted. No hay ejemplo de fidelidad como la suya, y cada vez esti-

mula mi sopor y produce en mí la resolución de enmienda. Pero «las horas poderosas son superiores a nosotros», y soy la víctima de una mezcla de cosas, mezcla de proyectos muy débiles.

Su carta me ha complacido, sobre todo, porque he creído ver en ella, a pesar de lo que dice usted de no hacer la visita tantas veces prometida, cierto deseo de realizarla. Piense, pues, le ruego, en esa travesía, que es el mejor remedio y reconstituyente que nos queda, a su edad y a la mía. En nueve o diez días vendría usted a Boston, y generalmente se encuentra en el viaje más comodidad y bienestar de lo que se había supuesto. Todo el que lee en América tiene por usted un respeto excepcional, y se felicitará de su llegada. Se han olvidado sus brillantes pecados de la guerra o de antes. He dejado desde hace mucho tiempo de excusar o explicar sus expresiones de enfado respecto a América en otras repúblicas o públicos, y consiento en que los ungidos del Señor, portadores de cartas auténticas, hallen, según el deseo de Platón, su ley en sí mismos. El genio no es sino una amplia infusión de divinidad, y aporta, en consecuencia, una prerrogativa completamente personal. Tiene el derecho y el deber de chocar y asombrar a los hombres, manifestando con tono provocador sus percepciones, sabiendo bien que el tiempo y el destino comprobarán y explicarán lo que el tiempo y el destino dijeron por su órgano. No nos incumbe sugerir a Miguel Angel, o Maquiavelo, o Rabelais, o Voltaire, o John Brawer de Osawatomia (un gran hombre) o a Carlyle, que renuncien a sus paradojas y moderen su marcha de gigantes para andar al mismo paso de las gentes que desfilan por la acera. Son aquellas personas privilegiadas, a las que consiento que se las conceda su propia marcha.

Creo que a pesar de la longitud de mi carta no he

dicho las cosas esenciales. Pero venga. Yo y los míos le esperamos.

Afectuosamente,

R. W. EMERSON

### CARLYLE A EMERSON

5, Cheyne-Row, 4 de Junio de 1871.

Querido Emerson: Su carta me ha causado un gran placer. Un rayo de sol tras un largo período nuboso. No es usted el culpable de esa triste laguna en nuestra correspondencia; soy yo, o más bien, son mis miserias, mis lamentables ineptitudes, mis resoluciones violadas, etcétera, etc. La verdad que este último invierno me ha sido muy desfavorable, perturbando mi sueño, y con esto todos mis trabajos, intelectuales o temporales; de suerte que desde primeros del año pasado, poco más o menos, no he servido para nada.

Note, sin embargo, que no sufro ninguna enfermedad, ninguna, si no es la declinación gradual de la poca fuerza digestiva que he tenido desde los veintitrés años. Tomamos nuestro partido; aceptamos esto como un modo de partida, puesto que siempre hace falta uno.

Celebro también oírle hablar de una expedición grandiosa como la que usted proyecta: escalar la espina dorsal de América, ver el Océano Pacífico y las maravillas gigantescas que allí se producen. Temo, sin embargo, que no vea usted a Brigham Toung. También éste me parece como uno de los nuevos productos de ese país, y puedo confesarle a usted que lo que pasa en esa región, no sola-

mente lleva un sello de enormidad, sino de grandeza, y que a pesar de mis explosiones ocasionadas contra la «Anarquía» y el odio inextinguible que me inspira, me pregunto a veces con voz baja: «¿Es que ningún Federico Guillermo o ningún Federico o el soberano más perfecto, sería capaz actualmente de promover lo que por el momento es el trabajo esencial de América, más pronto o más completamente que lo que está en camino de hacer la anárquica América?» Una anarquía *así* puede decir mucho en su defensa (ojalá que la nuestra, en Inglaterra, pudiera decir otro tanto), y hace prever para lo porvenir grandes antianarquías; en realidad, yo no puedo ya discernir enormes cantidades de antianarquía en estado de «pulso impalpable», y en el fondo de mi espíritu espero, con la ayuda de los siglos, inmensos resultados.

Y sobre todo *escribame*. En cuando vuelva usted de California o la presente caiga en sus manos, dígame cuáles han sido sus aventuras y cuáles serán las próximas.

T. CARLYLE

... ¿Ha visto usted nada parecido a ese suicidio del «capitán Clinquant» francés? Alemania asaltada sin razón alguna, París haciéndose volar de la misma manera. Acontecimiento lleno de lecciones indecibles, profundas como el abismo.

## EMERSON A CARLYLE

Concordia, 30 de Junio de 1871.

Mi querido Carlyle: Ya era tiempo que recibiese usted noticias mías. Pero mi largo viaje a California ha terminado, a mi vuelta, con muchos enojos. Encontré en mi casa la viruela; durante varios días no se me permitió entrar, y no podía hablar sino desde el patio con mi mujer, mi hijo y mi hija. Había yo concentrado y terminado a prisa mis conferencias de Cambrigde, y fuí al país de las Flores invitado por Johaser Torbes, uno de mis amigos más queridos, padre del marido de mi hija Edith. Con él, su familia y uno o dos invitados elegidos, hicimos, en las mejores condiciones de seguridad, comodidad y compañía, la expedición que me permitió recorrer por primera vez el país en toda la longitud de una de sus dimensiones.

California sorprende por una geografía, un clima, una vegetación, unos animales salvajes, unos pájaros, hasta unos peces diferentes de los nuestros; veis un país inmenso, el Mar Pacífico; el vapor pone el Asia a dos pasos y tenéis a los pies la América del Sur; las montañas alcanzan la altura del Monte Blanco; La provincia, en sus 600 millas de longitud, produce todas nuestras frutas del Norte y además los higos, las naranjas y los plátanos. Pero lo que sobre todo me sorprendió fué el clima. El almanaque decía Abril, pero la temperatura decía Junio, y tuvimos seis semanas seguidas de sol, sin interrupción. Noviembre y Diciembre son los meses lluviosos. El país entero estaba lleno de flores, y nosotros no teníamos ninguna, excepto

en los invernaderos. Todos los pájaros que conozco en nuestra región están allí representados, pero con más brillante plumaje.

En las llanuras vimos multitudes de antílopes, liebres, alces y una pareja de lobos; en cuanto al oso gris, no le vimos más que en jaula. Atravesamos una región frecuentada por el búfalo, pero no vimos más que uno cautivo. Encontramos indios en todas las estaciones del ferrocarril. Al volver, dejamos durante veinticuatro horas la línea del Pacífico para visitar el Lago Salado; fuimos a ver a Brigham Young, que tiene setenta años justos, el cual nos recibió desde luego con una cortesía tranquila y reservada; es un hombre robusto, dueño de sí, de maneras sencillas y lleno de aplomo. No tardó en hacer observar que «el poder de un solo hombre es en realidad sinónimo del poder de todos». Nuestra entrevista fué muy apacible, y mejoró más bien la impresión que tenía de él; y después de nuestra visita leí en el diario de Deseret el discurso que había dirigido al pueblo el domingo anterior. Evitaba la religión, pero estaba lleno de buen sentido, a lo Franklin. En cierto pasaje dice: «Vuestro temor a los indios es absurdo. Los indios gustan de los alimentos de los hombres blancos. Alimentadlos bien, y morirán seguramente.» Es seguramente un maestro suficiente, y quizá un agente de civilización de su reino de imbéciles *ad interim*; pero he sabido que los habitantes de San Francisco creen que ese poder excepcional no puede sobrevivir a Brigham.

## EMERSON A CARLYLE

Concordia, 4 de Septiembre de 1871.

Mi querido Carlyle: Espero que habrá usted vuelto sano y salvo de las islas Orkneys, a tiempo para que mi hijo, Eduardo Waldo Emerson, pueda verle en Londres, de paso para Alemania, adonde va a terminar—no, digamos más bien a proseguir—sus estudios de medicina. Dele usted su bendición, y dígame lo que conviene que vea durante los días que pasará en Londres y luego en Prusia. Es un buen muchacho, del que no me he separado sino por esa exigencia de sus estudios. Me gustaría acompañarle hasta el hogar de usted, si pudiera así convencerle a usted de que no hay sino diez días desde esa casa a la mía—un poco más lejos que las Orkneys,—y unos alrededores más agradables y más imponentes. He visto con gusto en sus cartas que ha reaccionado usted algo en lo que concierne a América: su proceder respecto a Harvard-College es una prueba muy significativa; y sé que no podría usted ver sin interés la floración inmensa y variada de nuestras posibilidades locales y de todas las nacionalidades, además de la nuestra.

R. W. EMERSON

## EMERSON A CARLYLE

Baltimore, 5 de Enero de 1872.

Mi querido Carlyle: He recibido de usted, precisamente antes de Navidad, la última parte de su Library Edition, a saber: los volúmenes IV-X de la *Vida de Federico*; volúmenes I-III, traducción del alemán; un volumen de *Indice general*, once tomos en total, y ahora mi imponente colección está completa. Completa también es la victoria de usted. Pero yo entrechoco con gozo mis cadenas, como lo hacía, hace cuarenta años, cuando los primeros dones de usted. Usted llevará a los juegos de Pansajones, sin hallar un competidor que le iguale o se le aproxime, su corona bien ganada por el genio y una labor acabada, mientras que naciones enteras serán sus discípulas y cantarán alabanzas a usted. Estimo como una dicha preciada el haber sido contemporáneo y amigo de usted, el haber podido descubrir por su propia luz el nuevo astro casi antes de que se apareciese a los hombres de Oriente, y no haber sufrido ninguna decepción, sino más bien una confirmación alegre, al acercarme a su órbita. Descanse, descanse ahora un poco, le ruego, y alabe al Señor. Conozco, sin embargo, bien todas las *perversidades* de usted, y me guardo muy mucho de acercarme a ellas. Chocan seriamente a un gran número de dignos lectores, a veces a naciones enteras; pero las tomo todas en bloque como precedimientos de estilo, y las leo como leo las bromas gigantescas de Rabelais, que asombran con miras a favorecer la atención, y aparecen poco a poco como la retórica de un hombre de muy alta virtud,

que *jura*. He estado el año último muy atareado, para haber podido leer mucho en esas nobles obras; pero empieza a desaparecer la bruma y no he perdido nada de mi apetido de lectura, resuelto más bien, como mi antiguo profesor de Horvard, «a retirarme para leer los autores».

R. W. E.

### CARLYLE A EMERSON

5, Cheyne-Row, Chelsea, 2 de Abril de 1872.

Querido Emerson: Mi largo silencio me llena de confusión, de asombro y de vergüenza. Me ha escrito usted dos bonísimas cartas; de ningún rincón del mundo podía recibirlas más amistosas, más gratas y más enjundiosas, y ni siquiera he contestado con un signo. Mi pobre corazón respondió pronto y puntualmente, pero fué superior a mis fuerzas pasar a la realización externa, como si me hubiera hallado presa de algún encantamiento. Todo lo que puedo decir, a guisa de excusa o de explicación, es que desde el verano último no he cesado de encontrarme excepcionalmente dispéptico, triste, sombrío y sin ánimos, que no tengo mi mano derecha para escribir, y que tampoco he tenido otra, durante varios meses, que me fuese completamente agradable. De todos modos, no creo que me censure o se resienta, y no insistiré en esto, pero me esforzaré sencillamente en corregirme y hacerlo mejor la próxima vez.

Su carta del Far-West me encantó por su viveza y galanura; se hubiera creído ver con los propios ojos las

*notabilia* humanas y otras de esas enormes regiones, en la rápida carrera hecha por usted de ida y vuelta. Retengo su pequeña aguafuerte de Brigham Toung como un fragmento de verdadero parecido; he pensado a menudo en el paso de usted por Chicago después de que el mismo pobre Chicago ha desaparecido de la tierra en alas de fuego. El salvaje Occidente de usted tiene para mí algo enorme, penoso y casi terrible, y lo que sobre todo me llena de asombro es la caza de pepitas que se persigue allí, cuando, de toda evidencia, todo buscador de oro no es más que un criminal frente a la sociedad humana, que necesita sustraer del bolsillo de todos los descendientes de Adán, a la hora actual y por algún tiempo todavía, el valor exacto de su pepita. Deduzco de esto que es un cebo de que se sirve la Providencia, fuente de toda sabiduría, para atraer a esas gentes, que construirán ciudades, abrirán caminos, talarán (o plantarán) selvas y prepararán una morada para naciones nuevas, las cuales se sentirán llamadas a cosa distinta de la caza de pepitas.

En la fea confusión de anarquía bajo la que se presentan actualmente a mi contemplación desencantada todas las poblaciones inglesas, hallo un consuelo y una esperanza al pensar que, de aquí a cincuenta años, habrá más de un millón de hombres y de mujeres todos capaces de leer a Shakespeare y la Biblia inglesa, así como la historia (igualmente bíblica y noble durante un largo período) de la madre patria, y de ponerse a hacer, a menos que el diablo no esté en ellos, lo que hicieron sus abuelos o algo mejor, si tienen valor.

También su segunda carta, con la sola reserva de que es usted mil veces demasiado bueno para mí, era completamente encantadora.

¿Lee usted *Fors Clavigera*, de Ruskin, cuya reimpresión en América anuncia con gozo? En caso negativo,

hágalo, se lo aconsejo. Y lea también sus *Munera Pulveris*, sus conferencias de Oxford sobre el arte y todo lo que escribe en este momento. Nada de lo que actualmente producimos me parece tan digno de atención como esos rayos airados que Ruskin lanza copiosa y desesperadamente al mundo tenebroso de Anarquía que le rodea por todas partes. No hay en Inglaterra, en el círculo de mis relaciones, un solo hombre poseído de esa ira divina contra la iniquidad, la falsedad y la bajeza, que anima á Ruskin, y que debería animar a todo hombre. Desgraciadamente, no es robusto; podría decirse más bien que es débil, y no tiene la menor prudencia en la ejecución; si bien no es imposible que, si puede durar unos quince años, produzca, aun de esa manera, un gran efecto. Dios lo quiera, tal es mi súplica. Froude irá a verle a usted en Octubre. Hallará usted en él un hombre amable, excelente, de espíritu muy claro, ingenioso, sólido, y me felicito de contar a usted entre los que cuiden de él, cuando vaya a visitar ese país reciente. Préstele, por afecto a mí también, su mejor y más-sabía ayuda. Actualmente no tengo en Inglaterra amigo más querido, y es casi, aunque no completamente, el único hombre cuya conversación me pueda procurar algún real provecho y agrado. ¡Ah! He aquí el fin de mi papel, querido Emerson, y aún tenía que decir a usted un caos de cosas. Escríbame, o no me escriba, y yo escribiré seguramente todavía. Quedo como siempre su muy afecto amigo,

T. CARLYLE

FIN

# ÍNDICE

	Páginas.
Emerson, 14 Mayo 1834.....	1
Carlyle, 24 Agosto 1834.....	6
Emerson, 20 Noviembre 1834.....	12
Carlyle, 3 Febrero 1835.....	18
Emerson, 12 Marzo 1835.....	26
Emerson, 30 Abril 1835.....	30
Carlyle, 13 Mayo 1835.....	35
Carlyle, 27 Junio 1835.....	42
Emerson, 7 Octubre 1835.....	45
Emerson, 8 Abril 1836.....	48
Carlyle, 29 Abril 1836.....	49
Emerson, 17 Septiembre 1836.....	52
Carlyle, 5 Noviembre 1836.....	55
Carlyle, 13 Febrero 1837.....	61
Emerson, 31 Marzo 1837.....	66
Carlyle, 1.º Junio 1837.....	69
Emerson, 13 Septiembre 1837.....	72
Emerson, 2 Noviembre 1837.....	76
Carlyle, 8 Diciembre 1837.....	77
Emerson, 9 Febrero 1838.....	81
Emerson, 12 Marzo 1838.....	83
Carlyle, 16 Marzo 1838.....	83
Emerson, 10 Mayo 1838.....	85
Carlyle, 15 Junio 1838.....	88
Emerson, 30 Julio 1838.....	90
Emerson, 6 Agosto 1838.....	90
Carlyle, 25 Noviembre 1838.....	91
Emerson, 17 Octubre 1838.....	94
Carlyle, 7 Noviembre 1838.....	96

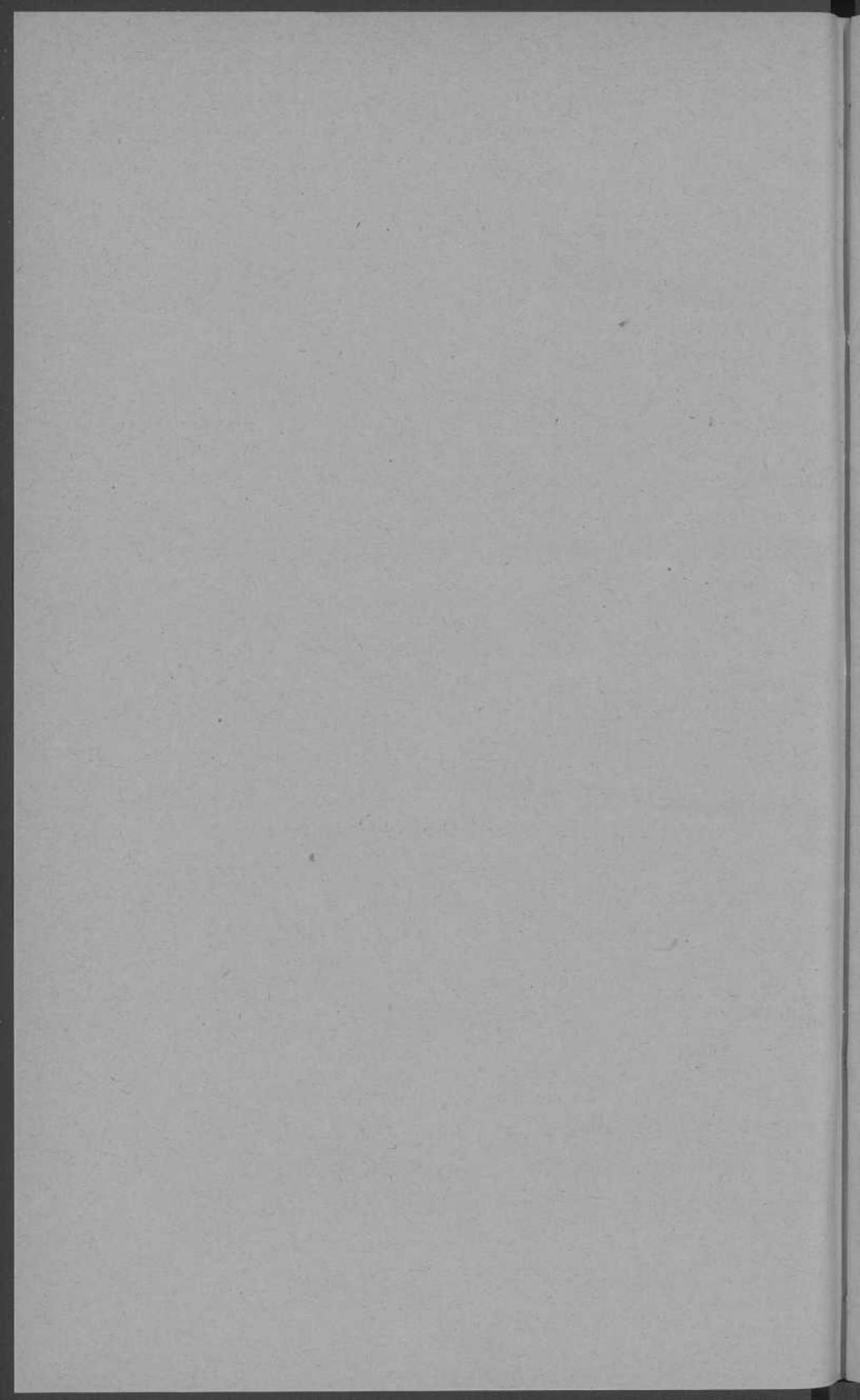
	Páginas.
Carlyle, 15 Noviembre 1838.....	98
Carlyle, 2 Diciembre 1838.....	101
Emerson, 13 Enero 1839.....	102
Carlyle, 8 Febrero 1839.....	103
Emerson, 15 Marzo 1839.....	106
Emerson, 9 Marzo 1839.....	108
Carlyle, 13 Abril 1839.....	108
Carlyle, 17 Abril 1839.....	109
Emerson, 25 Abril 1839.....	112
Emerson, 15 Mayo 1839.....	112
Carlyle, 29 Mayo 1839.....	113
Carlyle, 24 Junio 1839.....	115
Emerson, 4 Julio 1839.....	117
Emerson, 8 Agosto 1839.....	118
Carlyle, 4 Septiembre 1839.....	120
Carlyle, 3 Diciembre 1839.....	120
Emerson, 12 Diciembre 1839.....	122
Carlyle, 6 Enero 1840.....	124
Carlyle, 17 Enero 1840.....	126
Emerson, 18 Marzo 1840.....	128
Carlyle, 1 Abril 1840.....	131
Emerson, 21 Abril 1841.....	135
Emerson, 30 Junio 1840.....	137
Carlyle, 2 Julio 1840.....	139
Emerson, 30 Agosto 1840.....	142
Carlyle, 26 Septiembre 1840.....	144
Emerson, 30 Octubre 1840.....	149
Carlyle, 9 Diciembre 1840.....	150
Emerson, 30 Abril 1841.....	153
Carlyle, 8 Mayo 1841.....	154
Carlyle, 21 Mayo 1841.....	157
Emerson, 30 Mayo 1841.....	159
Carlyle, 21 Junio 1841.....	160
Emerson, 31 Julio 1841.....	163
Carlyle, 18 Agosto 1841.....	164
Emerson, 30 Octubre 1841.....	165
Carlyle, 19 Noviembre 1841.....	166
Carlyle, 5 Diciembre 1841.....	168
Emerson, 28 Febrero 1842.....	169
Carlyle, 28 Marzo 1842.....	170
Emerson, 31 Marzo 1842.....	172
Emerson, 1.º Julio 1842.....	173

	Páginas.
Carlyle, 19 Julio 1842.....	174
Carlyle, 29 Agosto 1842.....	176
Emerson, 15 Octubre 1842.....	178
Carlyle, 17 Noviembre 1842.....	180
Carlyle, 11 Marzo 1843.....	182
Emerson, 29 Abril 1847.....	184
Carlyle, 31 Octubre 1847.....	186
Carlyle, 17 Noviembre 1848.....	189
Emerson, 29 Enero 1844.....	192
Carlyle, 5 Agosto 1844.....	193
Carlyle, 29 Septiembre 1844.....	195
Emerson, 30 Septiembre 1844.....	196
Carlyle, 3 Noviembre 1844.....	197
Emerson, 31 Diciembre 1844.....	199
Carlyle, 16 Febrero 1845.....	201
Emerson, 29 Junio 1845.....	202
Carlyle, 29 Agosto 1845.....	203
Emerson, 15 Septiembre 1845.....	205
Emerson, 30 Septiembre 1845.....	206
Carlyle, 11 Noviembre 1845.....	207
Carlyle, 3 Enero 1846.....	208
Carlyle, 3 Febrero 1846.....	208
Carlyle, 3 Marzo 1846.....	209
Carlyle, 18 Abril 1846.....	210
Carlyle, 30 Abril 1846.....	211
Emerson, 14 Mayo 1846.....	212
Emerson, 31 Mayo 1846.....	213
Emerson, 15 Julio 1846.....	214
Carlyle, 17 Julio 1846.....	215
Emerson, 31 Julio 1846.....	217
Carlyle, 18 Diciembre 1846.....	218
Emerson, 31 Enero 1847.....	220
Carlyle, 2 Marzo 1847.....	221
Carlyle, 18 Marzo 1847.....	223
Emerson, 30 Abril 1847.....	224
Carlyle, 18 Mayo 1847.....	225
Emerson, 31 Julio 1847.....	226
Carlyle, 31 Agosto 1847.....	227
Emerson, 30 Septiembre 1847.....	229
Carlyle.....	229
Emerson, 5 Noviembre 1847.....	230
Carlyle, 13 Noviembre 1847.....	231

	Páginas.
Carlyle, 30 Noviembre 1847.....	231
Emerson, 28 Diciembre 1847.....	232
Carlyle, 30 Diciembre 1847.....	233
Emerson, 26 Febrero 1848.....	234
Carlyle, 28 Febrero 1848.....	235
Carlyle, 6 Diciembre 1848.....	235
Carlyle, 19 Abril 1849.....	236
Carlyle, 13 Agosto 1849.....	239
Carlyle, 19 Julio 1850.....	241
Carlyle, 14 Noviembre 1850.....	243
Carlyle, 8 Julio 1851.....	245
Emerson, 28 Julio 1851.....	246
Emerson, 14 Abril 1852.....	248
Carlyle, 7 Mayo 1852.....	248
Emerson, Mayo 1852.....	249
Carlyle, 25 Junio 1852.....	251
Emerson, 19 Abril 1853.....	253
Carlyle, 13 Mayo 1853.....	255
Emerson, 10 Agosto 1853.....	259
Carlyle, 9 Septiembre 1853.....	260
Emerson, 11 Marzo 1854.....	260
Carlyle, 8 Abril 1854.....	263
Emerson, 17 Abril 1855.....	266
Carlyle, 13 Mayo 1855.....	268
Emerson, 6 Mayo 1856.....	269
Carlyle, 20 Julio 1856.....	270
Carlyle, 29 Agosto 1856.....	270
Carlyle, 2 Diciembre 1856.....	271
Emerson, 17 Mayo 1858.....	272
Carlyle, 2 Junio 1858.....	273
Emerson, 1.º Mayo 1859.....	274
Emerson, 16 Abril 1860.....	275
Carlyle, 30 Abril 1860.....	276
Carlyle, 29 Enero 1861.....	276
Emerson, 16 Abril 1861.....	278
Emerson, 8 Diciembre 1852.....	278
Emerson, 25 Septiembre 1864.....	281
Emerson, 7 Enero 1866.....	283
Emerson, 16 Mayo 1866.....	285
Carlyle, 27 Enero 1867.....	287
Carlyle, 18 Noviembre 1869.....	289
Carlyle, 24 Febrero 1870.....	290

---

	Páginas.
Emerson, 21 Marzo 1870.....	291
Carlyle, 24 Marzo 1870.....	292
Carlyle, 6 Abril 1870.....	292
Emerson, 17 Junio 1870.....	294
Carlyle, 28 Septiembre 1870.....	295
Emerson, 15 Octubre 1870.....	296
Carlyle, 4 Junio 1871.....	298
Emerson, 30 Junio 1871.....	300
Emerson, 4 Septiembre 1871.....	302
Emerson, 5 Enero 1872.....	303
Carlyle, 2 Abril 1872.....	304



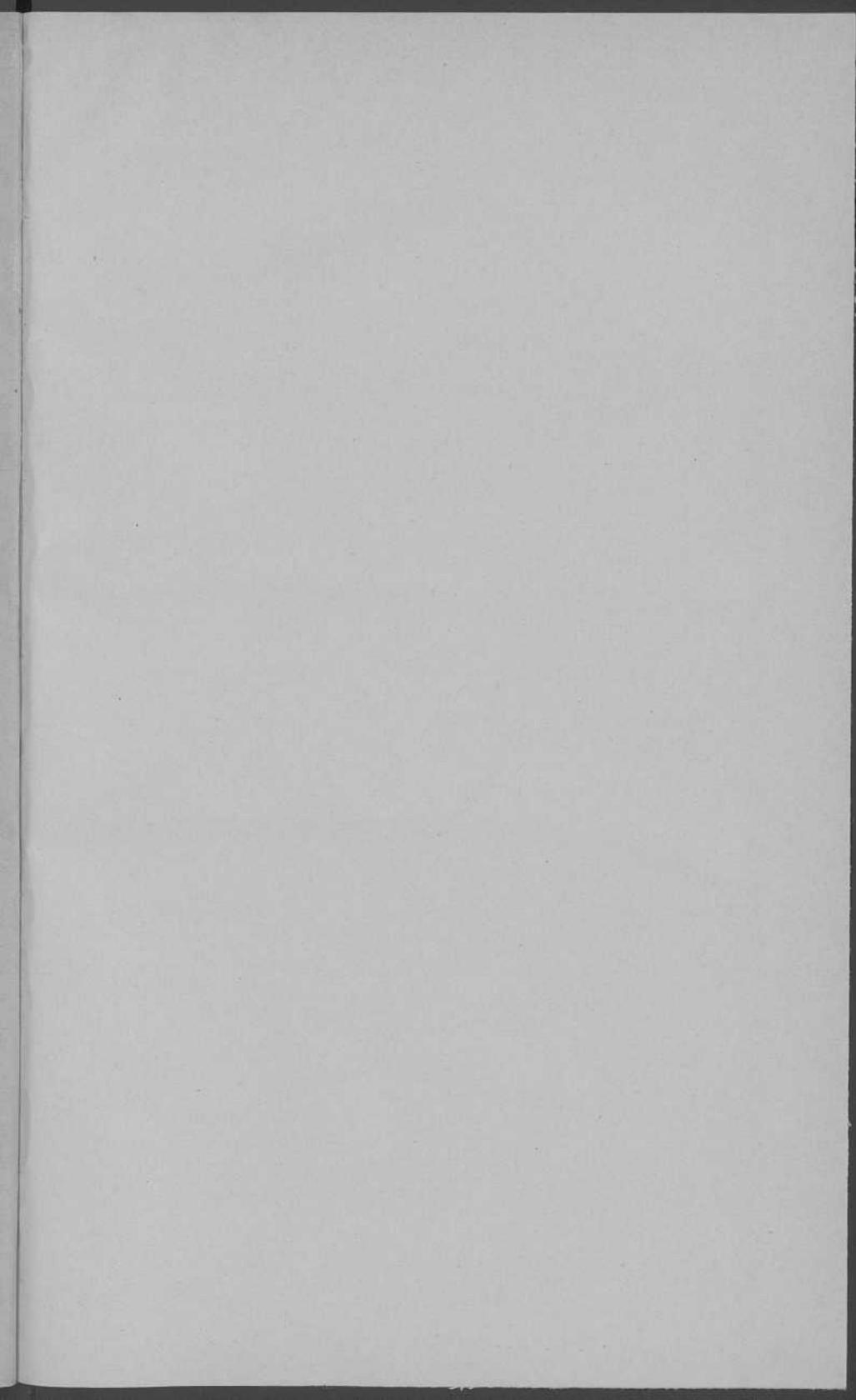
# PUBLICACIONES DE «LA ESPAÑA MODERNA», MADRID

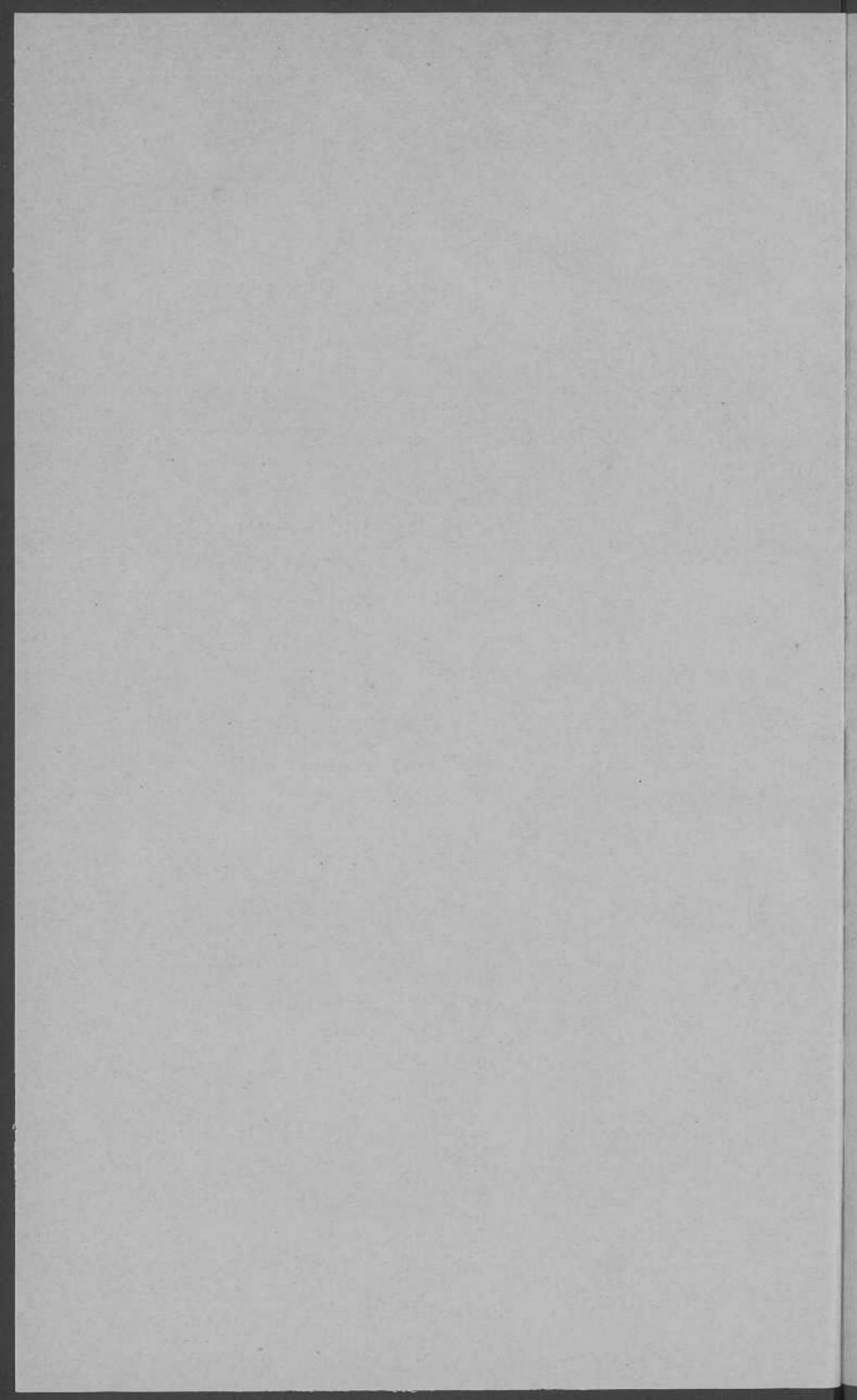
	<u>Pesetas</u>		<u>Pesetas</u>
<b>Aguanno.</b> —La génesis y la evolución del Derecho civil (Dos tomos).....	15	mercio, de la Industria y de la Economía política, para uso especialmente de los Institutos técnicos y de las Escuelas superiores de Comercio .....	10
—La Reforma integral de la legislación civil.....	4	<b>Boissier.</b> —Cicerón y sus amigos.—Estudio de la sociedad romana del tiempo de César.	8
<b>Albert.</b> —La Prosa.....	6	—La Oposición bajo los Césares	7
<b>Amiel.</b> —Diario íntimo.....	9	<b>Buchot.</b> —Historia de la literatura antigua.....	6
<b>Amundsen.</b> —El Polo Sur...	7	<b>Bourget.</b> —Hipólito Taine..	0,50
<b>Andreief.</b> —Los ahorcados...	3	<b>Bréal.</b> —Ensayo de Semántica. (Ciencia de las significaciones).....	5
<b>Anónimo.</b> —¿Académicas?...	1	<b>Bredif.</b> —La Elocuencia política en Grecia.....	7
—Currita Albornoz al Padre Luis Coloma.....	1	<b>Bret Harte.</b> —Bloqueados por la nieve.....	2
<b>Antoine.</b> —Curso de Economía Social, 2 volúmenes...	15	<b>Brooks Adams.</b> —La ley de la civilización y de la decadencia de los pueblos.....	7
<b>Arenal.</b> —El Delito colectivo.	1,50	<b>Bryce.</b> —La República Norteamericana, dos tomos.....	13
—El Derecho de gracia.....	3	—El gobierno de los Estados en la República Norteamericana.....	7
—El Visitador del preso.....	3	—Los partidos políticos en los Estados Unidos.....	6
<b>Arnó.</b> —Las servidumbres rústicas y urbanas.—Estudio sobre las servidumbres prediales.....	7	—La opinión pública.....	5
<b>Asensio.</b> —Fernán Caballero.	1	—Las Instituciones sociales en los Estados Unidos.....	8
—Martín Alonso Pinzón.....	3	<b>Bunge.</b> —La Educación.....	12
<b>Asser.</b> —Derecho Internacional privado.....	6	<b>Burgess.</b> —Ciencia política y Derecho constitucional comparados (dos tomos).....	14
<b>Audinet.</b> —Derecho internacional privado. (Dos tomos.)	12	<b>Burnouf.</b> —Las religiones, literatura y constitución social de la India.....	7
<b>Bagehot.</b> —La Constitución inglesa.....	7	<b>Buylla.</b> —Economía (dos tomos).....	10
—Leyes científicas del desarrollo de las naciones en sus relaciones con los principios de la selección y de la herencia.....	4	<b>Caillaux.</b> —Los Impuestos en Francia (tres tomos).....	18
<b>Baldwin.</b> —Elementos de Psicología.....	8	<b>Cambronero.</b> —Las Cortes de la Revolución.....	4
<b>Balzac.</b> —César Birotteau...	3	—Crónicas del tiempo de Isabel II.....	7
—Engenia Grandet.....	3	<b>Campe.</b> —Historia de América (dos tomos).....	6
—La Quiebra de César Birotteau.....	3	<b>Campoamor.</b> —Cánovas.....	1
—Papá Geriot.....	3	—Doloras, cantares y humoradas.....	3
—Ursula Mironet.....	3	—Ternezas y flores.....	3
<b>Barbey d'Aurevilly.</b> —El Cabecilla.....	3	<b>Carlyle.</b> —La Revolución francesa (tres tomos).....	24
—El Dandismo y Jorge Brummel.....	3	—Pasado y presente.....	7
—La Hechizada.....	3	<b>Caro.</b> —Costumbres literarias.	3
—Las Diabólicas.....	3		
—Una historia sin nombre...	3		
—Venganza de una mujer...	3		
<b>Barthelemy-Saint-Hilaire.</b> —Buda y su religión...	7		
<b>Becerro de Bengoa.</b> —Trueba	1		
<b>Bergeret.</b> —Eugenio Mouton (Merinos).....	1		
<b>Berzeviczy.</b> —Beatriz de Aragón, Reina de Hungría...	7		
<b>Boccardo.</b> —Historia del Co-			

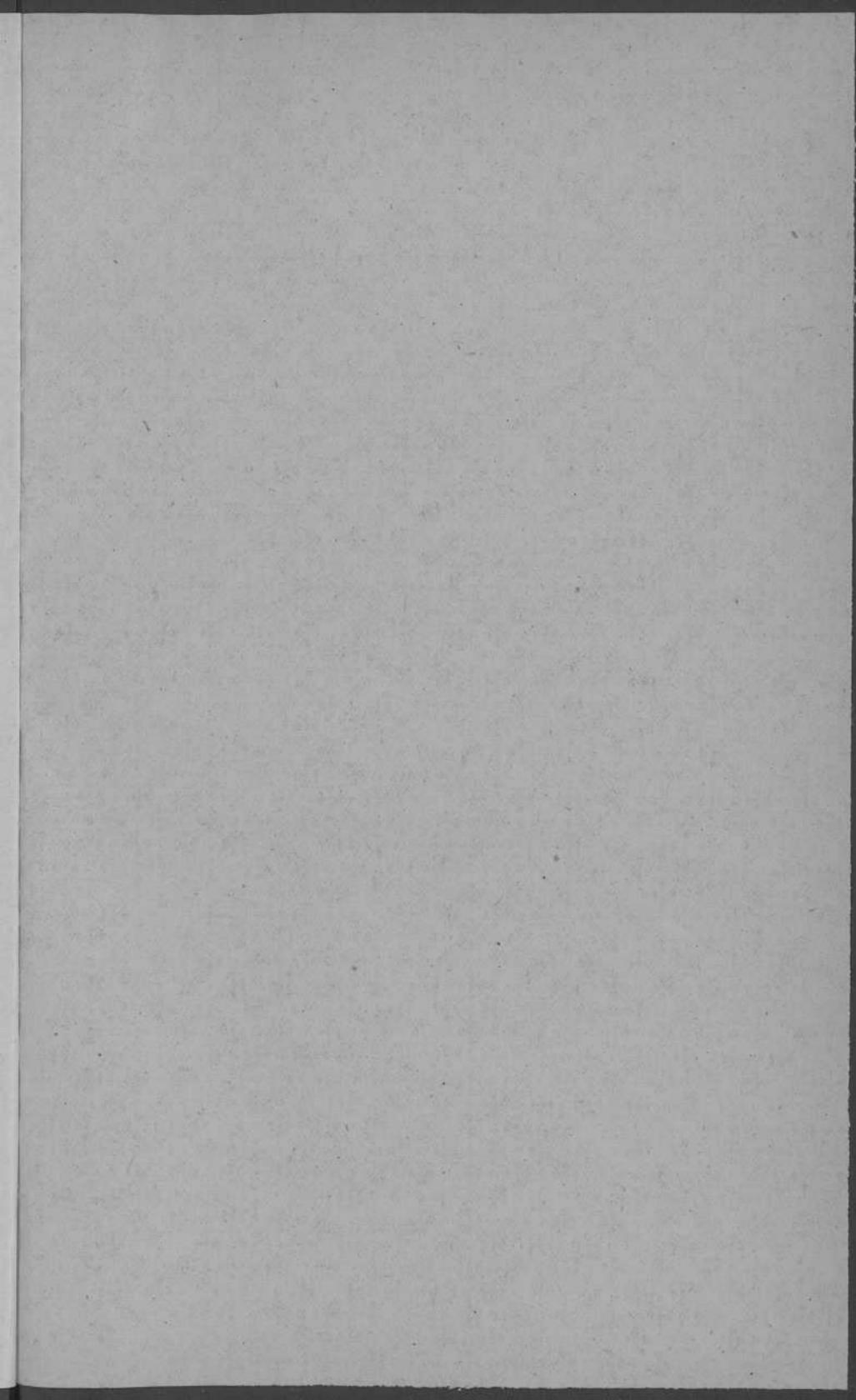
	Pesetas		Pesetas
<b>Caro.</b> —El pesimismo en el siglo XIX.....	3	<b>Emerson.</b> —Ensayo sobre la naturaleza.....	3,50
—El suicidio y la civilización.....	3	—Inglaterra y el carácter inglés.....	4
—La filosofía de Goethe....	6	—Veinte ensayos.....	7
<b>Castro.</b> —El libro de los galicismos.....	3	<b>Engels.</b> —Anti-Dühring o revolución de la ciencia, de Eugenio Dühring.....	7
<b>Colombey.</b> —Historia anecdótica de El Duelo en todas las épocas y en todos los países.....	6	<b>Fagnet.</b> —Los amores de literatos célebres.....	8
<b>Collins.</b> —Resumende la filosofía de Spencer ( <i>dos tomos</i> ).....	15	—Leyendo a Nietzsche.....	8
<b>Comte.</b> —Principios de Filosofía positiva.....	2	<b>Fernández Guerra.</b> —Hartzenbusch.....	1
<b>Coppée.</b> —Un idilio.....	3	<b>Fernán Flor.</b> —Tamayo.....	1
<b>Cooperus.</b> —Su Majestad....	3	—Zorrilla.....	1
<b>Champcommunal.</b> —La sucesión abintestato en Derecho Internacional privado..	10	<b>Ferrán.</b> —Obras completas..	3
<b>Chassay.</b> —Los deberes de la mujer en la familia.....	3	<b>Ferraz.</b> —Filosofía del deber.	8
<b>Cherbuliez.</b> —Amores frágiles.....	3	<b>Finot.</b> —Filosofía de la longevidad.....	5
—La tema de Juan Tozudo....	3	<b>Fisher.</b> —Economía política y geométrica.....	8
—Meta Holdenis.....	3	<b>Fitzmaurice - Kelly.</b> —Historia de la Literatura española.....	10
—Mis Revel.....	3	<b>Flaubert.</b> —Un corazón sencillo.....	3
—Paula Meré.....	3	<b>Flint.</b> —La Filosofía de la Historia en Alemania.....	7
<b>Darwin.</b> —Viaje de un naturalista alrededor del mundo ( <i>dos tomos</i> ).....	15	<b>Foucher de Careil.</b> —Hegel y Schopenhauer.....	6
<b>Daudet.</b> —Cartas de mi molino.....	3	<b>Fouillée.</b> —Historia de la filosofía ( <i>dos tomos</i> ).....	12
—Cuentos y fantasías.....	3	—La ciencia social contemporánea.....	8
—Jack ( <i>dos tomos</i> ).....	6	—Novísimo concepto del derecho en Alemania, Inglaterra y Francia.....	7
—Novelas del lunes.....	3	—Historia de la filosofía de Platón ( <i>dos tomos</i> ).....	12
<b>Delorme.</b> —César y sus contemporáneos.....	6	—Compendios de los grandes filósofos ( <i>dos tomos</i> ).....	12
<b>Deploige.</b> —El conflicto de la Moral y de la Sociología... ..	7	<b>Flournoy.</b> —Espíritus y Mediums (Metapsíquica y Psicología), dos tomos.....	13
<b>Deschanell.</b> —Lo malo y lo bueno que se ha dicho de las mujeres.....	7	<b>Fournier.</b> —El ingenio en la historia.—Investigaciones y curiosidades acerca de las frases históricas.....	3
<b>Dollinger.</b> —El Pontificado..	6	<b>Framarino dei Malatesta.</b> —Lógica de las pruebas en materia criminal ( <i>dos tomos</i> )..	15
<b>Dorado.</b> —Concepción Arrenal.....	1	<b>Fromentin.</b> —La pintura en Bélgica y Holanda.....	6
<b>Dostoyusky.</b> —La novela del presidio.....	3	<b>Gabba.</b> —Cuestiones prácticas de Derecho civil moderno ( <i>dos tomos</i> ).....	15
<b>Dowden.</b> —Historia de la literatura francesa.....	9	<b>Garnet.</b> —Historia de la Literatura italiana.....	9
<b>Dumas.</b> —Actea.....	2	<b>Garofalo.</b> —Indemnización a las víctimas del delito....	4
<b>Eltzbacher.</b> —El anarquismo, según sus más ilustres representantes.....	7	—La criminología.—Estudio sobre el delito y la teoría de	
<b>Ellen Key.</b> —El amor y el matrimonio.....	6		
<b>Ellis Stevens.</b> —La Constitución de los Estados Unidos, estudiada en sus relaciones con la Historia de Inglaterra y de sus colonias.....	4		
<b>Emerson.</b> —La ley de la vida.	5		
—Hombres simbólicos.....	4		

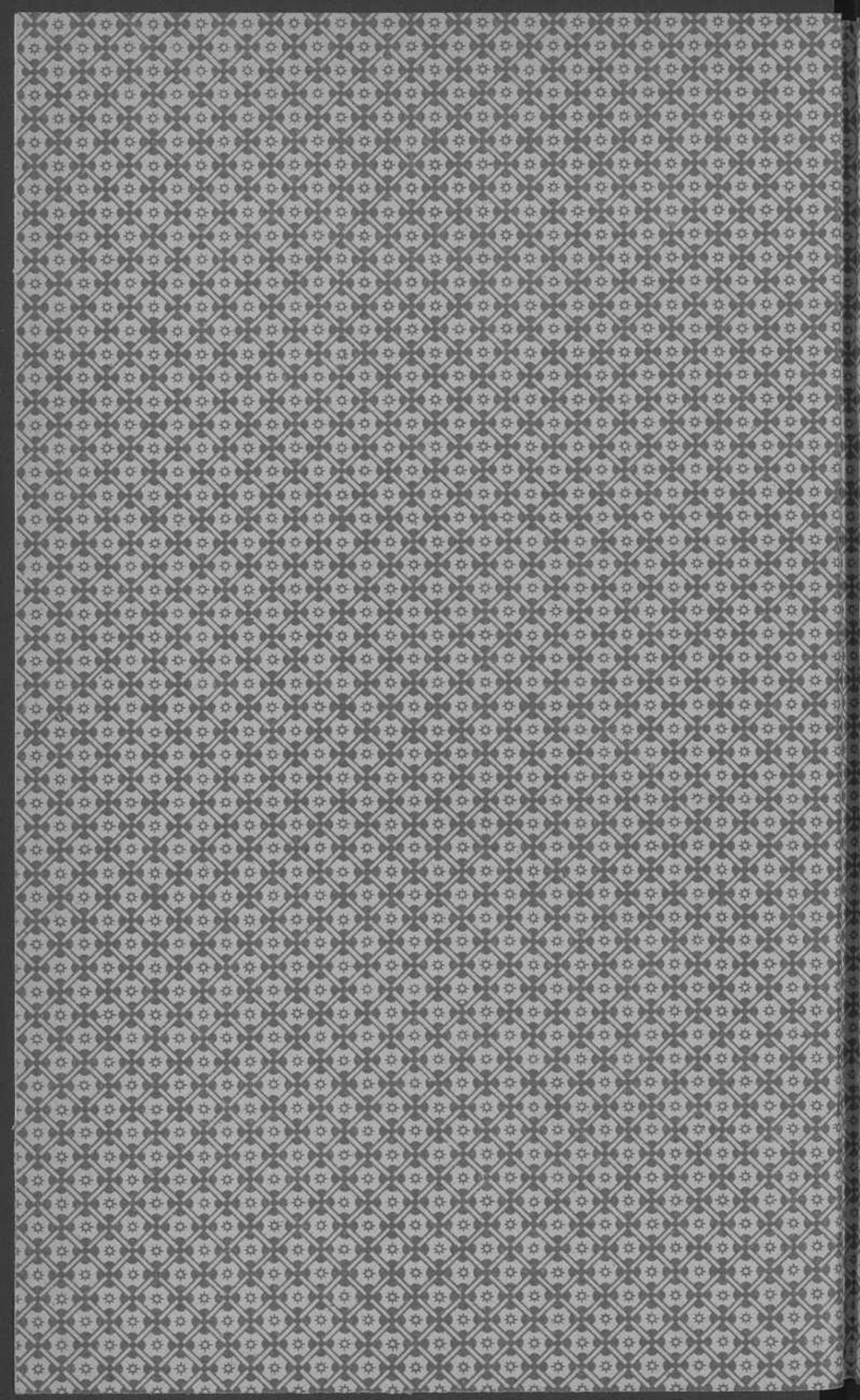
Pesetas		Pesetas
	la represión, con un Apéndice sobre los términos del problema penal, por Luis Carelli.....	
10	—La superstición socialista...	
5	—El delito como fenómeno social.....	
4	—Justicia y Civilización.....	
4	—Gautier.—Bajo las bombas prusianas.....	
3	—Enrique Heine.....	
1	—Madama de Girardin y Balzac.....	
3	—Nerval y Baudelaire.....	
3	—Gay.—Los Salones célebres.	
3	—George.—Protección y libre cambio.....	
9	—Problemas Sociales.....	
5	—Giddings.—Principios de Sociología.....	
10	—Sociología inductiva.....	
6	—Girard.—La Elocuencia ática	
4	—El sentimiento religioso en la Literatura griega.....	
7	—Giurriati.—Los errores judiciales.....	
7	—El Plagio.....	
8	—Gladstone.—Lord Macaulay	
1	—Goethe.—Memorias.....	
5	—Gómez Villafranca.—Indice de <i>La España Moderna</i> , tomos I a 264, formados aplicando el sistema de clasificación bibliográfica decimal..	
12	—Gonblanc.—Historia general de la Literatura.....	
6	—Goncourt.—Germinia Lacerteux.....	
3	—Historia de María Antonieta.....	
7	—La Elisa.....	
3	—La Faustina.....	
3	—Las favoritas de Luis XV.	
6	—Querida.....	
3	—Renata Mauperin.....	
3	—La Du-Barry.....	
4	—La Clairon.....	
6	—La mujer en el siglo XVIII	
5	—Godduow.—Derecho administrativo comparado ( <i>dos tomos</i> ).....	
12	—Goschen.—Teoría de los cambios extranjeros.....	
7	—Gosse.—Padre e Hijo: Estudio de dos temperamentos..	
3	—Grave.—La sociedad futura..	
8	—Green.—Historia del Pueblo inglés ( <i>cuatro tomos</i> ).....	
25	—Gross.—Manual del juez....	
12	—Guizot.—Abelardo y Eloisa.	
7	—Gumplowicz.—Derecho político filosófico.....	
9	—Lucha de razas.....	8
	—Compendio de Sociología..	9
	—La Sociología y la política.	4
	Guyau.—La educación y la Herencia.....	8
	—La moral inglesa contemporánea, o sea Moral de la utilidad y de la evolución..	12
	Hailman.—Historia de la Pedagogía.....	2
	Hamilton.—Lógica parlamentaria.....	2
	Harmignié.—El Estado y sus agentes.....	8
	Haussonville.—La juventud de Lord Byron.....	5
	Heiberg.—Novelas Danesas.	3
	Heine.—Memorias.....	3
	—Alemania.....	6
	Höfding.—Psicología experimental.....	9
	Hume.—Historia de la España contemporánea.....	8
	—Historia del Pueblo Español	9
	—Reinas de la España antigua	7
	Hunter.—Sumario del Derecho romano.....	4
	Huxley.—La educación y las ciencias naturales.....	6
	Ibsen.—Casa de muñecas.....	3
	—Los Aparecidos y Edda Gæbler.....	3
	Jitta.—Método de Derecho internacional.....	9
	Justi.—Estudios de arte español ( <i>dos tomos</i> ).....	12
	Kells Ingram.—Historia de la Economía política.....	7
	Koch y otros.—Estudios de higiene general.....	3
	Korolenko.—El desertor de Sajalín.....	2,50
	Krafft-Ebing.—Medicina legal ( <i>dos tomos</i> ).....	15
	Kropotkine.—Campos, fábricas y talleres.....	6
	Krüger.—Historia, fuentes y literatura del Derecho romano.....	7
	Lagerlof.—El esclavo de su finca.....	3
	Lagorttøe.—La Guerra: Estudio de sociología ( <i>dos tomos</i> ).....	14
	Lange.—Luis Vives.....	2,50
	Larcher.—Las mujeres juzgadas por las malas lenguas.....	4
	Larcher y Jullien.—Opiniones acerca del matrimonio y del celibato.....	5
	Laveleye.—Economía política	7

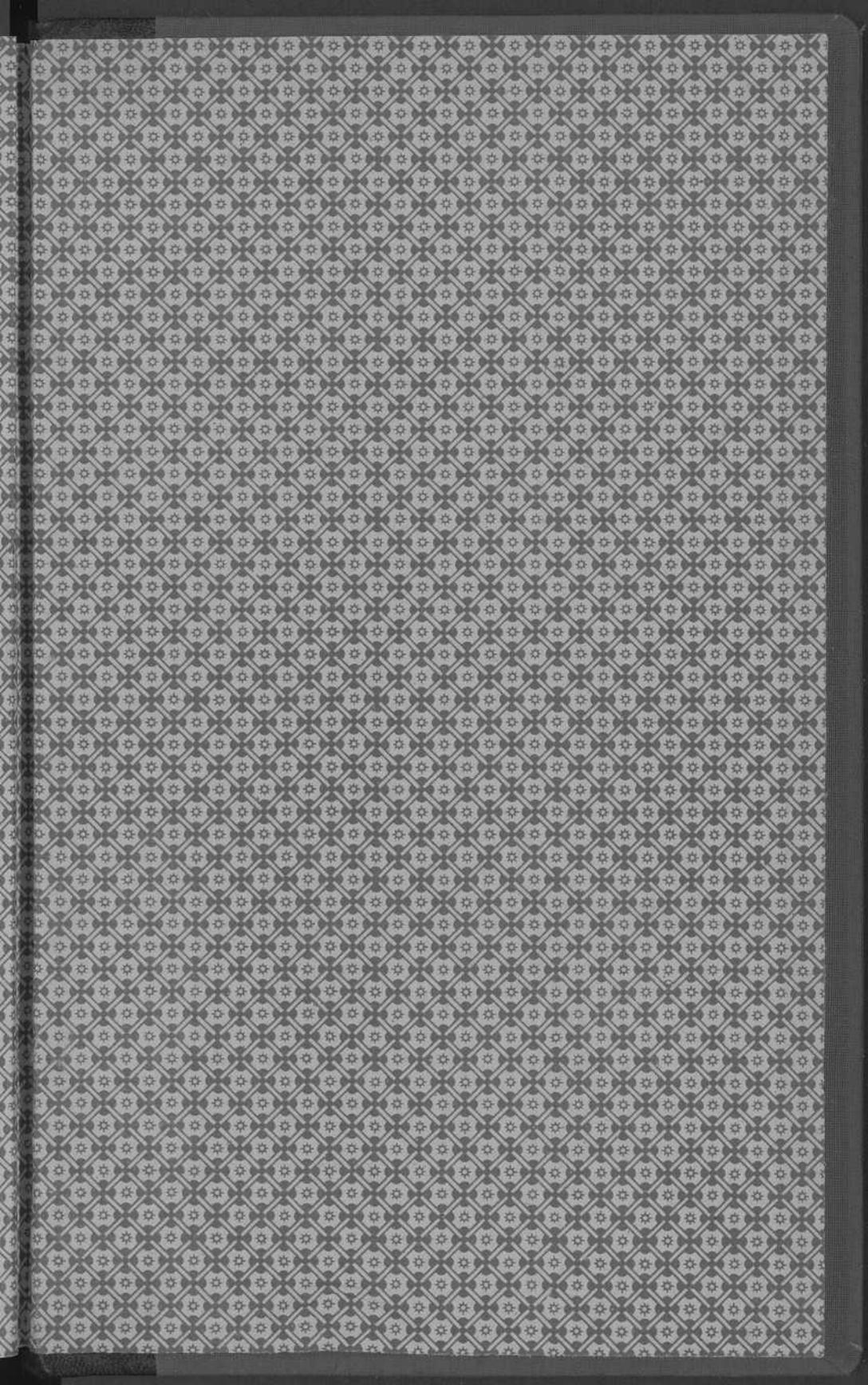
—El Socialismo contemporáneo.....	8	<b>Miraglia.</b> —Filosofía del Derecho ( <i>dos tomos</i> ).....	15
<b>Lemcke.</b> —Estética.....	8	<b>Molins.</b> —Bretón de los Herreros.....	1
<b>Lemonnier.</b> —La Carnicería (Sedán).....	3	<b>Mommsea.</b> —Derecho público romano.....	12
<b>Leroy-Beaulieu.</b> —Economía política.....	8	—Derecho penal romano ( <i>dos tomos</i> ).....	18
<b>Lester Ward.</b> —1. a. C. Psíquicos de la Civilización... ..	7	<b>Morley.</b> —Estudios sobre grandes hombres.....	5
<b>Lewis-Pattée.</b> —Historia de la Literatura de los Estados Unidos.....	8	—Voltaire.....	6
<b>Liesse.</b> —El trabajo desde el punto de vista científico, industrial y social.....	9	<b>Mouton.</b> —El deber de castigar.....	4
<b>Lombroso.</b> —La Escuela criminológico-positivista.....	7	<b>Murray.</b> —Historia de la Literatura clásica griega....	10
—Medicina legal ( <i>dos tomos</i> )..	12	<b>Nansen.</b> —Hacia el Polo....	6
<b>Lubbock.</b> —El empleo de la vida.....	3	<b>Nardi-Greco.</b> —Sociología jurídica.....	9
<b>Lynch.</b> —Viaje al Clondio... ..	4	<b>Neera.</b> —Teresa.....	3
<b>Macaulay.</b> —Estudios jurídicos.....	6	<b>Neumann.</b> —Derecho Internacional público moderno..	6
<b>Mac-Donald.</b> —El criminal tipo.....	3	<b>Nietzsche.</b> —Así hablaba Zarathustra.....	7
<b>Manduca.</b> —Procedimiento penal.....	5	—Más allá del bien y del mal.	5
<b>Marie.</b> —Misticismo y locura.	5	—La Genealogía de la moral.	3
<b>Marshall.</b> —Tratado de Economía política (tres tomos).	21	—Humano, demasiado humano	6
<b>Martens.</b> —Derecho internacional (público y privado) ( <i>tres tomos</i> ).....	22	—Aurora.....	7
—Tratado de Derecho internacional. — Apéndice. — La Paz y la guerra.....	8	—Últimos opúsculos.....	5
<b>Martin.</b> —La Moral en China.	4	—La Gaya ciencia.....	6
<b>Mattirolo.</b> —Instituciones de Derecho Procesal Civil....	10	—El viajero y su sombra....	6
<b>Maupassant.</b> —Emilio Zola.	1	<b>Nisard.</b> —Los cuatro grandes historiadores latinos.....	4
<b>Max-Muller.</b> —La ciencia del lenguaje.....	8	<b>Nourrison.</b> —Maquiavelo....	3
—Origen y desarrollo de la religión.....	6	<b>Novicow.</b> —Los despilfarros de las Sociedades modernas.	8
—Hist. de las religiones.....	8	—El porvenir de la raza blanca.....	4
—La Mitología comparada... ..	7	—Conciencia y voluntad sociales.....	6
<b>Menéndez y Pelayo.</b> —Martínez de la Rosa.....	1	—La guerra y sus pretendidos beneficios.....	1,50
—Núñez de Arce.....	1	<b>Papini.</b> —Lo trágico cotidiano y El piloto ciego.....	3
<b>Meneval.</b> —María Estuardo.	6	—El Crepúsculo de los Filósofos.....	3
<b>Mercier.</b> —Curso de Filosofía: Lógica.....	8	<b>Pardo Bazán.</b> —Alarcón....	1
—Psicología ( <i>dos tomos</i> ).....	12	—Campoamor.....	1
—Ontología.....	10	—El P. Luis Coloma.....	2
—Criteriología general.....	9	<b>Passarge.</b> —Ibsen.....	1
<b>Merejkowsky.</b> —La Muerte de los Dioses.....	2	<b>Pepin y Ransson.</b> —La reforma de la Magistratura y el Arte de Juzgar.....	6
<b>Merimée.</b> —Colomba.....	3	<b>Perrot.</b> —Derecho público de Atenas.....	4
—Mis perlas.....	3	<b>Picón.</b> —Ayala.....	1
<b>Merkel.</b> —Derecho penal....	10	<b>Piepers.</b> —La reforma del Derecho ( <i>dos tomos</i> ).....	10
<b>Meyer.</b> —Derecho administrativo.....	4	<b>Potapenko.</b> —La novela de un hombre sensato.....	2
		<b>Prevost Paradol.</b> —La Historia Universal ( <i>tres tomos</i> )..	16
		<b>Quinet.</b> —El Espíritu nuevo.	5













EPISTOLARIO  
ENTRE  
CARLYLE  
Y EMERSON

83

19230